

AMOR Y VERDAD
A UNA ENTERA HUMANIDAD

VIDA DE TERESA DE JESÚS
DICTADA POR ELLA MISMA

Madrid, 1992

Qué hermoso es comenzar una gran Obra bendita. Sea la verdad de este libro que bien pudiera titularse:

“AMOR Y VERDAD A UNA ENTERA HUMANIDAD”

Es para nosotros un placer y gozo no pequeño ocuparnos de los escritos de la hermana Teresa por el amor y devoción que desde hace tiempo sentimos por ella mirándola como algo propio. Todo nos parece en ella admirable, sugestivo y casi divino.

Si en el presente nos hemos decidido, ha sido en primer lugar porque hemos visto que parte de sus escritos les tuvieron un poco descuidados y no les dieron importancia alguna o al menos, muy escasa; y en segundo lugar, las Obras de la hermana Teresa fueron muy queridas y estimadas por ella misma, que hizo de ellas un elemento precioso de perfección.

Teresa puso en sus escritos todo su corazón y su fervor para encenderse en amor a Dios y hacer de sus escritos – recreación- , un gozo espiritual divino. ¿Cómo no amar lo que ella amó? ¿Cómo no sentir lo que ella sintió? Ella cuidó su Obra siempre. No se le cayó de las manos, pero sí se la arrebataron.

Teresa no solamente componía ella sus escritos y poesías, sino que incitaba a sus hermanas a que ellas compusieran también sus versos y todo por amor a Dios, porque todo era necesario para pasar la vida más alegremente y espiritualmente.

Cuando así se mira a la poesía, deja de ser humana para transformarse en llama de amor celestial.

Gracias a Dios, a nuestro Jesús Celestial y a ti, hermana Teresa, tus Obras quedarán archivadas en la Conjunción Divina del Señor.

La Obra en su totalidad, como tú indicas, quede archivada para el mundo entero.

* * * * *

PROLOGO

Que mi luz a todos os pueda alumbrar.

A todas las ovejas del Señor, qué gran satisfacción veros en el sendero caminando por sitios donde Dios os pudo indicar.

Atención a vuestras mentes; ellas son las que reciben y al mismo tiempo las que mandan esos bellos pensamientos que tan alto vuelan y todo se puede comprender. No las descuidéis ni un momento; no salgáis a la calle sin vuestra pluma y papel. Escribir todo aquello que a vuestras mentes pueda llegar.

Todo aquello que recibáis por nuestro amor entregar, aunque os parezcan cosas desconocidas, son palabras que os vengo a dar de tiempos de muy atrás, de muy lejos, quizá siglos, porque mis escritos están basados en unos tiempos muy lejanos.

Yo estuve en la Tierra no hace tantos años y nada de mis tiempos pasados pude recordar, ya que mi última existencia en la Tierra no pudo ser otra que venir a cumplir algo que quedó sin terminar. Al cumplir mi misión, mi alma voló al sitio donde mi amor tanto lo deseaba.

Como veis, mis hermanos, ¡nada queda en la nada! ¡todo está en su sitio! ¿De qué les sirvió a los grandes inquisidores destructores de la fe, hacer perder un tiempo muy valioso de tantas Obras escritas para ser expuestas y entregadas? ¡Eran las grandes Verdades que yo recibía como hoy vosotros estáis recibiendo y guardáis con tan gran esmero!

Es duro ver desaparecer esos bellos tesoros que brillan más que el oro. ¿Habrá algo que brille más que el Sol? ¡No hermanos de mi amor y mil veces no! ¿Quién podrá apagar la llama del amor que siempre ha brillado y brillará? ¡No lo dudéis nunca jamás!

¿De qué les sirvió hacer desaparecer tantas Obras escritas que yo recibía con tanto amor y las hacía con mi gran sacrificio y horas de desvelos para dar lecciones a mis hermanas, a las que estaban consagradas a vivir en el Señor y recibir ayuda espiritual?

Muchos lugares pudimos recorrer. No todas se llamaban hermanas carmelitas. Había otras hermanas que no pertenecían a ninguna clase de convento y recibían mis clases en el exterior, ya que al verme por las calles me aclamaban, y me hallaba feliz al ver que me escuchaban. Eran mejores monjas que cualquiera de las que se encontraban clausuradas. ¡Ellas fueron las que me defraudaron y esos eran sus gozos: verme entre rejas y calabozos! ¡Ahí

empezaron las peleas, las discordias!

Al regresar a mi estrecha celda no encontré ni señales de mis escritos; ni mesa me pudieron dejar para poder continuar, pero mis flores no me podían faltar. ¡Ellas me hablaban! ¡Eran las únicas en que yo podía confiar y en nadie más! Las que me querían de verdad fueron llevadas a otros conventos que, de pena, pudieron enfermar. Las flores me lo decían.

Mi Obra completa no toda fue arrasada por las llamas; parte de ellas fueron extraídas para tergiversar lo que ellos querían sacar al mundo y decir “estas son las Obras de la Santa” –como me solían llamar.

Hay muchas cosas escritas que me las borraron y pusieron lo que les parecía a ellos que era correcto, lo que no les interesaba...eso fue lo que hicieron cenizas. Después, quisieron ponerme en los altares, y los que me pusieron en los altares fueron para mí los más perversos.

¡Yo sabía que nada se iba a perder! Lo mismo que todo es vida, nace y renace...¡el amor todo lo puede! ¡Jamás podrá flaquear! ¿Cómo se iba a perder la Obra que el Señor nos entregó, si el Señor está porque nunca se fue? Y si El nos lo entregó ¿por qué no nos lo va a entregar de nuevo otra vez? ¿Cómo iban ellos, los ingratos, a pensar, que la tenemos otra vez de nuevo?

El Amor, ¡es un triunfo que nunca podrá fracasa ¡Todo está guardado en nosotros! ¡en nuestro Yo Superior! ¡en nuestro Yo Intimo! en nuestro cerebro y en nuestra comunicación con el espacio!

Lucha constante hasta lo más profundo de mi ser con sacrificio y contrariedades.

Sabía que vencería; el éxito era seguro. Fue logrado porque no hay cosa más fuerte que luchar por las fuerzas del amor. La Verdad está por encima de todas las cosas pase lo que pase, venga lo que venga. Ante el Padre y nuestro Gran Amado y Señor, amados míos, ¡no habrá cosa más grandiosa y hermosa!

¿Cómo llegar a El? –Se llega siguiendo su camino; escuchando sus palabras y atravesando todos los obstáculos que nos lleguen hasta poder llegar a El.

¡Salvemos su vida como El luchó y sufrió por salvarnos a nosotros! Ya sabemos que para llegar a El, hemos de atravesar muchas barreras, muchos impedimentos y otras muchas cosas más que ya se os darán. Cuesta mucho subir la cuesta para llegar a la montaña, pero cuando las cosas se hacen por amor...la cuesta no se hace pesada.

Yo os digo que no es nada lo que se pasa ahí abajo en el planeta Tierra. Cuando se llega a la cumbre y conseguimos estar viviendo en el Señor eternamente... ¡todo es dicha! ¡todo es paz! ¡todo es amor! ¡todo es luz! Son luchas distintas a las vuestras; luchas de carinosidad, armonía y bienestar. Eso es lo que procuramos hacer: luchar contra todo el mal para aliviar a tantos necesitados y conseguir que nuestro planeta sea el cielo en la Tierra.

Hemos de formar nuestras guerras sin armas ya que sólo poseemos una, ¡la

más valiosa! —el arma del Amor que hemos de entregar a todo el mundo que a nuestro paso pueda llegar.

Que Dios nos siga dando de su Luz, y a mis hermanos les digo: ¡Adelante, que el Señor está con vosotros para hacer cuanto os pueda mandar! La Gran Paloma está mirando hacia abajo con sus alas de par en par...protegiendo a su gran palomar.

El peligro persiste siempre en los mismos; los que decían ser los amadores del Señor y no estaban a gusto si no veían la sangre correr. Eso el Señor jamás lo consintió. Cuando en sus Mandamientos decía “no matar”, hicieron todo lo contrario de lo que el Señor predicó.

En nosotros no existirán ni armas ni armamentos; ¡sólo las armas del Amor y nuestro Amador! ¡El, que fue nuestra salvación!. ¡Mi Jesús Celestial al que tanto se le podrá amar, y el hombre, a veces, es peor que las propias fieras! ¡Cuántas peleas! ¡Cuánta requisición para llenar sus baúles de tesoros acumulados, cuando esos tesoros a nada conducían! ¡Estaban poseídos por la avaricia! ¡Estaban llenos de escoria y siguen con el corazón ennegrecido tratando de poner obstáculos en el camino! Esos obstáculos son los que hemos de atravesar, y una vez que se haya logrado podréis decir: Señor, dadnos Tu abrazo y que sea tu compañía siempre en nosotros, ¡estar siempre en Tu Ser!

Pensar, que todo ha de ser tal y como yo os lo vengo a explicar. Profundizar. Dejemos las cosas mundanas. Al profundizar, ¡esa llama de Amor se unirá y algo se os podrá entregar al estar todos a punto de florecer!

Cuando el rosal esté florido, los aromas os podrán satisfacer y empezaráis a sacar de vuestros tesoros. ¿Quién os hará parar? Paciencia. Todo está previsto. El capullo más cerrado se podrá abrir, y sus aromas ha de dar al ser rosas de un mismo rosal.

Estar preparados en vuestras videncias. Veréis cosas bellas...y otras no tan bellas. Se verá todo aquello que os pueda rodear.

Teresa

* * * * *

Capítulo I

Paz y sólo paz desea el alma. El tiempo pasaba. No era el tiempo el que pasaba, el tiempo estaba en su sitio y mis flores... ¡bellas flores, ellas eran las que me sostenían en mi vivir! Yo las miraba, ¡siempre las veía frescas y lozanas! ¡Era mi alma la que estaba marchita y decaída! Era...como una flor cuando le falta su agua.

"Mi buen Jesús, ¡dame de tu fuente para poderme saciar, de esa agua de tu propio manantial que nunca se puede secar! ¡Vivo con la esperanza de que antes o después he de vivir en Ti! ¡Es tu amor el que me hace sentirme en pie!..."

Esa era mi fe que sentía cada día. Una de esas mañanas cálidas el Reverendo Santo Padre –que así se le llamaba por aquellos lejanos tiempos, que ni era santo ni era padre- me mandó llamar. Yo siempre respeté su honorable nombre con delicadeza y honestidad, en cambio él...fingió ser honesto. Llamó a una de sus siervas para que me comunicase estas frases de palabra:

- Por orden de nuestro Padre, que os paséis por su despacho de inmediato.

Sabía que algo iba mal. Algo presentía relacionado con mis Obras que mucho agradaban a todas las hermanas. Así me lo anticiparon mis bellas flores que no me abandonaban ni en el día ni en la noche. ¿Cómo podía estar en tan alto puesto ese pobre desdichado?

Por mi educación, fue muy respetado; no lo merecía, pero mis respetos fueron siempre demostrados. Sus palabras fueron muy tajantes:

- Os pongo en conocimiento que habéis de abandonar el convento lo más pronto posible; me traéis revueltas a todas las hermanas. Están desequilibradas y esto no es normal siendo un sitio tan respetable.

Como superior nuestro obedecí sus órdenes al pie de la letra, pero antes quise dejar las cosas muy claras. Según él, todas estaban muy descontentas de estar en mi presencia.

Preparé una reunión de todas ellas, incluso del Padre. Ya todos reunidos en el cuarto oratorio, les comuniqué que en breve tiempo dejaría el convento ya que todas ellas así lo deseaban

Todas quedaron perplejas sin saber qué decir. La más decidida y la que más me quería se prestó a decir al Padre:

- Padre, eso no es cierto. Aquí todas las queremos mucho, ¡es una buena Madre! ¿Quién ha podido levantar semejante calumnia si hoy nos sentimos más unidas y a ella la debemos el estar más cerca del Señor?

Se arrodilló junto al Padre, besó su mano y le pidió por favor le concediera dejar el convento para marcharse con su hermana Teresa, cosa que el Padre no aprobó.

La noticia se extendía. Mis flores me decían: “Este no es tu lugar; tu misión aquí está cumplida. Hay otro lugar que te espera y has de levantar otro monumento donde enseñarás no solamente a tus nuevas hermanas, sino a otras que están en el exterior”.

Mi Gran Jesús Divino me fue abriendo las puertas del camino para otro nuevo empezar

Al dejar unas pequeñas raíces en el lugar que ya hemos mencionado, amanece un nuevo día para emprender de nuevo la ruta por distintos caminos que sabemos cómo empiezan, y nunca cómo terminan.

Al caer la tarde llegamos al citado lugar, donde fui conducida por la alta jerarquía, acompañada por dos de mis hermanas y un nuevo reverendo del anterior convento del cual –según el Padre Santo- fui expulsada. Más tarde supe que no fue así, sino todo lo contrario; fue un ascenso. Así me lo dijeron mis bellas flores y mi expediente me lo confirmó.

Mucho sentí que a una de mis hermanas a la que tanto quería le negaran el traslado que ella misma solicitó para acompañarme a dicho destino. ¡Era un cariño y un amor tan profundo el que sentíamos la una por la otra! ¡El amor vence todos los obstáculos! ¡Todos los abismos que se interponen en el camino!

En todos los conventos existían unas reglas, unos derechos obligatorios a cumplir cuando se cambia de un sitio para otro. Yo exigí los míos; tenía derecho a elegir a dos hermanas del citado convento para el viaje que estaba a punto de realizarse. Si ellas no quisieran salir, no estaban obligadas y podían regresar siempre que ellas quisieran a dicho convento. Así lo mandaba la ley del más poderoso, digamos, el Director General, y en esas leyes yo tenía mis derechos a los que con mucho esfuerzo tuve que afrontar en reclamar a dos hermanas. Una de ellas fue la que el Santo Padre me negó. No es que me la negase, ¡fue ella misma la que se anticipó a salir en busca de mi ausencia!

Cuando expuse la reclamación de dicha hermana no tuvo más remedio que ceder. La soberbia pudo más que su santidad. Al enterarse que estas dos hermanas no querían regresar nunca más a dicho convento, me levantó un acta en otro expediente. Decía que no era cumplidora de mis obligaciones y no seguía las normas que me pertenecían. Me desafié por incumplidora.

Nunca podía estar de acuerdo con el cuando subía al púlpito y predicaba cosas que más adelante mencionaré. Eran palabras que iban en contra de la Verdad. ¡Antes perecer que faltar a El! ¡A nuestro Divino Jesús!

No podía engañar a mis siervas diciéndolas cosas que iban en contra de la Ley de Dios. Mi alma me decía: -“Lucha con tu sabiduría y tu libertad que nadie te lo impedirá”. ¿Quién me hablaba? Yo misma a mí me decía: -Pase lo que pase venga lo que venga, no me negaré. ¡Yo predicaré a mis siervas la Gran Verdad!

“Jesús mío, si tú fuiste la salvación de las almas con tu sufrir, ¿cómo no voy

a luchar por sacar la Verdad a la superficie? ¡Señor mío...mándame cuanto quieras, pero no me mandes callar cuando van en contra de la Justicia Divina, en contra del verdadero Amor!

Caí rendida de cansancio y herido mi corazón, y entre sueños y desvelos oí una voz que me decía: -¿Por qué has de temer? ¡No temas enfrentarte a las fieras, que hay que saberlas domar! Cuando estén domadas... corderos se llamarán. Si no es hoy...otros días vendrán. No te reveles, que de ellos hemos de sentir piedad. No me seas infiel y sigue tu camino”.

Al despertar, no encontré mis flores que me pudieran orientar. ¿Dónde estaban? ¡Pocas veces me podían fallar!...

Al cumplir mis tareas que me fueron impuestas, disponía de un corto tiempo que aprovechaba para salir al huerto y contemplar toda la grandeza de la Tierra, y en silencio, hablar con mi Jesús Celestial.

En pleno silencio y lejos de todo tumulto quise escribir y como buitres me espiaban, lo presentía, y se acabó mi libertad en poder continuar. ¿Qué es lo que pasaba que ni mis flores veía? ¿Sería que estaban tristes? ¡Si ellas siempre estaban frescas y bellas!

No encontraba la paz. Aunque sola me encontraba no podía gozar de mi propia voluntad. Sentí pasos; había algo en mí que no confiaba.

- ¿Qué ocurre reverenda Madre, que os alejáis a este lugar tan sombrío y en soledad?

- No reverendo, no me ocurre nada en especial; solos nunca podemos estar; el Padre está en todos nosotros y alguien más nos puede acompañar. Estoy confesándome al Padre Creador. Si algo he podido hacer mal...El me sabrá perdonar. El es el único que ve nuestros buenos o malos hechos; El nos ayudará a las tareas que nos ha de otorgar.

- Mi reverenda Madre,¿desde cuando se ha visto que uno mismo se tenga que confesar? ¡Eso no entra en la Santa Iglesia! ¡Para algo estamos aquí los Padres Sacerdotales, para confesar a todos los fieles que entren en la Santa Iglesia! ¡Regresad de inmediato a la capilla y confesaros al Padre que Vos podáis elegir, de lo contrario, cometéis un grave pecado! ¡Jamás digáis a vuestras siervas que no os confesáis ante ningún Padre; pronto aprenderían vuestras lecciones! ¡Para algo puso nuestro Señor Jesucristo los confesionarios y los púlpitos! ¡Somos representantes de Dios y hay que seguir dando ejemplo a los siervos para que queden limpios de pecado! ¡De momento, esto quedará entre los dos como buenos compañeros!

No tuvo respuesta; mi alma estaba dolida y me limité a callar y obedecer sin otro remedio por el momento. Mandé a mi Jesús no me mandara callar...y no tuve palabras.

Quedé enajenada; era como si hubiera enmudecido. De momento pensé si no serías Tú, mi buen Jesús el que me ayudó, el que me inspiró permaneciera

callada. ¡Perdóname Señor si en algo me propaso!... ¡Todo es por Vos Señor!...Aquí me tienes; Tú en mí y yo en Ti. ¿Qué mandáis hacer de mí?...

Pasaron varios días, todo estaba en paz y calma.

"Señor mío, ¿cuánto durará esta hermosa paz que siento dentro de mí? Dame de tu amor para poder continuar esta dura batalla. ¡Que sea digna de mí misma y pueda cumplir todo cuanto me sea necesario para que puedas estar contento de mis Obras que no son otras que poder ayudar a los demás!"

Mis sueños, como siempre, se apoderaron de mí en altas horas de la noche.

Amaneció un nuevo día radiante para emprender unas nuevas tareas que me fueron puestas en aquella pequeña y hermosa ciudad. Al ser tan pequeña, pertenecíamos a otros varios pueblos cercanos de nuestro lugar. Nuestra misión de ese nuevo día era salir en parejas, cada pareja por su vereda por distintos lugares.

Para nosotras dos todo era nuevo y desconocido. Nuestro reverendo que conocía toda la comarca fue quien nos dirigió al sitio indicado. Entramos en un pueblecito encantador rodeado de unas pequeñas montañas. El suelo no se veía, parecía estar bordado de preciosas flores de miles de colores. Sobre un alfombrado manto verde atravesaban unos riachuelos, y por el centro del pueblo atravesaba un pequeño puentecito por el que corría el agua tan limpia y cristalina...que era como mirar en un espejo. Se veía el fondo, como si fuera un cristal transparente, y en los riachuelos se formaban como unas pequeñas fuentecillas. Corría el agua fresca nacida de la propia montaña. ¡Las dos nos sentíamos tan unidas a la propia Naturaleza?...¡a nuestra Madre la Tierra?

Las gentes de dicho pueblo se les veía humildes y sencillas; en cuanto nos vieron salieron a recibirnos sin dar valor a la belleza que les rodeaba junto al pueblo.

El padre, compañero nuestro de nuestros trabajos nos llevó a visitar a los niños que se encontraban en una trastienda donde depositaban las herramientas de labranza. Aquello no era sitio apropiado para aquellos pequeños niños que estaban aprendiendo sus primeras letras; ¡no reunía cualidades para esos pobres niños! Cada uno se tenía que preocupar de llevar sus correspondientes asientos; unos llevaban un serijo, otros sus taburetes, y algunos que otros sentados en el suelo cruzando sus rodillas que les servían para apoyar sus papeles.

Tomamos nuestros apuntes de la situación de los niños prometiéndoles nuestra mayor ayuda. Desde allí, salimos a conocer al párroco de dicho pueblo; todo estaba abandonado a falta de que alguien se preocupara de levantar el humilde pueblo.

Este párroco tenía una edad muy avanzada, ¡no podía preocuparse por el pueblo!. Estaba como para que le atendieran a él; merecía unos cuidados y una asistencia que no recibía. Había que sustituir al humilde anciano; así lo deseaba él y el pueblo.

Tomamos nota de tales circunstancias y otras dificultades que el pueblo padecía, y salimos con dirección a otro cercano pueblo conducidas por nuestro reverendo que se ganó todo, ¡todos nuestros honores, simpatía y amistad! ¡Era un excelente padre! Nos dio toda su confianza para obrar con plena libertad sin un mal gesto por su parte y cumplidor de todas las buenas obras.

Llegamos a dicho pueblo donde visitamos un pequeño y único hospital perteneciente a los pueblos más cercanos. Dialogamos con las monjitas que nos recibieron con mucha amabilidad, y pasamos el día con ellas y sus enfermos.

En la despedida les prometimos volver. Nos ofrecimos en prestar de nuestra ayuda siempre que la necesitaran, y ayudar a los niños que hemos mencionado del anterior pueblo para que tuvieran sus pupitres y sus accesorios correspondientes.

Al llegar a nuestro hogar de destino después de haber cumplido nuestras obligaciones, entré en mi celda correspondiente ya a altas horas de la noche, la cual disponía de una mesa y el catre; lo suficiente, pues no deseaba nada más. ¡Era feliz acompañada de mis pliegos de papel y pluma para realizar mis escritos!

Cuando la noche se apagaba y la luz quedaba dormida, la mía era cuando se encendía, y en silencio, mi pluma escribía mis honorables cartas a la alta aristocracia con mi atrevimiento y la esperanza de ser correspondida. No era mucho lo que pedía.

Expuse la ayuda aclarando que no era para nosotras, sino para el exterior, redactando la situación en que se encontraban mis bellos niños, y en caso de que algún fondo quedase, se emplearía en otros pequeños pueblos cercanos a este lugar; por ejemplo, en unas escuelas adecuadas.

A la “Alta Jerarquía” tuve el honor de dirigirme exponiendo el caso del padre-párroco para que le dieran descanso al encontrarse agotado por el peso de los años. Era necesario tuviera un reposo y unos cuidados.

No pasaron muchos días en recibir contestación; mi escritorio rebosaba de cartas que me fueron contestadas. Aquellas cartas fueron multiplicadas. No tenía suficiente tiempo para dedicarme a leer el contenido que encerraba aquella correspondencia.

En esos momentos hicieron acto de presencia mis dos amadas hermanas. Se ofrecieron a colaborar, por lo cual, me encontraba sumamente agradecida. Eran como dos gotas de agua. ¡Qué felices y contentas estaban! Yo diría que las tres estábamos viviendo unos momentos de gozo y felicidad en ver que nuestros deseos pudieran verse cumplidos.

Al empezar a abrir las cartas vi que las dos temblaban. Tuve unos momentos de inquietud; comprendí que algo les sucedía a las dos.

- ¡Qué ocurre? ¡os encuentro mustias, como las flores cuando están a falta de agua! Vosotras tenéis el amor de Dios... ¡y nos da de su agua, de su propio y

divino manantial!

- Reverenda Madre; nos abruma si en alguna de estas cartas...nos reclamasen para volver a nuestro antiguo destino.

Al final de leer hasta la última carta, mis dos florecillas volvieron a sonreír y la alegría creció. Hubo recursos para nuestras tareas; sin pérdida de tiempo nos pusimos en marcha. En primer lugar, dimos las gracias al que todo lo puede, al Creador, y a nuestro Amado Divino Jesús:

- "Jesús mío, ¡no me dejes ni un solo momento! ¿Qué haría yo sin Ti? ¡Sin Ti nada sería!... ¡Todo lo hago por Vos! Mi Señor, me entrego en cuerpo y alma para servir a los demás. ¡Que me falte todo pero que no me faltes Tú!... ¡Nada somos sin nadie!"

La unión nos hizo crear más fuerza; la felicidad nos unió cada día más. Todo fue conseguido en unos pocos tiempos con esfuerzo y buena voluntad. Tan intensa era nuestra fe hacia lo grandioso, que las tres vimos una inmensa luz y en esa luz... una estructura blanca, ¡brillante como el Sol!

- ¡Mirad hijas mías!... ¡Esta es la Luz de Dios que nos ilumina, y el Señor nos va dando paso!

En esos momentos las tres rompimos en sollozos de lágrimas vivas...

Hemos de empezar a dar a mis niños lo prometido, y decirles a los pueblos cercanos de esta región la Verdad de Dios. ¡Hemos de educarles con la antorcha de la Verdad!

¡Que sepan el destino de la Vida y el glorioso fin que nunca podrá acabar! ¡Que sepan que Dios es Inteligencia Suprema! ¡Que es Amor! ¡Luz! ¡Energía Eterna! ¡Que sepan que es Padre Universal de todos los seres! ¡Que somos hijos de una Madre: la Tierra, y de un solo Padre Eterno Hacedor! ¡Sigamos la marcha mientras las fuerzas aguanten!

"Señor, Señor... ¡seas siempre entre nosotros, y que la Justicia Divina y Nuestro Padre Creador se apiade de todos sus hijos y pueda perdonarnos de todo aquello que se haga en contra de su santa voluntad! Esperamos Tu Divina Protección en todas nuestras Obras que se puedan realizar en este nuevo día. ¡Que sea todo para agradecer a Nuestro Padre y buen Jesús! Todo sea por Vos, mi Señor."

El tiempo corre, corre que vuela como vuelan mis bellas flores. ¡Que perfume suelen desprender! ¡Es inconfundible el aroma que nos suelen entregar! Pasan las horas, los días y el tiempo nos va sonriendo. Nos felicitan con palabras sinceras y cariñosas por nuestras formas de actuar, por nuestras formas de obrar entregándonos por completo hacia los demás; y entre esas palabras dulces y amables, nuestro reverendo padre compañero de nuestros trabajos, nos admira por nuestra forma de colaborar y al mismo tiempo nos comunica de esta

forma:

- Mi reverenda Madre, cuánto siento decir estas palabras que de mí vais a escuchar. Son palabras que nunca hubiese querido decir por el gran cariño y aprecio que siento por vosotras, y me veo obligado y forzado por las autoridades nuestras a obedecer a nuestros superiores, y para mí, es muy desagradable. Se trata de vuestra presencia en este humilde y bello pueblo. Parece ser que os necesitan y os reclaman a las tres. Vais destinadas al mismo lugar que acabáis de dejar. Al parecer, aquello marcha bastante mal desde que vuestra presencia falta en el convento.

Las tres quedamos muy desconcertadas. Nos miramos las unas a las otras. No podríamos nunca pensar que después de lo ocurrido volvieran a reclamarnos de nuevo otra vez, sobre todo a una servidora.

- No cabe la menor duda que debe haber algún error. Pienso...que será a vosotras dos a quien manden llamar, y seréis las que tengáis que volver. Esto es cosa del Padre Santo. Esto lo hemos de aclarar antes de dar un mal paso.

- ¡No mi reverenda Madre..., no existe ningún error! ¡Así me lo acaban de comunicar! ¡Estas son las últimas noticias!

- No comprendo nada de todo cuanto está ocurriendo. No hace tantos tiempos, el Reverendo Santo Padre fue quien me ordenó dejara el convento lo más pronto posible. Yo más bien diría que me lo ordenó con mucha urgencia... ¡y con la misma urgencia nos manda llamar!

El padre nos vuelve a hablar de nuevo y nos dice:

- Parece ser que el Santo Padre ha salido de dicho convento para no volver. Ha sido destinado a otro nuevo centro con intenciones de no volver, y vuestras hermanas, al enterarse de su marcha han sido las que han formado una nueva asamblea. Todas ellas han firmado un documento reclamando vuestra grata presencia ya que se encuentran solas; están como ovejas sin pastor.

- Mi honorable padre, comprendo en la situación que se encuentran y lamento todo lo ocurrido, pero yo expongo, padre, que si las cosas no van bien como se dice, ¿cómo se le ha ocurrido al Santo Padre abandonar a sus siervas y su trabajo, sin antes haber dejado a otro ocupando su puesto? Dadas las circunstancias, una servidora no puede obrar de la misma manera que ha obrado el. Mis sentimientos son otros. Sintiéndolo mucho...¡no puedo dejar todos mis proyectos en el aire! ¡sería ir en contra del Señor!

¡El quiere que sirvamos al necesitado! ¡Hemos de ayudar a los demás sin esperar ningún galardón! Si nosotras ahora dejáramos todos nuestros trabajos sin haberlos cumplido... ¡serían unos tiempos perdidos! ¡Mis proyectos no pueden quedar a medias! Cuando se haya realizado y terminado todo lo que prometimos...entonces prometemos salir pese a mi pobre corazón! ¡No podemos dejar a nuestros niños con la palabra sin cumplir de todo aquello que

un día les ofrecimos! –sus escuelas con sus accesorios más necesarios, al igual que al padre párroco, anciano de dicho pueblo que ya hemos mencionado. ¿Qué podrían pensar de nosotras, si ahora nos marcháramos después de prometerles todo lo que les ofrecimos a unos y a otros? Dirían que somos unas informales, incumplidoras, de poca seriedad. Eso no va con nosotras. ¡No es de nuestro agrado!. Hemos de seguir adelante terminando todas nuestras promesas pase lo que pase, venga lo que venga.

En estos mismos momentos, sin pérdida de tiempo, cogeré mi pluma y papel y escribiré a quien corresponda exponiendo el caso y la situación en la que nos encontramos. Tengan el honor de concedernos unos cuantos días más para ver realizados todos nuestros trabajos, agradeciéndoles siempre su bondadosa aceptación. Después, podrán disponer de nosotras para todo cuanto gusten. ¡Sea siempre para agradecer a nuestro Señor Jesucristo! ¡El será quien nos pueda dirigir! ¡Quien nos pueda mandar y nosotras en su obedecer!.

Las ayudas iban llegando paulatinamente; era preciso y necesario adelantar todos nuestros trabajos, trabajar horas con el mínimo descanso.

Debido al poco tiempo de que disponíamos nos pusimos en marcha con dirección al hospital; nuestras hermanas nos ofrecieron un préstamo, que nos entregaron para adelantar nuestros trabajos. Fueron muy gentiles en ofrecernos toda clase de ayuda que estaba a su alcance, aunque esas ayudas serían devueltas en breve tiempo ya que no disponían de muchos recursos, sino de una pequeña cantidad poco elevada. El hospital siempre debe de tener unos fondos en reserva; nunca se sabe lo que se va a necesitar para ayudar a los enfermos.

Todo ocurrió tan deprisa, que no nos quedó otro remedio que abreviar nuestros trabajos para poder estar disponibles y coger otro nuevo rumbo. Las tres caminábamos de un sitio para otro dedicándonos por completo a nuestros trabajos sin saber cómo iban a acabar. Como ya dije anteriormente, sabemos cómo se empieza, pero nunca cómo se termina.

El reverendo padre compañero nuestro de trabajo, un excelente sacerdote noble y generoso, se ofreció marchar a nuestro anterior convento y ocupar de momento el puesto del Santo Padre en lo que terminábamos de cumplir y finalizar las obras que estaban por realizarse. Tanto el como nosotras estábamos esperando nuevas ordenes de nuestros superiores que son quienes las exponían, y nosotras, como siervas del Señor nos limitábamos a cumplir con honor, humildad y educación.

Mucho sentiríamos dejar estas humildes familias y estos bellos pueblos que son un verdadero paraíso, pero hemos de seguir siempre adelante en nuestro camino entregando siempre el bien y la Verdad a todos aquellos que tan faltos están de saberla.

El Amor es, lo que más dulcifica el alma, cuando te encuentras con tanta

aspereza humana.

* * * * *

Capítulo II

Otra jornada más que ya estaba a la vista. Ha pasado el tiempo necesario y todos nuestros trabajos se han cumplido. Todo cuanto ofrecimos ha quedado realizado; hemos cumplido con todo lo que al pueblo ofrecimos. Los niños disfrutaban de sus escuelas, de sus pupitres, sus deseos han quedado realizados. También hemos conseguido sustituir al párroco anciano, no podía cumplir sus duras tareas por el peso de los años; él se encargaba de ir por los pueblos más cercanos; ha vuelto a recuperar su alegría. Ahora tienen un nuevo párroco.

Nuestra misión quedó cumplida; hemos de seguir el camino pues es mucho lo que nos queda por hacer. Hemos de levantar los pueblos cercanos de esta bella ciudad de Norte a Sur y de Sur a Norte en lo que recibamos nuevas ordenes de nuestros superiores. Hemos de restaurar el viejo convento y dar vida a la pequeña ermita que se encuentra cerrada por estar en ruinas, pues nuestro párroco anciano no se encontraba con suficientes fuerzas para dedicarse a estos trabajos.

Las familias del pueblo se encuentran muy contentas; han formado una asamblea y a esa asamblea se han unido los pueblecitos más cercanos para hacernos saber que nuestra llegada al pueblo sea permanente y no estable. El pueblo no conoce las normas nuestras y no saben que no depende de nosotras el poder establecernos de fijo en estos lugares. Esto no lo comprende el pueblo; seguir aquí sería un tiempo perdido para nosotras. Nuestro trabajo es ir caminando de un sitio para otro y se haga siempre la voluntad de Dios. Aquí hemos hecho lo que debíamos de hacer; hay otras necesidades en otros lugares que hemos de sacar adelante; aquí no podemos continuar por mucho tiempo; los sanos no necesitan médico y estos pueblos ya fueron sanados. Sin Ti, mi buen Jesús, ¡qué podríamos hacer! ¡Tú siempre el primero! ¡El que conduce por los caminos y nos guías para poder pisar con pies seguros y nadie caigamos en el cenagal! ¡Mandad mi Señor, mandad cuanto queráis hacer de mí! ¡Donde Tú me indiques, ahí estará tu esclava siempre a tus pies!

Al terminar las tareas y cumplir con nuestras obligaciones del nuevo día, en mi tiempo libre del poco que dispongo lo dedico a mis oraciones, y en mi meditación acostumbrada le expongo a mi Divino Jesús tantas cosas... Entre ellas, le pido una vez más me vuelva a perdonar; presiento cosas poco agradables y no quisiera volver a tropezar de nuevo en la misma piedra. Me temo que voy a caer de nuevo en manos de nuestro honorable Padre Santo, el que tanto nos pudo humillar escondiendo la Verdad predicando frases, palabras que no merecen sean dichas. Son palabras que van en contra de la Verdad de Dios y va equivocando a todos los feligreses. El estar junto a él sería una lucha constante y eso se podría evitar; sería mejor prescindir de estar junto a él. El

sería el escuchado y nosotras con él...no seríamos nada. Yo no podría callar y expondría la Verdad que está por encima de todas las cosas.

En uno de sus sermones, mandó a todos sus feligreses fuesen confesados para quedar limpios de pecado, y que al final de la confesión...¡todos serían perdonados y podrían entrar en el Reino de los Cielos! ¿Cómo podía predicar semejantes palabras?...¡Temo caer de nuevo en sus garras! ¿Dónde se encontrará nuestro honorable Padre? Si él tenía intenciones de marcharse para no volver...¡no comprendo por qué ese interés y esas prisas de que yo saliera con tanta urgencia para después dejar abandonado su sitio adecuado sin haber dejado a otra persona al frente de sus trabajos!

Lo que más me preocupa a mí...¡es la sensación que siento en mi vivir! ¡es como si otra vez nos fuéramos a encontrar! Si así fuera...¡Señor mío, ¿cómo íbamos a intercambiar palabras, si no son dignas de ser escuchadas? ¿Cómo nos iban a creer a los unos y a los otros, si las palabras nuestras son distintas a las que ellos predicán de una forma y nosotras conferenciamos de otra? ¡Esto Señor mío es confundir a la humanidad! ¡Costará muchos tiempos en ver las cosas con más claridad!

Son tiempos perdidos. Así es como van vertiendo la semilla, ¡semilla que nunca podrá fructificar!

Con qué impaciencia deseaba llegara la hora de mis sueños para ver qué decisiones debía de tomar y qué camino coger. Llegó el momento, pero mis sueños no fueron muy lúcidos; fueron poco agradables y no saqué conclusiones claras al tratarse de unas visiones que causaban espanto. No les di importancia alguna ni valor, pero sí al siguiente día porque a la misma hora aproximadamente, otra vez se repite la misma escena y con más claridad. Eran seres humanos que en sus caras reflejaban todas sus fechorías, todas las maldades de su pasado. Pensé entre sí: -¡Cuánto daño y dolor habréis dado en la vida a vuestros propios hermanos para encontraros de esas formas!

Y entre sueños y desvelos oigo una voz que me dice:

- "Estas caras son de tiempos de muy atrás, reflejado en ellos todo el mal que hicieron en esos momentos".

Pensé: -Hemos de dar luz a estos hermanos; hemos de ayudarles de nuevo.

La misma voz me dice:

- "¿Quién es el que en este mundo no ha sido humillado? Tú sigue; vierte la Verdad que llevas dentro de ti misma; predica la Verdad. El que quiera oír que oiga, y el que no la quiera escuchar que no la escuche. Sigue tu camino, enfréntate a las fieras y nada temas de ellas. Ellos siempre serán los perjudicados; después se volverán mansas. Ayuda al prójimo y te ayudará a ti misma."

- "Cierto es que te vas a encontrar con el Reverendo Padre; si hoy es

agravio, deja las aguas correr; sigue caminando, que lo agravio suele madurar, y los frutos tarde o temprano dulces se harán”.

La voz seguía y sentía algo muy especial; era una voz bajita pero potente a la vez.

Me decía:

- “No me seas cruel; nunca maldigas nada de todo cuanto se te cruce en el camino. Usa de tus mismas palabras pero con otro tono. Sean dichas con humildad. Acostúmbrate a perdonar al amigo y al enemigo como tú fuiste perdonada. Camina, y por donde pises, corrige la falta donde la veas; para eso estás de un lugar a otro. Sigue y enseña a tus semejantes. Si has sido humillada, anteriormente tú fuiste la primera en humillar. Ayuda a los necesitados; emplea tus manos donde veas dolor. Donde veas enfermos ellos serán sanados. No malgastes el tiempo en los que están sanos, ellos no necesitan médicos. Aquel que contradiga la Verdad del Padre les pesará. La soberbia obscurece, y la luz ilumina a los humildes.”

¡Bendito seas siempre mi buen Jesús! ¡Perdóname de nuevo otra vez! ¡Seré tu esclava!... ¡Siempre cumpliré tus mandatos por muy dura que sea la batalla, lo prometo! ¡Pase lo que pase, venga lo que venga...tu esclava, cumplidora de todo cuanto Vos mi Señor mande hacer de mí! ¡Que me falte todo, pero no me faltes Tú!

Yo que me consideraba perfecta, ¡gozosa, pensando en mi perfección...creía hacer las cosas bien y no era así! Mi actitud necesitaba enriquecerla con palabras más amorosas, dichas con más humildad, recibiendo y escuchando todo cuanto me viniera y demostrando siempre la Verdad como Nuestro Jesús nos lo enseñó siempre con la humildad por delante.

A pesar de todo cuanto escuché me sentí más confortada, más fortalecida escuchando palabras tan valiosas, tan amorosas. ¡Qué bellas lecciones dadas con tanta delicadeza! ¡Sólo con escucharte aprenderemos a mejor comportarnos mi Jesús Celestial! Sé que es mucho lo que nos falta por aprender, y que es muy duro el poder llegar a donde Tú estás. ¡Tú eres todo Luz! ¡Eres todo Amor! ¡Eres único Corregidor de ir logrando y entregándonos la Paz! Al lobo lo conviertes en cordero. Lo feo lo vuelves hermoso...Tú, que te entregaste al dolor para que todos tus hermanos vivan en la paz de todo el Universo. ¡Gracias a Ti, podemos subir paso a paso con esfuerzo, dolor y trabajo!

Continuando las tareas que me fueron puestas al frente del camino, dedicando muchas horas fuera de mi techo habitual visitando a los enfermos, ayudando a los necesitados, nuestro gozo y alegría iba creciendo cada día más cuando veíamos a los pobres contentos de poder llevarse a la boca su trocito de pan.

De todo íbamos encontrando en nuestros pasos. Tristeza y dolor sentían

nuestros propios corazones cuando entrábamos en el hospital de otra bella ciudad, como antes pude mencionar, de Norte a Sur y de Sur a Norte.

Se veían enfermos que estaban tan deprimidos, que no querían seguir viviendo. Cuando entrábamos a hacer las visitas, se tapaban las caras para no ser vistos. El primer paciente que visitamos fue a una madre con dos hijos de corta edad; la pobre enferma estaba en un grito. Me acerqué a su cama, descubrí su rostro que escondía para no ser visto. La dimos unas palabras de consuelo y esperanza.

- ¿Tú quieres ser curada, y marcharte a tu casa con tus hijos y familia?

Me contestó:

- Eso es imposible el que yo pueda volver a mi casa; todo lo tengo perdido; sólo aspiro a morir. Los medicamentos no me sirven para nada; no hay nada que exista para calmar mi mal, mi dolor. La única esperanza que tenía era que Dios se hubiera apiadado de mí y hubiese hecho un milagro, pero las cosas se van poniendo de mal en peor.

- Yo te garantizo que el medicamento que yo te traigo te va a hacer desaparecer los dolores, y en poco tiempo quedarás curada. Te marcharás a tu casa con tu familia; eres joven y te necesitan. ¿Tú te has parado alguna vez a pensar, a quién le debemos la vida? ¿Le has pedido al Dios creador y a Nuestro Señor Jesucristo que te ayuden a calmar el dolor?

- Yo no le he pedido a Dios ni a Jesucristo ayuda. ¿Cómo se la voy a pedir si somos muchos y no puede estar en todos?... ¡Es imposible que pueda apiadarse de todos nosotros!

- Mírame a la cara y escucha todo lo que te voy a decir: De ahora en adelante y en estos mismos momentos, vamos a pensar las dos en una misma cosa. No te hace falta que lo pidas a gritos; no te hace falta ni mover tus labios; sólo te pido, que tu pensamiento sea puesto en el Padre Nuestro que le llevamos dentro de cada ser, y en Nuestro Divino Jesucristo. A las dos nos va a escuchar. ¡Pidamos con tu pensamiento unido al mío que seas curada! ¡Pídeselo con amor!... ¡con fervor!

La puse mis manos y fue muy alarmante; pensé que llegó su último suspiro, su final de esta vida que estaba padeciendo. Quedó sin pulsación, sin respiración... ¡Señor mío!... ¡qué es lo que pasa!... ¡qué ocurre! No sabía qué hacer ni a quién llamar; no tenía fuerzas ni para dar un paso ni ganas de curar a nadie más... ¿cómo puede ser esto?.

Así estuve unos quince minutos aproximadamente. Veo empieza a mover sus ojos y sus labios a pronunciar palabras, palabras que no fui capaz de entenderlas. Al parecer, según las enfermeras, hacía varios días que habían aumentado sus dolores y no descansaba ni en el día ni en la noche. Al quedarse curada del dolor, desfalleció y quedó profundamente dormida, y al estar tan

débil...le falló la pulsación y su organismo quedó paralizado.

No pudimos hablar con ella en dos días, estaba como muerta, agotada. Ese día mandé avisar a mi casa que no me esperaran, que iba a pasar la noche en el hospital. No podía dejar a la paciente en tan grave estado.

A la mañana siguiente se presentaron mis dos florecillas; así las podía llamar. Eran igual que dos rosas; siempre estaban dispuestas a servir y obedecer. Nos acercamos a ver a la mencionada enferma.

Cuando nos vio entrar hizo un esfuerzo supremo; era como una lucha entre la vida y la muerte. Sus ojos se reanimaron y se llenaron de lágrimas, se fijaron en mí y me decía:

- ¡Qué buena sois!... ¡qué valiosas son sus manos!...

Creía que se volvía loca de alegría cuando vio de nuevo a sus dos hijos. Después me dice:

- ¿Quién sois, dulce Madre, que estaba muerta y me habéis dado la vida?

- Ya sabes a quién tienes que dar las gracias: -A Dios-Padre y al Dios Hijo. ¡A ellos les debemos todo! ¡La vida y todo cuanto nos rodea!

- ¡Jamás olvidaré todo cuanto habéis hecho por mí...¿Cómo podría pagar esto?...¡Es como un regalo caído del cielo!...¡No tengo nada que ofreceros!..

- El Señor nada pide, ¡sólo quiere que nos amemos los unos a los otros!

- Y a Vos, dulce Madre querida, nunca os olvidaré, ¡nunca dejaré de quereos porque Vos sois algo celeste por vuestros dones especiales que Dios os ha podido entregar!

Así es como obra Nuestro Divino Jesús; así es como calma el dolor y cura a los enfermos. Mis manos sólo servían como intermediarias; ¡es su fuerza y su poder lo que todo lo pueden! ¡Yo qué podría hacer sin El! ¡Nada! Siempre le diré: ¡Jesús mío, que me falte todo...pero no me faltes Tú! ¡Quien está en Ti...nada, nada le podrá faltar!

Aquel día fue un día grandioso, ver a una pobre mujer gravemente enferma totalmente recuperada.

Las voces se fueron corriendo por todas partes, y fuimos sometidas a una serie de preguntas por nuestros valores entregados a los demás respondiendo siempre con humildad y cariñosidad.

Volvimos a nuestro sitio habitual dispuestas a descansar para salir a las primeras horas de la mañana siguiente como siempre. El sueño se apoderó de nosotras, y en mi sueño me encuentro con mi honorable Padre Santo. Su espíritu me sigue y me dice: -Reverenda Madre, vengo a Vos porque os necesito; he cometido un gran error; en cambio, Vos cumplís como lo manda la Santa Madre Iglesia y vais por los caminos correteando entregándoos a los demás, dando de comer al hambriento y visitando a los enfermos. Habéis curado enfermos; habéis salvado muchas vidas. Espero no me guardéis rencor y podáis salvar la

mía.

Al despertar comprendí que era un simple sueño. Salí como de costumbre y oí un gran murmullo. Vi grandes aglomeraciones de gentes esperando en la sala de espera del hospital. Estaban esperando con impaciencia mi llegada.

“¡Señor mío!...¿cómo podré decirles a estas pobres gentes que no me sentía segura de mis curaciones, si tenía mis dudas en mí misma? ¿Qué hacer, si soy una irresponsable?...¿qué sería de mí?...¡pronto me castigarían y me encontraría entre rejas! ¿Qué podría hacer para que nadie se molestase?...¡Estoy en una encrucijada! ¡Sin Ti Señor...nada soy! ¡nada puedo hacer!. Dirán que soy una impostora, y si me niego...también caeré en falta! ¡Con lo bien que me encontraba después de aquella curación! ¡Qué feliz me encontraba!"

¡Qué ven mis ojos! ¡Dios mío, si es el Padre Santo! ¡El que tanto me insistía que fuera a confesarme con él! – que como antes dije, me confesé a él por respeto y obediencia al ser un ser superior a nosotras.

No me inmuté; le recibí con la mayor serenidad. Habían desaparecido mis temores. La curación de la madre de dos niños me había devuelto mis energías. Me halagaba mucho el Padre Santo. Se sorprendió de mi tranquilidad porque me dijo con ironía como siempre:

- Os sienta bien el mucho trabajo que os hacéis a diario. Sois como una niña corretona de acá para allá.

- Sí, es cierto que soy una corretona, o como Vos me queráis llamar. ¡Me gusta trabajar! ¡Todos debemos trabajar! No debemos conformarnos con mirar.

- Hace mucho que no confesáis.

- Os equivocáis Padre; he confesado hace bien poco.

- ¿Quién es el sacerdote que ha ocupado mi puesto? ¡El Delegado me nombró vuestro confesor!

- Padre Santo, mi confesor está por encima de todos los delegados y por encima de todos los sacerdotes.

- ¿Y quién es ese tan poderoso?

- Es Dios. Con El me confieso todos los días y siempre me perdona.

- ¿Y cómo sabéis que siempre os perdona?

- Porque cuando me despierto y veo el Sol...comprendo, que al que ve la Luz de El, Dios le perdona todas sus culpas.

- ¡Está bien lo que decís, pero olvidaros de las alturas; todo eso es fantasía y sueños! ¡Una mujer debe confesarse con su sacerdote!

- ¡Muy bien, escuchadme! –Una madre con dos hijos se estaba muriendo; parecía una muerta y yo le devolví la vida con la imposición de mis manos y mi buena voluntad.

- ¡Sé muy bien que vais de corretona por los hospitales y hacéis curaciones! ¡Ese es uno de vuestros pecados! ¿No sabéis que esas curaciones son cosas del diablo?

- ¡No mi Santo Padre! ¡El diablo nunca podrá consolar el dolor de una madre desesperada! ¡No puede dar luz lo que lleva en el la sombra! ¡Mis obras son buenas! ¡Yo les doy el consuelo!...

- ¡Bien! ¡Levanto la acusación que lleváis en Vos!

- Yo creo Padre Santo que estáis enfermo y os voy a curar. Anteriormente, cuando estábamos en el mismo convento unidos en nuestros trabajos y obligaciones...os creía un enemigo implacable al servicio de unos cuantos más implacables aún y os consideraba enemigo. Hoy...no lo creo así. Estáis muy enfermo y necesitáis la curación de vuestra alma; curación que espero conseguir para el bien de la verdadera religión.

Aquella vez ya no fue como la primera; volví a mi lecho habitual pensando en lo ocurrido con el Padre Santo; me encontraba más tranquila y tan metida en mi pensamiento, que hablaba conmigo misma:

El Padre Santo anteriormente fue mi confesor, le vi muy cobarde. ¿No ves cómo te calmas? ¡Todo se allana! ¿Qué es lo que representa ese hombre para mí? ¡Sí, él es un gigante por su alta jerarquía y...¿qué es un gigante, ante una gran fuente de buenos sentimientos? Ese hombre tan respetado por todas las clases sociales, es igual a una armadura hueca, ¡un gigante sabio que no tiene sentimientos! ¡es como una flor sin aroma!

Sin dialogar y sin comentario alguno por mi parte, no me hizo falta preguntarle por qué se marchó y por qué me hizo salir; él mismo demostró su cobardía.

Al llegar a mi casa lo único que deseaba era estar sola, ausente de todos. Cuando les hablaba de mis experiencias y de mis curaciones hacían oídos sordos; no daban ningún valor a lo que tanto valor tiene. Me creían incapaz de hacer algo útil, sobre todo los míos. Parte de mi familia carnal no valoraban mis obras ni mis sentimientos hacia los demás. ¿Con quién podía confiar, si todo estaba vacío?

Me entregué por completo a mis diálogos y les ofrecí mi confianza a mis florecillas; eran las que más ponían atención a todos mis trabajos.

“Señor mío, ¡por qué este tormento tan fiero!...¡Que duro es decir la Verdad de Dios y que no te pongan atención! Señor, a veces pienso que no sé vivir en la sociedad. ¡Vivo sin vivir en mí!...”

Comencé a hacer unos trabajos escribiendo sobre mí, sobre mis sentimientos hacia los demás, comentando todos mis hechos que fueron muy útiles para los pobres niños, ancianos y enfermos. Eso fue lo que enriqueció mi edición.

¿Qué fue de mi primer libro? –De mi primera edición han vivido muchos, sobre todo los editores que fueron quienes guardaron ciertos escritos para

ocasiones propicias. De mi primer libro hicieron dos. La primera parte la declararon toda cierta; la segunda dudosa y me la rechazaron por espuria, porque no tenía sentido y carecía de vida. ¡Hay muchas cosas escritas que no son escritos míos! Se dice que las canciones y escritos de la Santa Teresa ya están perdidos. Aquellos que los hicieron desaparecer hace siglos... volverán a leer todo lo que ellos pensaban que no volvería a nacer para que sepan que nada se pierde, ¡que todo nace y renace! Recordarán de todos sus furores; leerán la gracia, ¡el ingenio puro y limpio como una flor del campo!

Se dice que no fueron tantos los escritos ni tan excelsos como se supone, pero piensen, sean pocos o sean muchos, merecen ser escritos, ¡nacidos de nuevo otra vez!

Dejemos esto y volvamos a la imagen del huerto, ¡a lo divino del huerto del Señor! El también cultivó árboles de frutos de dulzura...y flores...y muchas hierbas de aroma celestial. Allí se cultivan y florecen las azucenas, lirios y rosas encendidas y otras más plantas de olor... ¡pero son azucenas del campo!... ¡los lirios de los valles!... ¡las rosas de entre espinas! -no las que están cultivadas en los jardines con substancias impuras, con aguas que no son de fuentes cristalinas y puras...

Siempre fui muy amiga del campo, de las flores y de las hierbas sencillas y olorosas con ese perfume que ensancha los corazones. Así son las flores que yo siempre he preferido: sean flores sencillas, flores humildes que crecen y nacen y dan fruto sólo con el rocío del cielo, sólo con los rayos del Sol.

También en este huerto que fundó vuestra hermana Teresa nacen florecillas humildes llenas de encanto y perfume celestial. También mis florecillas fueron despreciadas de los sabios del mundo, y más las del Carmelo. Decían que sus escritos encerraban palabras muy toscas. También las florecillas Franciscanas fueron mucho tiempo despreciadas por un catedrático de Madrid, hasta que un día descubrieron en ellas tesoros de una infinita belleza y ternura humana. ¡Son un manojito de flores del campo sencillas, algo monótonas en sus colores y formas pero de un aroma tan puro... que encantan y enamoran!

Mi corazón, siempre cargado de maternidad espiritual... me hace pensar siempre en mis florecillas. Soy como una Madre tiernísima y amante; soy como un ave del Evangelio; quisiera tener siempre bajo mis alas a mis queridos polluelos.

* * * * *

Capítulo III

La Cruz de Cristo siempre hemos de llevarla consigo mismo. No sólo hemos de conformarnos con verla en los altares como símbolos de amor de Dios.

La cruz estaba en cada una de las habitaciones de mis hijas Carmelitanas; una cruz grande de madera de tamaño natural. Ellas no querían otros adornos que una hermosa cruz para cuando al despertar, siempre fuera lo primero que sus ojos vieran: -la cruz de Cristo-, ¡la compañera inseparable del corazón y la amiga entrañable de sus almas!

Recordaré siempre de esto:

Hace muchos años, cuando por vez primera entré en una de estas habitaciones Carmelitanas, la cruz me impresionó tan vivamente, que tardó muchos años en que se me borrara de la imaginación.

Ahí fue donde comprendí y aprendí muchas cosas y también las pude ver, y entre ellas... fue donde comprendí todas las “nadas” de San Juan de la Cruz. Fue como un rayo de luz misterioso que me esclareció todas mis confusiones. ¡Nunca pensé que en un convento existieran tantas controversias!

Siempre dediqué y celebré con gran devoción las fiestas que la iglesia dedicaba a la cruz. Esta fue la primera, la de su Invención el tres de Mayo, después la de su Exaltación, el catorce del mes de Septiembre, y la movable que se identifica con la Redención del Salvador.

Estas fiestas que siempre se han celebrado desde muy antiguos tiempos, por entonces se celebraba en toda España. Sobre todo en el mes de Mayo era cuando se levantaban altares de bellas flores, y las cruces, también hechas de flores en todas las plazas públicas. Fiestas que aún se siguen celebrando especialmente para los niños y jóvenes.

Estos festivales no les olvido, los recuerdo desde que yo era muy niña dedicando mis oraciones dichas con silencio, y con mis manos cruzadas frente a la cruz así le decía:

- Cruz, eres el descanso de mi vida.

Sufrí mucho corporalmente toda una vida, pero mucho más sufrí espiritualmente siendo una victima de amor ofrecida constantemente a la cruz, ¡a Ti Señor!

Duro me fue para descansar de dolores, de martirios, de persecución, de angustias, pero cuando hay fe y amor en el corazón a Jesús y hay deseos de asemejarse a El... francamente, la cruz es el único lecho de descanso para el alma. Bástame con mirar a la cruz, abrazarme a ella con amor para sentirme transformada, ¡rehecha de valor y fortaleza!

Mi mayor dificultad era mi falta de expresión y perfección literaria; pero yo no había estudiado retórica como San Juan de la Cruz que guardaba consigo las leyes; yo...guardaba las mías. Todos se extrañaban de que una Madre muy devota al Señor, escribiera palabras tan llenas de amor, tan profundas y con tanta sencillez...que incluso yo misma me admiraba.

Fueron leídos todos mis escritos por catedráticos y hombres de leyes; dudaban de mí por la riqueza que encerraban. Me decían:

- ¿De dónde sacáis todo esto y dónde lo habéis aprendido? ¡Hay ciertas palabras...que sí, pueden valer, pero hay otras...que más vale que las escondáis donde nadie las pueda ver! ¡Eso merece un castigo severo! ¡No volváis a escribir, estáis embrujada y necesitáis dejar los hábitos por un cierto tiempo!

- ¡Salid de aquí provisionalmente; cuando estéis curada regresaréis de nuevo!

- ¿Qué enfermedad es la que me diagnosticáis Padre?

- ¡La de ver cosas que no existen! ¡Son alucinaciones imaginarias...y esto no se debe comentar! ¡Hemos de tenerlo oculto por el bien de todos! Las hermanas dicen que os oyen hablar desde sus celdas; ¡que habláis sola, y están asustadas! Antes que las cosas se compliquen lo mejor es ausentaros. ¿Tenéis algo que decir al respecto?

- Sí Padre. En vuestras oraciones y rezos que hacéis a diario, y supongo que pediréis a Nuestro Jesús sea la paz en la Tierra; y si Vos, Padre, oyeseis la voz de Nuestro Jesús y fuese visto a la luz de vuestros ojos y os respondiera “Ama a Dios por encima de todas las cosas, al prójimo como a ti mismo y no levantes falsos testimonios”...¿cómo os sentiríais al ver la luz de Cristo diciendo tan bellas verdades, y diciendo palabras tan a lo divino?

- ¡Estáis obsesionada con la luz de Cristo!...¡No puede venir ni El ni su luz a una pecadora que no cumple con las Leyes de Dios ni las de sus superiores! ¡Hay almas muy limpias de pecado y no ven a Dios! ¡Y no vayáis publicando a vuestras hijas que veis a Cristo, seríais expulsada y encarcelada para el resto de vuestros días! ¡Marchad a vuestra casa, recuperad vuestra salud y cuando os hayáis recuperado...seréis bienvenida!

Obedeciendo con respeto y humildad las ordenes, salí con el alma destrozada. Al llegar a mi casa no tuve que exponer mi estado de vuelta; ¡ya estaban bien informados y qué clase de información! Qué les contarían que me recibieron friamente, como el que comete un grave delito.

¡Que sola me encontraba! No veía ninguna salida para que mi alma no sufriera. ¡Todo era tan humillante que sólo deseaba morir, porque sabía que al morir...sería para mí el vivir! Pero no podía desear ni pensar en humillar a mi Jesús. ¡Yo sabía que tenía mucho camino que recorrer! sólo me contentaba...¡que algún día llegaría a El!

Cuando me hallé recuperada de ninguna clase de enfermedad, volví al

convento. Las monjitas me recibieron con alegría y cariñosidad. Se celebró una gran fiesta y compuse unas coplillas espirituales para que cantaran las hermanas y se recrearan. Cuando se juntaron todas dijo una de ellas, la más antigua del convento:

-¿Para qué nos llamará la Madre Teresa?...¿para cantar?...¡No lo veo justo ni normal ¡Mejor sería que nos hubiese llamado para contemplar la figura de Cristo en vez de componer coplillas!

Oí su tono de voz lleno de ira. Volviéndome a ella y con rostro severo le di una buena represión; le dije que aquello no era efecto de contemplación, sino de resistir a la obediencia espiritual.

¡Cómo me humilló! Duramente me mandó después me recogiera en mi celda -que me era como una cárcel-, por indigna de gozar en la compañía de las obedientes y humildes hermanas.

Yo componía las coplas para recrear el corazón de mis hijas, ¡alentarlas en la vida y alegrarlas en las fiestas de las flores! ¡Me encantaba hacerlas vibrar y elevarlas a las alturas en alas de fe y amor a Dios!

Eran estas fiestas por entonces como lo son hoy, un acontecimiento familiar monástico de una gran alegría y satisfacción cuando se veía acrecentar el pequeño rebaño de Cristo que es toda comunidad. Mis ojos miraban estos actos con una especial ternura y alegría, porque toda mi reforma me había costado muchos disgustos y me estaban costando muchas contrariedades y persecuciones, pero al fin veía que el Señor bendecía todas mis obras y me las multiplicaba cada vez más con increíble pujanza. Por otra parte, eran aspiraciones conquistadas por mis creaciones, al ser algo mío en lo que tenía grandes esperanzas para mi nuevo vergel Carmelitano, pero no podía dedicarme a dar a todas mis monjitas de mis versos y coplillas una por una por ser grande el número que pasaban por mis manos. Ni aun a aquellas que fueron para mí mis mejores florecillas no les dediqué ninguna poesía, y las que hice...las hice con una gran discreción a algunas, pero de una forma general e impersonal para que sirviesen luego para todas las religiosas.

No quería hacer ninguna distinción a mis hijas para que no se sintieran celos unas de otras, aunque para mí, eran todas unas verdaderas florecillas del campo y las quería tanto y las daba tan gran valor...que las estimaba más que joyas preciosas. "Almas de Cristo"- las llamaba. En efecto, así eran: ¡El alma cristiana que sigue a Cristo y renuncia a todo lo que no es de Dios y se entrega a El en cuerpo y alma, sin otra reserva y por toda la eternidad!

"-Ser de Cristo...¡es entregarse totalmente a Él! ¡No querer ni desear otras cosas sino estar pendiente siempre de su voluntad! Pensando de continuo, buscando su honor y gloria...tarde o temprano la Justicia Divina se cumple al triunfar siempre el Poder Divino."

-Así hable conmigo misma, hasta que cansada de tanto pensar...me acosté y

me dormí. Quise dormir. Dormía mi materia, pero mi espíritu estaba más despierto que nunca y pensé en escribir. “¿Y para qué voy a escribir-pensé-si me lo van a destruir?”

Me desperté. ¡Qué alegría sentí ver de nuevo a mis flores!...¡Eran las flores del cielo!...¡Cómo me animaban, pero también me decían los vicios que hay dentro del convento!

-“No podrás hacer nada ni nada podrás corregir. Sal fuera del convento que hay muchos pobres sin pan y muchos enfermos que te esperan”. “Te has olvidado un poco de ellos y ellos te esperan”. “No pierdas el tiempo aquí dentro; esto te lo decimos por tu bien”.

Les di las gracias como siempre a mis flores y las obedecí de sus buenos consejos. Pasé al refectorio, allí se encontraban todas las monjas. Unas estaban como asustadas, otras...como flores marchitas. Aquello parecía como si algo grave ocurriera. Me dijo una de ellas,-la segunda madre superiora:

-¡Sabéis lo que estáis haciendo con vuestras diabluras? ¡Venid conmigo a la ceremonia religiosa, que nunca asistís a ella! ¡Que clase de monja sois que no acudís! ¡Nunca asistís a las misas!

-Yo no voy a los templos, me parecen tumbas. ¡Yo adoro a Dios de otra forma, le adoro en el Universo!

-¡Adoradle donde queráis, pero obedeced y venid conmigo!

-¡Os lo suplico!...

-Yo creo a veces que Dios os inspira, pero otras veces...¡os siento rara y es como si os inspirara y os acompañara el diablo!

-¡No es así!

-¡Sed sincera!

-¡No lo sé!...

Asistí a la misa. El capellán se extrañó mucho cuando me vio; el sabía que a misa nunca asistía.

-¿Vos aquí hermana? ¡Esto es como un milagro! ¿Qué milagro es este?

-¿También Vos pensáis que me domina el diablo? Decidme Padre,¿creéis que las buenas obras y socorrer a los débiles es obra del diablo?

-¡No, eso no!

-Pues bien; si he consolado al enfermo, si he socorrido al anciano, si he curado a una madre enferma casi muerta dándole la vida...con todo esto que hago, Vos Padre pensáis que soy poseída del diablo? Si Dios es todo amor...¡yo le sigo y practico su religión!

Yo os digo que no pienso como los demás. ¡Yo no veo a Cristo en la cruz! ¡Yo le veo grande, sublime, iluminado! Cuando veo su figura en la cruz, me causa horror y me digo: ¡Esto no es vida y Él es Vida! ¡Nadie debiera llevar en su pecho la cruz de Cristo con su figura clavada!...¡causa dolor! ¡Debieran llevar la cruz, pero no su imagen clavada! ¡El es Vida!

-Vos Madre estáis muy alto, y todos no estamos a vuestra altura.
- ¡Pues que miren, y así no hablarían tan mal de mí!
-Porque no entienden, y su altura hacia Cristo está por los suelos.
-¡Yo sé que me creen poseída, endiablada y que todos me odiáis!
-¡No os odian!...¡están recelosas y os envidian! ¡No temáis, pobres de ellos!
Quisiera estar con Vos más tiempo y más a menudo, así, cuando hablasen de vuestro estado saberles responder.

Me marché a mi celda, y en mi soledad me encontraba muy bien hablando como siempre conmigo misma:

-“He de demostrar que Cristo está conmigo; mis Obras lo explicarán y mis escritos”

Pero no podía escribir; mis manos me lo impedían y cuando mis manos se niegan...algo ocurre, algo va mal, hasta que una flor del cielo me dijo:

-“No corras tanto, vas muy deprisa y si escribes ahora será todo perdido. Espera, espera un poco más”.

¡Dios mío, tenía razón!...¡Yo intento ser buena y no lo soy! –Otra flor me decía:

-“Todo cuanto te digamos es por tu bien. Deja el convento y sal a la calle; te necesitan y te buscan, aquí dentro nada tienes que hacer”

* * * * *

Capítulo IV

Quiero tratar ahora de un punto que anda suelto. Le hemos dejado en el aire y es preciso volverle a recoger y atar. No se encuentra en ningún escrito; el editor lo rechazó de entre los escritos dudosos y nadie se volvió a preocupar. Y es que, esos escritos dudosos se quedaron con ellos, los copiaron y cambiaron alguna letrilla para añadirlos a su traducción española.

Como autor, hicieron un embrollo y no tardaron en ser compuestos por poetas de altura que trataban de los mismos temas. Aunque cobró altura y elegancia, aquí conservamos la estructura limpia y pura sin ningún embrollo.

Al incorporarme a hacer mi repertorio carmelitano, me encontré con varios escritos poéticos de estilo y forma a los míos, pero los sacaron a la calle con otro autor y cambiaron algunas letrillas; para ellos, era preciso imitar. ¡No acerté a comprender por qué me lo rechazaron como escrito y coplilla dudosa...y luego fue cuando cobró altura y elegancia!

Se descomponían cuando leían mis escritos, y decían que sólo merecía frases durísimas y palabras de desprecio mereciendo una condena tajante:

-¡Son coplas tan estrafalarias, de conceptos tan bajos y palabras tan toscas...que, son coplas sin sentido ni argumento! ¡Quizás Vos, Madre Teresa, las cantaréis con vuestras monjas por ser tan vulgares!

Y de ahí vienen los copiantes de mis versos y de mis escritos. El conjunto fue siempre mío y nunca fue indigno nada de lo que mi pluma escribía; lo que hacía falta era tener ojos y corazón sensible para ver y sentir ese perfume, ¡ese hálito de flores, pero de flores del campo un poco agreste, penetrable, pero saludable y balsámico que conforta los sentidos y el alma! Y el que tanto admiraba mis composiciones, le faltaba vista para ver latir mi corazón de mis versos sencillos; que todo me lo rechazaban y después...lo sacaban como compositores para llevarse los honores, los aplausos.

Aquella vez sí que pude enfermar. Como me faltaban las fuerzas y la fiebre se apoderó de mí, aquella vez sí que me mandaron a casa. Estaba enferma y me buscaron un sacerdote; según decían en mi casa, era lo que necesitaba.

¡Que equivocados estaban! ¿Para qué quería yo un sacerdote en mi casa?¿para enfermar también mi alma? ¿para confesarme y decirles que eran ellos los causantes? ¿los humilladores?... ¡Qué bueno Señor sería morir!...

--- --- --- --- ---

Una voz baja y potente a la vez, me dice:

-“Eres joven y vida tienes; ¡camina, lucha, que en la lucha vencerás!”

-¡Señor, yo adoro a Dios, pero de distinta manera a ellos; por eso algunos

piensan que me inspira el diablo! ¿Vosotras, hijas mías, pensáis que me inspira el diablo?

-¡No Madre, no podemos pensar en eso! Hay algo en Vos... ¡algo misterioso que os libra de todo mal! -Las demás, daban la señal de aprobación.

-Quiero en vosotras que miréis al cielo; ¡nada de hipocresía ni odio! ¡Quiero paz y amor!

-Una de mis florecillas me dijo: -¡Cuánto os amo!...

-¡Bien! Pues ese amor... ¡quiero que sea repartido para todas vosotras, porque para mí sois una familia!

-¿Por qué Madre no os dejan libre, para que sigáis obrando de vuestras buenas acciones y podáis seguir consolando al triste y consolar a los enfermos? Si Vos, Madre nuestra, sois tan buena con todas nosotras... ¡el Señor también debe queeros mucho! ¡Está tan cerca de Vos como Vos de El!

-Vemos en Vos que no os cuidáis; sólo os preocupáis de los demás y de todas nosotras...

-¡No os alejéis de nosotras! ¡Es mucho el amor y el cariño que sentimos, y deseamos estar siempre a vuestro lado! ¡Nos decís tantas cosas... que sentimos al Señor estar junto a nosotras!

-¡No tenemos ese privilegio de verle, pero le sentimos en nosotras cuando nos habláis de El!... ¡Madre, decidnos cómo es El Vos que le veis, Vos que le oís hablar! ¡Sentimos vuestras súplicas y vuestros sollozos y eso es una verdadera alegría; qué dichosa sois!

-¡Contadnos Madre; ¿cómo son esas flores que se mantienen bellas y frescas, lozanas, si las flores necesitan luz y agua, y están entre rejas como si en una cárcel fuera?

-Mis flores no necesitan luz; ¡son ellas las que nos dan luz! Son flores del cielo y no necesitan agua. ¡Son ellas las que nos dan de beber y apagan nuestra sed! Son libres. Van y vienen, y cuando ven una flor que se entristece... sólo con sentir a Dios esa flor se restablece.

Obedeciendo a mis florecillas del cielo salí del convento con dirección al hospital. Mi corazón se engrandeció ver a las gentes que algo sentían por mí. Me besaban las manos como prueba de afecto y cariño. Al llegar al hospital una de las monjas se acerca y viene hacia mí; me dice:

-Reverenda Madre, todos los días viene un sacerdote a decir la misa y está interesado en veros; todos los días pregunta por Vos. ¿Queréis que le diga que os encontráis aquí, entre nosotras?

-¡Que alegría me dais hermana!... ¡claro que deseo el verle! Cuando termine la ceremonia me avisáis y saldré en su busca. -“Es el único capellán que me comprende y piensa en Dios de la misma forma que pienso yo sobre las Leyes del Padre Creador, y el fue el que me dijo que el se encargaría de saber

contestar a todas las monjas sobre mi forma de pensar por encontrarme tan alta de todas las demás”.

Me avisaron de que el Padre terminó la ceremonia y que me esperaba en el oratorio. Fui tan rápida como el rayo. Mi asombro fue inesperado, tan triste, que quedé muda y temblorosa. –“Señor mío, cómo no se me ocurrió pensar, que en vez de ser el capellán, podía estar dentro de lo posible lo que estaba ocurriendo? ¡Era el respetable y honorable Padre Santo como así todos le llamaban, quizá por su alto puesto de un gran jerarca, dominador de todas las comarcas. Por donde el pasaba, le iban haciendo grandes reverencias. Yo no se las hice nunca aunque mis respetos siempre iban por delante, pero incapaz de tergiversar mis Obras y sumarme a las de él. ¡Ese era su resentimiento que tenía hacia mí! Mis ventajas hacia él eran grandes y distintas a las anteriores al no convivir juntos bajo el mismo techo y no estar obligada a recibir sus órdenes. A mí me constaba saber que me seguía buscando; es como si algo en su interior buscara, cosa que jamás podrá encontrar mientras que perdure en el la ambición y el orgullo que le dominaba; pero su espíritu le veía y me seguía, y me decía: - ¡Ayudadme! –Yo le respondo: -Hago todo aquello que puedo para que os alejéis de todo vuestro orgullo y vanidad y apliquéis a vuestra alma la humildad; ahora ayudaos a Vos mismo. ¿Quién mejor que Vos para dominarse a sí mismo? Vuestra enfermedad no necesita ningún medicamento, necesita un amor puro, un amor sincero; dejar de cometer actos impuros y no levantar falsos testimonios ni mentir a los demás”.

Al final de recuperarme de mi desmayo me decidí a saludarle y agradecerle su interés por verme demostrándole mi reverencia. Por primera vez se sintió muy alagado.

-¿Qué deseáis, Padre, de esta humilde servidora?

-Deseo compartir de vuestros trabajos para aprender a curar a los enfermos con vuestros milagros.

-Primero, Padre Santo, para curar a un enfermo, Vos ha de curarse primero. Un enfermo nunca puede curar a otro, cuando Vos os sentís enfermo de cuerpo y alma. Curaos primero si queréis curar a los demás. Padre Santo, somos de un mismo árbol, ¡del mismo tronco! pero las ramas son distintas las unas de las otras. A decir verdad...siento un gran respeto hacia Vos, Padre, pero no hasta el punto de compartir mis trabajos en vuestra compañía. Vos amáis a Dios de distinta forma a la mía, y no estamos obligados a compartir los mismos pensamientos.

-Decidme, ¿habéis vuelto a ver a vuestro Divino Jesús?...

Todas esas palabras, seguía diciéndolas con ironía.

-¿Para qué queréis saber cosas de tanta intimidad?...¡Yo no puedo contestaros, cuando mis verdades no las podéis creer! Lo mejor es permanecer callados, puesto que todo cuanto digo y hago Vos lo vais desmintiendo y

negando. Vuestras preguntas no es que sean necias, pero no tienen respuesta; lo mejor será hacer oídos sordos. ¡Que más quisiera una servidora que Vos, mi Reverendo Padre me creyera!

-Yo os creo cuando invocáis a Dios; lo que no puedo creer...es que podáis hablar o ver a vuestro Divino Jesús...¡y con las flores! ¿Desde cuando el reino vegetal –como son las flores, pueden hablar? ¡Yo pienso que Vos, hermana nuestra, también estáis enferma! Poseéis dos vertientes: una buena y otra mala. Yo os admiro en la buena que son los pensamientos y sentimientos que ponéis hacia Dios, pero en la mala...¡no comparto vuestros hechos!

-¿Cuál es mi vertiente mala?

-¡Cuando estáis poseída del diablo! ¡Entonces me alejo de Vos...y es cuando decís que habláis con las flores! Yo paseo por el campo y el bosque, adoro la Naturaleza y la respeto, pero tanto como que hablen las flores...¡eso es de carecer de sentido común y falta de inteligencia!

-Entonces Padre Santo, alejaros de mí en las dos vertientes; no podré compartir mis afectos y mis trabajos con Vos. Obedeceré todos vuestros respetos y todos vuestros honores de todo cuanto me digáis...aunque sea en contra de mi buena voluntad. ¡No comparto mis sentimientos con los de Vos, Señor!

-Me prometisteis curarme; ¿o no lo recordáis? Me dijisteis que estaba muy enfermo.

-Y no retiro lo dicho; lo seguís estando. Primero hemos de hacer la primera cura: Debéis de apartar de Vos vuestros celos y apagar la ira que lleváis dentro de Vos mismo. Dominar el orgullo que os domina por vuestro alto cargo. Os sentís como el dueño del mundo y aquí no hay dueño del mundo; somos como las hormigas de pequeños. El dueño del mundo sólo es Uno: el que nos creó, para darnos de su creación a todos por igual.

* * * * *

Capítulo V

Salí del convento; ese día no sabía dónde ir. Salí sin rumbo fijo y al final...me decidí de ir a visitar a la madre de los dos niños que estuvo enferma en el hospital, ya que mucho me insistió de que la fuera a visitar a su casa.

Así lo hice; no podía retroceder mis pasos por no tener una idea fija; al final me decidí.

Salieron los niños; al verme se abrazaron a mi cuello y no había forma de poderlos separar. Todos se alegraron mucho de verme. El padre de los niños fue el que se puso un poco nervioso al verme; tuvo momentos de cierta tirantez hacia mí. Cuando curé a su esposa...pensó en ciertos momentos que en vez de darle la vida se la había quitado para siempre; de eso nada me extrañó que pensara así, porque yo misma también lo pensé. En aquellos momentos me insultó duramente, que después, viendo lo ocurrido me pidió disculpas. Después fuimos buenos amigos, congeniamos, cuando el mismo vio de todas mis curaciones.

Me invitaron a comer y acepté con mucho gusto; me enseñaron el jardín que cuidaban con mucho esmero. ¡Era un auténtico paraíso cuajado de bellas flores! El se dedicaba a la arquitectura y pintaba cuadros de bellas flores; cada cuadro representaba una flor distinta a pesar de que él no era pintor. ¡Esto es la gloria de ver tantas flores! –comenté.

-La gloria sois Vos, Madre, porque os debo la vida y la gloria ha entrado en mi casa.

En esos momentos nos sentamos a la mesa y les di las gracias por su invitación. Se empeñaron en darme el puesto principal en la mesa y los niños querían estar junto a mí. Al sentarme, noté que faltaba algún otro invitado al ver en la mesa un asiento y un cubierto de más. Yo sólo hacía mirar a la puerta esperando que llamasen. Al fin llamaron y apareció mi gran amigo el capellán al que tanto admiro. ¡El sabía que yo curé a esa madre a través de Nuestro Padre y Gran Señor!

Fue por primera vez a visitarla aunque también ellos se conocían. ¡Qué hermoso me pareció! Ví en él una gran nobleza y sublimes pensamientos. Saludó a todos y trazó una cruz en el aire; dijo:

-En el nombre de Dios, comamos y bebamos...y después hablaremos.

¡Que comida más agradable! ¡Cuánto se habló! Sobre todo el capellán habló mucho y muy bien sobre la religión. Se dirigió a mí y dijo entre otras cosas:

-Tengo hambre de un alimento que aquí en la Tierra no se produce y escasea...¡y sed de agua divina! Yo al comer...¡me avergüenzo, y siento en mí un gran remordimiento porque pan hay en la Tierra para todos los hijos de Dios, para todo ser viviente, y en cambio...hay muchos hambrientos!

-“Cuánto vale este hombre; qué buen sacerdote –me dije mentalmente- ¡vale mucho más que yo, porque yo cuando me siento a la mesa a comer...no pienso en los que no comen! ¡No es que goce en las comidas, pero no veo más allá! El sabe mirar hacia adelante mucho mejor que yo.

-¿Qué os parecen las obras de mi convento? –dirigiéndose a mí.

-Hace muchos tiempos que no las visito, ¿qué haría yo allí? prefiero visitar a los enfermos y a los pobres.

-Hacéis muy bien.

La madre de los niños en esos momentos nos pregunta:

-Decidme con franqueza, ¿habéis quedado satisfechos de vuestros alimentos?

-¡Hay un vacío dentro de mí...que se llenaría con algo que se llama “Amor”, -contestó el capellán.

Abandonamos el comedor y el constructor, el capellán y yo pasamos a un saloncito. El constructor dijo:

-Ahora que estamos solos, hablemos de las obras que se hacen en el convento. Yo veo que se gasta mucho dinero y es un dinero muerto.

-Sí, eso es cierto que es dinero muerto –dijo el capellán-, pero quien lo trabaja...es para dar vida y llevar el pan a su casa durante mucho tiempo, y quiero que los pobres vivan. Y de nuestra religión...lo que quieren ver son muchos arcos, muchas torres y muy altas con grandes campanas. Yo en cambio, lo que quiero ver son muchos obreros en lo alto de las torres...¡y ahí es donde yo veo a Dios!

“Que bien hablaba este sacerdote. Yo le escuchaba sin cansarme de oírle. ¡Yo también quería levantar conventos y poner piedras para poder dar de comer el pan a los hijos del pueblo!

-Ahora cambiemos de tema, y aprovecho esta gran oportunidad para hablaros hermana. ¡Preparémonos a sufrir! –dijo el capellán.

-¿Y por qué? -contesté yo.

-Porque vivimos unos tiempos donde se adora a Dios de una forma muy grosera y material y a Vos y a mí nos respetan por nuestro talento y nos envidian, y cuando existe la envidia...existe el odio. ¡Todo el clero nos aborrece porque somos espiritualistas y adoramos a Dios como se le debe de adorar! ¡Como Padre de toda criatura! Hermana mía...¡están a vuestro acecho y no admitirán razones! ¡Examinarán vuestras Obras por segunda vez! Os llamarán “La poseída”. ¡Yo sé que no es así! Os dirán que estáis endemoniada,”La engañada por el diablo”. ¡Yo os defenderé de una mala muerte! ¡Os salvaré la vida pero nada puedo hacer de vuestras Obras! Yo os digo que por eso no dejéis de escribir; ¡no os importe que se quemen vuestros escritos de lo que Vos y yo sabemos! Ellos carecen de talento y nosotros sabemos hermana que nada muere, ¡que se vive siempre! ¿Qué nos puede importar que hoy representemos para ellos una obra teatral religiosa? ¡Dejad

que destruyan todas vuestras Obras! ¡Si el mañana reanudaremos nuestros trabajos! ¡Levantaremos todos nuestros pensamientos y volaremos con nuestra libertad y con nuestras ideas por los continentes!...

Sí, decid todo cuanto queráis, pero ¿qué puede quedar de mí?... Sólo las memorias de una monja endiablada.

La Iglesia nada quiere de Vos ni de vuestros escritos. Si os lo aceptaran, sería la muerte de sus ídolos. ¡La excomuni3n de sus comercios! ¡La humillaci3n de su soberbia y yo no quiero que os arrojen a la hoguera! ¡No merec3is morir de esa manera! ¡Vos sois buena! Yo os repito que de vuestras Obras algo quedar3. ¡Todo est3 escrito en el Firmamento y no se perder3 ni una sola s3laba! ¡Ser3...como un ramillete de flores deshojadas, pero que siempre se conservan sus aromas!

* * * * *

Capítulo VI

Una de mis florecillas se apresuró a mi celda muy asustada:

-¡Madre! ¡Madre Teresa! ¡Quiero hablar con Vos a solas donde nadie pueda oír mis palabras! ¡Es muy urgente y a la vez importante! ¡No quiero que nadie se entere! ¡Ay de mí, si supieran que me he ido de la lengua; me castigarían duramente!

-¡Tranquilízate hija mía y espera un poco!...¡No quiero que nos vean unidas aquí, en mi celda! Márchate al oratorio y me esperas allí, no sospecharán nada de nosotras; pensarán que estamos orando y allí me podrás hablar con más tranquilidad; aquí corremos peligro.

Mi florecilla inseparable cuánto me quiso siempre. Nos unimos en el oratorio y se extendió en hablarme todo esto que pudo escuchar:

-Madre, he escuchado muchas cosas sin poderlo evitar; estaba el Padre Santo, el capellán y otros dos sacerdotes con la segunda madre. Andaban por los pasillos y se pararon junto a la puerta de mi celda que se encontraba un poco entreabierta, y pude ver como al capellán le entregaron muchos papeles y a el le dijeron:

-Desde estos mismos momentos, os nombramos seáis nuestro juez, y por ello podréis hacer y deshacer cuanto gustéis, ¡para eso se os entrega el poder! Todos estos documentos los revisaréis detenidamente uno por uno en vuestro nuevo despacho personal; habrá que empezar las tareas y poner manos a la obra. Hay ciertas cosas que están unidas a las nuestras y hemos de evitarlo, ¡hemos de ser todos en uno! No puede haber contrariedades ni puede haber dos grupos entre nosotros con distintas ideas. No puede haber contrariedades...¡y aquí sí las hay! Vos ya me entendéis lo que os quiero decir. Hemos de empezar por librarnos del diablo que se encuentra suelto entre nosotros. Nuestro Señor Jesucristo sería el primero en rechazarlo. Nosotros, como buenos seguidores de El...¡tenemos el deber y el poder al alcance de nuestras manos, y no nos lo vamos a dejar perder por una monja a la que se cree que es santa; y si no cortamos la raíz a su debido tiempo...el convento se apoderaría de nosotros y ella sería la que ordenaría y mandaría. Así que, señor juez, empezaremos por ella misma. Habrá que hacer un registro con el consentimiento de nuestros mayores, que será concedido en breve tiempo. Todo está en trámites, y en cuanto reciba la orden, Vos seréis el encargado de extraer todos sus escritos a nuestro despacho. Una vez que se haya revisado todo formaremos una asamblea, añadiremos todas sus” alucinaciones” que ella llama videncias. ¡Son videncias maléficas! De momento...necesitamos dos testigos que puedan justificar los hechos.

-Eso es fácil de encontrar –dijo la segunda madre. Hay una monja

inseparable de ella que comparten la celda juntas. A veces hemos podido observar que duermen bajo el mismo lecho.

-¡Quizá le esté encauzando en sus diabluras! Si así fuera...¡habrá que prevenir y separarlas, y si fuera necesario, habrá que encarcelarlas a las dos! ¡nunca unidas! Según su comportamiento así habrá que obrar. Preparemos sitio para la primera hoguera que serán sus escritos, ¡y que ella misma pueda testificar de sus Obras! ¡Que vea cómo se convierten en cenizas! De lo que ella pueda decir de nada servirán sus palabras; las palabras se las lleva el viento. Lo que hemos de temer son sus escritos, porque ellos se podrían multiplicar...¡y a ninguno de nosotros aquí presentes nos podrían beneficiar! Esta monja ha querido subir a la torre muy deprisa y dejarnos a nosotros muy por los bajos. ¡El poder nuestro está muy alto, y no permitiremos nos arrebatte el puesto! ¡Hemos de hacer más iglesias con muchas torres y muy altas! ¡Con grandes campanas, y para hacer todo esto señor juez...sobra nuestra Madre Teresa!

El capellán, cuánto pudo sufrir. En primer lugar, por su ascenso, y después...por todo lo que pudo escuchar. ¡Cuántas lágrimas pudo derramar!

-“¿Cómo podré juzgar en contra de mi propia voluntad?... ¡Todo esto es ir en contra de la Ley de Dios... ¡Yo no puedo ir en su contra, eso jamás lo permitiré! Cuántas injusticias!... ¡Cómo podré hacer tanta crueldad?...¿Cómo podré ordenar que quemen los libros, si esos libros tienen vida? ¡Hablan de por sí solos? ¿Cómo podré hacer tanto daño a un ser tan bueno y tan querido mío y ver ardiendo tanta divinidad?...¡Siento por ella algo muy especial! ¡Hay algo en mí que me atormenta porque la quiero tanto!...

"¡La quiero como si fuera mi hermana...o mi madre...o mi esposa o mi hija y no es nada de todo eso!... ¡Señor, todos somos hermanos; ¡ya lo sabemos y hemos de amarnos, pero...por qué con ella siento ese cariño tan profundo? ¡No será que en otras vidas, -así lo presiento- haya sido algo muy mío? Muy allegado a mi ser? Si hubiese sido mi madre...¡la tengo que salvar! Si hubiese sido mi esposa ¡la tengo que salvar! Si por el contrario nada mío hubiese sido...¡he de salvarla!

"Nuestro Jesús que es Vida siempre nos dijo “no matarás” ¡y quiero cumplir sus Mandamientos! ¡Padre, Padre nuestro, líbranos de todo mal!...¡Sácame de este cautiverio!...¡Yo os prometo Padre nuestro que ella no morirá en la hoguera!...¡Yo seré el primero en poderla salvar!...¡No morirá de tan feroz muerte mi honorable Madre! Madre buena, ¡yo os salvaré aunque por Vos yo tenga que morir!... ¡No nos quieren por el don que llevamos dentro!...¡Por nuestro talento!...¿Cómo podrán llegar a tan alto puesto con un corazón tan ennegrecido?

"Padre nuestro, ¡es muy poco lo que falta para terminar el camino...y que duro se hace el poderte alcanzar! ¡Yo te prometo Padre nuestro ser fiel, y cumplir todos tus mandatos!

"¡Cristo Jesús, sálvanos! ¡No mataré! ¡No obedeceré a las órdenes que me fueron dadas! ¡No quiero cometer este acto tan impuro! Si me quitan la vida por no obedecer a sus crueldades...¡Cristo Jesús, apiádate de mí! No la podré ver a mi noble Madre buena; si .me vieran entablar conversación y amistad con ella las cosas se pondrían muy feas. Dejemos pasar el tiempo, y nuestros espíritus serán los que decidan con la ayuda de nuestro Padre y Gran Señor.

Qué hermosas palabras guardaba en su corazón. El capellán juez quería que fuese yo la primera en saber todas las noticias que él acababa de recibir; noticias que para mí, fueron muy tristes y dolorosas, para él...no fueron menos agradables.

No sabía cómo empezar; no se atrevía a decirme lo que pretendían hacer conmigo aunque yo algo presentía.

Fueron unos tiempos muy difíciles; los dos corríamos un gran peligro. Si los mayores se enterasen que él sería mi salvación...él sería el primero que caería en la hoguera; así que prometimos no vernos, pero dadas las circunstancias de nuestros trabajos en el convento y fuera del convento...nuestra presencia era inevitable.

Pasaron unos días sin salir a la calle, no me encontraba con ánimos ni quería saber nada del mundo exterior. El capellán se presentó en mi celda obligado por los mayores y me dijo:

-Siento mucho mi reverenda Madre buena que sea yo el que os tenga que juzgar. ¡Bien lo sabe Dios que todo esto va en contra de mi voluntad! No os aflijáis Madre, que no moriréis en la hoguera como ellos lo tienen planeado. Vuestros ojos lo han de ver, que para juzgaros y mandaros a esa horrible muerte antes yo quisiera fenecer. ¿Qué nos ha de importar a los dos, el que podamos morir en la hoguera? ¡A nosotros sólo nos importa obrar sobre la justicia de Dios! ¡Las verdades de Cristo! Si Vos y yo sabemos mucho, tenemos talento y sabemos que no se muere...¡quizá después estemos más unidos, y no tendremos temores de toda esta malaña!

Qué palabras más bellas me decía este ser tan sumamente humano, humilde y bueno!

En esos momentos el capellán se sintió mal y calló al suelo perdiendo el conocimiento. Fue como un mareo. Le puse mis manos en la frente, ¡no sabía qué hacer de él! Sentí en él sudores fríos, al rato todo lo contrario, despedía fuego.

Era como una lucha continua, ¡como si alguien tratara de hacerle mal y por otra parte...tuviera las fuerzas del bien! Al final, pude ver todo lo que le rodeaba. ¡Era una lucha de unos y de otros! ¡Estaba en trance! Me fue muy duro apartarle de él las fuerzas del mal. Al final se recuperó, pero antes de volver en sí me habló y me dijo:

-No puedo haceros daño; Vos me despreciasteis y yo os amaba. Yo estoy aquí para que sepáis, que a pesar de vuestros desprecios yo siempre os quise, y estoy aquí para deciros que os sigo amando.

“Quisiera oír de vuestros labios que me queréis sea como sea vuestro cariño. Que me queréis como se quiere a un padre o a un hermano; sólo quiero que sintáis por mí ese cariño que se siente cuando dos almas sienten lo mismo, ¡un amor sincero! ¡un cariño verdadero! ¡una amistad de hermanos! ¡Sea como sea...pero decidme que me queréis con ese cariño que sentís por vuestras florecillas ¡Con ese amor tan profundo que sentís por nuestro Divino Jesús!...¡Con ese amor que sentís por los pobres! ¡por los enfermos! ¡Así es como quiero que Vos me queráis!...”

“Nunca me quisisteis; ¡nunca sentisteis por mí aprecio alguno!...¡Yo más bien os diría que siempre me despreciasteis!

En esos momentos volvió en sí.

-¿Qué hago yo aquí?... ¿Qué es lo que me pasa?...¿Quién me ha traído aquí, si yo mismo me he prohibido veros?

-Os han obligado a venir para darme la noticia de cómo debéis proceder para conmigo...y Vos caísteis; fue como un pequeño desmayo pero ya veo os encontraréis bien. Ahora salir de inmediato y aquí no pasó nada.

Efectivamente, él no se enteró de todo cuanto había dicho. Yo no podía seguir haciéndole sufrir; él sólo quería oír de mí un “os quiero” colmado de cariño, de amor sincero como él decía; como se quiere a un padre o a un hermano; ¡sentir un aprecio que al parecer...nunca vio en mí! Es como si hubiese sido algo muy íntimo hacia mí que yo no puedo recordar...¡pero estaba ansiosa por saber!

En las horas de silencio, cuando la noche estaba en calma y las horas pasaban y mi materia dormía...yo le veía desde fuera de mi cuerpo. Salí traspasando todas las barreras que por mi paso iba encontrando. Mi espíritu se acercó al de el capellán que dormía profundamente y le dije:

-“Quedaos con Dios. Perdonad todas mis ingratitudes que os haya hecho sufrir y herir. Olvidadlo y no tengáis temores. Vuestra hermana ha olvidado todo lo pasado, y estoy aquí para ayudaros y deciros que os quiero como no quise a nadie”.

En esos momentos despierta, recuerda en sueños todas mis palabras y dice:

-¡Teresa!...¡qué ganas tenía de oíros decir que me queréis!

Quiso darme un abrazo de hermano. No existía materia alguna. ¡Todo era espiritual! ¿Por qué él arriesga su vida por salvar la mía? -Esto me lo decía a mí misma. ¡El me hablaba como si de toda la vida me conociera...y no era así!. Me dio a entender en sus momentos de trance que me dio mucho cariño y mucho amor...y que yo jamás le correspondí ni nada sentí por él. En esos momentos pensé:

-“Si somos piedras que rodamos, y piedras que se vuelven a juntar...ahora comprendo cada vez mejor las palabras de Nuestro Salvador: “Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo”. Quizás...pienso, pero no lo afirmo, él me haya amado en otras vidas y yo le haya despreciado, y ahora, en esta existencia, esté dispuesto a dar su vida por salvar la mía. Si así fuera...¡yo me veo obligada a hacer por él todo cuanto pueda! ¿Por qué temer – como él me decía-, si Vos y yo sabemos que no se muere? ¡Salvar a las almas es salvar algo nuestro! ¡Somos hermanos y nuestro deber es ayudar al amigo y al enemigo! Al salvarlos y perdonarlos...¡nosotros también seremos ayudados, salvados y perdonados! También me decía: -Somos como un molino de viento; vamos dando vueltas y al final somos encontrados. Un enemigo nuestro ha podido ser un ser muy querido. Con demostraciones vividas hemos de ayudarles convirtiendo lo feo en bello.

* * * * *

Capítulo VII

Pasaron varios días; el capellán recibió órdenes de los mayores para substraer todos mis escritos.

Se puso en contacto conmigo. Comprendí que estaba cumpliendo órdenes; estaba en su perfecto derecho; de no hacerlo así, sería ir en contra de sus superiores y tendría serios problemas por no cumplir y desobedecer las órdenes que le fueron dadas. Si él no hubiese venido a hacer el registro, otro lo hubiera hecho en su lugar y para mí hubiera sido más humillante. En cambio, él respetó ciertos escritos que yo guardaba con mucha estimación. También le obligaron a que yo saliera de mi celda, cosa que me negué a ello. El capellán me dijo:

-Debéis de salir y respetar sus órdenes; si no obedecéis las cosas van a empeorar y los perjudicados siempre seremos nosotros. Sed fuerte y nada temáis. Venid conmigo.

Querían que fuese para presenciar y testificar de que todo estaría arrasado en mi presencia. No tuve otra alternativa que salir y obedecer, de lo contrario, el pagano y el perjudicado sería el capellán. No podía contradecirle; ¡él fue el que me salvó la vida! ¡El que me libró de morir en la hoguera!

Al hacer mi acto de presencia, les vi como lobos hambrientos disfrutando de mi gran sufrimiento, y como el dolor, a veces tiene claridades, en esa claridad maravillosa se veía en ellos su ruindad y su vileza, ¡la falsa hipocresía con que engañaban al pueblo haciéndose venerar como santos!

Para ellos, aquello fue como un gran festín. ¡No podían disimular la altanería que llevaban encima! Me sorprendió mucho ver en la mesa presidencial y en el mejor puesto a nuestro Reverendo Padre Santo. ¡No tuvo el valor suficiente de mirarme a la cara, estando juntos frente a frente uno del otro en la gran mesa adornada con telas aterciopeladas!

Me cedieron un puesto en la mesa demostrando su educación y cortesía, cosa que no quise aceptar. Aquel no era mi sitio. Para mí era un tiempo perdido. Les di las gracias por su amabilidad y gentileza y tuve el valor de decirles que, por favor, si tenían a bien me dejaran retirarme. –Me contestaron: –¡El Juez tiene la palabra! –Y el capellán Juez me concedió la retirada. Los demás se enfurecieron y había un gran murmullo entre ellos. El Padre Santo no fue capaz de mirarme a los ojos. –“Vos sois el causante de mis tormentos” –pensé para mis adentros.

Los dejé y nada dijeron al respecto; después pensé en el capellán. –“El será el que pague todas mis consecuencias”.

Quedaron todos celebrando lo que se propusieron, ¡disfrutando de tantas calumnias! No todos sus deseos fueron cumplidos; necesitaban dos testigos que

atestiguaran. Nadie se ofreció a firmar tales documentos; se sabía que en esas firmas a mí me harían mucho daño. Esas firmas significaban para mí encontrarme entre rejas y acabar como ellos querían: en la hoguera con parte de mis escritos. Los testigos no aparecieron.

El capellán luchó y trabajó lo increíble, y en privado, escribió a uno de los jefes de muy alto puesto que él mucho estimaba. Escribió una carta acompañada de un aval.

Todo esto fue por su cuenta y riesgo; todo fue muy rápido. En su carta comentaba entre otras cosas, fuese levantado el castigo al no ser merecedora de tanta crueldad.

Pasaron unos días, muy pocos, cuando el capellán recibió contestación no solamente del jefe al que tanto estimaba, sino de otros, con el indulto para que me dejaran libre y para que nadie se atreviera a tocar mis escritos, cosa que el indulto llegó un poco tarde.

Nadie pudo sospechar de la carta y el aval que escribió el capellán por haberse multiplicado la correspondencia, ya que fueron varias las cartas que el Jefe recibió. Se corrieron las voces de mis malos tratos; ¡toda la correspondencia venía a mi favor! y en una de entre tantas decía: -Fuesen respetados todos mis escritos, y que nadie se atreviera a hacer uso de ellos; que eran escritos que había que conservarlos en la mejor biblioteca española, y duplicarlos para que fueran expuestos en otros lugares. Que eran escritos de muy grandes valores y de muy buenas enseñanzas. Parte de sus escritos vienen del Infinito, y hay que respetarlos.

El capellán Jefe, como Jefe fue el primero en enterarse de todas las noticias que encerraban aquellas cartas. El capellán decía:

-¡Nunca la Luz podrá faltar para aquel que la busca! ¡La Luz ilumina a los humildes!

Con qué alegría lo decía y qué satisfecho se encontraba de sus cartas. En otra de ellas decía: -A nuestra Madre Teresa, se le concede el honor de ser Directora y Primera Madre Superiora de todos los Conventos Carmelitanos, y ruego quede libre de inmediato de todo castigo del que se le acusa.

El capellán sabía, que todas estas noticias servirían de mucha indignación para muchos de los que me rodeaban, al tenerme poca estima y estar recelosos de mis grandes honores. Fue entonces cuando el capellán solicitó mi traslado de dicho convento todo ello con mi consentimiento; pensé que aquí nada tenía que hacer después de todo lo ocurrido. Consulté como siempre con mis florecillas del cielo. Fueron las primeras en darme la buena noticia:

-“Has de salir de aquí. Has de levantar otro nuevo convento y tú serás la primera en poner la primera piedra”.

Al día siguiente todos los sacerdotes se alegraron mucho, y felicitaron al Jefe porque creían que él fue el que me expulsó.

Y así fui ascendida, levantando otro nuevo convento.

En otra de las cartas decía: -Disponemos de unos terrenos que nos han sido concedidos, y nombramos a la Madre Teresa sea la portadora y dueña de levantar el próximo Convento Carmelitano de clausura. Ella tiene el privilegio de hacer y deshacer guanto guste. Saldrá de inmediato dejando el convento lo más pronto posible; ¡antes de que le substraigan sus maravillosos escritos! Dispone de ciertos derechos; ha de elegir a las monjas que ella crea más conveniente, y uno de los sacerdotes para las misas y los cuidados de la capilla.

Efectivamente, como dije anteriormente todo ocurrió muy deprisa. Sin duda de ninguna clase elegí a mis dos florecillas; sacerdotes...no quise a ninguno de los aquí presentes; no quise ni mencionar tales nombres. Por no querer, no quise ni al capellán por evitar sospechas. En realidad, él fue el que me salvó la vida y parte de mis escritos, y a él le debo parte de todos estos acontecimientos.

Seguí luchando y escribiendo. Así me lo decían mis florecillas del campo como yo las llamaba, con su rocío mañanero y ese aroma que sólo podía llegar del cielo.

* * * * *

Capítulo VIII

El tiempo pasaba, ¡volaba! Como los pétalos de las flores vuelan por los vientos, así volaba mi alma de un sitio para otro cargado con mis tristezas y también con mis dulces alegrías; y cuando crees que la luz te falta, es cuando más puede brillar. Cuando piensas que todo se perdió, que todo se destruye...es cuando mejor se construye. Cuando una pena te atormenta...¡es dar un gran paso en la vida!

Como un rayo de luz se fue encendiendo el camino; como un sendero de rosas que sólo con mirarlas se engrandecía el alma. "¡Qué poco añoramos y qué poco sabemos! –me decía a mí misma al contemplar la belleza de la Naturaleza."

Sin comentarios y sin palabras ¡cuántas cosas querían decirnos aquellos árboles que a través del paso del camino iban quedando atrás! ¡Qué bellos y verdes prados!...¡Montañas todas cubiertas de frondoso ramaje!...

No se podía ocultar la vista a tan bello paisaje por mucho cansancio que el cuerpo sintiera. Mis florecillas me decían:

-Madre, dormir; el viaje es largo y nada habláis.

-Decid Madre, ¿acaso veis algo que nosotras no podamos ver? ¡Decidnos Madre!...¡Vuestro silencio nos preocupa! ¡Nos gustaría mucho oír hablar de Dios!

-¡Sí hijas mías!...¡claro que estoy viendo!...¡Veo infinitudes de cosas que vosotras también las podéis ver, están a la vista de todos los que queramos mirar! ¡Ahí están! Donde quiera que pongáis la mirada todo está lleno de vida y belleza...¡y en la vida y la belleza también está Dios!

-Madre, si en la vida está Dios...¿también estará aquí, en nosotras?

-¡Claro hijas mías que está en nosotras! ¡Está en todas partes, no me seas niña! Tú sabes muy bien que está en el cielo, en la Tierra, en el mar, en la montaña, en el canto de un pájaro... ¡El es Nuestro Padre Creador!... ¡El lo es todo!

-Decid Madre, ¿se encuentra también el Padre, en aquellos que tratan de humillar al Señor, y a Vos Madre que también os humillan? Si Vos sois buena y ayudáis mucho a los pobres, y visitáis y curáis a los enfermos ¿por qué os hacen padecer?

-Sí hijas mías, Dios está en todas partes como os he dicho antes. Sí; también está en todos ellos. ¡Algún día llegaréis a comprender del por qué de todas las cosas! Nuestro deber...es cumplir con Su Ley, y cumplir de todas las cosas que nuestro Señor Jesucristo nos enseñó. Yo como vuestra Madre os dictaré, ¡os enseñaré muchas cosas y las haremos bajo el Sol!

Nuestro viaje fue muy feliz y armonioso. Fuimos muy bien recibidas por unas monjas internadas en el hospital. Se dedicaban por completo a los enfermos y a las tareas del jardín y de su trocito de huerto que ellas mismas lo cuidaban con mucho esmero.

Mis florecillas no dejaban de hacerme preguntas y más preguntas.

-¡Hijas mías...¿cómo me hacéis esta clase de preguntas? ¿Acaso vosotras ignoráis todo lo que acabo de deciros?...¡Esto es como si acabarais de entrar en el convento!...

¡Preguntarme, preguntarme cuanto queráis de todo aquello que no sepáis...y guardar lo que sabéis!

-Madre, ¿es tan poco lo que sabemos, que yo al menos...me avergüenzo de mí misma!

-¡Menos sabrás, si no haces por preguntar! ¡Todos estamos obligados a enseñar al que no sabe! Escuchadme: “En todos tus trabajos, Dios está contigo. Todo sufrimiento en la Tierra...con El, no es nada; igual que el viento, así el dolor se pasa. Aunque tú creas que El está ausente, ¡tú siempre de El espera, que El nunca se muda!

-Todo esto, vosotras lo sabíais muy bien. Aparte de ser mis florecillas preferidas...sois como dos avecillas; ¡cuánto os gusta que os lo repita!

-Es que nos gusta mucho oíros hablar. ¡Vos Madre lo sois todo para nosotras; así, cuando nos habléis de Dios...podréis olvidar vuestras tristezas y vuestras penas!

-Las penas y persecuciones...¡todo se perdona, pero nada podrá quedar en el olvido! Mis sufrimientos han sido muchos en toda mi vida moral y espiritual. Siendo una víctima de amor, ofrecida constantemente al Señor...¡duro fue para descansar de dolores! ¡hasta el martirio de persecución y pedir mi muerte!. Pero cuando hay fe y amor en el corazón de Jesús...¡El es el único lecho de descanso para el alma! En mis persecuciones y abatimientos...¡me bastaba con mirar la cruz! ¡Abrazarme a ella con amor para sentirme transformada, y totalmente rehecha llena de valor y fortaleza!

Mis florecillas me escuchaban con mucha atención, y con mucha sensibilidad me decían que nada sabían de las cosas de Dios. Yo sabía muy bien que no era así; ellas sabían mucho, pero cuando nos ponen un delicioso manjar en nuestras propias manos nos gusta saborearlo, y no nos importa repetir del mismo manjar y que nunca se nos pudiera acabar. ¡Nunca las veía hartas! Eso es lo que les pasaba a mis florecillas.

Seguían todos mis pasos y sufrían parte de mis penas. ¡No llegaban a comprender el por qué de mis grandes aventuras! Había que dar tiempo al tiempo. Me decían:

-Madre, ¿dónde está Dios que permite estos desvaríos? –Yo las decía:

-Hijas mías, no digáis esas cosas de Dios ; los desvariados somos nosotros, los injustos somos nosotros. Dios es justo con todos, ¡con todos sus hijos! El hace que seamos justos y fieles a los demás. ¡Sigamos a Cristo olvidando las injusticias pasadas y todo lo demás! Venga todo lo que venga... ¡nada nos hará cambiar! La gloria aquí es vana, ¡nada tiene de estable! ¡Hemos de aspirar a lo celeste, que eso siempre dura y es rico en promesas! ¡Hemos de amar a Cristo como El siempre nos ha amado!. ¡Tengamos fe en nuestra alma, que todo aquel que en El crea y espera... todo lo alcanza!

Carga pesada es la vida y... ¡cierto es, que la vida es corta y breve, y el gozar de Dios Eterno sólo se puede lograr en la otra vida! Del amor humano no se puede uno esconder; de el de Dios... es imposible, porque nos rodea por todas partes; ¡nos penetra hasta en el mismo ser y no podemos mover ni pies ni manos; ni aun siquiera pensar sin que El se dé cuenta.

-¡Madre, cuánto nos gusta que nos habéis! ¡Habladnos todos los días después de que hayamos terminado todas nuestras tareas diarias, así... cuando vayamos a visitar a los niños, que sepamos hablarles de las cosas bellas que encierra la Fraternidad Universal! ¡Que sepan del amor de Jesús! ¡Ese amor que siente por todos nosotros!

-¿Por qué no hablarles también a los mayores?

-Porque los mayores... lo que les vayamos a decir ellos lo deben de saber.

-¡No hijas mías!... ¡Hay muchos seres humanos que nunca se han interesado por saber las verdades de Cristo, y si no las saben... ¡no podrán nunca enseñar a sus hijos! Unos porque no han querido, y otros, porque no han tenido a nadie que les haya enseñado y desconocen por completo la verdadera religión; desconocen los tesoros del cielo.

-Yo no podré hablarles esas cosas tan hermosas que Vos Madre nos enseñáis; yo soy... como esos hombres que no conocen ni las riquezas ni el tesoro del cielo.

-Vosotras estáis preparadas para hablar al pueblo.

-¡No Madre, no lo estamos! ¡No vamos a saber contestar a las preguntas que nos hagan!...

-¡Vamos avecillas del cielo!... ¡sois vosotras las que las tenéis que hacer, y ellos serán los que tengan que contestar!. Vosotras responderéis a tantas preguntas como os puedan hacer, y las que no sepáis... os las calláis. ¡Ya me diréis después cómo os habéis defendido con los pequeños y con los mayores!

-“Cuánto daría yo, por que supieran una pequeña parte de todo lo que mis florecillas saben...”

Antes de ponernos en marcha fuimos al oratorio, sabíamos que allí se encontraban todos los eclesiásticos reunidos, era el mejor momento y la mejor forma para darles a conocer nuestra despedida y salir de allí cuanto antes mejor

a conocer otros nuevos horizontes. Mi carga era muy pesada y no podía soportarla por más tiempo.

Al vernos con el equipaje entre las manos se quedaron enmudecidos. Entonces fue cuando el Padre Santo me miró a los ojos y se dirigió al capellán Juez como un poco confuso diciéndole:

-Señor Juez,¿cómo habéis podido obrar tan a la ligera en expulsar a nuestra reverenda Madre? -El contestó:

-Yo sólo me limito a cumplir órdenes, y poner en aviso de la información que recibo. ¡En ella está de seguir o no seguir aquí! Puede tomarse el tiempo que ella quiera; no le he exigido ni día ni hora.

Les dije, que cuando mis superiores me dan una orden, mi deber como buena Madre es obedecer, y cumplir las ordenes lo más pronto posible. -El Padre Santo se dirige a mí y me dice:

-No vayáis a pensar Reverenda Madre que soy vuestro enemigo, y no me culpéis a mí por todos estos castigos y contratiempos que estáis recibiendo. Habéis podido comprobar...que todo estaba organizado por el Juez. ¡A él es al que tenéis que culpar de todos vuestros perjuicios!

Con todo el dolor de mi corazón, no tuve otro remedio que limitarme a callar dejando en el aire sus falsas palabras llenas de hipocresía...siendo él, ¡él, el causante de una gran parte de todos mis sufrimientos!

A pesar de todas las cosas, yo me encontraba muy contenta de poder salir de todos ellos. Mis florecillas del cielo me animaban y me decían: -“¡No te acobardes y sigue adelante!”

El Juez sabía de mi ascenso; que de saber que fue él quien me salvó de tanta persecución...le hubiese costado muy caro o perder su puesto. Ciertas cartas que el Juez recibió fueron archivadas, y después, fueron quemadas por él mismo. En una de ellas es donde estaba escrito mi ascenso, que más tarde se pudo saber cuando le preguntaron al Juez por las cartas. El mismo habló la verdad; contestó que fueron quemadas. El no tenía ninguna obligación de entregarlas a leer, ya que algunas iban dirigidas a él y en privado, así que nadie se pudo molestar.

El Padre Santo a toda costa quería saber cual iba a ser mi nuevo paradero; era como si quisiera seguirme ¡pero no para nada bueno, sino para hundirme!

No dejé señales ni dirección de mi nuevo destino; ni yo misma sabía dónde iba. Lo que sí sabía era que nos quedaba mucho por hacer ya que disponíamos de unos terrenos bastante considerados. Lo sabía por los planos que se encontraban en mis propias manos. En esos terrenos se veían unos corralones que estaban en ruinas, y al parecer, vivían unas cuantas familias que también fueron entregadas a nuestra propiedad.

Cuando llegamos al sitio indicado, fuimos a parar a un hospital que reunía lo necesario para poder trabajar y estudiar. Era un hospital bastante grande para

una ciudad mediana.

Al cabo de unos momentos de nuestra llegada, no nos quedó otro recurso que cobijarnos a descansar. Eran altas horas de la noche y había que salir a primeras horas de la mañana a dar el visto bueno a la ciudad y conocer los terrenos.

Al siguiente día fuimos conducidas por una gran señora, dueña de una inmensa fortuna y amiga de ir a visitar a los enfermos y entregar un trozo de pan al necesitado. En la ciudad tenía muy buena reputación, aunque no sabían mucho de ella por no habitar en la ciudad.

Llegamos a ver los terrenos que eran propiedad de esta gentil señora. Me ordenó firmara unos cuantos papeles todos legalizados. Mi firma, era para que pudiera hacer todo aquello que estaba a mi altura. Estudié el caso antes de firmar ningún papel. Expuse en mis papeles lo que pensaba hacer, y si estaban de acuerdo, se empezarán las gestiones para realizar las obras de un nuevo convento. La señora me preguntó que a quién iban dirigidos mis papeles; la dije que al dueño del terreno, para que después no pudiera haber ningún error o contratiempo. La señora me dijo:

-El único dueño de estos terrenos soy yo, y todo cuanto hay aquí pasa a sus manos. ¡Puede hacer y deshacer cuanto guste!

Penetramos dentro de los corralones. Cuando nos vieron aparecer poco nos faltó para salir agredidas; nos recibieron con malos modales. Los primeros impulsos y pensamientos que les llegaron a sus mentes fueron que se les iba a echar de allí, porque al parecer, tenían bastantes amenazas de las autoridades. Les dijimos que lo único que tratábamos era de ayudarles, que íbamos a hacer unas viviendas adecuadas para que vivieran cómodamente como cualquier otro ciudadano.

No nos creían; nos dijeron que no tenían dónde ir, así que, acordamos de empezar por hacer un bloque de viviendas para esas pobres familias...y otras más, que al parecer, se encontraban en la misma situación; y una vez que se hubieran terminado las viviendas, se empezaría a construir el convento en la parte de los corralones. Era la única forma de convencerles para que nos pudieran creer.

La justicia tomó parte en el asunto y los quería sacar por la fuerza, pero la gran señora fue la primera en tomar su noble decisión de que los dejaran tranquilos en lo que se les hacían sus viviendas.

Cuando todos nuestros diálogos llegaron a oídos de ellos, y vieron que todo lo que se les había dicho era cierto, fueron a buscarnos al jardín del hospital que era donde nos encontrábamos. Les cedieron la entrada cuando comentaron a lo que iban, y todos, medio de rodillas, poco más que con lágrimas en los ojos se disculpaban, y se avergonzaban del mal recibimiento que nos dieron. Todo quedó resuelto y con una gran armonía por las dos partes. ¡Todas las cosas que se hacen con verdadero amor y humildad...nada podrá fracasar!

Todos pusimos de nuestra parte; comprendimos la mala situación en que se encontraban; pasaban bastantes necesidades; ¡carecían de agua, luz, alimentos!...Desde aquel mismo día se les dio comida necesaria y leche para los niños. Todos los días iban al hospital, y mis florecillas se encargaban de la alimentación de los pequeños y del aseo. Cuando terminaron de nutrir a sus tripitas, salían todos tan contentos y satisfechos... Los más pequeños no se querían marchar ni con sus propias madres de contentos que se encontraban. Se abrazaban a mis florecillas y no había forma de poderlos separar; decían que en su casa no tomaban leche, y escaseaba el pan.

* * * * *

Capítulo IX

Aquellos niños que estaban en los corralones, niños que ya hemos mencionado anteriormente, fueron los que corrieron sus voces de la buena atención que recibieron por todas las monjas del hospital. No acababa de comprender que en tan poco tiempo se corrieran las voces tan deprisa por toda la ciudad, y menos pude comprender de dónde salieron tantos niños. Había más niños en la puerta del hospital que niños pudiera haber en cualquier escuela.

Las monjas que habitaban en el hospital se echaban mano a la cabeza exclamando con estas palabras:

-¡Jesús María y José!... ¿de dónde salen tantos niños? -Y yo me pregunté: - ¿Qué clase de manjares les darán mis florecillas, que los niños se han multiplicado? ¡Y eso que me decían que no sabían hablarles de las cosas del cielo ni estaban preparadas según decían ellas!...¡Yo bien sabía que no era así!

Todas las monjas estábamos contemplando aquella hermosa escena de niños, y pronto me di cuenta de que mis florcillas no se encontraban en nuestra presencia. Algo intuía en mi interior. - ¿Dónde se habrán metido estas dos criaturas? ¡Han desaparecido sin dar aviso!...

Fui en busca de ellas; estaban por los pasillos, temblorosas como dos bellas mariposas...y muy nerviosas.

-¿Qué es lo que ocurre entre vosotras hijas mías? ¡Los niños vienen en vuestra búsqueda con una hermosa sonrisa entre sus labios, y vosotras os escondéis por los pasillos como dos tórtolas asustadas! ¡Buen recibimiento les habéis dado por vuestra parte!

La monja mayor del hospital también se encontraba aturdida, como indecisa, igual que todas las demás. No sabían qué hacer ni qué decir. Al ver a tantos niños la mayor monja decía:

-Parece como si hubiese crecido la ciudad; habrá que salir a preguntarles. No se les ve con aspecto de estar enfermos. -Y dirigiéndose a mí la monja mayor, muy amable me dice:

-Reverenda Madre, ¿Vos sabéis algo de todo este alboroto? Parece ser...como si estuvieran esperando alguna golosina o algo parecido; otra cosa...¡no sé qué podrán esperar! Habrá que decirles que esto no es un centro de auxilios sociales ni cosa por el estilo, sino simplemente un hospital para atender a los enfermos.

-Madre, estos niños lo que quieren es alimentar su alma. Hay otros, los menos, que necesitan algo de comida. Estos días pasados citamos a unos pocos niños; una pequeña parte de lo que aquí se encuentra. Sólo a los niños de los corralones, y mis dos florecillas les trataron con mucho amor y cariño. Les dieron la comida que se les prometió y unas cuantas lecciones en la

sobremesa...y hoy vienen a escucharlas de nuevo. Mis florecillas están especializadas para tratar a los niños y hablarles de las grandezas del cielo y de las verdades del Señor. Parece que les ha gustado...y los niños se han multiplicado.

-¡Me parece muy bien que estas lecciones se les dé a los niños, que buena falta les hace! Aquí se nos está prohibido hacer ninguna clase de escuela, porque ya la tienen, pero no les vendría mal unas horas al cabo del día...¡o en días alternos, para que no se les haga pesado el tiempo! Hablaremos con la maestra de la escuela, y en la misma escuela sus dos seguidoras se encargarían de todos los niños. Sería una buena obra para estos niños; ¡unas buenas enseñanzas y muy útiles! Como Vos Madre decís...hemos de hablarles de la sabiduría de Cristo que es una rama muy extensa ¡y es mucho lo que deben de aprender! Si la maestra de la escuela se negara,-¡no porque ella no quiera, sino por que no esté autorizada...no hemos de preocuparnos! Aquí hay una pequeña nave que no se utiliza para nada, y para dar cabida a los pequeños es más que suficiente. Se manda restaurar algunas cosillas que se encuentran en mal estado...y se hacen unos banquillos. Les daremos la entrada por la puerta pequeña que está situada a la parte de atrás del hospital...y así los niños entrarían por distinto sitio para que no haya aglomeraciones a la hora de entrar a visitar a los enfermos.

Así que, hubo mutuo acuerdo, y no hizo falta ir a hablar con la maestra de la escuela.

La gran señora se dispuso a colaborar en ciertos trabajos. Ella fue la que se encargó de mandar hacer los banquillos y contratar a dos mujeres de los corralones para la cocina de los niños más necesitados, sin tener que interrumpir para nada en la cocina de los enfermos ya que también se disponía de buenas cocinas como de buenas salas.

Los niños mayores se prestaron voluntarios a los trabajos y tareas del jardín y del huerto; así que, todas las monjas quedaron muy contentas y nosotras aún más, porque fuimos las organizadoras de todo este tumulto. ¡Todo salió a la perfección por el momento! Si de lo contrario, hubiese habido algún desacuerdo o alguna queja...la responsabilidad siempre hubiera caído en nosotras, pero cuando las cosas se hacen con amor y dedicación para hacer el bien a los demás...¡todo acaba con un buen final!

Se hicieron las cosas y qué contentas nos encontrábamos todas, las unas y las otras. Mis florecillas no paraban de hacerme preguntas; me decían:

-Madre, ¿os acordáis del viaje, según veníamos, que hablábamos de los niños? ¡Era como formar un castillo en el aire...y ese castillo se ha convertido en realidad! Esto para nosotras es como un castillo, rodeado de niños por todas partes. ¡Qué gran verdad nos decía Madre! ¡Es como si a Vos os dictaran lo que hemos de hacer! ¡Como si adivinara el futuro! ¡Cuántas cosas nos dijisteis a

través del viaje!...¿Cómo es posible que Vos lo supierais con tanta antelación? Los niños de mis sueños...sueños convertidos en realidad.

-¡Ya no tenemos temores Madre!...¡Los hemos superado!

-¡Ya veo, que han desaparecido todos vuestros temores! ¡Los niños vienen hacia vosotras...y vosotras desaparecéis de su presencia! ¡Habéis empezado bien a dar vuestros ejemplos!...

-¡No se nos ofenda Madre, no volverá a pasar!

-¿Entonces hijas mías, os dais cuenta de lo que os dice vuestra Madre? ¡Vosotras tenéis inteligencia para enseñar, lo que os hace falta...es decisión! ¡la experiencia ya os vendrá de por sí sola! ¿Y de los mayores, quién se va a encargar? ¡También necesitan enseñanzas, y ya sabéis que hay que enseñar al que no sabe! El árbol del Señor es muy extenso; tiene muchas ramas y como veis, ninguna es igual y pertenecen a El.

-¡Madre, cada vez que nos habláis aprendemos una cosa más, ¡cuánto la queremos!

-¡Bueno bueno...ya sabéis cual son vuestras tareas! ¡Yo tengo otras tareas más duras y complicadas: levantar un convento...y no se levanta con palabras; se levanta con hechos y con la colaboración de nuestros obreros! Que no les falte el trabajo. Tenemos mucho que hacer y hemos de visitar a los enfermos; eso hay que hacerlo todos los días. Hemos de colaborar con las monjas que se instalan aquí; que no seamos una carga para ellas. Hemos de ofrecernos en todos nuestros trabajos.

Mis florecillas me decían:

-Madre, es mucho el trabajo que nos espera; ¡lo haremos con mucho amor! Nos encontramos contentas y muy satisfechas; aquí nadie nos podrá humillar ni podrán interrumpir nuestros buenos hechos ni nuestras buenas obras.

-¡Muy seguras estáis!...¡Yo no diría tales palabras! El lobo siempre está al acecho; lo que hace falta es que no asome, de lo contrario...no nos quedaría otro remedio que obedecer cautelosamente y con honestidad, ¡pero no pensemos en tales cosas! Ahora aquí, nosotras vamos a permanecer por un largo tiempo, después...ya veremos. ¡Pensemos en el presente! Esto es una sugerencia; sólo de Dios disponemos y de nuestro Señor que nos guía por el camino de la luz. Os dije anteriormente que sabemos dónde empezamos, pero nunca dónde acabaremos. Así son los trabajos materiales de nuestra bendita Tierra. ¡Cumplamos con honor todo aquello que nos venga! Ya sabemos que aquí...no está la gloria eterna. Para alcanzarla hemos de ganarla con nuestros sacrificios, con nuestros sufrimientos y con la humildad siempre por delante. Donde hay amor, humildad y comprensión...¡ahí es donde se encuentra nuestro Señor! Si vosotras estáis contentas y a gusto como vuestra Madre también lo está...¡sigamos! ¡sigamos adelante con todas nuestras obligaciones que son muchas por el momento!

Que grande es el amor cuando es desinteresado y puro; él nos hace comprender mejor a Dios en nuestros penosos y duros trabajos.

A través de mis sueños se me presentaban avisos; a veces eran peligrosos; otras veces, eran para indicarme el sitio preciso en que encontraría la entrada para ver dónde formar el nuevo convento.

Pasaron varios días de nuestra estancia en el hospital. La nave se encontraba como olvidada, abandonada, nadie la utilizaba; sólo y exclusivamente para almacenar utensilios desechables que para nada servían.

La nave quedó restaurada estando en perfecto estado para sacar un brillante provecho por las dos partes. Nunca se pensó en hacer ninguna clase de lujos ni adornos, sino lo justo y necesario que se componía de una mesa de escritorio, las sillas necesarias y los banquillos, ajustados a unos tablonos que les servían de pupitre.

Todo esto fue costeadado por la ilustre señora dejándolo todo en poder del hospital. La monja mayor quedó contenta y satisfecha por toda nuestra organización, al mismo tiempo que la gran señora se dirige a mí y con palabras halagadoras me dice:

-Reverenda Madre, si necesitáis algo más para exponer en la nave decídmelo con plena libertad; ya sabéis que disponéis de todo cuanto necesitéis. ¿Qué os parece Madre, para terminar de completar, poner una hermosa cruz con la imagen completa de nuestro Señor Jesucristo?

No sabía qué decirla ni qué contestarla; si decir sí, o decirla que no; pero mi deber era complacerla y darle ese capricho. Me decidí, y le di mi respuesta con estas palabras:

- Como Vos señora ordenéis, aunque...soy poco partidaria de ver a Cristo en la cruz clavado de pies y manos cuando El no ha muerto. ¡El es vida y en la vida está su amor!

- Si a Vos, mi ilustre señora os parece bien, lo hermoso sería...¡sí, poner en el centro de la nave una hermosa cruz de madera del tamaño natural, suprimiendo el recuerdo de aquel doloroso sufrimiento!

Finalmente la señora lo reconoció y lo admitió...aunque no era nada fácil decirlo ciertamente. Entonces eran resultados negativos pero muy útiles.

Ella se prestó a asistir a este nuevo círculo de niños y de mayores como uno más; quería aprovechar esta oportunidad y entablar de cerca conversación con mis dos florecillas. Se prestó a decirme:

-Madre, tengo muy buenas referencias de Vos. Lo sé por grandes fuentes y de muy altos puestos. Se dice que Vos sois buena y tenéis mucho talento. He leído parte de vuestros escritos y estoy completamente enamorada de todos ellos. Creo que sabéis distinguir bien cual es la verdadera religión de Cristo. Yo os seguiré reverenda Madre; por donde quiera que vayáis allí me encontraré. De

momento me instalaré aquí en la ciudad todo el tiempo que me sea posible. No tengo otras obligaciones que me obliguen a salir. Contar siempre con mi apoyo y no escaseéis nada de todo cuanto haga falta como alimentos, ropas... ¡Hay fondos para emplear en las necesidades de aquel que lo necesite, y espero en breve los fondos se hayan aumentado! Estoy a la espera de que me lo confirmen. El convento se debe de empezar a construir.

Mientras permanecemos en el hospital y terminaba mis tareas...me encontraba satisfecha de mi proceder. Pasé muchos días sin escribir, y en esas largas horas, una tarde me propuse salir a visitar los terrenos.

La ilustre señora desde un principio fue nuestra protectora, y así la llamábamos. Yo me hacía cargo de todo, y como había que satisfacerla, la invité a dar un paseo para ver si le gustaba el punto por mí elegido para dar comienzo a nuestras funciones. Mi protectora no tardó en aparecer. Vino acompañada de un arquitecto que era un especialista en construcciones religiosas, y a los dos les gustó mucho el lugar que yo había elegido.

Con gran entusiasmo se colocó la primera piedra. A partir de entonces quise dejar a mi protectora al cargo de todo para que ella hiciera y deshiciera, pero antes de decir nada una voz me dijo: -“Guarda silencio y seas tú la que levante el edificio. ¡Adelante!”

Así que...cambié de rumbo y guardé silencio. A pesar de todo, tuve el atrevimiento de decirla:

Señora, podéis hacer cuanto queráis ya que Vos costeáis las obras.

No quiso hacerse cargo, muy cariñosa y comunicativa me habló claramente, ¡muy claramente!

Quedé al cargo de las obras que se comenzaron con gran número de obreros. Mis paseos fueron todos hacia aquel lugar. En las obras se veía era mucho lo que se trabajaba; para mí...era ver aquello con gran lentitud porque me cansaba de no hacer nada útil a los demás. La señora quiso que fuese yo quien dirigiera las obras del convento y de las edificaciones, y ella cuidaría de ofrecer su ayuda puesto que se pasaría grandes temporadas en nuestro lugar. Mis florecillas me decían:

-Madre, ¿cuándo vamos a ir a ver a los que sufren? ¡Ellos nos reclaman! ¿Si nosotras pudiéramos también curar...

-¿Y por qué no vais a poder? ¡Sí hijas mías!...¡Basta con que vosotras queráis para obrar el bien!

-¿Y en el convento qué vamos a hacer? ¿curaremos también a los enfermos? Si hacen falta enfermeras yo quiero ser una de ellas para consolar a los que sólo esperan la muerte.

-“Qué bueno es hacer el bien. Qué bueno es buscar a los que sufren y qué

inútil es en cambio la vida sin ver penas ni oír quejas; ¡sin reconocer las miserias humanas! Así jamás se podrá conquistar el reino de los cielos, sin antes haber saneado las impurezas de la Tierra”.

* * * * *

Capítulo X

Habían transcurrido varias semanas. Llegamos al convento y encontramos las obras a punto de terminar; sólo faltaban unos pequeños detalles para dar su punto final. El encargado de las obras se apresuró a mí haciéndome ver de la buena distribución y el buen gusto de las obras, y de las anchuras que tenían las celdas y buena ventilación.

"¡Dios mío! ¡Yo quisiera que la grandeza sea aquí dentro!"

El encargado de las obras, un hombre inteligente me dijo:

-Reverenda Madre, si todas las religiosas que entren por este convento son como Vos...esto será el lugar más hermoso de amor que mis ojos hayan visto.

Me consolaron mucho sus palabras y salí a dar un paseo por los alrededores pensando siempre en lo mismo, diciéndome a mí misma. -¡Que grande es Dios! -Y oigo una voz que me dice: -"Siempre verás a Dios si lo sabes buscar".

Llegamos de nuevo al hospital y me encuentro a mis florecillas y a la monja mayor en la entrada esperándome con impaciencia; pregunté: -¿Qué es lo que ocurre?

Mis florecillas me miraban y callaban; al final, se decide la monja mayor y me dice:

- Tiene aquí un aviso, Madre. Tiene noticias de un jerarca, de un jerarca de mucho mando y autoridad.

-¿Y qué noticias trae?

En ese mismo momento me fue entregado el aviso por la monja mayor.

-Al parecer, espera que Vos le escribáis dando contestación.

Mis florecillas temblaban; estaban ansiosas de saber. Tuve el honor de leer en voz alta. Eran cuatro palabras en las que me mostraban que estaban muy contentos de mí; que las obras estaban a punto de finalizar y que tenían a la vista otro nuevo protector con otros nuevos terrenos para edificar otro nuevo convento. De momento pensé:

-“Dios mío, ¿para qué quieren tanto convento? ¿No sería mejor levantar un nuevo hospital o levantar un nuevo edificio para ancianos, y protegerles y cuidar de ellos? ¡Eso sería más útil, más necesario! Conventos ya sobran, y lo que nos hace falta son mujeres para ayudar y proteger. ¡Eso es lo que más se necesita: ayuda al necesitado y no tantas rezadoras de rutina! Lo que hace falta son hechos, ¡hacer de las buenas obras y no de boca para adentro! Yo lo considero un tiempo perdido; ¡son muy pocas las que se prestan a ayudar...y muchas a llenar los templos con golpes de pecho! ¡Dios no desea esa forma de rezar!...¡Dios quiere que nos ayudemos! ¡Que nos amemos los unos a los otros con hechos, no con palabras vanas!...¡Cuántas cosas encierran los templos!...¡Si

las piedras hablaran...cuántas cosas dirían y qué poco agradecerían! Sigamos adelante satisfaciendo a nuestra protectora y obedeciendo las órdenes que nos puedan llegar. ¿Quién será mi nuevo protector, para que quiera contar conmigo en poderme hacer cargo de levantar otro nuevo convento?...

Me enfurecí tanto...que llegué a perder la calma.

-¡Yo también podré disponer de mí misma y podré rechazar el aviso! ¡Tengo suficientes pruebas para negarme legalmente! ¡No podré dejar unas obras sin terminar para de nuevo comenzar otras! ¡Mi deber es de cumplir hasta llegar a ver terminada toda la construcción, así que...

No sabía qué hacer ni qué decir, ni qué decisión tomar. No tenía mis ideas muy claras.

Llegaron las altas horas de la noche y en mi descanso, como de costumbre, quise consultar con mis florecillas del cielo; ellas nunca fallaban, ¡siempre estaban conmigo! De momento, al entrar en mi celda y verlas me asombré de lo que veían mis ojos. Pensé que era un simple sueño pero no fue así, ¡fue un hecho real! ¡Estaban lacias, como las flores de los jardines cuando les falta el agua y la luz del Sol!...¡Estaban apagadas!...

-“¡Dios mío, otra vez he vuelto a caer! ¡Alguna falta he cometido! ¡Algo indebido, y ellas se han entristecido!...¡están apagadas!...

Qué tristeza sentí dentro de mi alma...

-“¡Dios mío, ¿qué puedo hacer para darlas aliento?...¡Pero si ellas no necesitan de mí!...¡Soy yo la que necesito de ellas! ..¡Ellas no necesitan luz!;son la Luz! ¡Ellas no necesitan agua!;son como un Divino Manantial!...¡No necesitan ese rocío mañanero!...¡Ellas siempre permanecen frescas y lozanas! Entonces, Dios mío,¿que es lo que ocurre, si son ellas las que me dan consuelo y esperanza y me ayudan en mi soledad? ¡Saben que es mucho lo que yo las quiero!...¡Alguna falta grave he cometido que incluso mi alma lo siente y se encuentra vacía!...¡No debí pensar en rechazar a mi nuevo protector!...¡Debe de ser por eso; por dejar en suspense el aviso de levantar otro nuevo convento! Reconozco mi temperamento y mi mal procedimiento; ¡Señor, perdóname de nuevo una vez más!. ¡Yo quiero ser útil!...¡Quiero ser buena y no lo soy! ¡Esta vez te he fallado!...¡Esta vez ha sido por mi culpa y las florecillas del cielo se han entristecido!...

Quise descansar y no pude. Mis ojos se entornaron y a mis florecillas no las veía ni frescas ni lánguidas, desaparecieron de mi vista.

-“Señor, escucha mi tristeza; mi soledad y mi amor a cambio de tus dones generosos que son repartidos para todos los que amo y me aman...y también para los que me olvidan y te olvidan...

-“¡Señor, estoy viendo que me deslumbra tu grandeza...y me ha llenado de amor al cambiar mis sentimientos!

Por fin todas las obras quedaron terminadas y los niños nos seguían

diciendo:

-¡Bendita seáis Madre, que por Vos ya no pasamos hambre ni frío! ¡por Vos tenemos nuestra posada!

Mis florecillas cantaban alegremente y yo...contemplándolas. ¡Ellas sí que eran buenas cuando daban sus charlas con los niños! después, jugaban con ellos correteando por el campo.

Al día siguiente nos pusimos nuestros hábitos y nos dirigimos al convento donde empezábamos a recibir cartas dándonos las gracias.

-Madre, -me decían mis florecillas-¡qué bien estamos en el hospital cuidando a nuestros enfermos y con tantos niños! Allí salimos cuando queremos. ¿Estaremos igual aquí, en este nuevo convento?

-¡Madre, cuántas cosas oímos decir a las gentes del pueblo! ¡Se dice que Vos lleváis a Jesús dentro!

-¡Jesús de mi vida!...¡Jesús de mi alma! -decía llorando-. ¡Yo estoy en El...¡vivo para El y a El quiero llegar pase lo que pase y venga lo que tenga que venir!...

Estando en el convento mis florecillas me decían:

-¿Cuándo vamos a salir de aquí? -Y yo les decía:

-¡Hijas mías...¡si no habéis entrado y ya estáis pensando en salir!

-¡Es que yo no sé qué siento, pero yo aquí me ahogo! ¡No puedo respirar sólo de pensar que no saldremos!

-Madre, ¿quién ha sido quien ha inventado el claustro?...¡No creo sea cosa de Dios!

-Si así fuera hijas mías...¡no es cosa mía! Ellos creen que si salimos a la calle...sería escandaloso. El estar aquí encerradas no es cosa de Dios, pero yo os digo que saldremos. Nada de escandaloso tiene el que salgamos a curar a los enfermos y cuidar de los niños. Visitaremos también los domicilios; ¡no creo que nos llamen la atención por escándalo!

-“Ya hemos levantado las casitas y el convento ha quedado ventilado, pero ya están tramando de traer las malas pasiones...y faltará la respiración. ¡Bien dicen mis florecillas que aquí se ahogan!

Llegó uno de los sacerdotes, y empezó a quejarse por nuestras salidas diciéndome:

-¡De buena os habéis librado!; ¡recordad que yo os salvé y siempre seré el mismo!

-Seréis siempre el mismo, pero Vos para mí...sois un ingrato.

En ese mismo momento llegaron mis florecillas muy alegres, sin pensar que se encontrarían con el Padre Santo. Se dirigieron a él, y una de ellas le dijo:

-¿Estáis aquí? Pues en todo este tiempo...no hemos pensado en Vos. -Y contesta El:

-¡Ya lo sé! ¡También las dos estáis en contra de mí! ¡Sepáis que yo he tenido

que luchar más de lo que vosotras creéis!

-¡Sí sí, lo creemos!

El pensó que nos estábamos burlando de él, y se marchó muy molesto sin despedirse. Sólo dijo:

-¡No os hago caso! ¡Os perdono porque os considero dos religiosas sin conocimientos de monjas!

Se marchó y mis florecillas quedaron muy contentas.

-¡Qué satisfechas estamos Madre de haber enfadado a ese ingrato!

-Tener mucho cuidado con lo que decís, que el lobo otra vez ha luchado para encontrarnos.

Llegó el día de inaugurar el convento. El templo se hizo pequeño. Se puede decir que llegaron de todas partes. Se les hizo entrar, y nosotras... ¡sufriendo de oír tantas mentiras de todos los que nos rodeaban! Yo no podía resistir más. Me adelanté a servirles unos dulces y licores, y ahí fue cuando seguido se empezó la nueva comida religiosa. Otro de los nuevos sacerdotes se apresuró a mí y me dijo:

-¡Aquí vendremos cuando el mal nos venga! ¡He oído decir... que Vos sois capaz de dar vida a los muertos!

Yo le dije, harta de tanta hipocresía, que no había ninguna necesidad de venir a mí habiendo tantos doctores buenos.

Todos asistieron; sólo faltaba el capellán Juez, del cual... ¡cuánto me alegré! ¡El era poco partidario de oír tantas palabras falsas!

Salimos de aquella fiesta, y aunque yo no podía ver en ellos sus pensamientos... sí les veía a cada uno sus reflejos de revelación viendo y oyendo tanta mentira. Yo por mi parte, confieso que estaba contenta y orgullosa de mí misma por mi forma de haber procedido, sin haber intervenido para nada en poder representar estando junto a todos ellos. Eso no iba conmigo. Las pompas sin ningún fundamento... sólo me causaban asco. Yo me encontraba muy feliz y orgullosa de mi lealtad. Yo no sabía ni quería mentir, y no mentir en la Tierra es una gran virtud. -“¡Dios mío, qué grandeza es la tuya y aquí... qué variación puede haber de entre todos tus hijos!”

El Padre Santo que mucho valía por su talento... ¡cuánto había mentido en su discurso! ¡No había pronunciado dos palabras que fueran verdad, pero qué mentiras más bien dichas! Sus estudios universitarios le permitían que las dijera con mucha filosofía.

Cuando me encontré en mi celda, respiré muy hondo y murmuré, con una gran pena que sentía por todos ellos: -¿Se habrá ido ya?

Cuando más centrada estaba en mi pensamiento entró el Padre Santo. Le miré... y qué mal le encontré; estaba como desenchajado y pálido.

-¿Qué os pasa? -le pregunté. -El me miró con ira y me dijo:

-¡Sois mi pesadilla! ¡Por Vos, nosotros cada vez vamos a peor!

-¿Pues qué he hecho yo que os pueda molestar? ¡Os he guardado todos mis respetos! ¡He asistido a la función religiosa en silencio sin decir palabra alguna! ¡Yo no tengo ninguna culpa de que el pueblo me prodigue dándome honores de los que Vos creéis que no merezco! He permanecido todo el tiempo con Vosotros, y a decir verdad... ¡ha sido en contra de mi voluntad! ¿Qué es lo que queréis de mí?

-Vos Madre sois mala religiosa. ¡Nunca podréis dar obediencia! ¡por eso todos los que se encuentran aquí os odian! ¡Os odian porque os dais a conocer y no sabéis ser buena Madre! He observado durante todo el tiempo que habéis permanecido en el culto que habéis estado inquieta, ¡nerviosa y creo que molesta! ¡Vuestra mirada no me prestaba ninguna atención!

-Si Vos lo creéis así... os equivocáis. Os puedo demostrar que todo cuanto habéis dicho en vuestro discurso todo lo he podido escuchar palabra por palabra. ¿Cómo habéis podido decir tantas mentiras? ¡Esas mentiras son las que os hace que aumenten vuestras pesadillas! ¡Esa es la enfermedad que Vos padecéis! La salud se encuentra siempre donde se practica el bien y se dice la verdad. Mientras sigáis mintiendo Vos no os curaréis, y crecerán vuestras pesadillas. Padre, yo no quiero mentir; practico el bien y Vos me llamáis mala religiosa. Yo sé que el día que muera me subiréis a los altares... y vosotros diréis mentiras sobre mentiras. Todas mis verdades sé que las vais a hacer desaparecer, pero vosotros no vais a quedar aquí. También vais a morir, y vais a volver de nuevo a la Tierra porque nuestra alma es inmortal... y escucharéis de nuevo la verdad. La verdad jamás quedará escondida. Vosotros queréis hacer de este nuevo convento una casa de explotación, y yo lo que deseo es... ¡que sea un convento de salvación! ¡Eso es lo que deseo y nada más! Vosotros vivís engañando, ¡y yo quiero el trabajo ahuyentando toda clase de vicios y demostrar por donde pise que sólo Dios es grande! ¡cuánta es la grandeza de Dios! Vosotros queréis los aplausos, ¡los éxitos, y yo... quiero lo sencillo, lo natural, ¡la grandeza de la Naturaleza que todo es belleza y todo es útil, desde el rosal más espinoso hasta la flor más delicada! ¡Yo quiero hombres sabios que sirvan a este mundo!

-¡Os rechazo con gran dignidad, pues os digo que las humillaciones... ya me van cansando! ¡Más me valiera no haber venido! ¡Cuánto siento haberos conocido! ¡Espero no volveros a ver jamás! Cada día que pasa, Vos Madre sois peor. ¡No merecéis ocupar este puesto! Yo antes era un gran hombre porque me lo propuse, y ahora... ¡todo va de mal en peor!

En esos momentos vuelven a entrar mis dos florecillas muy contentas diciendo:

-¡Made, qué bien se está en el campo! ¡Hemos visto a las madres de los corralones con sus hijos en brazos! ¡sonríen y hay muchos niños! ¡Madre, en el campo hay vida, hay amor! ¿Si vierais Padre Santo qué bueno es estar en el

campo? Allí nuestra reverenda Madre, nada más poner sus manos junto a una de las rocas empezó a brotar agua; nuestra Madre nos decía: ¡Retiraos hacia un lado! ¿No veis cómo os estáis poniendo? -¡Dejad Madre que nos saciemos de esta agua que nos da el Padre Creador!...¡El ha sido el que la ha hecho brotar!...¡Es agua que sólo podrán beber todos los sacerdotes que prediquen la verdad!

El Padre se molestó mucho. Yo le dije:

-No las hagáis caso, son como dos criaturas. Y él contestó:

-¡Sí, son como dos niñas y muy mal educadas!

-Si Vos queréis ir a beber agua...la podéis beber. ¡El agua que viene de Dios no se le niega a nadie; es para todos sus hijos! -El volvió a contestar:

-¡Ellas también mienten! ¡son igual que Vos, están poseídas! ¿Cómo se atreven a decir, que sus manos han hecho brotar agua? ¡Eso sí que se puede decir que es mentir! ¡Eso es un delito! ¡un gran pecado! Esa agua vendrá directamente del Padre Creador, no lo discuto, ¡pero no por poner sus manos!

-No llegué a poner mis manos. Para ser exacta...¡sólo me bastó con un dedo!

-¿Vos también os atrevéis?...

-Fue así, y a mí no me gusta mentir.

-¡Eso habrá que demostrarlo!

-Cuando Vos gustéis; preguntad a los ciudadanos del pueblo. ¡Ellos son los más indicados para justificar el premio que Dios les ha dado! El pueblo dice que jamás ha habido agua en toda esa parte. -Y se marchó diciendo:

-¡Me marchó! ¡No la quisiera ver nunca más!

A partir de entonces nos pusieron las tareas un poco más complicadas y más duras de llevar. Estrictamente nos prohibieron salir del convento, no valían las excusas aun sabiendo que nuestras salidas eran muy humanitarias para ayudar y hacer el bien al prójimo, tanto para los niños como para los mayores. Pedimos permiso a las autoridades religiosas y fueron denegadas; ni al huerto nos permitían salir; siempre eran los mismos los que lo impedían poniendo obstáculos; siempre eran los mismos lobos persiguiendo a los corderos.

Así nos pasamos unas pocas semanas sin hacer nada útil. Bien decían mis florecillas que les faltaba la respiración y se ahogaban. Siempre me decían:

-Madre, ¿por qué nos prohíben salir, si nosotras lo que hacemos a nadie perjudicamos, y lo que hacemos es el bien a los demás como el Padre Nuestro que está en los cielos desea vernos hacer obras de misericordia, visitar a los enfermos, vestir al desnudo, dar posada al que lo necesite y nosotras somos cumplidoras?

Ellas me insistían que querían salir al campo, pero yo les hacía comprender que nos estaba prohibido y que eran otras sus obligaciones.

-¡Madre, los niños nos reclaman!...

-¡Sé muy bien que os necesitan!

Me llené de valor y tuve el atrevimiento de dejarlas salir por un corto tiempo, lo suficiente para que visitaran a los niños. Yo mientras tanto permanecería en el claustro dejando que corriera el tiempo.

Yo les daba ánimos a mis dos florecillas; las decía que tuvieran paciencia; que con el tiempo y el Sol, todas las frutas maduran. Ellas querían estar fuera; la verdad es que lo necesitaban. Anteriormente se pasaban la vida con los niños y con los enfermos, que los cuidaban como cualquier familia cuida a los suyos.

Fue transcurriendo el tiempo, y aproveche a salir al huerto llevando conmigo pluma y papel. Me senté junto a un árbol y me puse a escribir todo lo que significaba el infierno, que a veces, sin querer...se nos muestra a través de los sueños cuando vemos las serpientes, los reptiles, los lagos infectados...

Al terminar, fui sorprendida. Llevábamos pocos días de nuestra estancia en el convento, y empezaron a llover cartas de unos sitios y de otros exponiendo sus casos. Una de las cartas decía:

-Madre de mi alma, dentro de muy poco os visitaré a Vos, Madre, a la que tanto quiero. Vos me devolvisteis la salud, volví a la vida y la vida os la debo. Ahora tengo a uno de mis hijos muy enfermo y no deseo que me lo visite ningún médico. En Vos confío y tengo puesta mi fe y mi esperanza. Con todo el amor del mundo, espero con su gracia y sus poderes sea sanado mi hijo.

No se hizo esperar por mucho tiempo; ni a que llegara mañana para que hiciera el bien de devolverle la salud. Se presentó la señora acompañada de su hijo en una hermosa carroza. Fue recibida en el acto, poco se la hizo esperar. Al verme, se arrodilló delante de mí llorando y diciendo:

-Reverenda Madre, míreme a los ojos, ¿me reconoce? ¿sabe quién soy?

-¡Sí sí, os reconozco!

Cogí al niño en mis brazos, le hice beber de nuestra agua de la roca, le puse mis manos y el niño poco a poco fue recuperando su estado normal. Sus ojos empezaron a brillar y su boquita a sonreír. La madre temblaba de alegría. Se fijó en mi jarrón sin quitar la vista de él...y nada decía. Yo las veía, estaban más frondosas que otras veces mis queridas florecillas del cielo. Yo hablé con ellas ya que se dejaban ver. Una me decía: -“Soy el Amor. Aquí donde me ves, tan menudita, también tengo mis aromas y reparto mi Amor a todo el Universo”

-¡Hablan las flores! -dijo la señora muy sorprendida. -Yo le contesté:

-Sí, tengo este jarrón con varias flores. Todas hablan y todas dicen la verdad. Ellas nunca mienten.

Se acercó la señora junto al jarrón para poderlas oír mejor, y otra flor le contestó:

-“No te acerques tanto, nos podrás oír a largas distancias. Somos las voces de la vida y aquel que quiera oírnos nos oirá y nos verá en todas partes.

-¡Dios mío!...¡Esto es maravilloso!...¡Parece increíble! ¡Es como si fuera un sueño!...

Y contesta otra flor: -“Los sueños no mienten”.

La señora se impresionó tanto que dijo: -¡Dios mío, reconozco sus poderes!
¡Ahora me doy cuenta de lo infames que somos por no querer oír ni escuchar la voz de Dios!

La habitación se iluminó con una luz de gran intensidad. Las dos sentimos un gran consuelo y una paz como nunca había sentido.

-¡Qué grandeza hay en el cielo! -me dijo la señora-, y Vos Madre qué grandes poderes tenéis!. Recuerdo Madre cuando por primera vez me visitasteis en el hospital y nada quería de Vos. ¡Cómo la rechacé! ¡Me tapaba el rostro para no mirarla; era tan grande mi desesperación...que sólo quería morir de tan grande como era mi dolor! y con su cariño y sus divinas manos, mi enfermedad desapareció. Mis esperanzas estaban perdidas; ¡cuántos calmantes mi cuerpo tomó, y cada día que transcurría mi mal era mayor! Vos fuisteis mi salvación; vuestras manos me daban calor, ¡fuego que aplacó el dolor...y qué bien me sentía! ¡Estaba muerta y Vos me devolvisteis la vida!

-¡Madre, mirad mi hijo!...¡Nunca le he visto tan contento y alegre como le estoy viendo en estos momentos!...¡Dios está en Vos, Madre!

-¡Dios está en todos nosotros! -le dije. ¡El nos quiere y nos entrega el amor y la luz a todos por igual!

-¡Yo quisiera ser igual que Vos! ¿Si os pudiera ayudar en todas vuestras tareas...conmigo podéis contar! ¡Quisiera ser útil a los demás! Dispongo de un tiempo muy hermoso y lo quisiera dedicar en lo que Vos dispongáis de mí...

La señora se marchó muy contenta con su hijo sano y alegría en su cuerpo. Las voces se fueron corriendo; las cartas aumentaban cada vez más solicitando entrevistas que me era imposible cumplir por obediencia a mis superiores religiosos.

Me dediqué a escribir a otros jefes exponiendo mi triste situación. Pronto fui correspondida por mis súplicas, recibiendo un certificado indefinido firmado por los más altos puestos de las autoridades religiosas, disponiendo de poder salir a todas las horas del día, y si fuera necesario, incluso durante la noche. Las florecillas del cielo me decían: -“¡Adelante y sin temores! ¡Enfréntate con tus poderes! ¡Tú ya no nos necesitas!...

-¡No digáis eso! ¡Si me faltáis...yo me moriría! ¡No me dejéis con tanto tormento encima! ¡Yo nada podré hacer sin vosotras!...

Otra flor me dijo: -“No caerás si tú no quieres. ¡Sigue construyendo y no te echas atrás! ¡Hay muchos hombres que de ti esperan trabajar! ¡Ayúdales, que tú bien lo puedes hacer! Si te atormenta el estar aquí...¿a qué esperas?

* * * * *

Capítulo XI

Seguía recibiendo cartas, y en una de entre otras muchas me exponían:

Madre, espero que al recibir esta mi humilde carta, creo podáis estar informada y al corriente de todos nuestros proyectos. Espero todo siga en pie sobre la aprobación de llevar a cabo la construcción del nuevo convento. Vuestro protector ha tenido la gentileza de elegirme como vuestro arquitecto. Estoy a vuestro servicio y a la espera de que me podáis conceder una entrevista para dialogar sobre los planos. Me encuentro muy satisfecho en compartir nuestros trabajos. Espero me reconozcáis por habernos visto anteriormente.

Quedé sorprendida. Me dice ser conocido. ¿Quién podrá ser mi nuevo arquitecto y mi nuevo protector? No podré negarle una entrevista ni echarme atrás. Mis florecillas del cielo me lo decían, que siguiera adelante y sin temores...

Mis dos florecillas se encontraban con los niños muy felices y contentas.

-“Las he de decir las últimas noticias, de que nuestra estancia aquí no va a ser muy duradera. Si ellas quisieran permanecer en este lugar...las dejaría con sus ilusiones de permanecer con los niños y con los enfermos, y yo seguiría de un lugar para otro estando siempre en contacto con ellas. Me temo decaigan, si abandonan estos terrenos y estos paseos por el campo. Esperemos por unos momentos, y sean ellas las que tomen sus propias decisiones; sean ellas las que elijan; no quiero representar para ellas una sobrecarga”...

En esos momentos aparecen las dos, como siempre rebosantes de alegría y felicidad.

¡Nunca las había visto tan contentas y tan unidas! Me dicen:

-Madre, hemos salido al campo sin descuidar a nuestros niños y atender a los enfermos, y todo el pueblo está muy contento. ¡Nadie nos persigue ni nadie nos critica! ¿Por qué Madre, permanecéis tantos tiempos encerrada? ¡Nadie os podrá llamar la atención por escándalo, si Vos lo que hacéis es cuidar y curar a los enfermos! ¡Debéis de salir! ¡No hagáis caso de los ingratos que ya se marcharon!

-Mirad hijas lo que acabo de recibir.

Les di a leer el certificado firmado por los altos jerarcas.

-¡Por fin!...exclamaron las dos al mismo tiempo. ¡Ya podéis salir a la calle!...¡nos necesitan y nos quieren!...

-Escuchad con atención lo que os voy a decir. ¿Qué os parece niñas mías, si quedarais aquí? Yo he de salir fuera de esta ciudad, pero he de volver a visitaros y estaremos al corriente de todo.

-Madre, ¿otra vez os destierran de aquí?

-¡No hijas mías, no me han desterrado; eso bien lo sabéis vosotras, que todos

los viajes que hemos ido haciendo han sido por ascensos para beneficio de los pobres y enfermos.

-¡Y para nosotras también! –respondió una de mis florecillas.

-Este viaje no quiero que me acompañéis; saldré con mi protector y el arquitecto. ¡No sé dónde se va a edificar! Debéis quedar aquí de momento, después...ya veremos.

-Después Madre no os dejaremos sola, ¡no está permitido! Si no podemos ir las dos...elegirnos a una, y otra quedaremos aquí al cuidado de las obligaciones.

-¿Cuál de las dos desea venir en mi compañía?

Y a dúo contestaron las dos. ¡Las dos querían venir!. Yo no podía permitir dejar a una y elegir a la otra, eso sería una ofensa y tristeza para mí. Tenían que venir las dos, o de lo contrario...elegir a otras dos religiosas.

Salieron las dos muy pensativas y muy convencidas. No querían quedarse. Me conmovieron tanto, que pude observar el gran cariño que sentían por mí. Yo las quise como a nadie pude querer. Yo deseaba para ellas la felicidad, su bienestar. Las veía tan contentas que mi gozo sería que siguieran en esta lugar, pero el amor y el cariño que nos unía era más fuerte que todo lo demás.

Preparamos a dos religiosas del convento para substituir a mis dos florecillas; se ofrecieron con gran alegría y placer, era necesario que los niños se fueran acostumbrando a las dos nuevas suplentas.

Así fue pasando el tiempo; nosotras procurábamos dejar todas las cosas en orden para no salir dejando todo sin determinar. El pueblo tenía que saber nuestros propósitos y el por qué de nuestros cambios y salidas del convento. Todas nuestras decisiones eran prevenir con antelación.

A las altas horas de la tarde se nos presentó el arquitecto con los planos del nuevo convento y el lugar donde se iba a edificar. Nada más verle supe quién era aunque sólo le ví dos veces; una en el hospital, y la segunda en su propia casa. Fui invitada a comer el mismo día que el capellán, el que después fue ascendido a Juez.

Al arquitecto le encontré un poco raro, triste. “¿Cómo estará tan triste, si en su carta demostraba alegría? He de preguntarle la causa –pensé para mis adentros”. –En cambio yo me sentía muy alagada y contenta cuando le ví entrar, ¡nunca pensé que sería él, el esposo de la señora que se nos presentó con su niño a que le curase, como la madre misma también fue curada! Le dije:

-Me encuentro muy satisfecha de que seáis Vos el arquitecto. ¿Quién ha sido el que ha dado su aprobación?

Seguía triste y preocupado.

-¡Ay, Madre!... Cuando se han enterado de que tenía los planos en mi poder, y que Vos seríais la fundadora...me han amenazado muy duro!

-¿Quién se ha atrevido? –le pregunté.

-¡Gente de alta dignidad eclesiástica! Tendré que obedecerles; las amenazas

han sido duras y mi familia me necesita. El capellán Juez, gran hombre, ha querido que sea yo el que trabaje para Vos, y me encargó que hiciera todas las gestiones lo más pronto posible.

-¿Y quién es mi protector? –pregunté.

-No quiere dar su nombre ni darse a conocer. El costeará todos los gastos por mediación del capellán Juez. Yo os ruego Madre que aclaréis este asunto y quedéis a bien con los sacerdotes. Las amenazas me obligan a dejar de trabajar para Vos. Yo deseo la paz...y no me quiero mezclar en ser ofensivo.

-Iros tranquilo amigo, que todo se arreglará; pero decidme quién es el acusador o los acusadores de tanta bajeza y tanta ingratitud.

-Si me ven hablar con Vos... ¡sería muy duro para mí!

-“¡Señor nuestro –pensé-, ¿cómo podrán obrar con tanta bajeza? ¡Siempre son los mismos!

El arquitecto se marchó y seguidamente me puse a escribir a Su Majestad el Rey sin comentarle ninguna clase de amenazas al respecto para apaciguar disturbios y nadie se pudiera molestar y evitar cualquier sospecha. Sólo deseaba de Su Majestad me concediera su firma, su autoridad de poder disponer y elegir a mis obreros y constructores sin que nadie les amenazara de ninguna acusación.

El Rey tuvo el honor y la amabilidad de contestarme muy gentilmente dándome la satisfacción deseada para que nadie se interpusiera en nuestros trabajos.

A los pocos días, vimos acercarse a nuestro lugar a unos diez sacerdotes. Mis florecillas rápidamente los reconocieron. Se apresuraron las dos, diciéndome:

-¡Madre, se nos avecina una gran tormenta!...

-¡No sufráis hijas mías; siempre que ha llovido...ha escampado! ¡Dejad que se acerquen!

Salí de mi celda y me los encontré a los diez sacerdotes, todos ellos representando caras de una gran ironía. El primero se atrevió a decirme:

-¿Cómo podéis volar tan alto, dejando a vuestros superiores tirados por los suelos, sin contar con nosotros para nada en un sitio tan sagrado? ¡Habéis de saber, que cuanto más alto subáis más dura será la caída! ¡Vos Madre merecéis ser castigada! ¡Merecéis ser expulsada lejos de la iglesia! ¡Esto os servirá para encontraros entre barrotes! ¡La fuerza del diablo no va a poder con las grandezas de Dios! ¡Seáis Vos quien renuncie a la construcción...y serán levantados todos vuestros castigos! ¡Si no obedecéis, procederemos de inmediato a lo dicho que acabáis de escuchar!

Les veía con caras de lobos, ¡con caras hambrientas y las garras abiertas en poder devorar! ¡Qué horrendas caras transformadas en odio y unas sombras oscuras en sus caras!... “Padre nuestro que estás en los cielos... ¡ten piedad de todos ellos y dadme fuerzas de no caer en sus redes!” -Todo esto lo expresé

mentalmente. Tuve el valor y el placer de decirles:

-Tomad el mismo camino que habéis emprendido para venir, que aquí no hay lugar para vosotros. Siento no poder obedecer a vuestras ordenes porque no me pertenecéis.

Me dirigí al Padre Santo diciéndole:

-Vos me habéis desterrado, me habéis expulsado, me habéis quemado parte de mis escritos. ¡A todo obedecí! y no me habéis metido entre rejas porque no habéis podido... ¡y aún seguís dándome martirio! ¡Yo no pertenezco a vuestras obediencias! ¡Me separa una larga distancia para obedecer vuestras respetables ordenes! Vos tenéis vuestras religiosas y vuestra Madre superiora. Yo pertenezco a esta ciudad y mantengo lo dicho: ¡Seguiré adelante con mis proyectos respetando a mis superiores! ¡a los que me rodean y pertenezco! Que Dios os acompañe. ¡No puedo perder más tiempo! ¡Mi pueblo me necesita y el pueblo es la voz de Dios!

-¡No construiréis eso! -me dijo otro de ellos.

-¡No construiré...si me lo impide el Rey!

Salieron todos, salieron indignados y mayor fue su indignación cuando al salir, se encontraron en la puerta del convento a unos cuarenta obreros pidiendo adelantar las obras. -Les dije todo esto en presencia de los diez sacerdotes:

-¡Tened tranquilidad, que todos cuantos estáis aquí seréis contratados y las obras se adelantarán! ¡A ninguno os faltará vuestro trozo de pan que ganaréis con vuestros honrosos trabajos, con el sudor y esfuerzo vuestro! ¡Sabéis que no me gusta mentir, y he de cumplir todo cuanto os acabo de decir!

Todos se marcharon felices y contentos, y nuestros diez sacerdotes se marcharon con mucha más ironía que cuando venían. ¡Si les hubiera valido hacer de mí lo que sentían...me hubieran devorado en aquellos momentos!

Después de tanto persuadir, y ver que se estaban haciendo los trazos en el terreno indicado para la construcción, se nos hizo presente el Padre Santo y un sacerdote. Fueron directamente en busca del arquitecto, al que encontraron, y le impidieron que continuara las obras. El arquitecto les contestó muy serenamente:

-Padre, si Vos representarais mi lugar, decidme ¿cómo actuaríais? Vos me impedís las obras, y el Rey...me concede su aprobación escrito por su puño y letra. Padre, si os obedezco a Vos...¡es ir en contra del Rey! ¡Podría desobedecer a su reverenda Madre, pero nunca al Rey! Si Vos me seguís amenazando en cuanto a las obras, yo expondré el caso y vuestra acusación al Rey, y Vos Padre seréis el responsable de vuestras amenazas para conmigo y las faltas que cometáis contra los obreros. Un Padre como lo sois Vos, con vuestra gran santidad...¡no os veo capaz de obrar mal! ¡No creo que os atreváis a hacer que todos los obreros se mantengan parados impidiéndoles el trabajo!

A sus palabras no contestó, y no quiso nombrar para nada al capellán Juez.

El sería el primero en ser amenazado y expulsado cuando es a el a quien debemos nuestros honrados trabajos de cincuenta obreros.

-“El debe de saber quién es el protector de la Madre –pensaba el arquitecto-. El capellán Juez es bueno y tiene talento. Lo lleva en secreto para evitar disturbios y gresecas. ¿Quién será ese buen hombre? El que sea va a nuestro favor y a favor de los obreros, ¡de los obreros trabajadores! Hombre sabio y humilde debe de ser para no darse a conocer. ¡Sólo Dios lo sabe, y El es el que sabrá pagar a todo aquel que lo merezca!

Mis dos florecillas estaban preocupadas; querían saber cuándo iba a ser la marcha. De momento permaneceríamos en silencio; aún nos quedaba algún tiempo que esperar. Habíamos de dejar las aguas bien sentadas. Parece ser que no estaban muy claras. Esperemos unas semanas más o quizá algún tiempo más –yo pensaba. Los terrenos no están muy distantes de los nuestros, de nuestra ciudad, así que de momento seguiremos aquí aunque tengamos que viajar con frecuencia o dar una vuelta a ver cómo van las obras. Ahora hemos de tener mucha precaución; hemos de anticiparnos en tener todos los papeles correctos; todo lo necesario; que no nos falte ni lo más mínimo. Que vaya todo en orden como lo manda la Justicia.

El arquitecto quedó más consolado y más tranquilo de sus amenazas. ¡Que todos queden contentos; el pueblo y nuestros obreros! Hemos de darles toda clase de herramientas adecuadas; hemos de evitar toda clase de desgracias, y si algo ocurriese a alguno de los obreros –que Dios no lo permita-, que pueda quedar su familia con un sustento. ¡Nunca se sabe en las obras de tan largo tiempo!...¡Es mucho lo que falta por edificar!...

No se trataba sólo de construir conventos; había que edificar asilos para los ancianos, hospitales...¡y escuelas para los niños que también lo necesitaban! Para todo esto tuve mucho que investigar y mucho que escribir a todas partes de España; algunas a Francia, -las menos.

Para escribir tan numerosas cartas, necesitaba una buena secretaria que me pudiera ayudar a hacer las copias. Encontré a una buena religiosa de nuestro convento; la propuse me ayudase y no reparó en lo más mínimo. Se apresuró en ese mismo momento diciéndome:

-¡Madre, que contenta estoy de poder trabajar con Vos y ayudaros en todo lo que pueda!

Me lo decía con mucha timidez, y llorando me dijo:

-¡Madre, no sé leer!...¡Las letras sí las conozco pero no sé leer!...

Lloraba esperando que la rechazara, y no fue así. Me dijo que en su casa no tuvo tiempo de aprender; se dedicaba a las tareas de casa y a sacar a las ovejas al campo.

Fue una buena pastora como acabó siendo una buena religiosa. Para mí fue una de las mejores secretarias que tuve: -buena, inteligente... terminó por saber

leer y escribir como cualquier otra secretaria; se pegó a la pluma y papel y llegó a componer grandes poemas que nadie se explicaba cómo una religiosa analfabeta, pudiera haber hecho grandes composiciones que fueron cantadas a coro con todas las religiosas, gustando tanto que tenían una gran calidad. Mi querida florecilla cómo lloraba creyéndose una inútil, y cómo llegó a destacar en sus escritos y su lectura sin darse la menor importancia. ¡Cuánto valía! Era muy servicial prestándose siempre a los demás.

Pasaron varias semanas. Hice un viaje a visitar los terrenos, dar el visto bueno y cambiar impresiones con el arquitecto, y otra vez de nuevo vimos aparecer al Padre Santo con un acompañante. Esta vez se dirigió a mí y me dijo:

-¡Qué bien os encuentro! ... ¡Os sienta bien ver trabajar y ser la dueña de toda la faz religiosa!

-Sí que me encuentro bien y contenta, porque los obreros trabajando me parecen instrumentos de Dios. Daré pan a los pobres proporcionándoles trabajo.

-Todo eso lo sabemos –dijo el Padre Santo. Todo eso lo cumplís hace muchos tiempos, pero hacéis las cosas muy mal. Vos sabéis muy bien las normas religiosas cómo deben de ir entre los sacerdotes y religiosas. No debe haber secretos por mucho que nos separen las distancias. ¡Vos nunca os confesáis!

-Ya os dije en otras ocasiones que os equivocabais. Me confieso todos los días.

-Vos Madre hacéis las cosas por vuestra cuenta y no contáis con vuestros sacerdotes. ¡Somos nosotros os que damos ordenes a los inferiores de la iglesia, y el convento todo se basa en lo mismo porque todo es una misma cosa! ¿A Vos os gustaría que vuestras siervas se pusieran a edificar, y que la Madre superiora no se enterase de nada?

-Nunca hago las cosas por mi cuenta –le contesté-. Siempre que me dispongo a hacer algo de mucho riesgo, es por obediencia. Yo nunca sería capaz de mover una piedra sin permiso de mis más altos superiores.

-¿El Rey sabe que curáis? ¡El ha de saber, que una mujer no puede curar si no está poseída del demonio! ¡Vos sois religiosa y dependéis de la iglesia! ¡Tened mucho cuidado! Cuidáis de los pobres porque pertenecéis a ellos, pero en cuanto a las curaciones... ¡Tened las manos quietas y la boca bien cerrada!

-“¡Qué ironía en sus palabras; no se ocultaban de nada hacia mí! Me miraban con desprecio porque mis palabras les ofendía. ¡Cuánto les dolía oír las verdades, porque siempre les decía que mi religión era la del Redentor y la de ellos era pagana!

Al poco tiempo de estar hablando con ellos se presentaron otros sacerdotes que no conocí; al menos, hacía muchos tiempos que no les veía. De entre ellos se adelantó uno... ¡y ese sí, que me fue conocido! Fue mi primer confesor. Noté que se estaba separando de todos ellos. Me acerqué a él, le saludé, le pregunté

que dónde se encontraba que hacía muchos tiempos que no sabía nada de él. Me contestó:

-No he tenido tiempo de visitaros.

-Necesito de Vos, -le contesté.

-No creo me necesitéis; ya habéis confesado bastante con todos ellos. Seguíis como hace tiempos, muy explícita; no habéis cambiado nada; estoy a la orden del día y no obráis bien. No habéis cambiado nada.

El Padre Santo y su acompañante se unieron a todos ellos. Yo insistí en hablar con el sacerdote conocido de hace muchos tiempos.

-¡Padre, quiero hablar con Vos, tengo mis dudas!

-¡Ven mujer, te confesaré!

El Padre Santo se mordía los labios disimulando lo mejor posible. Salimos y nos sentamos en un salón de un colegio religioso cercano a las obras. No acabó de sentarse y me dice de segundas:

-No habéis cambiado nada.

-¡Ya lo sé, pero...¿qué voy a hacer? ¡Yo soy así! Reconozco que si hiciera todo lo que ellos me dijeran...se pondrían muy contentos; ¡hasta creo me llamarían santa; eso tenedlo por seguro!

-Os encargo como buen consejero que no hagáis curaciones, de lo contrario, os va a costar muchos disgustos. ¡Si amáis la libertad...pronto la perderíais!

-De esto es de lo que le quería hablar. Comprendo que está todo dicho. ¡No pienso renunciar a mis curaciones!

Salimos del salón...y qué miradas; ¡cómo hieren y qué palabras! ¡Cuanta crueldad!

Aquella noche no pude descansar; dormí muy mal. Tuve sueños horribles. Vi a muchos espíritus que se burlaban de mí, me hablaban y me decían: “¡No llegarás a donde tú deseas! ¡Nosotros lo impediremos!...”

Cuánto sufrí aquella noche al oír hablar de esa manera. ¡Cuántas cosas veía que me impedían llevar los pasos para llegar al sitio que tanto deseaba! Me decían: ¡Ríndete! -Yo luchaba, ¡no era dueña de mí ;

Nada podía contar de lo ocurrido. Tuve que sacar fuerzas de flaqueza y seguir luchando visitando las obras ya realizadas, dedicándome al máximo de que no hubiera ninguna desgracia. No me cansaba de tomar precauciones. Los obreros se reían de mí por toda la precaución que sentía por ellos. Cuando me veían llegar decían:

-¡Ya viene nuestra madre!

Les gustaba pronunciar el nombre de Madre. Otros decían:

-¡Ya viene la santa!

Ese día, aquel día ,no apareció ningún sacerdote.

“He de seguir con mis trabajos dedicados a los pobres, a los niños y ancianos. ¡Curaré a todo aquel que me lo pida aunque ellos me lo impidan! ¡No cambiaré

aunque me cueste mil tormentos...y otros tantos sufrimientos!

* * * * *

Capítulo XII

Un recién llegado se presentó en el convento con urgencia por la enfermedad de su hija. Muy altivo preguntó:

-¿Esta es la casa de la santa? -Y le contesté:

-Esta es la casa de Dios, y de todo aquel que necesite de ella. Estamos aquí para servir al pobre y también al rico si nos necesita.

-¡Yo os necesito y no me marcharé de aquí sin Vos!

-¿Qué es lo que queréis de mí?

-¡La salvación de mi hija que está en peligro! Los médicos nada pueden hacer por ella, sólo esperar el día de su desenlace. Según los doctores está a punto de morir. ¡Venid conmigo Madre, os daré parte de mi fortuna que es muy considerada!

-Haré cuanto pueda por vuestra hija; de vuestra fortuna no deseo nada; sólo deseo sea curada vuestra hija.

-Tengo la carroza en la misma entrada.

Salimos inmediatamente con dirección a su mansión; llegamos rápidamente; los caballos iban a galope. En la entrada de la mansión se encontraban dos centinelas; sin duda alguna se trataba de un soldado...pero con estrellas.

Pasamos directamente a la habitación donde se encontraba la niña. Al verla me impresioné mucho; me causó pena y dolor, tanto es así, que a su cabecera tenía dos imágenes que nadie las veía; sólo las veía la niña. Tenía hacia un lado a varios ángeles niños representando su misma edad. La niña hablaba con ellos pidiéndoles que no se fueran de su lado, que si se marchaban...ella quería marcharse con ellos. Después tenía otra visión que la decía: -“Vengo a por ti, represento la muerte”. Era una sombra fea, ¡luchaba para llevársela!

En este intermedio se nos presentó el padre de la niña; me explicó que la niña padecía locura, que hablaba sola , veía visiones y que hablaba con la muerte. Que otras veces venían ángeles. Los médicos dicen que está poseída.

Le rogué que saliera de la habitación y nos dejara a las dos solas. Era una niña encantadora con una sensibilidad candorosa. Cuando me vio me dijo:

-Madre, tenéis cara de ser santa. ¿Vos no creeréis que estoy loca verdad?

-No mi bella niña, no estás loca ni estás enferma; ni vas a morir.

-¿Y por qué me dicen los médicos que no tengo salvación, porque veo a muchos ángeles que vienen del cielo y me dicen que no tenga temores, que están conmigo aquí y después estaré con ellos, pero que ahora no me podré ir con ellos? Yo les digo que me lleven para estar siempre junto a su lado...y no quieren. Después veo a uno que me dice ser la muerte y que viene a por mí, ¡pero yo no quiero ir con él! ¡es muy feo y me causa mucho miedo!

-Escúchame bien lo que te voy a decir: Yo también estoy viendo a tus ángeles y veo todo lo que tú ves; ni a ti ni a mí nadie nos va a creer, así que, niña mía, mantén tu boquita cerrada y confía en el Padre Nuestro y en nuestro Divino Jesús que nos va a ayudar a partir de estos mismos momentos.

-Madre, yo creo mucho en Dios y en Jesús, pero yo no le veo como hombre; le veo como niño igual que a mis años, y El es el que me dice que nunca voy a morir; que cuando salga de aquí me iré con El. ¡Es tan bueno Madre! ¡Cuánto me quiere! ¡Cómo brillan sus ojos y qué resplandor! ¡Cómo ilumina cuando hay oscuridad! ¡Yo quisiera irme con El!

-¡No pedacito de ángel!...¡no te vas con El porque le tienes aquí! ¡Eres muy niña para dejar tu nido y aquí tienes mucho que aprender! Antes de empezar a volar tienen que crecer tus alas para no caer. Eres una pequeña paloma y necesitas estar en tu palomar. Jesús vendrá a verte; sabes que no te deja sola ni en el día ni en la noche.

En esos momentos vuelve a entrar el padre.

-¿Qué ocurre Madre, tardáis mucho en salir!

-Se adelantó la niña y contestó:

-Padre, no temas ni sufras por mí; la santa me está curando y ya no voy a morir; y sepas que ya no estoy loca.

La misma hija mandó salir al padre y pude seguir animándola. El padre se marchó a sus trabajos dejando a la puerta de la habitación de la niña a dos de sus guardaespaldas.

Seguimos las dos solas; la di unos pases magnéticos. ¡Fue horrible! ¡Que lucha el poder quitar a la niña todo lo que llevaba encima! ¡Se excitaron y luchaban contra mí! Las dos vimos todo cuanto nos rodeaba. La niña palideció...y todo aquello desapareció. La habitación quedó iluminada. Todo era luz por cualquier parte que mirásemos, desapareciendo la sombra y apareciendo los ángeles que la niña siempre veía. Ella veía al Niño Jesús en un Niño lleno de Luz y Amor; yo le vi hecho hombre. Le dije:

-Mi Divino Jesús, no me faltes. ¡Dame martirios y tormentos que pueda soportar, pero no te alejes de mí! -Y me dice la niña:

-¡Madre, Vos también habláis sola!

-¡Sí mi niña, he visto a nuestro Divino Jesús. -No la quise asustar diciéndole todo lo feo que la rodeaba. Con la ayuda de Dios y mi Jesús Divino se marcharon quedando la Luz, la paz y el bienestar en ese candor de niña.

-Madre, ¿por qué no me creen cuando les digo a los míos las cosas que veo?

-¿Ya te creerán algún día! Hoy sólo se limitan a creer lo que ven. Tú niña mía eres un verdadero ángel y ves con los ojos del alma. ¿Me guardarás un secreto niña mía?

-¡Claro que sí Madre!

-No digas a nadie lo que ves en tu lecho; no te van a creer y pensarán que

sigues estando loca.

-Haré lo que Vos me digáis.

-Bueno, ya hemos terminado. Como ves, mi querida niña, la visita ha sido duradera y me tengo que marchar.

-¡No, no os vayáis!

La niña se levantó de su cama por su propio pie. Nos despedimos, pero la niña no acababa de quitar sus manitas de mi regazo. Se le avisó al padre de la niña por mediación de los dos guardaespaldas que se encontraban fuera de la habitación junto a la puerta. Este se apresuró con un semblante en su rostro de alegría de pies, completamente restablecida. El hombre se puso a llorar como un niño y se arrodilló frente a mí clamando y diciendo:

-¡Viva Dios y viváis Vos, Madre! ¡El Señor está en Vos! ¡Ingratos doctores!... ¡Todos me decían que mi hija se moría; que su mal no tenía cura y Vos Madre le habéis entregado la salud!...¡ha vuelto a la vida!

Qué momentos más sublimes. Prepararon la hermosa carroza y fui conducida a ella por los dos guardaespaldas. El padre de la niña, antes de ponernos en marcha me prometió traerme a su hija para que la observara de su salud y tenerme al corriente. Yo me alegré mucho de que así fuese y tener contacto con esa linda criatura. Algo en mí presentía aparte de lo que la niña padecía. La niña tenía la edad de unos diez años, pero razonaba como una mujercita.

Quedé un poco dudosa de su vida privada, pero por cortesía y prudencia no quise profundizar. Sólo nos hemos visto una sola vez...y no podía extenderme en demasía. La niña no mentaba para nada a su madre, y el padre...nada mencionó sobre su esposa. Tengo la impresión de que la madre de la niña vive. ¡Qué secretos encierra la vida. Cuando venga a visitarme, espero me comente algo sobre su madre. Si hubiese fallecido la niña lo hubiera dicho, y si existe...su deber, era de estar junto al hogar con su propia familia. Si estuviera enferma lo habrían comentado como hicieron con la propia hija.

Todo esto me dejó cavilando. Dejaremos pasar el tiempo...y todo se sabrá cuando llegue su momento.

Pasaron unos tiempos, no muchos, y la niña no acababa de venir a visitarme como así ella me lo prometió. Claro está, ella por sí sola no podría venir; el padre, como es natural, tendrá otras obligaciones que atender y mi deber es esperar; yo cumplí con mi obligación. Si la niña hubiese empeorado...habrían venido en mi búsqueda. Dejemos pasar el tiempo; lo único que podría hacer...era mandar a mis florecillas para interesarse por su salud, ¡pero no! sería mejor presentarme personalmente y visitarles a los dos, aunque nada pudiera descubrir sobre la madre.

En esto, mis florecillas del cielo me decían:

-“¿Qué te pasa? ¡Te vas a volver loca! ¡No hay por qué apresurarse! ¡No por apresurarte la fruta va a madurar antes!”

-¡Es cierto florecillas mías! -“Ellas nunca mienten; la fruta madurará a su debido tiempo. Sigamos caminando por nuestro camino trazado”.

Llegó la hora del descanso, y en mis sueños, vi a una bella mujer. Se dirige a mí y me dice: -¡Maldita seas bruja!...y otras muchas cosas.

Nada comprendí; no sacaba conclusiones. Nada veía en claro. ¡Sí!. Vi mi cuerpo descansar. Yo estaba fuera de él y volé a grandes vuelos. Recuerdo haber llegado a una mansión con mucha servidumbre, y todos a la hora de comer se unían en sus respectivas mesas. En la mesa de los señores se encontraba la pequeña familia; era la niña que acababa de curar, el padre y una mujer...pero no era la madre de la niña. La madre se encontraba en otra sala aparte y era la que vi en sueños maldiciéndome; me decía: -¡Mala incumplidora! ¡Ingrata! ¡Yo te maldigo! -Tenía su rostro que daba repelencia el verla y muy andrajosa. - -“¿Cómo puede ser esto, que un hombre con tantas riquezas tenga a su esposa en este estado, escondida y sin preocuparse por ella? ¿Y por qué me maldice? ¿Le habrán dicho que su hija está muerta?... ¡No sé ni qué pensar! ¡Esto es para volverse loca como bien decían las florecillas del cielo!

Después, las cosas se fueron aclarando según iba pasando el tiempo. Los padres de la niña se llevaban mal y terminaron por separarse. Estando juntos en el mismo techo la madre enfermó de tristeza de no ver a su linda hija, que en vida perdió a los dos. El era hombre muy altivo y por su gran cargo se avergonzaba de su esposa desatendiéndola en los cuidados que necesitaba. Una de las veces que entró su esposo a verla, ella le rogó que el doctor que había curado a su hija la visitara a ella también, cosa que su esposo no cumplió, pensando ella que yo me negaba a curarla. ¡Entonces comprendí el odio que sentía hacia mí!

Para mí las cosas estaban muy complicadas; su esposo no me había hablado de ella. Yo no me podía presentar sin permiso por su parte, y menos, ir a visitarla al ignorar el estado de su señora. ¡No sabía ni que existía tal mujer!

Aparte del odio que sentía por mí la pobre mujer yo estaba dispuesta a ayudarla, ¡a curarla o lo que hiciera falta!

En esos momentos se me abrieron las puertas de par en par y tomé una decisión. Tal y como lo pensé, así actué. Me presenté caminando a pie. La distancia era un poco retirada, pero me arriesgué.

Al llegar a dicha mansión dos soldados se encontraban junto a la puerta sin ceder el paso a nadie Les expuse mi visita para ver al señor y su hija, y me negaban la entrada por no encontrarse ni el padre ni la hija; tuvieron que desplazarse por asuntos privados.

En esos momentos salía hacia la calle un guardaespaldas de la vez anterior y rápidamente nos conocimos. Gracias a él pude entrar. Me dijo que la niña no se encontraba en la mansión, y el padre, que salió fuera de la ciudad y que no regresaría durante todo el día. Le dije, que cuando regresara la niña le dijera que

me fuera a visitar, pero que ahora me gustaría visitar a la señora.

-¡A eso sí que me niego rotundamente!..¡No tengo permiso para esta triste situación! ¿Quién os autoriza? ¡Es peligrosa; os ruego no os acerquéis a ella!

-¡Os lo ruego! ¡Es un favor muy especial que os pido! ¡Si Vos teméis por vuestro jefe...yo mantendré esto en silencio!

-¡Bien, seguidme!

-“¡Dios mío, es la misma que vi en mis sueños!”...-Entré en su habitación quedando a solas con ella, y estas fueron sus palabras hacia mí:

-¡Maldita seas mujer traidora!

-No le hice ni el menor caso por sus insultos; comprendí que no era ella; estaba perturbada por las fuerzas del mal; el mal hacía que la repudiaran.

-Pedí ayuda a todas las fuerzas del bien, las necesitaba. Era necesario sacar a esta pobre mujer todo lo que llevaba encima. Según me habló el guardaespaldas, cuando entraba su esposo, todo cuanto tenía al alcance de sus manos se lo arrojaba a la cara. Era peligroso estar junto a ella. Nada de extraño había en poder separar a la niña de con ella. ¡Pobre niña!

En un pequeño descuido que tuve al pedir ayuda, se me enganchó a mis ropas con una fuerza impresionante; no la podía separar de mí. Cuando logré quitármela de encima, puse mis manos como sirvieran de parachoques y quedó inmóvil como una estatua; no se movía ni para un sitio ni para otro; por todo ser, movía la vista. Entonces alcé mis manos de nuevo y las pasé por todo su cuerpo de arriba abajo, y así varias veces hasta que volvió a su estado normal. Cayó al suelo como si una muñeca de trapo fuese. Toda la rigidez se le fue. Me miraba y nada recordaba. Me preguntó:

-¿Quién sois?...¿Qué me pasa?...¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Dónde están los míos que sólo veo caras extrañas?

Nada podía decirle de su familia. Todo lo desconocía. Le dije: -Estoy aquí para ayudaros a que os curéis, y pronto salgáis de este escondrijo.

Pero de nada servía, ¡todo era inútil! estaba como sonámbula; no comprendía nada y eso a mí me causó temor encontrándome un poco asustada.

Pasé varias horas con ella. Algo sentía en mí que me decía: “Sal de aquí inmediatamente”. Antes de salir la di unas palabras de consuelo prometiéndola volver a verla. En ese mismo momento tocan a la puerta; era el guardaespaldas; estaba todo asustado porque nada oía y se imaginaba lo peor.

Al abrir la puerta y ver a la señora muy tranquila se quedó asombrado. Al despedirme de ella por fin habló diciendo: -Prométame volver.

La prometí volver pronto. El guardaespaldas me acompañó hasta la salida sin hacerme ninguna clase de preguntas. Los dos estábamos extraños.

Salí andando camino adelante sola, sin compañía. Era mejor así por evitar saberse esta visita inesperada, y no hubiese sospechas por mi atrevimiento sin contar con el señor y la ausencia de la niña.

-“Esperemos la vuelta a casa del señor y la niña. Cuando vea a su esposa recuperada... ¡Sigue necesitando ayuda! ¿Cómo hacerlo, si no tengo permiso y esta visita ha sido en privado?... ¡Dejaré las cosas a la voluntad de Dios!

Al día siguiente de aquella jornada tan importante para mí, -porque para mí, tuvo mucha importancia volver de nuevo a unos hechos de causas que se desconocían y sólo se comprueban con tocarlas, al día siguiente, repito, me levanté al amanecer; -¡antes puedo decir! porque aún se veían las estrellas resplandecer, y saludé a mis florecillas del cielo. Dándoles los buenos días me dice una:

-“¿Tú crees que serán buenos? ¡Ten mucho cuidado con los enfermos; ya sabes que quieren destruir tus buenas obras! ¡Ten mucho cuidado, que tendrás que luchar muy duro!”

Oí que las flores del cielo murmuraban entre sí; las dije con impaciencia:

-¿Qué ocurre? ¿Qué habláis? -Y me dicen:

-“Es que estamos recogiendo todos los malos sentimientos que en torno a ti se agitan -dijo una flor-, y te lo avisamos para que estés preparada y luches con todas tus ventajas. Todo esto va relacionado con todos tus enfermos”.

Seguí pensando mucho en aquella familia tan extraña. Junto a la mesa donde celebraban todas las comidas y cenas, se encontraba la extraña dama tomando asiento junto al padre de la niña. No quise pensar mal, los pensamientos malos siempre andan sueltos; sí puedo decir... que no me agradaba nada aquella dama.

Así quedaron las cosas. Procuré cambiar de pensamientos y me decidí a salir a dar una vuelta por el hospital a ver a los enfermos, y de paso a ver a mis florecillas que nada sabían de esta pequeña historia.

Por el hospital todo marchaba bien; los niños seguían contentos y a los enfermos se les atendía con atención y delicadeza. Cuando fui a despedirme de todas ellas para regresar al convento, se acerca una de las monjas del hospital; me dice:

-Madre, preguntan por Vos.

-¿No será una confusión? ¡El pueblo entero sabe dónde me instalo!

Salí a recibir la visita. ¡Qué alegría sentí, ver al señor de la mansión con su propia hija! La niña al verme salió de su preciosa carroza corriendo y dando saltitos. Se abrazó a mí y me dijo:

-¡Madre, hemos estado papá y yo en el convento, y una monjita nos ha dicho que Vos os encontrabais en el hospital! Mi papá no quería venir, ¡quería marcharse para volver otro día, pero yo me enfadé quedando muy triste; quería veros hoy mismo! ¿Madre, sabed que mantengo mi boquita cerrada, pero con Vos no puedo! ¡tengo que deciros las cosas que he visto; unas son muy buenas, otras...no tanto.

A todo esto, el padre de la niña seguía en su carroza y la niña junto a mí; la dije:

-Un día que puedas, me gustaría que vinieras a pasar el día aquí. Hablaremos de cosas que te van a gustar, y después...verás a muchos niños.

-¡Cuánto me gustaría, al haber estado tanto tiempo sola y enferma! No tengo amigas.

-¡De ahora en adelante las tendrás...y muchas!

-Madre, ¿sabéis una cosa? Mi madre se encuentra muy bien de su enfermedad. También decían los médicos que estaba loca, ¡que padecíamos la misma enfermedad! Cuando llegamos de regreso a casa quise entrar a ver a mi madre y papá me lo impidió. Me decía: -No te atrevas hija, que por su terrible enfermedad es capaz de lastimarte. Y yo le dije a mi padre. -¡No es así!...¡mamá está curada como lo estoy yo!. Pero él no confiaba en mí y me dijo: -Aunque viniera la santa nada podría hacer por ella. Tú eres una niña y la enfermedad la has podido superar, pero tu madre...¡no habrá nadie en el mundo que la pueda curar! -Todo eso me decía mi padre.

El padre no llegó a bajar de la carroza, y me extrañó mucho que no bajase a saludarme. La niña se despidió de mí y se fue con dirección a su preciosa carroza donde la esperaba el padre para regresar a su mansión.

Yo salí con dirección al convento, y me encontré junto a la mesa de mi despacho una bolsa de fieltro abarrotada de monedas de oro con una esquila que decía: "Esto es parte de mi ofrecimiento. No me lo desprecie. Adjudíquelo a lo que Vos gustéis. El recuperar a mi hija no tiene precio. La espero mañana a las primeras horas, venga sin prisa".

-¡Dios mío! ¡Que pasará, que me quieren tener el día completo junto a ellos?

Sentí temor y desconfianza. La niña decía que su mamá estaba curda; él...nada me decía de ella.

Tenía que dejar dicho en el convento que no me esperasen durante el día, que había de salir a las primeras horas de la mañana. Seguía con mis dudas y mis florecillas del cielo me decían:

-¡Sigues igual!...¡Tú sí que te vas a volver loca!

No dormí esa noche. Esta vez sí que volé. El sueño fue muy corto, lo suficiente para entrar en la dama extraña. ¡Qué fuerzas tenía y qué poderes! ¡Con qué facilidad consiguió que cayeran madre e hija en las garras malignas! Luché con todas mis fuerzas con el mal de la dama.

De todo esto, nada pude comentar por el momento; ¿quién me iba a creer de estas circunstancias tan extrañas? Si me adelantara a comentarlo...¡sería echarlo todo abajo! Así que mantuve todo en silencio y me preparé para salir a visitar a esta familia.

Antes de abrir la puerta de salida al exterior, llamaron al mismo tiempo que yo salía para afuera. Era el guardaespaldas del señor, venía en mi búsqueda; era el mismo que me dio entrada en la mansión. Esta vez venía él solo con una pequeña carroza adornada en oro por fuera y lujosos tapices por dentro. Nos

pusimos en marcha y durante el trayecto hablamos; sólo él sabía que había curado a la señora. Me rogó todo asustado que no dijera que me dio entrada a la habitación de la señora, que el señor era muy altivo y posiblemente sería arrestado. Le dije que no temiera, que quedara tranquilo; que la única que podría hablar era la señora y de momento... nada recordaba.

Le fui dando ánimos al guardaespaldas, pero yo estaba aterrorizada.

Al llegar a la mansión salió a recibirnos la dama; era la misma que vi en mis sueños. Ella fue quien me condujo al vestíbulo. El guardaespaldas se marchó a dar la orden de nuestra llegada quedando las dos solas. ¡Cómo me miraba! ¡Cómo me entregaba fuerzas malignas! Por unos momentos pensé que se apoderaba de mí. Pedí ayuda y una voz me dijo: -“¿A qué esperas? ¿A que sea demasiado tarde?”

Puse manos a la obra. Cerré los ojos. ¡Era incapaz de seguir viendo las cosas feas que llevaba aquella mujer! Tuve que extender mis manos sobre ella sin llegar a tocarla y quedó rígida, desapareciendo todo lo malo que llevaba encima. La misma voz me decía: -“¡Sal de aquí rápidamente!”

Así lo hice; salí rápidamente del vestíbulo y me encuentro con la niña que venía en mi búsqueda. Entramos en una sala y acto seguido se presentó el padre de la niña. Hablamos de todo menos de su esposa. Yo sabía que algo se escondía en este señor. Después, pasamos al comedor; tomamos asiento y el señor se dirigió a mí diciéndome:

-Madre, os veo muy nerviosa; tomad asiento y tranquilizaos. No tengáis ningún temor por mi parte; sé que Vos habéis curado a mi esposa. Conste que nadie me lo ha dicho; yo mismo lo he podido comprobar, y no quiero saber cómo se las ha arreglado para entrar en mis días de ausencia. De lo que sí estoy seguro es de que fuisteis Vos quien la curó; no podía ser nadie más. Vos habéis traído a mi mansión la felicidad y la salud de mis dos seres más queridos.

Nadie se preocupó de la dama; después se supo, que al volver la señora a su estado normal ella voluntariamente se marchó avergonzada de su actitud.

El Señor salió de la sala regresando con su señora. Lloraba abrazada a su esposo diciéndole:

-¡Perdóname por todo lo que te he hecho sufrir!...

-¡Soy yo, el que tiene que pedirte perdón!...

La niña me miraba y se reía. ¡Era un encanto de niña! Me dijo al oído:

-Madre, yo estaba segura de que fuisteis Vos quien la curó.

-¿Cómo estás tan segura hija mía?

-Porque el Niño Jesús no miente. ¡El siempre dice la verdad y El fue quien me lo anunció!

* * * * *

Capítulo XIII

Aquella niña triste que pasaba las horas bajo su lecho, una imaginación viva la mantenía como en un cielo de hermosos pensamientos., de santos y divinos recuerdos que la apartaban de las duras realidades de la vida material. Los diálogos de su alma para con lo invisible eran continuos.

Mientras ocurrían todos estos hechos mi vida era un continuo martirio. ¡Qué bien descansé esa noche, y que contenta me hallaba de haber recuperado a una familia que vivía en la desgracia y hoy viven en la luz!

Al sentirme tan feliz la voz resonó en mí. Escuché con atención y me decía:

-“No te des por satisfecha y no pienses que has llegado a las alturas. Aún te falta mucho camino que andar y muchas cosas que hacer para poder llegar a Mí”.

Los sueños seguían; vi un camino cortado y por ese camino había que seguir. ¿Cómo podré caminar? ¡No puedo andar!... Todo eran pedruscos enormes, zarzales, riachuelos con las aguas enturbiadas y estancadas. Miré hacia atrás; el camino era limpio y llano sin ninguna piedra, sin ningún otro obstáculo para andar. –Resuena la voz y me dice:

-“No mires hacia atrás; el camino está limpio por tus pasos dar. Sigue siempre mirando hacia adelante. Atraviesa todos los obstáculos que te encuentres”.

Miré hacia adelante y le vi. ¡Era El!...¡El Eterno Invisible Hombre Luz!... ¡Quise correr hacia El...

-“Despacio, ¡no corras!, puedes tropezar, y si caes...más tardarás en llegar”.

Me agarré a una enorme piedra y logré atravesarla quedando la piedra atrás. Después llegué a la orilla del riachuelo, me descalcé para cruzarle. La piedra que quedó atrás desapareció y se hizo camino. ¡No tuve el suficiente valor para cruzar el riachuelo con esas aguas enturbiadas! Seguía mirando hacia adelante y le seguía viendo, y me dijo:

-“Ya te queda menos; cuando atraveses lo que vayas viendo, vivirás en Mi Reino Eternamente”.

Me senté a la orilla del riachuelo llorando amargamente. ¡Nunca creí llegar a la meta! ¡Por qué este dolor tan fiero y esta pena que me atormenta?...

Quedé rendida y seguí con otra historia muy distinta al anterior. Vi a un hermoso personaje, un auténtico rey joven y valiente; su rostro mostraba ser de una gran nobleza. Su mirada, fija en una bella dama, era muy hermosa, ¡como jamás he conocido belleza igual!... ¡Cómo se miraban los dos!... Se dirige él a ella y le dice:

-Dios no te ha podido hacer más bella; eres la mujer más bella que existe en

la Tierra. –Todos los hombres la miraban por su gran belleza. ¡Cómo la cortejaban! Estaba rodeada de todos los hombres más poderosos de aquellos contornos. La bañaban de piedras preciosas y la ofrecían muchas riquezas empezando a despreciar a unos y a otros eligiendo a su gusto, hasta llegar a conseguir por su orgullo provocar entre ellos una guerra. –¡Qué mala mujer! – pensé para mis adentros-, ¡cómo se divierte viendo luchar a los dos rivales! ¿Cómo podrá vivir esa mujer, haciendo tanto mal?...¡Esa mujer no tiene perdón!...¡Yo no la perdonaría!...

La voz vuelve a resonar en mí, diciéndome:

-“¡No te perdonas a ti misma...y tú fuiste perdonada! Recuerda cuando te dije que me dabas pena, y que sentiría lástima de ti por lo mucho que ibas a sufrir. Sí; te digo que a Mí has de venir ¡pero estamos muy distanciados el uno del otro! Has de subir muy alto; para ello tendrás que cruzar todos los obstáculos. Cuanto más tardes en cruzar el riachuelo, más largo se te hará el camino y más tardarás en llegar a Mí”.

-¡Qué escabroso es el llegar...y poderos alcanzar!

Abrí los ojos recordando todo al pie de la letra ¡y qué mal me sentía! Fui viendo y recordando tantas cosas, diciéndome ¡quiero ser buena y no acabo de serlo! ¡Vos me perdonasteis siempre, y yo no he sido capaz de perdonarme a mí misma!... ¿Por qué este sueño tan real? tan a lo vivo?... ¿Por qué otra vez me lo venís a recordar?

-“¡Porque tú también debes perdonar! Te rodea mucha maleza. Ten compasión de ellos por lo mucho que sufrirán. Pagarán todo el daño que han hecho sufrir a sus hermanos. Hemos de ir sembrando por donde vayamos pisando. La cosecha vendrá después”.

-¡Lástima tengo de mí!...

-“Tus caminos son suaves”.

-¿Y quién caminará sin temores? ¡Temo de estar aquí sin serviros!.. ¡Quiero pagar algo de lo que debo para entregarme toda a Vos! Cuando creo hacer bien, ¡misericordia veo! ¡No puedo hacer nada que sea bueno si no me lo dais Vos! ¡Dios mío...qué haría yo, para no deshacer las grandezas que Vos hacéis conmigo! Señor, ¡vuestras obras son justas! ¡son de inestimable valor y de gran sabiduría!...

¿Para qué digo todo esto? ¿A quién me quejo, y quién me oye sino Vos?...¿Qué necesidad tengo de hablar pues? ¡Tan claramente veo que estáis dentro de mí?...¡Oh Señor...haced de mí que no se aparten mis pensamientos de vuestras palabras! ¡Sin Vos Señor...qué podría yo hacer? -¡Nada!

* * * * *

Capítulo XIV

Estando en la misma ciudad habitual, fuimos a conocer un pequeño pueblo cercano y otro de más habitantes que nunca habíamos visitado. Fui acompañada por mis dos florecillas. El pueblo en sí era de una gran pobreza y mucha miseria. La plaza del pueblo –por llamarla de alguna manera, era el centro del pueblo con unos bancos que no eran bancos; ellos así los llamaban. Eran piedras alisadas, donde se sentaban los viejos apoyando sus manos en unos tremendos garrotes, y sus cabezas las llevaban cubiertas por unos pequeños pañuelos –llamados de hierbas-’, con unos nudos en cada esquina evitando así el calor del Sol de todo tiempo y el frío en el invierno.

Había veces que se unían unos cuantos, no muchos, porque el pueblo era muy pequeño. Una de las veces que pasamos por la plaza, ese día, sólo había un viejecito que lloraba silenciosamente. Me llamó mucho la atención verle llorar, hablar y blasfemar. Al estar solo me acerqué y me senté junto a él. Le pregunté:

-¿Qué os pasa? ¿Os puedo ayudar en algo?

Me miró, pero no a la cara. Me miró al hábito diciendo:

-Vos no me podéis ayudar. Las monjas sólo quieren a los niños. A los viejos como yo...nadie los puede querer. ¡Ni los propios hijos sienten piedad por uno! No tengo un centavo y a ellos les sobra poco. No dispongo ni de un rinconcito donde caerme...ni para morir. ¿Veis como no me podéis ayudar? Hay un sitio muy cerca de aquí; aunque el trato es muy malo y las monjas son peor que las fieras...cuando voy al asilo, y les pido un trocito de pan o algún desperdicio...me lo niegan; dicen que hay muchos a la espera en el mismo caso mío, y que tienen poca comida. Así que cuando veo a una monja la desprecio...aunque Vos nada me habéis hecho para que yo os pueda ofender con mis insultos. Así que váyase por el mismo camino que habéis traído. Si en mi casa no me quieren...¿cómo Vos me vais a ayudar, si nunca nos hemos visto? ¡No hay compasión!...¡Yo deseo morir y ni la misma muerte me quiere!

-¡Pues yo os voy a ayudar! Dentro de un poco tiempo vendré a veros. No os marchéis, que voy a asilo, y veréis como a partir de ahora vais a dormir en una cama y podréis comer.

-¡No, no iré! ¡Son muchas las veces que he ido y he sido arrojado sin consuelo y sin ninguna esperanza, negándome el mendrugo de pan!

De pronto pensé que el viejecito exageraba. El seguía hablando:

-¡No Madre, no hay compasión! Os suplico me dejéis; vuestras intenciones son muy buenas y vuestras palabras también lo son, pero los hechos...¡esos no cambian! Váyase, yo estaré aquí como siempre hasta la caída del Sol, después

me marcharé a mi hogar si es que me dejan entrar.

Salí con dirección al asilo; hable con la madre superiora del asilo y con otra monja metida en años. Les conté el caso y les pedí un pequeño hueco para el anciano que no tenía posibilidades y vivía en la calle, no teniendo techo donde cobijarse ni pan para llevarse a la boca.

Me contestaron que no podía ser, que había muchos en la misma situación y que todo estaba completo. Supe después que fueron mis florecillas y no las recibieron; las echaron a la calle sin ninguna explicación –cosa que no es legal entre religiosas, obrar tan bruscamente y hacer tan grandes agravios. Entre monjas, nuestro derecho es entrar libremente a hospitales, asilos, conventos y sin ser rechazadas. Esas normas ellas también las conocían, pero no las cumplían. Les rogué me permitieran conocer el asilo por el interior y me negaron la entrada. Procedí por mi cuenta al tener mi permiso como anteriormente he mencionado. Corrí ese riesgo.

La superiora y la que no era superiora me agarraron y me prohibieron entrar. Me defendí como pude y logré pasar. ¡Fue vergonzoso la suciedad que había! ¡no se podía respirar! ¡Un asilo con tanto terreno...y los tenían a todos juntos en una misma sala, y se atrevieron a decir que no había ningún hueco!... ¡No me explicaba qué es lo que hacían durante el día las monjas y enfermeras para tener todo tan descuidado!

Había sitio para una veintena de viejecitos. Aquél sitio necesitaba unos grandes cuidados. Las autoridades de ese lugar, no existían. Pedimos ayuda a las autoridades del pueblo mayor cercano al habitual. Expusimos el caso y nos dieron toda clase de ayudas; de lo único que no disponían era de obreros, que rápidamente me hice con ellos; eran de las obras del convento que se prestaron a venir. Empezaron por pintar paredes y meter unas sencillas camas; desinfectaron ciertas ropas y otras fueron quemadas.

La superiora se acercó a mí insultándome...y llegó a ponerme las manos encima. Se marchó del asilo para no volver. No sé dónde iría a parar, pero sí me dijo que volvería en plan de venganza y que me iba a arrepentir de todo lo que estaba haciendo en el asilo.

A mis dos florecillas las echaron con muy malos modales, después, entraron asustadas, pero todo quedó en calma. Los viejecitos no se atrevían a salir de aquella pocilga en la que estaban todos juntos presenciando aquella escena, ya que fueron testigos de todo lo ocurrido. Todos parecían mudos; sus ojos se movían de un sitio a otro, pero las bocas estaban calladas.

En unos pocos días aquello fue saneado y tuvieron buenas atenciones. Ya se les oía a los viejecitos hablar entre ellos, y nada se les entendía. Me acerqué a ellos y les dije que salieran al huerto, que tendrían buenos alimentos y que estarían vestidos. Las enfermeras y el sacerdote se prestaron a las faenas. Tanto el sacerdote como las enfermeras estaban como atemorizados de su “buena

madre superiora”. ¡Cuánto agradecieron que dejara el puesto, -aunque no era de fiar-, pues prometió volver en plan de venganza!

Salí del asilo en busca de aquel viejecito que prometí ayudar. Sabía que no le iba a encontrar en la plaza. Habían pasado unos días y eran altas horas de la noche. Alguien me dijo el sitio que solía ocupar y me presenté preguntando por él. Me dijeron:

-No ha venido.

-¿Quién es la familia del anciano? -Me contestaron:

-Somos nosotros, pero él no quiere venir; a veces duerme detrás de unas tapias.

-¿Y Vos no le vais a buscar cuando vuestro padre tarda en volver?

-¡Ya sabe dónde estamos! ¡Que vuelva cuando él quiera! ¡No le vamos a traer a reculadas! El se va presto, y cuando se va...no se acuerda de volver.

-¿Me prestáis el favor, de acompañarme al sitio donde están esas tapias?

Me acompañó una señora que no se dejó decir que era su hija...pero sí que era la hija del anciano. Llegamos a las tapias, y en un rinconcito, sentado, medio dormido, se encontraba el viejecito. La señora, al llegar al sitio indicado se dio la vuelta a casa sin dar más explicaciones y quedé sola con el viejecito. Le cogí del brazo y me lo llevé a mi posada para que pasara la noche. Al día siguiente, a las primeras horas de la mañana salimos los dos camino hacia el asilo. Mis florecillas madrugaron más que yo; tenían todas las salas dispuestas y me dicen:

-Madre, sobran salas para más ancianos desamparados.

Mandamos llamar a unos cuantos obreros de las obras del convento para ampliar el asilo. Había terreno sobrado para ampliarle, y labrar un trozo de tierra para formar un pequeño fuertecito. Los ciudadanos decían:

-¡Vos habéis sido la fundadora de este asilo! -Yo les dije: -No, eso no es cierto, este asilo ya estaba construido. Sólo se ha restablecido y se ha ampliado un poco más. Esto quiero que quede bien claro para todo el pueblo.

El anciano de la plaza sacó unas palabras diciendo:

-¡Vos habéis hecho en unas horas, más que cien monjas en veinte años! ¡Vos sí que sois una santa!

Les dije que no repitieran la palabra de santa. ¡No me gustaba que me llamaran santa!

El viejecito estaba guapo, no parecía él. Su rostro le tenía cubierto de unas barbas sucias y mal cuidadas, y ahora, con su rostro limpio, tenía un atractivo muy hermoso. Me decía:

-Madre, no os vayáis nunca de aquí. Si os marcháis otra vez quedaríamos despreciados y maltratados.

-No, eso no ocurrirá. Yo me marcharé, pero vosotros viviréis tranquilos el resto de vuestras vidas.

Yo sólo quería ir sembrando. ¡Quería ser buena y por todo lo que iba

haciendo me encontraba muy satisfecha a pesar de toda la escoria que iba encontrando en mis pasos!

Estuve unos cuantos días más en aquel lugar ocupándome de atender a todas las necesidades de ancianos y enfermos. Mientras estuve allí, vi una fuente de luz muy luminosa y una fuerza en torno a mí... Era como si un ejército de espíritus angélicos que fueran dirigiendo, y hasta creí oír sus palabras de consuelo y esperanza. El caso es que hice varios prodigios, pues yo, tan débil como era y tan imperfecta, hice mucho bien con mis palabras y con mis hechos. De momento pensé que serían palabras vanas dadas para un tiempo perdido, pero pude comprobar que no fue así. A veces suponemos que no nos oyen; ¡sí que nos oyen, pero no les interesa oír! Les queda grabado, y después...llegan a comprender con el paso del tiempo la realidad de los hechos, y siempre se retienen de obrar de mala manera. Una palabra bien dicha a su debido tiempo, vale tanto como obrar con hechos. Yo así lo pude ver por mis propias experiencias.

Había muchas mujeres que era muy duro el poderlas ayudar. Llegué a pensar que eran unos tiempos perdidos por no poder conseguir nada útil para esas pobres mujeres ni con hechos ni con palabras, pero al cabo de los tiempos recordaban todo cuanto se les dijo, y recordaban los hechos producidos que se hicieron para el bien de todas ellas como para los ancianos y los enfermos. Ellas mismas después me aclamaban cuando se veían metidas en el dolor y la enfermedad.

Con los hombres, aún fue más duro en hablarles. Cuando nos veían aparecer, ellos se daban la vuelta sin esperar a ver de qué se trataban las conferencias, pero era muy necesario que escucharan aunque de momento no lo llevaran a la práctica. Sobre todo a los holgazanes y los viciosos no se les podía hablar tan fácilmente; estaban tan apegados a los vicios, que necesitaban muchos tiempos para reconocer la vida espiritual.

Yo estaba muy contenta de mis buenas obras y también de mis compañeras; para mí eran como si fuesen carne de mi carne. Como fueron creando hermosas experiencias, eran un verdadero candor de inocencia.

Seguí a otro pueblo desconocido preguntando si vivían bien. Esta vez pregunté a un hombre jovencito que vivía con cara de tristeza; me dice:

-¿Vos Madre, conocéis algún lugar, que no exista el dolor y el sufrimiento? porque yo...¡no lo conozco! ¡Creo que en todas partes existe el sufrimiento; aquí y en todas partes! Aquí se puede sobrellevar, pero hay otras familias que lo están pasando muy mal; sobre todo, hay una familia muy cerca de aquí...que tienen a un hijo enfermo de nacimiento. Han vivido muy bien mientras el hijo fue niño; ahora, es un chaval joven, y los médicos han sido la ruina de esa casa. ¡Todo cuanto poseían se lo han gastado en los médicos y al final...no han

conseguido hacer nada por él! Unas veces lo pasa en cama; otras veces...por el patio de su casa. ¡Es digno de lástima!

Pedí a este joven que me acompañara al lugar del joven enfermo. Me dijo con risa de incredulidad:

-No, no os puedo acompañar; evitaros el viaje, sería un tiempo perdido ya que nada podréis hacer por él. Ya os he dicho antes que han llamado a los mejores médicos de la región...y todo ha sido inútil.

-Si no me queréis acompañar, al menos me podréis indicar el camino. Tengo una obligación, y es de visitar a los enfermos.

Al poco tiempo de rogarle se ofreció a acompañarme hasta el mismo portal de su casa. Entré con mucha timidez pidiendo permiso a la triste familia. Al ver al enfermo quedé muy impresionada del estado en que se encontraba. Estaba acompañado de familiares; cuando me vieron entrar, uno de sus familiares me dice:

-Hermana, vuestra visita es muy agradable por tomarse la molestia de venir. Vuestros propósitos son muy buenos como vuestras buenas intenciones, pero este caso es muy delicado y complicado; sabed que la enfermedad de nuestro hijo la padece de nacimiento. Todo proviene del cerebro según las eminencias médicas. Hay veces que se pone a dar gritos y saltos en la cama; a veces, nos vemos obligados a atarle las manos. Después se recupera y vuelve a su estado normal. Según va creciendo sus espasmos son mayores; le dan con más frecuencia. A la calle no puede salir. Sólo al patio y al jardín sale a tomar aliento y dar unos cortos paseos.

Al ver al enfermo quedé muy impresionada. Me dirigí a él y le dije:

-¿Tú quieres ser curado?

-Sí que quiero.

-Confía en mí, verás como te pondrás bien.

El enfermo me recibió, pero no estaba muy convencido. Yo se lo prometí.

Hice desalojar la sala –que buen trabajo me costó-, quedando los dos solos. Le puse mis manos en la frente y quedé profundamente dormido. ¡No me dio tiempo a pedir ayuda a los míos!...

-¡Dios mío, dadle vida, está cadavérico!...¡No le oigo ni respirar!...¡Dios mío, hasta para curar he de sufrir tanto?...¡Devuélvele la vida, sino...que va a ser de mí!

Al cabo de un rato, vi que su cara tomaba un color natural y sus manos se empezaban a mover; y me dijo en sus primeras palabras:

-Madre, he sentido una sensación un poco rara; ¡me he visto fuera de mi cuerpo!. Si Vos no me creéis, os lo puedo demostrar. Cuando Vos ponáis las manos en mi rostro, yo estaba fuera de mí y Vos decíais que volviera de nuevo a mi cuerpo,

-¡Sí hijo, me creo todo lo que me dices, pero no es llegado el momento de

emprender tus vuelos! ¡Debes de seguir luchando en el mundo porque serás hombre sano! ¡Estás completamente curado y tú servirás de ejemplo a los tuyos! ¡Tus experiencias vividas harán cambiar a tu familia! Yo me marchó; tú serás quién explique todo lo ocurrido. Yo he cumplido con mi deber. Ahora debes alimentarte; estás muy débil pero estás curado.

-¡Madre no os vayáis! ¡Esto tiene un precio que nunca terminaré de pagar! Ahora estamos en la miseria, ¡pero trabajaré para Vos!

-¡Gracias hijo, yo nada necesito!

De las monedas que recibí del padre de la niña, una gran parte fueron destinadas a esta familia que yo misma pude comprobar que pasaban necesidades. Se las entregué al enfermo y salí con dirección a mi posada. La familia, cuando me vieron salir, quedaron murmurando. Oí decir:

-¡Gracias por vuestra visita, sentimos mucho que vuestro tiempo haya sido perdido!

Nada les dije de los hechos; sólo abrí la boca para decirles: “Quedad con Dios”.

Salí con mis pasos ligeros contenta y satisfecha por mi buena obra...y triste por todos ellos. A mitad del camino andado me encontré de nuevo al joven que me acompañó a la casa del enfermo. Se acercó a mí diciéndome:

-No os veo muy contenta; eso quiere decir...que nada habéis podido hacer por él.

-En cambio –le contesté-, tú has hecho mucho por mí.

-¿Yo?... ¡No sé qué he podido hacer!

-Si no me hubieras hablado de su desgracia, y no me hubieras acompañado a su casa...¡no podría haberse curado!

-¿Qué Vos habéis curado a mi mejor amigo?...

Emprendió el camino hacia la casa de su amigo con pasos agigantados diciéndole:

-¡El Señor ha querido curarte por mediación de la monja!...¡debe ser una santa!...

-¡Yo me creo que estoy dormido o soñando! ¡Si esto fuera un sueño...no quisiera despertar! ¡Si esto es real...benditos sean por siempre los dos: la monja y el Señor!

* * * * *

Capítulo XV

Pasaron muchos días que invertí en hacer buenas obras entre gente extraña. Oía decir que era una santa; eso no lo admitía. Nadie puede ser santo porque nadie somos perfectos. Sí puedo decir, que en mi excursión piadosa recorrí muchos hogares de pobreza. ¡Qué almas!... ¡Que grupos de inmundicias! No sabía dónde había más pobreza, si en los cuerpos o en las almas. ¡Que embrutecimiento tan grande!...¡Que creencias de ideas!... Me parecía imposible que aquellos seres estuvieran animados en conocer lo divino. Mi inteligencia se perdía por todo lo desconocido.

Pedí ayuda a Dios por todo aquel abandono, por aquella pobreza tan desconsoladora. ¡Cuántas palabras escuchaba tan amargas! ¡Pasaron tantas cosas por aquellas tierras en aquel entonces... Unas fueron para agradar al pueblo, otras... fueron de dudas y de incertidumbres. Cuando me veían decían: - Vos habéis curado a muchos enfermos. -¿Cómo les podría convencer a aquellas gentes que yo no curé a nadie? que era Dios quien les curaba?...¡No les entraba eso en sus cabezas! Sólo creían aquello que veían; lo que desconocían...no se tomaban ningún interés por saber.

Tenía que seguir en aquel lugar para curar a tantos enfermos de cuerpo y alma, y dedicarme a hablarles de la Divinidad. Sólo pensaban en comer, y los niños cuando me veían me decían: -¡Mi madre me da mucha comida!...

Y al día siguiente igual. ¡Nadie se preocupaba de enseñarles a leer!. Los hombres estaban apegados a los vicios y maltrataban a las mujeres, y las mujeres no sabían cómo atraer a sus maridos para que poco a poco fueran dejando los vicios ya que ellas eran unas holgazanas; no se molestaban en atender a sus hijos para nada. La pobreza no tenía que ver nada con la limpieza de aquellos niños que estaba infectados por la suciedad. En cambio. fui a visitar a otra familia que, la mujer salió con un aspecto de nobleza y tan curiosa... Su casa era el paraíso en pequeño. Salió un niño con un pantalón negro y una blusita blanca bordada en tonos muy suaves.

-¡Que traje más bello lleva su querido niño! -Y me dijo:

-¡Yo misma se lo he confeccionado!

La dije que si necesitaba ayuda; me dijo que no, que vivían muy desahogadamente porque su marido trabajaba, y ella hacía primorosas labores que les venía muy bien para salir adelante.

Qué distinta familia. Si los otros hombres conservaran el sueldo para las necesidades del hogar...ellos vivirían igual que esta humilde familia; pero pude observar, que en ellos mismos no podían prosperar, porque daban más cabida al mal que al bien.

Me fui a mi posada a descansar. Al día siguiente, una familia de aquel mismo lugar me vinieron a buscar. Pregunté qué es lo que se les ofrecía. Nada me querían decir. Les dije que el tiempo para mí era muy necesario y entonces me dijeron:

-¡Venid Madre!...¡Hay unos niños que están enfermos!

Me extrañó tanto que no me los trajeran... Mis dudas no se iban de mis pensamientos.

Con mucho gusto me puse en camino, y al llegar al lugar...había cuatro niños de distinta edad y de distintas familias; les dije:

-De los niños que hay aquí...no a todos los puedo curar; hay uno que se esfuerza en querer seguir así...y nada puedo hacer; en los otros, tengo una gran confianza; ¡leo en ellos sus deseos de ser curados!

Cogí a uno, después a otro y a un mismo tiempo los dominé por el magnetismo. Uno gritaba aterrado, el otro rezaba con gran fervor, asustado, sin conocer qué es lo que estaba pasando. Era una lucha triste; seres invisibles con una fuerza gigantesca quisieron destrozar a uno de ellos; como no pudieron se volvieron contra mí enfurecidos por su fracaso, quedando los niños y mayores libres de tormentos y fracasos viviendo una intensa paz.

Todos se revolvieron contra mí; sus gozos eran hacia el mal. Aquello era un enjambre. Cada vez se veían más y más poniendo trabas en mis pasos, sola por unos momentos con tanta maleza. Si les hubiera valido en aquellos momentos hacer lo que les viniera en gana...qué hubiese sido de mí, si no hubieran intervenido las fuerzas del bien que yo pedía mentalmente y que llegaron rápidamente.

Mi soledad duró poco. Todo esto ocurrió en breves momentos asomando tan gran potencia de amor...que la maleza desapareció para siempre, y con ellos desapareció la enfermedad que a veces mata a los seres de gran evolución.

Cuando salí de la casa todos me bendijeron, y yo estreché en mi corazón a aquellos pequeños niños asegurándoles que sus penas habían terminado.

Me apresuré a volver a mi posada. Me encerré en mi cuarto. Deseaba estar sola unos momentos que eran tan necesarios de vivir en soledad para hablar con Dios.

-¡Señor, qué ha pasado! ¡Quien fueron aquellos seres que tanto mortificaron a aquellos niños!...

Al hacer yo tales preguntas, me pareció ver una gran lluvia de chispas luminosas y sentí unos rugidos de fieras. Y yo exclamé

-¡Es inútil!... ¡Vuestros trabajos son imperfectos! ¡No hay más fuego que el remordimiento del culpable! ¡No hay más fuego que el fuego del amor!

De nuevo otra vez los rugidos y las maldiciones y yo repetí:

-¡No hay más sombra que la sombra del delito, pero el delito no es eterno! ¡El pecador antes o después llega a arrepentirse y el arrepentimiento es luz!

Recobré mi serenidad. Seguí viendo la lluvia luminosa. Sentí lo que otras veces había sentido. Me llevaban en el aire y me vi flotando en la atmósfera. Contemplé cuanto me rodeaba y exclamé:

-¡No hay nadie más que Tú, Dios mío, que te envuelves en el manto del Firmamento!

Aquello cada vez se iba engrandeciendo más, ¡mucho más! llenándose de oleadas luminosas, y en medio de ellas vi algo grandioso; vi una figura hermosísima, ¡era El!...¡sí!...¡era El como siempre! Aquella vez llegó tan cerca de mí...que sentí su respirar. ¡Ay...lo que sentí! Apreté su mano cuando El me dio la suya; ¡que haz de luz!...y me dijo:

-“No dudes de mí; por fin ya vas cumpliendo mis obras. Aquellos que no me quisieron escuchar...murieron, y han vuelto a la Tierra a construir templos que no son míos. Tú pon de tu parte y edifica, que ya harán contigo lo que hicieron conmigo”.

Yo al oírle me acerqué más a El...y El retrocedía. Yo le dije con tristeza:

-¿Por qué te alejas de mí?

-“Porque no es el momento de acercarte a mí. Tu camino es el cumplir tu deber”.

¡Cómo me quedé! ¡Mi Yo se iba con El!...¡Aquello sí que era vivir mirando aquellos ojos!...¡y qué ojos!...¡Que mirada de luz, dulzura y amor!... Mirando sus ojos quedé dormida. Entonces contemplé mi cuerpo con ternura y a la vez con pena, dándome mucha pena de mi envoltura.

Desperté contenta y alegre; motivos tenía para estarlo. Hable largamente con mis dos florecillas. Entablamos una larga conversación tan útil y tan interesante, que las horas nos parecían segundos, y como nos queríamos tanto se atrevieron a decirme:

-Madre, no os alejéis tantas horas de nosotras.

-Estáis en lo cierto, pero...¡hay tantos enfermos, que si les puedo ser útil...no me queda más remedio que dedicar las horas para ellos!

Seguí visitando a aquellos cuatro niños aunque ya estaban curados, pero necesitaban saber tantas cosas que era necesario seguir visitándolos. Hablé primero con una de las mujeres que me salió al paso toda contenta diciéndome:

-¡Madre, nunca creí encontrar tanta dicha en esta casa gracias a Vos! Cuando Vos os encontrabais curando a los niños...al mismo tiempo me habéis curado a mí; os lo puedo asegurar.

-¿Cómo lo sabéis buena mujer?

-Os lo voy a explicar. ¡Yo no podía andar tan ligera como ahora me ve! A partir de aquel día que hicisteis las curaciones a los niños...yo soy otra. Anteriormente yo sentía un peso encima de mi cuerpo; era como si llevara cadenas y yo tirara de ellas; no me podía mover y me sentía mal. Quiero deciros, que sólo Vos habéis podido hacer este milagro. El médico me dice que

era por el peso de los años, que esto no se curaría; y desde que habéis venido a nuestra casa...habéis curado no sólo a los niños, sino que a mí también. ¡Creedme Madre, que os estoy diciendo la verdad!

Nada le dije a la mujer. La tuve que curar sin que ella se diera cuenta porque yo veía en ella más que confianza en mí. Lo que sentía era miedo y temor; no admitían lo que les pasaba. El hablarles de lo que les rodeaba se ponían a temblar y rechazaban todo lo que se les decía. Entonces aproveché en ella cuando se encontraba de espaldas junto a los niños para imponer mis manos sin llegar a rozarla, y mentalmente luché por todo cuanto llevaba encima.

¡Todo esto era inútil hacerles ver lo que les pasaba, porque entonces el miedo sería mayor! Yo pude ver que llevaban seres muy oscuros agarrados...y ese era el peso que a la mujer le impedía andar con cierta soltura, y achacaba que lo que le pasaba era el peso de los años cuando era una mujer joven y de naturaleza fuerte. Al quitarle los seres invisibles quedó fortalecida.

Yo no le di ninguna importancia de todo lo que me explicó la mujer; yo sabía de antemano la enfermedad que padecía. Ella pudo comprender por sí misma que a partir de aquellos instantes en que fueron curados los niños, ella también quedó curada de cuerpo y alma. Lo que sí pude comprobar en todas aquellas familias, es que daban más entrada a los seres oscuros que a los de luz.

Quise ponerles un poco en aviso, y ayudarles para que no les dieran entrada y pensarán un poco más en la luz y en el amor, pero no había forma ni manera; todo fue negativo. Se limitaban a decir, que todo eso...era cosa de brujería.

Fue una triste pena que no comprendieran la realidad de todo cuanto nos rodea; ni la mujer ni los niños padecían enfermedad. Se lo hice ver a la mujer con palabras tan sencillas, que cualquier niño por muy torpe que fuera lo podría comprender.

-¡Qué mal me sentí –no por mis palabras entregadas, sino por ellos por no comprender! Cuando les hablaba de las grandezas de Dios...ellos susurraban sin poner el menor interés. ¡Yo veía que hacían oídos sordos! ¡Ni escuchaban...y menos comprendían!

Al despedirme, se despertó una gran aclamación de entusiasmo por ver sus vidas florecer. Les pedí a cambio que dieran las gracias a Dios, y que pidieran por sus hijos para que siguieran felices, contentos y fortalecidos. Eso fue lo que les pedí a cambio.

Me sentí triste a pesar de mis buenas obras. Sólo creían aquello que veían. Necesitaban muchas horas de estudio, de enseñanzas para comprender las maravillas de la creación.

Seguí día tras día visitando a aquellos cuatro niños que se encontraban contentos y alegres; les invité para que se reunieran con los otros niños del hospital que ya mencioné anteriormente, para que aprendieran ciertas cosas que

el niño desde la infancia debe de saber. Es duro decirlo, pero estos niños estaban embrutecidos, y si se les dejaba...serían peor que fieras. Sólo pensaban en llenar sus tripitas sin pensar en otras cosas de sumo interés.

Tuve que ser dueña de hacerme cargo de los niños. Veía en ellos el mismo porvenir de sus desgraciados padres metidos en el vicio y la corrupción. ¡Aquello sí que me fue duro el poderles hablar! ¡Cuánta ignorancia y qué entorpecidos, y por si era poco...se sentían sabios sin querer escuchar la verdad para comprenderla!

Diariamente continué visitándoles en solitario para hacerles cambiar de camino y cogieran el camino de salvadores de hombres.

Pasaron unas cuantas semanas y aquellos niños dejaron de mendigar. Fueron asistidos en el hospital, en la nave de los niños con la paciencia y humildad de mis dos florecillas.

Los niños fueron cambiando sin llevar una vida demasiado rigurosa. Tenían sus horas de juego; unos juegos que les valían de aprendizaje y muy culturales al mismo tiempo que ellos se divertían.

Mis florecillas en esos momentos eran como dos niñas más. Di un vistazo por todos aquellos niños sin conseguir encontrar a la dulce niña de la mansión; en cambio, ella pronto captó que la estaba buscando y la muy pícara buscó la forma de estar detrás, junto a mí, para darme mayor sorpresa. Me cogió con sus manitas agarrándome por la cintura; me besaba las manos sonriendo, y muy seria y con un gran respeto besó la cruz que siempre llevamos las religiosas junto a nosotras. La pregunté por sus padres. Qué gozo fue el mío cuando la niña me dijo:

-Madre, desde que Vos entrasteis en nuestra casa ¡todo es felicidad! ¿Yo diría que se han vuelto más buenos? Ahora se quieren más y mi padre se ha vuelto más cariñoso con sus soldados. Mi mamá, cuando reza la mienta en sus oraciones; ¡todos la queremos mucho! A pesar de que ellos saben que a Vos no os gusta que os llamen santa...ellos no os dan otro nombre. ¡No os enojéis Madre de todo lo que os estoy diciendo, pero lo que hacéis Vos...sólo lo hacen los santos! ¡Madre, cuando yo sea mayor quiero ser religiosa! ¡Todas las noches cuando hablo con el Niño Dios se lo pido! Ahora sólo le pido que me haga ser buena.

-¡Bien!, como ves, te ha escuchado y ha hecho de ti que seas buena. Ahora debes de olvidarte de ser monjita por tu corta edad, pero sí te digo que estudies, y los ratos libres juegues con todos los niños, que me han dicho que te quieren mucho.

-¡Sí que me quieren, y yo a ellos también les quiero mucho! ¡Soy muy feliz con todos ellos...menos con unos que acaban de entrar hace muy pocos días y no quieren jugar con ninguno de nosotros! ¡Son muy brutos y muy traviosos! Cuando menos lo esperamos...nos pillan desprevenidos y ponen sus pies

delante haciéndonos caer; y en vez de pedir disculpas...se ríen de nosotros y se apartan; no quieren compartir nuestra unión y nuestra amistad. Otro día salió una monjita toda asustada porque no encontraba a ninguno de ellos por parte alguna; pensó que se habían escapado y no fue así. Estaban subidos en un árbol; se reían y no querían bajar. Las monjas se disgustan y sufren mucho por ellos.

-Son niños que no han conocido otra cosa, pero yo te aseguro que han de cambiar. ¡Ya lo verás niña mía! los arbolitos tiernos son fáciles de enderezar. Siguen enfermos y he de curarlos.

Al día siguiente me presenté de nuevo en el hospital; me cogí a los cuatro niños que, cuando me vieron, rápidamente me conocieron. Me tenían mucho respeto desde el día que fueron curados. Recordaban la lucha que hubo con los invisibles y sentían algo de temor. Nada les dije que se pudieran molestar, todo lo contrario. Les hice pasar al despacho y les dije:

-Os estáis comportando cada vez mejor, y por ello os voy a premiar.

Así les dije a pesar de que no era bueno su comportamiento, pero ellos entraron al despacho con la certeza de que iban a ser castigados; y cuando les dije que iban a ser premiados...sus caritas ya empezaron a sonreír.

-Y cuando compartáis vuestra amistad con los otros niños sin hacer una mala travesura...el premio será mayor.

Le puse mis manos al más travieso y quedó dormido. Cuando fui a ponerles las manos a los otros no me hizo falta; cayeron los cuatro a un mismo tiempo, y pude ver que llevaban otros seres invisibles distintos a los anteriores. Estos eran revoltosos y burlones que desaparecieron al momento.

Cuando los niños volvieron a su estado normal se miraban unos a otros; les dije:

-¿Qué tenéis que os habéis dormido?...¡He venido a despertaros!

Dice el más travieso: -¡Yo he soñado!

-¿Y que es lo que has soñado? -le pregunté.

-He soñado con unos amigos; me decían que me escapara de aquí; que me fuera con ellos que me iba a divertir mucho.

Los otros decían que también habían visto a otros niños, pero que estos niños eran conocidos y se encontraban aquí, en el hospital, y me decían que querían compartir nuestra amistad.

Al salir los niños del despacho salieron mansos como corderos. Uno de ellos se dirigió a la niña de la mansión diciéndola:

-¡Eres tú, sí!... ¡eres tú la misma que he visto en mis sueños! Tú me ayudabas y me decías “¡quiero vuestra amistad!”...

A partir de aquel día los niños no eran los mismos; estaban desconocidos y ponían atención a todas las enseñanzas que se les daba, y fueron compartiendo la amistad con todos los niños gozando de cantos y risas. La niña de la mansión decía:

-¡Jesusito mío! ¡Niño Dios!...¡Todo lo que te pido me das!...

Yo la escuchaba y le dije: -¿Qué has pedido esta vez?

-¡Madre, le he pedido que ilumine las tinieblas de estos cuatro niños y que no se apague jamás!

* * * * *

Capítulo XVI

Volvamos nuevamente a encontrarnos con amigos que dejaron hondamente grabados recuerdos en nuestras mentes.

Estando sola en mi escritorio habitual oí unos pasos muy cercanos. Llamando a la puerta, mandé pasar. ¡Que agradable sorpresa, sorpresa inesperada! ¡Era mi primer sacerdote, mi primer confesor! Según me dijo, venía de ver a un compañero nuestro, sacerdote y muy amigo de él; al parecer, se encontraba muy enfermo de una enfermedad muy penosa, que por ser –no sé de qué hechura-, no la señalo aquí. Llevaba dos meses con un tormento de desesperación y dolor. Mi confesor me dijo que era digno de lástima. Me rogó que fuese a verle, a ver qué podía hacer por él.

-El os reclama y desea que le visitéis.

Fui a verle y sentí piedad por él. Comencé muy oportunamente a pedir por su salud al Señor acordándome de aquella voz que me decía: “Apiádate de ellos” – “Perdónalos, que mucho les va a tocar sufrir”

Nunca pensé que sería tan pronto el ponerse a sufrir. Yo hice todo lo que pude por él. Cierto es, que el daño producido fue duradero, pero no eterno. El arrepentimiento se convierte en luz. Otra vez las dudas me venían a recordar de ciertas tragedias. El nunca pensé que iría a verle por su mal comportamiento que tuvo hacia mí, y temía mi negación.

Aunque nos separaba una gran distancia, no hubo ningún obstáculo en poderle visitar. Cuando me vio entrar, respiró hondamente dándome las gracias por mi visita que él no esperaba. Llegué a pensar que se habría arrepentido de todos mis males causados por él. Ordenó desalojar la sala a todos sus compañeros que se encontraban junto a él. Quedando los dos solos me dijo:

-Quiero confesarme con Vos, Madre, para quitarme el gran peso que tanto me atormenta.

Le contesté: -¡No, eso jamás lo consentiré, no os lo admito! Vos Padre sabéis muy bien que estas normas no están en ninguna religión. Vos disponéis de grandes sacerdotes a vuestro servicio; tenéis buenos confesores...y es legal que se sirva de ellos. Yo no soy nadie para hacer lo que Vos me mandáis; mis costumbres son otras, ¡las de siempre! Sigo curando y visitando a los enfermos y a niños necesitados, edificando asilos, hospitales y conventos. Acudo a curar al que me llama y me necesita.

-Gracias mi Reverenda Madre; gracias de nuevo por vuestra visita. Vuestras palabras me han servido de mucho consuelo. He podido comprobar por mí mismo que no me guardáis rencor. Estoy convencido de que tenéis muchas fuerzas y que a vuestro lado se está muy bien. ¿Verdad que estoy mejor?...

-¡Sí, claro que lo estáis, pero vuestro espíritu está enfermo!

-Antes de que os marchéis quiero deciros algo, y es lo siguiente: -Que en un corto plazo, Vos ibais a veros entre rejas...y yo mismo he retirado la denuncia sin dejar ningún rastro en el archivo del capellán Juez. Yo mismo se lo hice saber, y él ha sido el encargado de retirarla.

-¿Puedo saber, qué clase de delito he cometido esta vez en esa acusación, y quién ha sido quien ha puesto la denuncia contra mí? Si Vos, Padre, esta vez habéis sido mi salvador...¡otro habrá sido mi acusador!

-Esas eran mis intenciones de confesar, pero si Vos os negáis a escucharme...nada podré decir al respecto. ¡Una cosa es tener un diálogo, y otra...una confesión general!

-Creo que no debéis de decirme nada; dejemos las cosas como están...y lo pasado, pasado está.

A todo esto estaba en un grito de dolor y desesperación. Al final se atrevió a decirme:

-¡Madre, por amor a Dios curadme!

En esos mismos momentos empecé a sentirme mal, ¡muy mal! ¡Por más que pedía ayuda seguía mal! Salí unos momentos a respirar aire, ¡allí dentro me ahogaba!...¡me sentía mal!. Sacando fuerzas de flaqueza pedí ayuda, ¡necesitaba ayuda que me era muy necesaria! ¡Cuánta oscuridad había en aquella sala aunque eran las mejores horas del día!...

Volví a entrar de nuevo; algo se estaba apoderando de mí. Sólo veía sombras y maleza que no podía hacerme con ellas. ¡Era tanta la sombra y la oscuridad...que me veía desfallecer por momentos! El Padre me dijo:

-¿Os sentís mal? ¡Os veo muy pálida!

-Sí, me encuentro en estos momentos bastante mal.

Tuve unos momentos en que pensé perder el conocimiento; en cambio él...estaba del todo bueno de aquel dolor. Mis fuerzas se fueron poco a poco recuperando. Cuando me dispuse a salir me dijo:

-No cabe ninguna duda, de que Vos me habéis curado de mi gran dolor.

Le repetí una vez más que Dios es Amor, y yo practico su religión. -¡Es El, nuestro Señor Jesucristo quien os ha curado! ¡No le miréis clavado en la cruz! ¡El es Vida! ¡Es sublime! ¡Ya os dije que yo no pensaba como los demás! ¡Que yo no veo a Cristo clavado en la cruz! ¡Yo demostraré que Dios está conmigo, mis obras lo dirán!

El se mantuvo callado prometiendo ir a visitarme. Le dije que no se molestara, que yo volvería. No quería ver su presencia de nuevo en el convento. Después, supe que se encontraba perfectamente curado de tan horribles dolores.

Empecé a recibir cartas pidiéndome entrevistas, ¡eran ellos! ¡Siempre los mismos!...cartas que fueron contestadas.

Mis visitas estaban por encima de todas las cosas; seguí visitando a los

enfermos y a los ancianos y curando a aquel que me lo pedía. Las horas de mi soledad las dedicaba a escribir, pero esta vez cogí pluma y papel y nada me venía en gana. Entonces me puse a escribir cosas que eran de mi cabeza, y el Señor me dijo que, muchas cosas de las que aquí escribía no eran de mi cabeza, sino que me las decía El, mi Maestro Celestial. –Así se lo entendí. A mí se me hacía que no era de El, que todo era escrito como de mí; pero a partir de aquel día...no me atreví a poner ni a quitar ni una sola sílaba, ni a llamar mío todo lo que era bueno.

¡Cuántos temores sentí por mis escritos! ¡Yo que creí que eran de mi cabeza, y quitaba y ponía letras para dar más calidad... Todo lo fui dejando plasmado en el papel.

¡Qué bien me sentía en mi convento, en mi celda! Cuando entraba, respiraba mucho mejor; ¡allí nada temía! Me hablaron las flores del cielo felicitándome por mi triunfo y me dijeron:

–“Ya vas colocándote en tu lugar; ni te crees tan grande como antes ni tan buena, ¡y es ahora cuando empiezas a ser grande y es cuando empiezas a ser buena!”

Después de la curación del sacerdote, mi primer confesor se prestó a venir con bastante frecuencia. Me decía con gran satisfacción: -Sois una santa.

-¿Creéis que soy una santa sintiendo lo que siento, y pensando de distinta manera a la vuestra?

-Vos estáis por los cielos, y nosotros...no volamos tan alto.

-Ahora contadme todo lo referente a la curación de nuestro amigo el sacerdote.

-Estaba muy mal; pude observar en él el gran cariño que siente por Vos. En sus dolores de desesperación os nombraba con mucha frecuencia, y me dijo que Vos erais la única que podía hacer algo por él...¡y en Vos confiaba! ¡Me rogó tanto que la viniera a buscar para que fuese en su ayuda? ¡Vos también, sentís gran estimación por él, para salir del convento tan aprisa en su ayuda!

Pensé para mis adentros: “Si Vos supierais cuántos tormentos y cuánto daño me ha causado...no diríais eso”. No quise contarle todas sus malas hazañas.

-Yo me limito a cumplir y obedecer a mi Jesús Celestial que muchas veces me dice: “Haz el bien a todos tus hermanos, amigos y enemigos” –Y así lo estoy cumpliendo.

Me volvió a insistir:

-¿Cómo le habéis podido curar sin ninguna clase de medicamentos?

¡Qué contenta me puse al hablar con él y contarle mis impresiones, mis temores, mis esperanzas y mis triunfos! Fue mucho lo que le conté. Le hablé también de mis florecillas del cielo. El, muy emocionado, vio el jarrón con una de mis florecillas. ¡Más bella estaba que nunca! -Me dijo:

-¡Quiero tocarla!. ¡ Quiero ver esa bella flor de cerca!

Al acercarse le dijo: -“No me toquéis, porque no soy flor”

Miramos los dos al jarrón donde estaba la flor del cielo y sólo vimos el jarrón con la tierra; pero al momento, apareció el ramo más lozano que nunca.

-¡Sois una santa!... ¡Nunca llegaré hasta Vos!

-¡Sí que llegaréis!... ¡Sois inteligente y bueno!

-No lo suficiente. ¡Vos sí! ¡Poseéis el secreto de la Madre Naturaleza!
¡Bendita seáis! Volveré a veros.

Al día siguiente tuve otra visita inesperada; vino a verme el médico que estaba tratando al sacerdote, asombrado de haber visto a su paciente completamente curado. Me dice:

-Madre, decidme la verdad, aunque sé que no me la vais a decir.

Le conté todo lo ocurrido. El hombre se hizo de cruces. Le dije también que hablaba con las flores del cielo, y me aseguró volver otro día aquí, conmigo, para hablar él también con ellas. Cuando me quedé sola me dijo una flor:

-“Qué bien lo has preparado; cómo le has engañado”.

-¿Yo?

-“¡Sí, tú! Ahora si vuelve no nos va a encontrar, porque no vendrá solo”.

Volvió y así fue; no vino solo. Vino con la mayoría de los sacerdotes todos a cual peor. Todos querían ver las flores.

¡Dios mío! -pensé-, ¡cómo se ha atrevido a traer a estos sacerdotes sin mi permiso?; Yo esperaba volviera él solo!...

Todos estaban ansiosos de ver las flores. Dijo uno de ellos:

-¿Quién os ha dicho que habla una flor?

Señalé para el jarrón indicándoles:

-Esta flor.

Las flores del cielo estaban colocadas en una cornisa, junto a la ventana que adornaba mi celda. Uno de ellos se subió a un taburete para ver más de cerca las flores. Miró con ansia el jarrón... y vio que no tenía ni una sola flor. Se bajó del taburete y otro de ellos me miró muy alarmado diciéndome:

-¡Ingrata imprudente!...¡Qué habéis hecho!...

Pero yo le miré con mucha tranquilidad y seguí hablando con todos ellos. De pronto brotó el ramo de nuevo con sus más bellos colores. ¡Qué lozanas estaban!. Todos las percibieron y me miraron asombrados. Yo estaba muy retirada de ellas, al otro extremo de mi celda. Se tuvieron que convencer de que aquello no era ninguna falsedad, ni ningún juego ni obra mía. Mi sacerdote, aprovechando el momento de aquella sorpresa dijo:

-¡Esta monja nuestra es grandiosa!...¡es un arcano y está protegida por Dios!
No hemos de dudarle, porque sólo Dios crea el bien para sus hijos. ¡Pidamos todos en nuestras oraciones que nos la conserve por muchos tiempos para el bien de todos nosotros y de toda la humanidad!

Cuando se marcharon aquellos sacerdotes, me quedé sola y tranquila a pesar

de comprender que había obrado con mucha ligereza hablándoles a todos ellos de mis flores del cielo. El único que reprobó por completo la actitud de sus compañeros, fue mi amigo el sacerdote. Yo le vi nervioso tratando de llevarseles aun cuando tenían sobrado tiempo. Estaba temeroso de las argucias de todos ellos. El sabía que el estar allí...era perjudicial para mí, mas era yo tan apasionada en decir la verdad...que no me parecía bien mentir. La mentira quemaba mi alma. ¡Por eso quedé tan tranquila y satisfecha de haber dicho la verdad!

Después de haber pasado todo aquel turbión me di cuenta de todo lo ocurrido. ¡Si no fuera por toda la ayuda espiritual...qué sería de mí? Mientras más pensaba en las curaciones realizadas...más gigantesca me parecía mi insignificante figura. Me asomé a la ventana de mi celda, miré al cielo y dije:

-¡Dios mío, qué grande eres! ¡Yo te adoro porque Tú eres la Verdad de la Vida! ¡Cuánto deseo estar cerca de Ti!

-Me dijo una florecilla del cielo:

- “Aún no es hora de subir tan alto”.

-¡Tienes razón flor querida! ¡Qué buena eres! ¡A ti y a tus compañeras cuánto os debo! Sois para mí el todo de mi progreso. ¡Nunca os marchitáis! ¡Sois la imagen de Dios!

Me sentí muy emocionada, y no pude por menos que arrodillarme ante ellas.

Ellas me levantaron y me sentaron en el sillón. ¡Qué emoción! Allí lloré mucho...y el llanto me hizo mucho bien. En esos momentos entraron mis dos florecillas diciendo:

-¡Madre, qué os pasa...¿lloráis?

-¡No hijas mías, estaba orando!

-Madre, con vuestras oraciones y el hablar con vuestras florecillas del cielo...se ha olvidado de que hemos de salir!

-Lo siento hijas, hoy no puedo andar. ¡Dejémoslo para otro día! Dar ordenes a los niños para que mañana no os echen de menos...y mañana a las primeras horas saldremos.

Salimos como de costumbre a las primeras horas de la mañana. Al llegar al hospital saludamos los buenos días...¡y qué buenos fueron!

Después de hacer nuestra visita a todos los enfermos entré a ver a los niños. ¡Qué feliz me encontré! ¡Qué sensación más agradable sentí al ver a todos los niños vestidos del mismo color azul y las niñas todas vestidas de blanco! ¡Todos eran como ángeles! Yo así los pude ver; sólo les faltaban sus alas para poder volar cual si palomas fueran! ¡Que entusiasmo fue el mío, ver a tantos niños tan limpios de cuerpo y alma! Los niños susurraban y decían:

-Nuestra santa está enferma; se ha quedado sin habla y nada nos dice.

No tuve palabras en aquellos momentos; estaba agotada por las emociones del día entre ancianos y niños. Ya pude hablar con ellos. Los cuatro niños que

eran auténticos diablillos se convirtieron en ángeles. ¡Qué gozo Dios mío! Aquel mismo día los cuatro niños se dirigen a mí y me dicen que no quieren regresar a sus casas; les dije:

-Debéis de ir a decirles a vuestros padres cómo os encontráis...y después otra vez regresáis aquí.

Estos cuatro niños, poco a poco fueron convenciendo a sus padres de que dejaran los malos vicios, los juegos que les traían la desgracia a sus casas.

Hubo uno de ellos, el más revoltoso, digamos el peor de los cuatro, que acabó siendo el mejor, el más noble de todos. El mismo les dijo a sus padres que se sentía avergonzado de ellos. El niño tuvo la gran fortaleza y paciencia de convencer primero a su madre a que fuera al hospital con otras mujeres más, y poco a poco fueron cambiando y trabajando unas en la cocina, otras en la limpieza del hospital, otras en el huerto.

Según sus actividades así fueron cambiando y progresando las mujeres, y los hombres...muchos esfuerzos costó y mucho tiempo, pero llegaron a dejar los juegos y las bebidas.

Aquellos diablillos fueron dando grandes ejemplos a los padres y familiares. Aquella misión fue satisfactoriamente cumplida con la ayuda de estos niños.

Después fuimos a visitar a los ancianos del asilo. Estaban contentos y satisfechos de sus mejoras. Parecía que sus almas se habían cubierto de nuevo; ya no tenían frío, ni hambre ni sed. vi en ellos que se habían recuperado espiritualmente con sus alegrías y risas como las de un niño.

Cuando me vieron entrar, les vi como niños todos a mi alrededor. Aquello me causó ternura y alegría, todos dándome las gracias por su bienestar. El viejecito abandonado de la plaza, me dijo conmovido, llorando:

-Madre, estaba muerto y Vos me habéis devuelto a la vida. Ahora me encuentro avergonzado por mis malos modales que tuve contra Vos. Yo os quiero oír decir que no me guardáis ningún rencor, ¡no merezco esta gloria que estoy viviendo!...¡Todo os lo debo a Vos que sois una santa! Estas obras tan sublimes no las hace ningún ser humano. ¡Sólo lo hace Dios y los santos!...

Salí de allí muy contenta de ver a todos vestidos y bien alimentados. Aquella misión también quedó satisfactoriamente cumplida.

Poco a poco fuimos comprendiendo de que ya no necesitaban de nosotras. Debíamos de desplazarnos de nuevo a otros terrenos en los que posiblemente nos necesitaban.

* * * * *

Capítulo XVII

Pasos que se fueron dando en unos tiempos muy lejanos, en los que el hombre pensó que todo se destruyó. Ahora son los tiempos llegados de poder decir con toda libertad:

-¡NADA ACABA! ¡NADA MUERE! ¡TODO VIVE! ¡TODO ESTÁ AQUÍ!

¿De qué les sirvió destruir mis Verdades dictadas por el Soberano? ¿Por qué no quisieron que salieran a la luz?

Todo fue por formar sus ideas a su manera para coger grandes poderes, ¡grandes éxitos, hundiendo lo que jamás puede fracasar, tratando de apagar la Vida que nos da la Luz, aunque fueron tantas veces las que pudieron escuchar que la Luz es Eterna, y con los siglos la oscuridad debería de desaparecer!

¡Cuántas veces cuántas palabras fueron dichas por aquel entonces...y de nada sirvió! Sólo veían su poderío, ¡sus triunfos de ser siempre los primeros en las plazas en poder predicar aquello que a ellos se les antojaba y les venía en gana sin querer comprender, sin querer escuchar aquellas benditas palabras!

Las Verdades de nuestro Dios no admitían. ¡No escuchaban aquello que debieron haber escuchado sólo por la vanidad de ser poderosos, y ser la gran fuerza para dominar al hombre a que creyeran sus falsas enseñanzas!

El pueblo, las gentes de aquellos pueblos eran nobles y humildes, y pensaban que al ser representantes de Dios decían la verdad...y en ellos creyeron y a ellos adoraban. Y como nobles, cayeron como corderos en ir a las iglesias a oír sus falsas palabras y sus grandes mentiras, creyendo al máximo cuanto les decían, haciéndoles ver el peligro mortal que corrían si no se confesaban a sus sacerdotes diciéndoles que todos cometemos grandes pecados, y que serían limpios y perdonados todos aquellos que lo comunicaran a sus sacerdotes ya que era igual que si confesaran con el propio Dios.

Ahora, al cabo de los tiempos están pagando sus mentiras y sus grandes pecados, porque ellos sabían, sin querer reconocerlo, que estaban obrando mal.

Unos quedaron parados por muchos tiempos; otros no tanto, y salieron a la luz reconociendo todo el daño y las muertes que causaron. Por ello pagaron muy caro.

Existen hombres que están en la Tierra de aquellos tiempos tan lejanos que no recuerdan nada de lo pasado; sólo hoy se limitan a decir:

-¡Dios mío, si yo nada malo he hecho en mi existencia y no he cometido ningún acto impuro...¿por qué estoy sufriendo tanto, que cuando salgo de una ya estoy metido en otra, sin yo querer provocar ningún daño ni hacer ningún

mal, y cuánto dolor siento?

Y cuando vamos a tocarles los corazones y procuramos calmarlos, oímos decir:

-¡Dios es bueno, es Amor y a todos sus hijos nos quiere por igual! ¿Entonces por qué a unos les alumbró la estrella, y otros como nosotros estamos estrellados?

También dícense entre ellos:

-¿Por qué si yo soy bueno, y mi compañero no es mejor que yo, vive tan bien sin penas ni desgracias?

Se echan mano a la cabeza y se maldicen, y siguen tozudos sin querer reconocer que en otras vidas fueron grandes destructores de la Verdad, provocando guerras que muchas muertes causaron por sus ansiedades y ambiciones.

Ellos...no ha de ser muy tarde cuando también despertarán. Verán la Luz y ellos mismos reconocerán el por qué tanto dolor y el por qué tanto sufrir...cuando ellos ya lo hicieron siglos atrás.

Tendrán sus videncias y verán sus vidas pasadas, y entonces reconocerán el por qué de sus tormentos que nadie se los da, para que no se lamenten de su propio Dios cuando El sólo trata de llevarnos a su Reino de Luz, a su Reino de Paz, a su Reino de Amor.

El hombre lleva muchos milenios de retraso, y todo lo que le pasa es merecedor de ello por nuestros malos hechos de ayer. Si no es antes será después, pero nadie será librado de pasar por la vida sin pagar aquello que dejamos a deber.

Cuántos sudores, cuántas horas hemos de necesitar y otras tantas en dedicar, y cuántas veces les diremos siempre lo mismo para que de una vez por siempre sepan que la muerte no existe, ¡nunca existió! El hombre se va...¡y vuelve de nuevo otra vez!

Mientras el hombre no crea en las verdades y en las muchas vidas vividas...¡nunca el hombre llegará a progresar! Progresará cuando se vea muy afectado por sus dolores y por la enfermedad; ¡entonces será cuando escuche y comprenda el por qué de todo lo que nos pueda llegar...pero antes pagará! ¡Dios es justo y hay que cumplir Sus Leyes!

A la presencia de aquellos hombres, sueños se les dieron para que recordaran aquellas tierras en que ellos habían vivido con personajes que ellos recordaban haber conocido. Fue puesto en la pantalla y visto por ellos mismos.

Cuando despertaron de sus sueños, recordaron la mayor parte de todas sus malas pasadas. Empezaron a contar a todos sus familiares y personas más allegadas todos los horrores que fueron sembrando, diciendo:

-¡Me he visto!...¡sí!...¡era yo mismo! ¡Me he reconocido!. Fui un gran

personaje vestido con ropas muy lujosas y con alto mando. Todos los ciudadanos nos respetaban y nos temían. Todas aquellas ordenes que dábamos...¡todos nos obedecían!. En otra etapa de mi segundo sueño vi a dos rebaños grandes. Los dos rebaños poseíamos unos grandes prados. También me vi de pastor presumiendo de que mi rebaño era mayor que el que estaba lindando al mío; su prado tenía más hectáreas, y ordené a mi ganado que se cruzaran al otro prado. Con mi gran poderío de alto mando me obedecieron, y todo mi rebaño se unió al otro rebaño. Pensé: -¿Cómo ahora voy a saber cuales son mis ovejas estando tan revueltas? Pronto lo supe por el colorido de sus lanas; las del enemigo eran blancas, las mías eran oscuras y destacaban por el gran número de ellas. Salté la linde; las blancas se marcharon sin dar ninguna clase de explicaciones; las mías...presumían de mí por ser el pastor más poderoso; en cambio las blancas no tenían pastor. Lo que más me llamó la atención en ellas, fue que todas miraban al cielo, y cuando bajaron las cabezas, todas siguieron el mismo camino en la misma dirección...y sin ningún pastor que las pudiera guiar. Dos de sus corderillos quedaron atrás, seguían pastando en el prado. Dos ovejas las llamaron y los corderillos dejaron de pastar para unirse con todas las demás.

“Yo me sentí aún más poderoso y más feliz; nos adueñamos de los prados; nos dejaron solos. ¡Qué conformidad tenían! ¡No se revelaron contra nosotros por habernos adueñado de sus terrenos ni llevaban armas de defensa!

“Yo presumía cada vez más por conquistar todas las tierras. Cuando yo sacaba mis armas nadie quería luchar contra mí, porque si lo hacían...perecerían. ¡Que temores nos tenían! Regresamos de nuevo al prado; todos los prados eran nuestros. Yo pensé: -Las ovejas enemigas habrán desfallecido de hambre...

“Y en la tercera etapa de mi sueño, las vi brillar con la misma luz que nos alumbraba el Sol; ¡qué lanas más blancas tenían! en cambio las mías...¡cada día las veía más oscuras! Yo pensé: -Es cosa de seguir las, a ver qué hacen para que se mantengan tan robustas. Que nos den su patente, y si no nos la dan...haremos que caigan y el terreno será sólo y exclusivo nuestro.

“Qué sorprendido quedé, al ver a las ovejas blancas convertidas en personajes guiados por un pastor. También llevaba sus ropas blancas y un cayado, y otro pastor anciano le acompañaba que llevaba una vara en la mano en la que brotaba una hermosa flor blanca.

“Yo miré a mi ganado; miré...y vi que no eran ovejas; ¡eran hombres armados con escudos y espadas! La mía era la más potente, ¡la más lujosa con la mejor armadura! Todas mis ropas estaban bordadas en oro y plata.

“Seguí mirando hacia atrás; no podía calcular ni contar el gran ejército de hombres que estaban bajo mi mando; ellos en cambio...eran pocos; ¡la guerra estaba ganada! ¡nosotros éramos los vencedores! Les ordenamos que sacaran

sus armas, y todos extendieron sus brazos con las manos abiertas diciendo: -No queremos las guerras. En nosotros las armas no existen. En nosotros sólo existe el Amor. No queremos formar guerras ni derramar una sola gota de sangre. Queremos entregaros la Luz para que os alumbre en la oscuridad que lleváis. Queremos entregaros la Paz. La Paz no necesita armas. Si formáis las guerras y algún hermano cayera... pensad que mucho os pesará”.

Y aquí despertó este hermano, de un sueño vivido en siglos de muy atrás.

* * * * *

Capítulo XVIII

Nos preparamos para empezar nuestra marcha y desplazarnos a conocer otras nuevas gentes. Sin saber por qué, sentí una gran alegría. Yo misma me pregunté: -“A qué se debe esta alegría que yo puedo sentir? ¿Qué es lo que he hecho para estar tan satisfecha? ¿Será, como he curado al hombre que más daño me ha hecho en este mundo? ¿Será que vendrá agradecido hasta mí?... ¡Creo que esto será posible, y por eso estoy tan contenta! ¡No me explico por qué soy tan feliz...y es que conservo la esperanza, pero no me explico por qué su cuerpo y el mío chocan como dos repulsivos! Yo...¡me hubiese gustado haberle querido, pero él y las circunstancias me lo impiden aunque reconozco que su alma es más sabia que la mía! Sentir...siento muchas cosas, y deseo hacer otras tantas para complacer al enfermo sea quien sea y ayudar a quien se me ponga a mi alcance, pero del saber...reconozco que soy muy pobre y sé poco. ¡Espero llegue algún día a tener la sabiduría de ellos! El alma es pequeña, si no posee la grandeza de la sabiduría; el alma es buena cuando siente y...¡yo quisiera ir sembrando flores por todo el mundo! ¡Repartirlas con mis pocos conocimientos y mi poca sabiduría! ¡Entregarlas con mi verdadero amor!... ¡Yo sé muy poco y necesito saber!...¡Tengo que buscarme a mí misma la manera de comprenderme! Aunque yo adivino en este hombre muchas cosas que otros no ven... quedó en venir de nuevo otra vez a darme las gracias. El está completamente curado. ¡Qué ingrato!

En esos mismos momentos entró una de las religiosas del convento y me dice:

-Madre, un sacerdote pregunta por Vos. Madre...¡es un sacerdote muy arrogante!

-Si es el que yo espero...es de una alta dignidad eclesiástica.

-¡Bien se conoce! –contestó la monjita admirada de su arrogancia.

Entró y le encontré muy bien; había resucitado. Me dijo:

-Vos, sois muy buena...

Me sentí muy alagada. Después siguió hablando, diciendo:

-Pero hay algo que no acabo de comprender. Unas veces sois un verdadero ángel...¡y demonio a la vez! Vos me curasteis y esto me hace estar muy agradecido, pero reconozco que nunca nos entenderemos. Yo tengo la denuncia; yo la guardo. Si la hubiese presentado...¡ay de Vos, qué hubiera pasado!

-¿Y por qué guardáis esa acusación, que está hecha por un miserable?

-Porque siempre es bueno tener ese arma para cuando llegue la ocasión. Y de vuestras obras y de vuestros escritos...las conocerá el mundo tal y como la iglesia quiera. ¡Vos pertenecéis a ella en cuerpo y alma!

-Yo pertenezco y adoro a Nuestro Divino Jesús...y sigo sus mandatos. ¡El también consuela a los pobres y cura a los enfermos! ¡Da vida a los pueblos con sus divinas palabras! ¡Yo hablo con las flores, con los árboles, con las aves y todos me dicen dónde está Dios! ¡Me dicen que está en todo!. ¡Yo conozco a Jesús, y le veo y hablo con El!...

-¡Calma, calma!...¡No sigáis más, que yo me marchó agradecido de todo cuanto habéis hecho por mí, pero poco os visitaré de ahora en adelante! ¡Los dos estamos pagados; nada nos debemos! Yo os he salvado de vivir entre rejas...y Vos me habéis curado.

-¿Vos creéis, que si yo fuera ángel y demonio a la vez, os iba a haber curado? ¡Todas mis curaciones vienen de Dios! ¡Nunca del demonio! ¡El demonio intenta adentrarse en nosotros para hacer el mal, y yo no practico el mal! El demonio intenta destruir la Verdad de Dios,¡y yo no le doy entrada! ¡El demonio hace que seamos malos y ambiciosos...y yo no soy ni mala ni ambiciosa! ¡Todo cuanto recibo en mis manos pasa a los necesitados y a la construcción para dar trabajo a los pobres obreros! ¡Yo nada poseo y mucho tengo: -El tesoro más valioso que encierra mi alma, y ese tesoro no admite ninguna clase de ambiciones!

-¡Os repito que os calléis! ¡Si Vos pertenecéis a la iglesia cumplir con vuestro deber, cosa que jamás habéis hecho nunca! ¡Lo mejor será que me marche y no nos volvamos a ver! ¡Sólo yo tengo la culpa de vuestros grandes éxitos y de vuestros triunfos por dejaros en plena libertad!

* * * * *

Capítulo XIX

Cuántas lecciones por aquel entonces el hombre recibió. Allí había muchos adoradores del hombre Dios. Se reunían con mucha frecuencia para discutir sobre las enseñanzas de Jesús y...¿creéis que alguna vez, estuvieron conformes en sus opiniones los unos de con los otros?

Viviríais engañados si así lo creyeráis. Allí reinaba la más intolerable divergencia. Sólo pensaban en una sola cosa; pensaban todos de igual manera: Entre todos discutían porque todos querían ser el primero. ¡Todos aseguraban tener méritos que ninguno poseía! Descaradamente querían hacer creer a los otros hombres que el hombre Dios les había dado órdenes para hacer prevalecer su voluntad.

Nuestra llegada les contrarió mucho; todos nos miraban mal y de reojo. A mí en particular, diciendo que, fuera de los trabajos domésticos, las mujeres en todas partes servíamos de estorbo y servíamos de piedra de escándalo.

Mucho hirieron las palabras de aquellos hombres, y más triste fue cuando me dijeron que si yo curaba...era conducida por el genio del mal, porque el hombre Dios no era capaz de que inspirara a una pecadora como yo.

¡Cuánto sufrí! ¡Cuánto lloré Dios mío! Mi compañero se impacientaba por mi tristeza y me decía:

-Ya os lo dije anteriormente, que este lugar es un sitio de víboras. Compadecedles, porque su ralea es digna de lástima y de compasión.

Mi compañero hacía todo lo posible por reanimarme, convencerme y persuadirme de que las injurias siempre se deben perdonar.

Yo les perdonaba a todos mis enemigos, pero era incapaz de mirarles a las caras; ¡me aterrorizaban! ¡Eran tantos, y es tan triste verse despreciada de todos ellos!...porque hasta mi compañero, con todo lo bueno que era para mí...le veía con rudeza en su carácter. A veces veía en él que se contagiaba sin él darse cuenta. ¡También me hacía sufrir a la vez que me lastimaban los demás! pero cuando conocía su torpeza para conmigo...no sabía qué hacer para consolarme.

¡Cuántas cosas el hombre de ayer, hoy tiene que saber! ¡Son muchas las lecciones que se les dieron, y no las aprendieron porque no les interesaban! ¡Sólo querían la destrucción de los hombres, del enemigo –como así lo decían!

¿Por qué les llamaban enemigos, si sólo buscaban la paz y el amor entregaban, despreciando las ambiciones? ¡Sólo querían seguir al hombre Dios, y caminar por la senda de la Verdad con la valentía y la protección del Padre que es Eternidad!

Pronto sabrán, sin ninguna clase de dudas, por qué se encuentran siempre caídos. Pronto sabrá el mundo que Dios no consiente que sus hijos mueran de

hambre. Deberán saber, que todo el sufrimiento generalizado que padece el mundo está provocado y creado por el hombre. El hombre nunca se ha parado a pensar y decir: -“¿Qué es lo que habrán hecho estos hermanos nuestros para padecer tanto? Ni tampoco se preguntarán: ¿Qué habrá hecho en otras vidas? - ¡No lo pueden pensar, porque no creen que existan otras vidas! -¿Quiénes son los causantes? -¡Nosotros mismos somos los culpables!
¡Seamos buenos hermanos!...¡Ayudemos al desvalido! ¡Eso es lo que el Señor nos enseñó! ¿Y quién será, el que venga de nuevo a decir la Verdad? ¡Será El!...¡Claro que es El de nuevo otra vez!...¡Ahí tenéis las pruebas de que no existe la muerte!...¡Ahí le tenéis en cuerpo y alma!

Todos verán al Divino Maestro con los suyos de ayer, ¡con los suyos de hoy y de siempre demostrando al mundo la Gran Verdad! ¡Despertarán aquellos hombres que sólo pensaban en construir buenos palacios, almacenar grandes tesoros y buenos alimentos!

Cuando se les acercaban los hombres hambrientos a pedirles una limosna...¡no sólo les negaban la limosna, sino que les explotaban y les tenían como esclavos para hacer grandes edificios y torreones y no les pagaban, y cuando caían al suelo por falta de fuerzas, los dejaban morir!

Fueron muchos los que perdieron sus vidas, mientras tanto ellos...comían como bestias, y en cambio, otros comían de los desperdicios que ellos arrojaban a los basureros.

Esas lecciones el hombre tiene que saberlas, y cuando el hombre sepa y comprenda, no hablará lo que hoy dice por su ignorar.

Las lecciones fueron muy sencillas y fáciles de aprender. Muchos maestros tuvieron explicándoles las verdades. Muchos se fueron, y otra vez han vuelto a repetir las mismas verdades de ayer que podrán demostrar y decirles: -¡Venid hermanos! ¿Recuerdas cuando me negaste un trozo de pan?...¡Toma, yo te lo vengo a dar! -Y tú...me negaste agua para apagar la sed. ¡Toma, bebe toda la que quieras y sáciate! -Y otros, cuando tu hermano te pedía agua,¿recuerdas? y se la rebozabas en la cara para excitar más su sed...¡Tomad!...¡comed y bebed a cambio del hambre que hicisteis pasar a tantos hermanos nuestros!...

¡Gozabais, con vuestras mesas repletas de ricos manjares, sin pensar en el flaco hambriento y sediento!

Cuando se vean en su despertar y a sus hermanos escuchar...sabrán quién es el verdadero Maestro. Verán que la Vida no acaba.

El hombre tiene mucho camino que andar, ¡muchas piedras que limpiar y mucho que pulir! No sería justo que el Padre los dejara brillar sin antes coger sus herramientas, y ponerse a limpiar toda la suciedad que dejaron tan atrás de aquellos tiempos tan lejanos.

* * * * *

Capítulo XX

Hay momentos en la vida en que los pigmeos se convierten en gigantes, pero... ¡ay después! luego viene el desmayo, ¡que hay luchas terribles peores que las luchas de las fieras hambrientas! Hay veces que el número de los enemigos ocultos espantan, porque en la sombra, se aumenta el volumen de todas esas cosas. ¡Sufrimientos verdaderamente terribles!

-¡Dios mío, dadme fuerzas! Puedo recordar mis comunicaciones contigo y mis delirios, y ahora... me encuentro que no sé qué hacer. ¡Pienso que si daré algún escándalo a la iglesia!

En esos momentos sentí el rumor de muchas alas, aunque nada vi, y poco a poco me fui tranquilizando. La lucha principal estaba en mí. ¡Yo también me ví en aquella existencia cuando me querían matar. ¡Fue el día más horrible que tuve en aquella existencia! ¡Cuántos pensamientos surgieron en mi mente y cómo se atropellaban los unos y los otros!

-¿Qué me habrán dado para trastornar mis facultades mentales? –decía yo con aquella angustia indecible. -¿Si habrá sido algún brebaje que haya conseguido desequilibrar mi cuerpo y mi alma? Antes yo... ¡disponía de fuerzas acumuladas en la Naturaleza, y ahora... no dispongo de mí misma!

Pasé muchos días verdaderamente horribles; mis viciencias eran espantosas. No veía más que campos de batalla sembrados de cadáveres y ciudades incendiadas; ¡muchedumbres alocadas por el terror! Mi celda la veía diferente, con una extraña luz rojiza que se acercaba a mí... y veía cuerpos sin cabeza.

Esa misma mañana me levanté enferma y mustia; mandé venir al médico, y volvió una monja diciendo que el médico estaba también enfermo y que no podía venir. Comprendí que no era cierto, que mentía. Con tal autoridad hablé a aquella religiosa, que inclinó la cabeza saliendo sin decir una palabra, y volvió con un médico sacerdote de figura vulgar. Entró en mi celda asustado y haciéndose la señal de la cruz, mirándome con horror. Al serenarse me dijo:

-Aquí me tenéis. –Le mandé tomara asiento y me dijo muy altivo:

-No tengo tiempo que perder.

Me puse de pies y me dijo que no me arrodillara, que él no se arrodillaba ante nadie, sólo ante el Reverendo Santo Padre.

Yo me sentía muy débil; apenas podía ponerme de pie y caí al suelo. No se molestó en levantarme de la mano.

En esos momentos pedí al Señor quitarle la serpiente que le dominaba; no le podía mirar a la cara. Pensé sin que él se diera cuenta, y traté de envolverlo en la red de mi voluntad y él me obedeció sin poner resistencia alguna. Yo vi que ganaba terreno y le dije:

-Padre, todos somos pecadores como yo también he pecado, y estos extravíos llegan a formarse y nos aplastan. Padre, yo os confieso que estoy débil, pero no estoy loca.

-Loca sabemos no estáis, ¡pero os haremos pasar por loca, eso sí!

Cuánto temía al oír decir sus afirmaciones. Me prohibieron salir del convento. Yo sabía que algo ocurría.

-¡Padre, dejadme salir que ya estoy buena!

-¡Esta es vuestra desgracia; si salís al exterior...yo os acompañaré!

Y salió el sacerdote en un estado muy difícil de poderlo explicar. Se iba cayendo de sueño. ¡Qué fácil le tenía para poderle dominar...pero no quise; mi estado estaba aterrorizado!

Al día siguiente volvió el sacerdote y me dio a besar su mano diciéndome:

-No sé qué es lo que tengo desde que entré aquí; creo que el diablo me ha tentado.

-¡Pero padre!... ¿También Vos creéis en el diablo?

-¡Sí! ¡Sí que creo!

Se fue sonriendo, luchando contra su sueño que se iba apoderando de él. Al verle en aquel estado, di gracias a Dios porque aún había en mí energías y fuerzas de voluntad para luchar con mi implacable enemigo que no me podía perdonar. Ni se me permitía pensar ni discutir. No había más que creer o morir...y yo no creía ni en la religión ni en la muerte. ¡Por eso me hicieron piedra de escándalo!

Estaba sola; nadie me entendía. Unos me creían, otros...no me querían comprender. Sabían que loca no estaba, pero querían que pasara por loca y no hay nada más horrible que tener razón y que los demás no te crean.

Hubo muchos momentos de estar sola en mi celda pues me impidieron salir, y me parecieron aquellos instantes siglos de sufrimiento porque el tiempo fue muy largo para sufrir...y muy corto para reír. Me dije en unos momentos de desesperación:

-¡Dios mío!...¿Tanto he pecado, que no poseo un momento de reposo? -Y una voz muy lejana me contestó:

-“¿Por qué pierdes la calma? ¡Espera y ten calma!

-¡Piedad!... -dije con tristeza.

-“La piedad existe en lo Eterno, lo que te falta...es serenidad”.

-¡Es cierto; nunca supe esperar!...¡Siempre quise coger el fruto sin madurar!...¡Por eso sufro tanto!...

Mi tranquilidad iba creciendo. Vi entrar a mis florecillas a mi celda, y al verlas, sentí un gran placer. Ellas me miraron con gran ternura diciéndome:

-¡Alimentaros Madre y recobrar fuerzas...que las vais a necesitar y mucho!

Me extrañaron sus palabras.

-Sé que guardáis algo sobre mí...que no os atrevéis a decir.

-¡No Madre! ¡Son rumores!...¡Ya os contaremos si fuera cierto, y Vos Madre sabréis guardarnos el secreto!

-Sí hijas mías; yo sabré cómo actuar para no perjudicar a nadie.

Al día siguiente muy de mañana entró mi florecilla, mi dulce compañera diciéndome:

-He sabido que hay trama horrible contra Vos, Madre. ¿Sabéis que no muy lejos de aquí hay otro convento de monjas, y la superiora que hay, es una mala monja? –la que Vos arrojasteis del asilo de pobres y ancianos por tratar a aquellos infelices peor que a perros sin amo? Dicha monja, está de acuerdo con el padre que Vos curasteis de tan penosa enfermedad. Quiere ocupar vuestro puesto, y que Vos, por vuestra locura, quedéis reducida a prisión.

-Ya veis, hijas mías, qué buenos proyectos y qué buenas relaciones tienen los religiosos.

-¡Esa mujer quiere vengarse de Vos! ¿Recordáis Madre, que dijo que se vengaría?... ¡y yo, que todo lo he presenciado y he podido evitar tanta infamia...no lo he evitado! ¡Madre, estoy arrepentida de ser monja! ¡Esto yo nunca pensé que existiría aquí dentro! ¡Madre, os voy a ser sincera: ¡No quiero esta vida!...¡no quiero vivir!...¡quiero morir!...¡soy víctima de mí! ¡Quisiera matarme pero me falta valor!...

-¡Hija mía, qué me estás diciendo?...¡hablas de una muerte violenta! ¡Tú no puedes morir más que a su debido tiempo!...¡Debe de ser la muerte de los justos!...

-¡Es que yo tengo la culpa de todo cuanto Vos sufrís!...¡de todos vuestros tormentos!...¡por eso quiero morir!...

-¡No hija, tú seguirás cumpliendo tus trabajos como buena religiosa! En cuanto a mi enemiga...¡no la temo ni la tengo miedo! Las bajas obras y mal causadas no merecen la menor inquietud. Cuando a esa religiosa la hice salir del asilo cumplí con mi deber de humanidad, y no pesará jamás a la alianza divina el odio de esa monja vengativa. Fueron muchos ancianos y muchos niños que en aquella ocasión les salvé de una muerte segura, porque allí vivían aquellos infelices rodeados de todas las miserias, de todas las asquerosidades del abandono y la suciedad. Por aquel entonces fui justa; cumplí con un gran deber de misericordia y estoy tranquila porque a ella no le hice ningún mal, y tuve motivos para habérselo hecho. Podía haberla castigado, pero como el castigo lo único que hace es irritar más al culpable...la dejé libre y separada de los ancianos pobres para que no cometiera nuevos errores y abusos. Si se empeñan en quitarme el cargo que estoy desempeñando...tú, mi florecilla, me reemplazarás. Tú serás la superiora y yo seguiré haciendo nuevos trabajos para el bien de toda la humanidad.

Mi compañera me miró muy sorprendida y gozosa. Desempeñar un gran papel...eso siempre halaga.

-Tus revelaciones han llegado muy a tiempo. No creas que quiero luchas ni venganzas. Admitiré las imposiciones que me hagan...hasta cierto límite. Ahora trataremos de dormir y descansar, que mañana necesitamos estar fuertes.

Nos acostamos, pero yo no pude dormir pensando en mi antigua enemiga; recordando su proceder con los pobres y me decía a mí misma: -“Yo nunca he tratado mal a ningún pobre, y muchas fueron las veces que me contestaron diciéndome: -Madre, todos los ancianos la bendecimos”.

Se despertó mi florecilla diciéndome:

-¡Ay Madre, qué noche tan larga y tan mala!

-Escúchame bien hija mía lo que te voy a decir: ¡Quiero que vivas y seas fuerte!...- y la abracé con tanto cariño que dio un grito diciendo:

-¡Madre, qué fuerza tenéis!...¡Vuestros brazos no parecen ser vuestros!...¡Qué gran fuerza la vuestra!

-¡Es que quiero entregaros de ellas!...¡de mis energías!...

-¡Sí Madre, es cierto! ¡Estoy más fuerte que nunca! ¡Me habéis dado la vida!

-¡Yo no doy la vida, pero sé agradecer todo cuanto hacéis por mí! Ahora vete; sal de aquí que no crean que estamos de acuerdo.

Se fue y yo quedé saludando al Sol, y miré a las flores del cielo. Estaban bellas y lozanas pero las encontré mudas. Nada me decían. Las pregunté y como si nada. Seguían inmóviles. Pues al menos...dejadme que os bese. -Y subiéndome en una silla me acerqué a ellas y no las pude besar. Dije con tristeza:

-¿No merezco que os bese, verdad?

El jarrón se trasladó desde la ventana a la mesa. Entonces intenté de nuevo besarlas. Al tenerlas tan cerca de mi alcance sentí una fragancia, un perfume tan penetrante que...quedé aturdida y tuve que retroceder hacia atrás bruscamente. Dijo una flor:

-¿Ves como sí te queremos y te besamos? Tú has querido besarnos; ¿por qué, si sabes que no somos nada, más que la esencia? Parece mentira que a estas alturas en que vives...seas tan materialista. ¡Tú sabes que somos la esencia!.¿Por qué lo haces? Será inútil que puedas tocarnos porque la esencia no tiene forma consistente.

-¡Ay flores mías!... ¡cuánto os quiero y cuánto os debo! ¡Qué sería de mí si no fuera por vosotras!

-Recuerda que necesitas más grandeza de alma; ¡más elevación de sentimientos!

El jarrón de mis bellas flores se trasladó de lugar, y mi médico el sacerdote que estaba junto a la puerta se quedó aterrado. Quería huir y no podía. Se pasaba sus manos por todo su cuerpo a ver si estaba sano, y yo comprendiéndolo me acerqué a él y le dije:

-Padre, ¿venís a verme? -Y me dijo:

-¡A este lugar no hay quien se acerque!

-¿Por qué Padre?

-¡Porque toda esta clase de brujería tiene que terminar!

-¡Padre, ¿qué os pasa?

-¡No lo sé! ¡Siempre que entro aquí noto cosas muy extrañas y muy raras!
Yo venía para que me acompañarais.

Quise salir con él lo mejor posible y saciar mi vanidad de mujer, y me dije a mí misma: -Aún me encuentro fuerte y no soy tan vieja.- Y oí que me decían: -
“No olvides nunca, que una flor cuando no da de su aliento a otra flor, se marchita más presto”.

Yo no me explicaba por qué ese día me veía hasta más hermosa. Tenía el presentimiento de que iba a representar un buen papel.

Salí de mi celda para marcharnos juntos y vi que no estaba mi sacerdote, pero sí encontré a un enjambre de religiosas. Al verme me dijeron:

-Por este camino no es por donde debéis de andar.

-Este camino no es el mío, y no debo seguir.

Pregunté que dónde estaba mi florecilla.

-¡Está muy ocupada! -Eso me lo dijo mi sacerdote que apareció de nuevo diciéndome:

-¡No puede acompañaros!

Aquello al pronto me desconcertó...y me impedían andar.

-¡Dejadme paso!. ¡El que se oponga a mí, se opone a la voluntad del Pontífice y del Monarca, que de ellos llevo objetos que acreditan mi alta dignidad eclesiástica!

Tan majestuoso fue mi ademán y tan importante me presenté, que los sacerdotes y las monjas me abrieron camino. Pasé triunfante por todo el convento llamando a mi compañera. Toda aquella turba me seguía a unos pocos pasos de distancia.

Salí del convento con dirección al hospital donde se encontraban los niños, y toda la turba detrás. Al verme con todos me creían loca, menos los niños, que me rodearon dándome quejas porque nunca los visitaba. Mucho me conmovieron las caricias de los niños, ¡eran los únicos que me querían!

Recorrí a los enfermos y después fui al huerto donde había una fuentecilla cayendo agua, y me pareció oír al agua que me decía: -¡Sigue! ¡No te pares!
¡Adelante, que lo estás haciendo muy bien!

Después fui a la capilla. Vi a mi florecilla de rodillas rezando fervorosamente.

-¿Qué haces aquí? -le pregunté.

-Madre, cumplo con la penitencia que el sacerdote médico me ha impuesto.

-¿Y por qué tienes que hacer penitencia? ¿Qué pecado has cometido?

Mientras le hacía estas preguntas se abrió el confesionario bruscamente y

salió mi buen sacerdote; al verle me horroricé; perdí todas mis fuerzas y dije con voz entrecortada:

-Padre...no sabía que Vos teníais aquí tanto mando; si lo hubiera sabido...le hubiera obedecido en todo.

El me miró muy sorprendido. No esperaba de mí tanta humildad, y con acento muy sorprendido me dijo.

-¡Volved a vuestra celda!

Di unos pasos de obediencia...y oigo una voz que me dice: -¡Cobarde! ¡Si le obedeces retrocedes!

Pensé: -¡Es verdad! ¡Mi compañera sufre la penitencia por mí! ¡No debo de abandonarla! -Y volviéndome de nuevo, hable con otro sacerdote que me seguía hasta el exterior. Le dije:

-Decidle a vuestro jefe que no me iré de aquí; no me puedo mover, estoy enferma.

¿Sí?...¡pues yo haré que os podáis mover!

Y cogiéndome bruscamente quiso acompañarme a mi celda, pero yo que estaba en pleno goce ayudada por Aquel que me llamó cobarde, le quité sus manos de mí y cayó al suelo. Quiso moverse y le fue imposible. Sólo su lengua quedó libre para decirme:

-¡Me ha cogido el diablo!...

Aquel mismo día, aprovechando tanta confusión y tanto desconcierto me acerqué mi florecilla y le dije:

-¡Levántate, que tú no tienes que pagar ninguna penitencia porque nada has hecho que puedas ofender a nadie! ¡Levántate y anda, que está visto que aquí se desconocen las fuerzas de Dios...y se admiten las que ellos creen que es el diablo que no ha existido jamás! ¡Sea el diablo quien te saque de aquí!

Levantando a mi florecilla salimos las dos de allí, y mientras tanto, toda aquella muchedumbre de hipocresía no se cansaban de hacer la señal de la cruz.

“¡Dios mío, qué fuerza tiene la violencia de una pasión!...¡Un hombre era la causa de todo aquel alboroto!...¡De todos aquellos atropellos inferiores a la verdadera religión!...¡Religiosos dominados por la soberbia y la lujuria! ¡Cuántos crímenes cometidos y cuántos infelices han ido a la hoguera!”

Al regresar al convento con mi florecilla compañera nos sentimos con pleno gozo; y fue tal la perturbación que se apoderó de todos los que esperaban que yo saliera del convento...fue tan grande el desconcierto que no tuvo límite. Muchos religiosos se encontraban en la puerta de mi celda para que siguiera el camino que no era el mío, y muchas gentes del pueblo y de toda la comarca que al convento habían acudido.

En esos momentos mi voz resonó fuera y dentro del convento, y parecía como si todos los ecos repitieran mis palabras. Muchos seres decían:

-¡El diablo se ha apoderado de la superiora del convento!...¡Fijaos en

ella!...¡Mirad cómo tira a los hombres al suelo!

Los sacerdotes estaban asustados y huían del convento; otros hombres decían:

-¡Es mentira! ¡La superiora no está endiablada! ¡Los buenos no se endiablan!

Terminamos mis palabras y nos retiramos las dos a mi celda. Mi compañera se desmayó por todo lo ocurrido, y yo...¡me sentí fuerte y gozosa! ¡Había superado toda la maldad que me rodeaba!

Muchos fueron los que se atrevieron a llegar a la puerta de mi celda, pero ningún religioso se atrevió a entrar. Yo seguía ocupándome de mi compañera diciéndola:

-¡Despierta y no temas!

Se despertó...y me miró como asustada y aturdida:

-¿Por qué me habéis despertado? ¡Yo quería haber seguido dormida y no despertar! ¡Deseaba el sueño Eterno!

-¿El sueño Eterno dices? ¿Acaso tú crees que el sueño Eterno existe? ¡Tú sabes que no! ¡Despierta y serénate, que cuando aprieta la tempestad...es cuando hay que tener más serenidad para poder luchar con todos los elementos!

Me acerqué a abrir la puerta de mi celda y los sacerdotes al verme huyeron. Unos...cayeron atropellados recibiendo golpes duros. Yo les dije:

-¿Quién es el que manda aquí que promueve todos estos atropellos e incidentes? ¿Por qué acuden a mi lugar tantos hipócritas?

Quise salir y no pude andar, una fuerza mayor me lo impedía. Entonces retrocedí a mi celda. Mi compañera lloraba por toda la maldad que nos rodeaba. Aquello era vergonzoso.

-¡Ten valor hija! ¡Tú qué crees de mí? ¿qué puedo estar loca?

-¡No Madre! ¡no estáis loca!

-¿Estás segura de lo que dices?

-¡Segura no, ¡segurísima!

-No te extrañe que te haga esta pregunta; te la hago...por el estado en que me encuentro. ¡Mírame bien a los ojos!

-Vuestros ojos Madre... ¡se ve en ellos un mundo de luz y de amor!

-Pues si de verdad no estoy loca y tú estás fuerte ¡nada tendremos que temer!

-Sí Madre, pero... ¿es que son tantos en contra de nosotras?

-¡Ten confianza y no temas!

Cuántas cosas le dije a mi florecilla que al final... la hice reír y me dijo:

-¡Ay Madre! ¡con qué gracia y valentía me sacasteis del templo, y nadie se movió de sus hechos para conmigo! ¡Pronunciasteis unas palabras tan bellas!...

-¡No temas; ellos creen que en esta celda hay un infierno! Ahora... vamos a por alimentos; es la hora de comer.

Pero antes de salir, se nos presentó el médico sacerdote diciendo con acento irónico:

-¿Puedo entrar, Madre?

-Siempre ha estado la puerta abierta para Vos.

-¡No siempre! -me contestó.

Al mirarme, me hizo temblar de espanto. Se echo a reír. Su risa no me gustó nada. ¡Qué pequeño se me presentó aquel hombre!

-¿Por qué no estáis? ¿tenéis miedo?

-Es que...no he venido a entrar; ¡he venido a darle una orden!

-¡Hablar! ¡Yo os escucharé pacientemente! ¡Parece mentira que un hombre como Vos de tan alto mundo...encubra tanta maldad, tanta miseria como encerráis en vuestra mente! ¡Ahora y aquí que nadie nos oye os diré que sois un miserable y me causáis compasión!. Os voy a decir por qué: -Porque seréis siempre lo que sois ahora; volveréis de nuevo a la Tierra convertido en un miserable pordiosero, y todo el gran papel que Vos hoy representáis en la iglesia quedará reducido en ser el último de la iglesia más ruinosa. La vida es Eterna y todo se ha de pagar. Hoy estáis haciendo sufrir mucho. ¡Estáis abusando cobardemente de una mujer indefensa! ¡Sabéis bien lo que he representado para la iglesia y la protección que he tenido...y todo me lo pisoteáis por satisfacer vuestros deseos y vuestra vanidad! ¡Gozáis viéndome sufrir!

Fueron tantas las cosas que le dije, que de sus ojos se desprendieron lágrimas. Conseguí conmovirlo y salió diciéndome:

-¡Esperad de mis ordenes!

Salió tambaleándose como si estuviera enfermo. Mi florecilla me dijo:

¡Ay Madre, mientras hablabais con ese hombre...he visto al Amor de nuestros amores! ¡Qué hermoso es!...¡Le he visto, y de sus manos brotaban raudales de luz...y me ha hablado!

-¡Qué te ha dicho hija?

-Me ha dicho: -“No temas, las mujeres honradas siempre llegarán a Mí” – Pero...¿no le veis, Madre? ¡si parece como si estuviéramos en el cielo!...¡No se ven las paredes!...¡Todo es luz...y qué luz!...

-¡Nada veo hija! Ahora...hemos de pensar en alimentarnos.

-¡Voy a traer lo necesario!

Mientras salió mi compañera yo pensé: -“¡Dios mío...todo este tormento va a ser eterno!” -Y oí que me decían: -“Así, así; es necesario reflexionar”. – Moriré en el fuego, ¡en la hoguera!... -“No tendrás otro fuego que fortificar el alma. No pasarán muchos tiempos en que tendrás que firmar obras que tú jamás las has escrito, y el contenido de esas obras son indignas de ti”.

-¡No me habléis más!...¡No quiero saber por adelantado el fin que me espera!

-“Tú lo has querido; deseabas saber tu porvenir. Debes de recordar que todos tus sufrimientos son justos porque tu pasado fue horrible; y da gracias a que hay un ser que vela por ti y nunca te abandona”.

-“No lo dudo ni un instante, que el amor de mis amores me asiste en todos mis

temores” -Y oí otra vez que me decía:

-“¡Cumple con tu deber!”

-“¡Así lo haré, cumpliré! ¡Venga a mí el martirio; todo lo sufriré...pero más tarde yo diré a los humanos de la Tierra cuales son mis verdaderas Obras, y así se sabrá la Verdad que resplandecerá a través de los siglos porque Dios es justo!”

Estando en mi estancia me hice a mí misma una pequeña confesión comprendiendo todos mis desvelos, todos mis sufrimientos.

Al tener conciencia y conocimiento de otras vidas pasadas, en un momento dado de pleno descanso recapacitas, y comprendes todos tus sufrimientos merecidos por uno mismo. Yo...¡era mucho lo que exigía a mi Divino Jesús! Le pedía que quería vivir junto a El Eternamente pasara lo que pasara, viniera a mí lo que tuviera que venir. Sabía que la vida era dura. Recapacité y me dije: - La vida en sí...¡es hermosa!

Yo no deseaba vivir. Deseaba por encima de todas las cosas estar junto a El, ¡ser para El!. Quería saber el por qué me era el camino tan duro, y por qué tantos obstáculos a lo largo de mi vida sabiendo que yo sólo deseaba hacer el bien, dedicándome de lleno por entero a los enfermos ancianos y niños y socorrer a todo aquel que se me pusiera por delante por muy ingrato que me fuera.

Pensando para mis adentros me decía a mí misma: -¿Qué es lo que debo hacer, aparte de mis buenas obras para ser mejor? ¡Quiero ser buena!...¡yo a todo me doblego! ¡a todo me entrego y me doy! ¡Que me falte todo cuanto tengo pero no me faltes Tú!...que quien contigo camina nada le falta!

Así, pensando en solitario, cuando creía estar sola en mi estancia algo grandioso sentí en mí...que no veía murallas, ni techo ni suelo; ¡era algo que nunca lo podré expresar ni plasmar en el papel! ¡Era como un sueño...pero aquello fue un hecho real! Me vi flotando en el espacio sin salir de mi estancia; ¡no quería que esta videncia acabara! ¡Aquello fue grandioso! ¡No se puede comparar ni igualar a ninguna otra cosa por muy bella que sea! Cuando te ves en ese resplandor de luz de nuestro Divino y Gran Señor...¡todo lo rechazas y todo lo ves pequeño! Cuando has conocido y vivido esa grandiosidad, después dices: -¡Bendito sea el dolor, que se disuelve para convertirse en Amor y Luz!..

-¿Cómo yo os lo podría descifrar, si no hay cabida para expresarlo en el papel? ¡El...es todo luz! ¡El es todo amor!...¡Es luz por cualquier parte que se le mire! Sus ojos...¡no hay otros que se le puedan igualar! ¡Hay una mirada en El que no se puede confundir con la de ningún ser de la Tierra!

Es muy difícil; ¡yo diría imposible que alguien quiera pasar por el como imitador! Por mucho que quieran fingir...lo mismo que sólo hay un Padre, sólo existe un Hijo. ¡Su Hijo mayor es inconfundible!

Cuando veáis a los imitadores de Nuestro Divino Jesús...¡no os confundiréis jamás! ¡Nunca dudaréis de El, es inconfundible! ¡Nunca podréis temer ni dudar! Cuando veáis a los falsos profetas como al falso maestro que está entre ellos...el verdadero y único ha de estar entre todos nosotros, ya que de su Espíritu podéis gozar de El. Si os descifrara con intensidad de su grandeza, no acabaría nunca de expresar su bondad, ¡su delicadeza de amor hacia los demás! El pasa por varias partes del mundo, desapercibido, como uno más, sin darse a valer ni a conocer. Pensar que se le puede ver vestido con vestiduras andrajosas...o como otro cualquier ciudadano.

* * * * *

Capítulo XXI

Estando en mi celda oí a alguien que pronunciaba mi nombre; era una voz muy agradable. Volví la cabeza y vi cerca de la puerta de mi celda a una religiosa cubierto su rostro. La mandé entrar:

-La puerta está abierta para todas las hermanas de la comunidad.

-Es que no soy una hermana de aquí.

-Pues entrad y no tengáis miedo, -le dije sonriendo.

-Vengo a deciros que soy la nueva superiora de esta comunidad. Estáis bajo mi mando y espero cumpláis mis ordenes. De momento, no podréis salir de aquí sin mi autorización.

-¿Y quién os autoriza?

Ella pronunció el nombre de mi mayor enemigo y yo la dije llena de valor:

-¡Me alegra mucho saber quién os envía!...¡es muy amigo mío!

La religiosa me miró muy asombrada y me dio la espalda. En ese momento entraba mi compañera con los alimentos. Al darse la vuelta la religiosa conocí quién era: Era mi feroz enemiga; la que arrojé del asilo por su mal proceder. Mi compañera me dijo:

-¡Madre, qué mal me siento! ¡Aquí nadie me quería dar lo necesario para alimentarnos! ¡Sólo una religiosa ha sido la que se ha compadecido de nosotras...y esto es lo que me ha dado!

Mientras tanto, una voz murmuraba en mi oído que me decía que no probáramos ningún alimento...¡y estábamos desfallecidas!

-Madre, si no comemos moriremos de hambre ¡y es tan cruel pasar hambre!
¡Nunca lo había conocido!

Nos fuimos a acostar , y de pronto oímos unos golpes en la puerta de mi celda. Abrí y era un sacerdote. Nos mandó salir por orden del Santo Oficio. Salí sola y me dijo:

-¡Que salga también vuestra compañera!

La pobre estaba temblando de miedo. La di ánimos, y al salir...pensé en mis florecillas del cielo; pero después recordé que no eran flores de la Tierra, y ellos ni las veían siquiera.

Entraron como buitres en mi estancia y quemaron todos mis papeles que encontraron, desapareciendo todos mis recuerdos. Nos hicieron entrar en una pequeña estancia donde se encontraban reunidos una parte del Santo Tribunal. Se dirigieron a mí diciéndome:

-¡Estáis las dos acusadas de brujería!

-Yo nada os diré, porque sé que no me vais a escuchar.

-¡Haced lo que queráis!

Terminaron la acusación y nos separaron, llevándonos a distintas prisiones que ellos formaron en el mismo convento en la parte de abajo oscura., el sótano que teníamos para ciertos utensilios no utilizables; porque en mi convento no había ni prisiones ni escondrijos. Todo estaba bien soleado, claro limpio y alegre. Allí no había más sombra que la de los ignorantes religiosos, y la envidia y todas las malas pasiones de los hipócritas.

Al entrar en el sótano que le dejaron como prisión, oí una voz que me decía: -“Paciencia”...”Paciencia”

Recordé entonces mis amores y me dije: -Me he dormido, y ahora estoy pagando las consecuencias.

No había ni silla ni camastro; me eché al suelo. Entraron unas religiosas con unas tablas para que en ellas pudiera pasar la noche.

Pensé: “Mi alma es libre y yo quiero volar; quédese aquí mi cuerpo” -Pero la misma voz me seguía diciendo: -“Ten paciencia; paciencia y sufre las consecuencias de todos tus pecados”.

-“¿Pero siempre estaré así, encerrada en esta prisión? ¿No volveremos a ver el Sol?”

-“De tu porvenir, no debes de preocuparte. Tú así lo has querido: Que te hagan Santa en vida y te han mortificado; hay que sufrir. Después que mueras te harán de nuevo Santa, y será tu santidad más duradera y mejor ganada. Serás una gran figura en la iglesia, no lo dudes mujer”.

-¡Yo misma me maldecía diciéndome: Maldita monja! -Y una voz potente me gritó:

-“¡Tu sufrimiento de ayer y tu sufrimiento de hoy, te levantarán un monumento donde resplandecerás mañana!...”

Sigamos aquellos pasos que se nos han puesto a lo largo del camino, sin mirar aquellos que nos pueden entorpecer. Siempre intentan poner obstáculos para que dejemos de caminar.

Fueron muchas las veces que mis florecillas del cielo me decían: -“¡Adelante adelante, no seas cobarde!”

Yo os digo a todos mis hermanos, que si hoy no habéis llegado a ver a vuestras florecillas del cielo...ya llegará su momento en que las podáis el ver y también os podrán hablar; os lo dice mi amor. ¡Seguir adelante sin temor!

Amada hermana, escritora de ayer, de hoy y de mañana: No te pares y nada temas cuando te vengán a entorpecer; has de saber que son los mismos de ayer,¡ de aquellos que tanto nos hicieron padecer! Ten en cuenta que no quieren ser descubiertos por el odio y la mentira que guardaban en sus propios corazones aun sabiendo que estaban mintiendo.

Hoy, todos mis hermanos, -y digo a todos mis hermanos porque me dirijo a

todos los del Conjunto en general, porque todos sois colaboradores de estar unidos en profundizar en las obscuridades y otras varias facetas...-¡por fin hemos sido capaces de darles luz con la ayuda de Nuestro Divino Jesús! ¡Han salido sabiendo que no les haremos ningún daño...pero sí han salido avergonzados! ¡También saben que en ninguno de nosotros existe el engaño! Ha quedado muy esclarecido que tienen nuestro perdón y nuestras ayudas, pero aún siguen queriendo ser rivales y estar por encima gobernando sin piedad, tratando de pisotearnos...pero ha llegado su momento de que se den cuenta que la Verdad, está por encima de tanta mentira y tanta falsedad.

¡La Luz ha de brillar cada vez más! ¡Hasta por los más oscuros escondrijos, por muy ocultos que se puedan encontrar! ¡Siguen con sus luchas en querer destruir, pero todo tiene un límite! ¡Ya está bien, que al cabo de tantos siglos se den cuenta, y quieran reconocer el mal que nos causaron a las tres, y las víctimas que causaron a otros hermanos nuestros!

Ya salieron de las obscuridades y muy pronto nos han reconocido. Han salido por las ayudas de los mismos que ellos tiraron por tierra. Han visto que hemos devuelto bien por mal, y siguen con los mismos sentimientos de antaño. Han despertado de un largo sueño. Al despertar...han empezado a recordar.

Tener por cuenta que los veréis y los reconoceréis como ellos ya nos van reconociendo. Se encuentran como fieras rabiosas. ¡Nunca llegaron a pensar que mis Obras quemadas por ellos y hechas cenizas iban a retoñar...y menos pensaron que saldrían a la luz a una entera humanidad!

Hoy, no se opondrán. Aunque son muchos y van despertando paulatinamente, ven que en ninguno de nosotros existe el odio ni existe el diablo. ¡Existe el Amor, y por nuestro amor entregado ellos serán salvados!

* * * * *

Capítulo XXII

La verdad se impone, y cuando se está en una estancia cerrada, para el que está encerrado es noche eterna.

Después desperté de mi videncia y sentí hambre; ¡qué mala es el hambre! Traté de levantarme y fui tanteando hasta encontrar la puerta, ¡era tan angustioso mi estado!. ¡Toda una eternidad de luz desapareció en un momento de oscuridad!

Nadie acudía a mi llamada. –“¿Qué será lo que quieren hacer conmigo?”- Mientras tanto, el hambre me devoraba; ¡estaba desesperada! ¡nadie oía mis gritos y si los oían...nadie me quería ayudar! Grité de nuevo:

-¡Asesinos!...¡Qué queréis de mí!...¡Maldita sea la religión!

Abrieron por fin la puerta de mi prisión y salí gritando:

-¡No me encerrarán más estos malditos!...

Y mirando la luz del día grité: -¡Bendita sea la luz!...¡Miserables! ¿qué es lo que queréis, matarme de hambre y de sed para que huya de vosotros?...¡pero no lo haré!...¡aún amo mucho Dios!...

Caí al suelo desmayada por el hambre y la sed. ¡Nadie me escuchaba! Vi a una religiosa y al verla le dije:

-¡Ten piedad de mí!...¡yo no he sido tan mala con ninguna de vosotras, y si lo he sido...por qué no me matáis de una vez!

-¡Salvaros Madre! ¡Si no os salváis...yo quiero morir con Vos!

La miré y vi en sus ojos lealtad. Me dio de beber y me reanimé. Ella me dijo:

-Es una infamia lo que hacen con Vos...y yo me juego la vida por salvaros.

Después, vi a un religioso de los que llamaban “Hijos de Jesús” y le dije:

-Si de verdad sois religiosos y amáis a Dios...¡llevadme a un sitio donde pueda descansar!

Como no hizo el menor aprecio, mandé a la religiosa se marchara. Le dije:

-Aquí, puede que muera aplastada por mi Obra. ¡Vete hija mía, vete!

-Madre, cuando lleguéis al Reino de los Cielos acordaros de mí.

-¡Eso no lo puedo hacer hija mía!. ¡Estoy muy lejos del Reino de Dios!...

Se fue la monja muy aterrorizada y yo oí voces que me decían: -“Anda, levántate. ¡Anda, no pierdas el tiempo, que lo puedes hacer!”

Efectivamente. Las voces me seguían hablando y me decían: -“¡Vete a tu estancia!”

Y pasando muchas fatigas llegué a mi estancia. ¡Qué tristeza sentí! Llegué hasta mi celda y la encontré cerrada.

-¿Cómo voy a entrar? –murmuré con pena y miedo a la vez.

Animada por la voz empujé la puerta y la puerta se abrió. ¡Entonces ya no

sentí ni pena ni miedo! ¡Estaba en mi celda donde entraba el Sol por todas mis ventanas que eran grandes!

No había ni una silla donde sentarse; todos los muebles habían desaparecido. Me acerqué a la ventana central y vi a mis flores del cielo más hermosas que nunca. Mientras tanto, una turba de religiosos querían entrar para prenderme de nuevo, pero ninguno se atrevía y al final...entró mi enemigo.

-¡Esto tiene que terminar! ¡Esto no puede seguir así por más tiempo!

-¡Eso mismo es lo que deseo yo!

Oí una voz de mis florecillas que me decía: -“No te separes de la ventana central”.

-¡No busquéis la violencia y entregaros de nuevo, de lo contrario...vendrán hombres y os arrancarán por la fuerza!

-¡Así es como tratáis a las religiosas! ¡Pobres de vosotros si el Rey lo supiera! ¡Si él supiera lo que estáis haciendo conmigo...

-¡Pues no desobedezcáis a nuestras ordenes! ¡Sed humilde y no os faltarán alimentos! ¡Vamos! ¡Seguidme!

-¡No quiero!

Al oír mi contestación entró una avalancha de religiosos dispuestos a apoderarse de mí, pero apenas entraron salieron gritando diciendo:

-¡Fuego!...¡Hay llamas!...

Yo por más que miraba nada veía; mi enemigo me dijo:

-¡Salid de aquí que corréis peligro!

El se quedó y me dijo:

-No me durmáis; ¡si lo hacéis moriréis! El haberme dormido anteriormente ha sido para Vos vuestra desgracia porque he visto otra vida distinta a la de aquí. He llegado muy cerca de Dios para caer otra vez en la lucha; porque he de aparentar en creer en todo, y por Vos...no creo en nada. ¡He estado a punto de volverme loco y todo por Vos! ¡No me durmáis, que no sabéis lo que me podrá suceder!

Al oírle me sentí fuerte. Su mandato me impulsó a la desobediencia. Le cogí sus manos por sorpresa y quedó dormido al momento; y decía:

-Haré vuestra voluntad.

Al ver lo que estaba haciendo con él sentí miedo, pero las flores del cielo me dijeron: -“¡No le dejes!...¡Aprovecha!...¡Esta es tu ocasión!”.

Me sentí de nuevo fuerte y le dije:

-¡Ir a ordenar que todo quede en su estado normal!

Y se fue el sacerdote diciendo: - Hay que reunirnos.

Al verme sola me acerqué a mis florecillas llorando amargamente, diciéndolas cuánta lucha y cuánta violencia, cuánta pena me causó todo lo ocurrido.

La monja que tuvo compasión de mí, se acercó a mi celda con otra religiosa

de la comunidad colocando mis muebles con mucho cuidado. Las monjas me miraban con ternura. Les dije:

-¿Tenéis miedo de mí?

-¡No Madre!

-¡Pues quererme!; Yo seré vuestra Madre!...

Fue tan grande el cariño y amor que yo sentía por ellas...que todas me abrazaron llamándome Madre, ¡y me lloraron por verme tan desfigurada y afligida!

Dejaron mi celda muy bien arreglada. Mi alegría era grande. Cuando vi de nuevo mi mesa me abracé a ella. ¡Nunca se alegra uno tanto de ver un objeto perdido y volverlo a recuperar!

De pronto, sentí algo en mí que me faltaba; ¡era mi compañera! Le pregunté a una de las religiosas por ella, y me dijeron que no estaba en el convento.

-¿Pues dónde está? ¡Decidle al sacerdote que quiero verle enseguida!

Volvió una monja diciendo que el sacerdote estaba enfermo, y no se podía mover.

Reconocí que cometí una torpeza, porque mi enemigo estaría sufriendo una crisis horrible. Le llamé con mi pensamiento y se presentó. Me horroricé al ver su estado; obedecía mi voluntad. Le dije:

-¿Y mi compañera? ¡Quiero verla enseguida!

Salió el sacerdote y mi compañera no tardó en volver. Mientras venía me dije: -“Que modo de vivir tan angustiados; si este hombre manda cometer crímenes ¡es preciso llegar hasta el final!”

Esperé la llegada de mi compañera; al verla...no pude por menos que gritar:

-¡Asesinos!...

Todos se fueron menos mi enemigo que quedó diciendo:

-¡Hemos de terminar de una vez con todo esto!

A mi compañera la trajeron dormida en unas parihuelas. La llamé y se despertó diciendo: -¡Esto es un sueño!...

-¡No hija...no es un sueño! ¡Yo te he llamado porque te quiero y te necesito!; Yo quiero que tú sigas mi Obra!; Que sería de mí sin ti! ¡Necesito de tus cuidados, de tu cariño!...¡Aún quiero trabajar mucho para el bien de la humanidad!. ¡Toma hija mía, bebe de esta agua!...

-¡Madre qué es esto?...¡Esto no es agua!...

-¡Tú bebe!; ¡Esto es un elixir de vida!...

-¡Qué poder tenéis, Madre! ¡No es extraño que os crean endiablada los que no creen en la existencia de Dios! ¡Madre, me dais vida!...

Tenía sus pies deformados, ¡hinchados, que se les curé con la misma agua! ¡Estaba asombrada de ver sus pies cómo se recuperaban! Yo, al ver el resultado de mi Obra di gracias a Dios diciendo: -Mis manos, hacen del agua un elemento de vida, ¡aún puedo hacer el bien y ser útil a los que sufren!

Nos pusimos las dos buenas y le dije:
-Ahora... ¡cada una a cumplir con lo nuestro!
-Madre, todo esto me parece un sueño del pasado; ¡que no vuelvan esos días de terror!

-¡Venceremos! ¡Aún tengo voluntad para luchar!
-“Aún eres vanidosa –me dijo una flor del cielo. –“Aún crees que tu voluntad lo puede todo. “Pides ayuda a Dios, y cuando te la concede dices: Mi voluntad. “Pues no olvides que aún te falta lo mejor”.

Me impresionó tanto, que le dije a mi compañera:

-Ve a ver a los niños del hospital, a ver qué hacen.

Al quedarme sola quise orar. ¡No sabía ni podía! sólo pude decir: “¡Señor...me reconozco culpable! ¡Ten piedad de mí! Recordé...diciendo: ¡Qué grande es Dios!

Salí de mi celda y todo lo vi como estaba anteriormente; las monjas me besaban y yo las abrazaba diciendo: ¡Qué grande es Dios!

Saludé al Sol y le pregunté: -¿Quién eres tú?... Muy emocionada le dediqué todo mi canto y todo mi ser. Habían quemado todos mis escritos pero yo tenía en mi mente una biblioteca; ¡nadie la podía destruir! Aunque quemaran mi cuerpo, ¡mi alma conservaría todos mis recuerdos!

En aquella época tenía convencimiento de que la muerte destruía los cuerpos, pero que para el alma...la muerte no existiría. Mis sueños, mis amores... ¡sabía quedarían en mi eterna peregrinación! ¿Por qué se querrá tanto a lo que brota de nuestras mentes? ¡Los hijos del pensamiento son tan queridos...

Yo amaba mi Obra, y al encontrar que la llevaba conmigo repetí: -¡Qué grande es Dios!

Volvió mi compañera de ver a los niños y me contó muchas tragedias y miserias que estaban padeciendo. ¡Pobrecitos! ¡Cuánto sufrimiento durante mi enfermedad, y qué cautiverio para mis florecillas que también les negaban los alimentos; llegaron a pasar hambre! La superiora que vino a quitarme el puesto fue a la que dejaron al cuidado de los niños, que gozaba haciendo mal y hacía sufrir a todos los niños. Mi compañera me dijo:

-Si quedara de nuevo la superiora... ¡todo quedaría destruido!

Temblé por todo lo que estaba pasando; tuve miedo y mis ojos sentían un gran dolor; la vista empezó a fallarme. Cogí agua en una jofaina y me rocié los ojos, cesándome el dolor y recobrando la vista.

Miré al Sol, ¡qué hermoso me parecía!. Después me pregunté por qué habría sentido ese dolor tan fiero en mis ojos, y yo misma me contesté: -“Creo que es...porque he sentido odio hacia la interina; la nueva superiora”. “Pensar que esa mujer haya vuelto por aquí para hacer tanto daño a los niños y mayores ,¡que el vicio y el crimen puedan dominar la virtud!... ¡Es horrible ver a los

niños llorando, ¡pobrecitos! ¡Ellos han sido los que me han traspasado el dolor de sus ojos y ha llegado hasta mí!...¡Pobres niños! ¿Y mis ancianos?...¡Yo que les prometí respeto, amor y alimentos...otra vez se encuentran sufriendo! ¡Dios mío, que todo el mal caiga sobre mí y que no sufran los desvalidos!

Mi compañera me miraba tristemente.

-¡No temas hija ni sufras; la infamia y el vicio nos rodea pero ten fe, que nos salvaremos! Tú, florecilla mía, sé que quieres mucho a los niños; por eso has visto al que decía “Dejad que los niños se acerquen a mí”. Tú con tus obras pronuncias las mismas palabras. ¡Sigue amando a los niños y sigue amando a los ancianos...porque son los niños de ayer y los indefensos de hoy!

-Madre, ¡con Vos deseo ir hasta el martirio; sin Vos...deseo la muerte!

-¡No! ¡La muerte con violencia jamás! ¡El alma debe resistir hasta la última hora! ¡Su deber es luchar!...¡no morir!

Salimos después y nos dirigimos al refectorio. Las monjas me recibieron muy bien, menos algunas, que me miraron con recelo; y les dije:

-¿Por qué no os acercáis hasta mí? ¿Seguís pensando que estoy endiablada? ¡Miradme bien!...¡Soy vuestra Madre...¡Tened confianza en mí, porque yo os quiero a todas y sé olvidar vuestras ofensas!

Una de las monjas más retraídas se acercó a mí llena de terror, y me dijo:

-¡Madre, siento que me abraso, y siento mucho dolor en todo el cuerpo!

-¿En qué parte del cuerpo sientes ese fuego, y en qué parte del cuerpo sientes ese dolor?

-¡Madre...en todo mi cuerpo entero!

-Tal vez sean tus remordimientos quien te produce esos extraños calores que te abrasan...como algo que temes. Tú fuiste la que envenenó los alimentos, no lo puedes negar...y eso es lo que te quema. ¡Te quema la idea que tuviste!

-¡Madre, yo os puedo jurar por Dios que la idea no fue mía! ¡Me lo mandaron hacer...y yo tuve que obedecer!

-¿Tú sabes dónde conservan ese veneno?

-¡Sí Madre, sí que lo sé! Si Vos no me castigáis yo prometo hablar, porque yo no puedo seguir así con este fuego que me está ahogando mis carnes.

-¿Acaso yo castigo?...¡Yo siempre perdono! ¡Sólo deseo la franqueza y la Verdad! Si te exigieron que nos hicieras daño, ¡yo te perdonaré! Si tienes en tu poder ese veneno...

-¡Voy a buscarlo!

-Tened mucho cuidado.

-¡Madre, creedme, os estoy diciendo la verdad! Me dijeron que pusiera en sus alimentos unas cuantas gotas...y yo sólo puse una porque estaban junto a mi presencia, de lo contrario...¡no hubiera puesto ninguna aunque por ello me jugaba la vida!

-¡Pobrecita! te dijeron que pusieras varias gotas...y tú sólo pusiste una. ¡Ya

hiciste una buena obra!

-¡Me horrorizó de pensar lo que hice...

-¡No pienses más en ello!

La pobre monja me miraba asustada de mi largo silencio, y yo también la miré a los dulces ojos hasta que la abracé y la dije:

-Hija mía... ¡más vale morir que matar!

-Madre, de ahora en adelante prometo cumplir su obediencia; ¡antes prefiero la muerte que matar!

En esos momentos entró mi compañera diciendo:

-¡Ay Madre, qué cosas pasan!... ¡Cuánta infamia se ha cometido aquí!

Pasaron muchos días, y una mañana me anunciaron la visita de muchas monjas; me extrañé mucho de su visita.

-Pues que pasen.

Las ordené pasar a mi celda, que se llenó por completo de religiosas de distintas órdenes. Pregunté a la que más mandaba cual era el objeto de su visita.

-Debe de ser muy importante, cuando tantas llegáis hasta mí.

-Sí Madre, sí que lo es. La misión es grave y no estamos bien aquí... ya que no hay ni dónde sentarse.

-Tenéis sobrada razón; pasemos a la sala mayor y todas estaremos mejor.

Pasamos al lugar mencionado y mandé sentarse a todas. Yo, como de costumbre, me senté en mi propio sillón. La que mandaba en toda aquella tropa religiosa me dijo con gran desfachatez:

-Estáis sentada en un lugar que ya no os pertenece; ese sillón es de otra superiora, que no lo ocupa por encontrarse enferma...

“Yo sabía que no estaba enferma; lo que no tenía era valor para enfrentarse a la verdad. Era una interina de las que tiran la piedra y se esconde para no ser vista, y se disculpa diciendo que estaba enferma”

... pero de ella traemos órdenes.

-No sé, qué órdenes he de cumplir; si sois madre de dar órdenes y de ocupar mi propio sillón... ahí le tenéis, sentaos en él.

Y se sentó en el diciendo:

-Convenceos, de que este sillón lo ocupo en el puesto de la nueva superiora, porque la que antes le ocupaba... tiene algo de diabólica; ¡Los padres de la iglesia lo atestiguan!

-¿Y creéis hermanas, que cumpliréis con vuestro deber substituyéndome?

Nadie contestó; sólo una monja anciana dijo:

-Procedemos con justicia, para que ocupe otra monja su lugar.

Varias voces se oían a la vez diciendo:

-¡Pues que sea la más anciana la que ocupe su lugar!

Así lo hizo la anciana. Se dirigió a mí diciendo:

-¿Me obedecerá la antigua superiora?

Muy secamente la contesté:

-¡No! ¡Sólo por la fuerza obedeceré y dejaré mi lugar!

La anciana se levantó, diciendo:

-¡Calle la blasfema, que es indigna de estar en la casa de Dios por tener pacto con el diablo!

-¿Qué más diablo que Vos, con vuestra mala intención?

Todas permanecían calladas y yo las dije:

-No me obliguéis a que os eche a todas de aquí; si habéis venido, yo con respeto y obediencia os he escuchado, y sé que habéis venido con el propósito de armar escándalo. ¡Salir de aquí inmediatamente! ¡Salir como deben de salir las religiosas: con humildad cristiana sin provocar escándalo, que a nada conduce! ¡Yo sé que en esta tierra en que pisamos el poder religioso es una verdadera ruina, porque todos los religiosos son conspiradores! ¡Yo no conspiro contra nadie, así que dejadme aquí con mis niños y mis ancianos y marcharos de aquí...y acusadme cuanto queráis, que yo pediré a Dios que os ilumine!

Aquellas mujeres no eran monjas, eran reptiles. Una de ellas tuvo el valor de darme un bofetón. Confieso que cegué...y nada vi, porque hay ofensas que una mujer de elevada estirpe no puede sufrir. Surgió una idea en mi mente y me dije:”¡mátala!”. Llegué a extender mis brazos para estrangularla, mientras otras monjas me decían:

-¡Arrastradla, y que se termine el que haga tanto sufrir a pequeños y mayores!

Mi comunidad se puso a i favor, y oí una voz que me decía:

-“Qué imprudente eres,¿Dónde está tu paciencia?...¡Debes de evitar una catástrofe! ¡Te ayudaremos!”

Y entonces fue cuando me dominé, toqué con mis manos a las más revoltosas que se quedaban inmóviles sin poder dar un paso. Cuando las tuve tranquilas, las hice salir con orden y respeto; esperaban mis ordenes.

Al abrir la puerta principal del convento vi a mucha fuerza armada. Uno de ellos se dirigió a mí saludándome con el mayor respeto, diciendo:

-¡Ay Madre, qué estropeada os veo...aunque es muy extraño que aún sigáis con vida! ¡Tenéis tantos enemigos...

Me fui a mi celda. Al día siguiente me acerqué a mi ventana y saludé al Sol diciendo: ¡Bendito seas! ¡Tú eres la imagen de Dios, bendito seas! ¡Tú eres la Vida! ¡Tú eres el amor universal que das a los buenos y a los malos de tu calor y de tu luz!...

No sabía que detrás de mí estaba una monja. Como me oyó hablar...ella callaba y lloraba.

-¿Por qué lloráis?

-Porque me conmueve vuestra oración matutina.

-¿Te ha gustado?

-Mucho; pero si yo orara así...dirían de mí lo que dicen de Vos; que estáis endiablada.

Una flor del cielo habló diciendo:

-“¡Qué bien has orado!”

La monja, al oír hablar a aquella flor tembló, diciendo:

-¡Esa flor ha hablado, Madre!...¡Yo quiero salir de aquí!...

-¡Salid!... -“Es alma que no puede comprender...pero más tarde comprenderá”.

Entró mi compañera diciendo: -Madre, ya estamos otra vez las dos solas, pero no tardará mucho en aparecer de nuevo la avalancha con más horrores.

-Tenéis razón, las monjas son muy envidiosas porque su círculo es muy pequeño. Hay que defenderse a todo trance de la envidia religiosa.

-¡Madre, si pudiéramos salir...

-¡No podemos salir!.¡Nos espían! ¡Tú vete a cumplir con tu deber!

Mi compañera se fue muy contrariada, y yo...me quedé sola pensando en mi amigo el sacerdote. Y pensando en él...vino en esos momentos diciéndome:

-¡Hemos de concluir Madre!

-¡Bueno, pues concluyamos! Vos no sois bueno para mí; separémonos, pero primero me diréis qué pasa de mis proyectos.

-¡Que es una locura...y nada tenemos que hacer. Yo no os persigo; ¡sois Vos quien me persigue, y el verdadero religioso no cree en poderes misteriosos! ¡Madre, debéis de sentirnos culpable!

-¡No! ¡Culpable no, pero veo que no queréis hacer un pacto conmigo...y hacéis mal, porque yo haré que seáis Vos el que diga en todas partes el trabajo que hacéis con el Santo Oficio!

-¡No! ¡Eso no! Yo lo que deseo es otra cosa. ¡No os molestaré más si me obedecéis! Sólo habréis de firmar unos papeles que yo os traeré. Tenéis fama de ser santa; el pueblo os ha santificado. Millones de enfermos os han bendecido y muchos hambrientos os llaman “su salvación”. Pero como vuestros escritos y vuestras oraciones no están dentro de lo religioso, los padres de la iglesia no queremos vuestras benditas historias. ¡Por eso hemos quemado vuestras Obras...y quemaremos cuantos papeles toquéis! Hemos escrito una historia que ha de pasar por auténtica y digna de Vos; os haremos Doctora y Santa a la vez. ¡Todo lo que se pueda para hacer grande a nuestra iglesia!

-¡Pues yo no firmaré semejante historia! ¡Antes me dejaré cortar las manos!

-¡No importa! si no la firmáis...alguien lo hará por Vos. Se ha falsificado vuestra letra y parece que la historia está escrita por Vos. ¡Está muy bien escrita! Si la queréis, yo os la traeré para que la podáis leer cuando gustéis. ¡Sed razonable y firmad!

-¡Eso nunca! ¡Ya os he dicho que antes me dejaré cortar las manos!

-¡Pues yo os traeré la historia...y creed, que esa historia será la que conozca

la humanidad! De vuestros escritos... ¡hace tiempo se convirtieron en cenizas!

Se marchó sin yo decirle nada. ¡Entonces cuánto lloré entre tanta maldad!... ¡Mi historia convertida en fábulas ridículas!... ¡Mi santidad fundada en mentiras! Mis dulces poesías, emanaciones de un alma digna y honrada... ¡todo destruido! ¡Dios mío, quieren deshonrarme en vida...y sea santificada después de muerta!...

Pensé que el tiempo no acaba; que es eterno. –“Día llegará en que yo publique mis verdaderas historias. Hasta que lo consiga, hasta que pueda publicar mis memorias entre los terrenales...yo padeceré todos los martirios que Dios quiera imponerme y sufriré gozosa soñando, ¡esperando ese día en que yo pueda decir: –“La santa que adoráis no ha existido jamás. El que ha existido y siempre existirá, es un espíritu que cayó y se levantó, luchó y progresó, porque allá lejos, un espíritu de una inmensidad de Luz le decía: –“¡Ven a Mí!...¡Tu alma es mi alma!”

¡Bendita sea la misericordia del Señor! ¡Tengamos ese afán de ser buenos perdonando a todos nuestros enemigos devolviendo bien por mal, que es el exacto cumplimiento de la Ley de Dios!

* * * * *

Capítulo XXIII

Pobre alma mía; cuánto padeció por entonces.

Volvieron a pasar muchos días y una tristeza se apoderaba de mi espíritu. Mi cuerpo iba perdiendo su vigor, mis fuerzas físicas se agotaban.

Una mañana me quise levantar y no pude; mi compañera confiaba en mi fuerza de voluntad. Ella no daba importancia a mi enfermedad tan extraña, pero al verme postrada en mi lecho y sin aliento para hablar, se alarmó tanto, que hizo venir a un médico sin llegar a consultar conmigo.

Yo al verle me sorprendí mucho; el médico me revisó detenidamente fijándose mucho en el movimiento enorme de mi corazón. Le dijo a mi compañera:

-¡Tomad esta receta y todo se haga corriendo! - ¿Qué? ¿os queréis morir Madre?

-¡Yo no! ¡Qué extraño que Vos me hagáis esta pregunta!

-Madre, ¿habéis tomado algo para entonteceros, y dejar la vida lo más pronto posible?

-Yo nada he hecho, pero...puede que otro lo puede haber hecho. ¡Sálveme doctor! ¡Yo os prometo que no quiero morir!

Trajeron las medicinas y el mismo médico me dio la primera toma. Se sentó junto a mí mirándome fijamente. En esos momentos sentí un dolor tan agudo, que lancé un grito aterrador. El médico retiró las medicinas recetando otras y me abrió bruscamente los ojos. No sé qué fue lo que veía en ellos que gritó:

-¡Malditos seáis! ¡Al fin habéis conseguido vuestros deseos!...¡La habéis envenenado!

Sólo pude decir y con mucha dificultad: -¡Agua!... ¡Agua!...

Me dieron de beber y bebí mucha agua. Llegó mi compañera, y oí al médico que la decía:

-¡La habéis envenenado!.¡La habéis asesinado!...

-¡No es verdad! –gritó mi compañera desesperada.

Quiso llegar hasta mi lecho y no pudo llegar; cayó al suelo como muerta.

-¿Tú también has sido asesinada?...

Se quedó el pobre hombre como anonadado; el caso no era para menos. Trató de auxiliar a mi compañera que también pidió agua.

El médico salió de la celda llamando a todas las religiosas acudiendo toda la comunidad, y a las primeras monjas que entraron les dijo el médico:

-¡Ahí tenéis vuestras buenas obras y vuestros buenos hechos! ¡Las dos están envenenadas!. Ahora si queréis, podéis acusarme por descubrir el envenenamiento de estas dos religiosas. ¡Podéis acusarme al Santo Oficio, pero

esa es vuestra obra! ¡No creo que sea la obra que Nuestro Señor nos enseñó!

Yo que todo lo veía y sentía... ¡sufrí horriblemente!. Mi compañera y yo nos retorcíamos de dolores, las monjas...unas lloraban, otras...se lanzaron al médico llenas de cólera, que le arrastraron las mismas monjas.

Al ver aquel espectáculo traté de pedirle nos diera más agua; el médico no sabía a quién atender primero diciendo: -¡Esto es horrible!...

Volvió otra vez a tocarme la cabeza y mi corazón. Me abrió los ojos y lloró desesperado diciendo:

-¡Dios mío, estas mujeres no son religiosas...son reptiles! ¡Aún hay esperanzas! ¡Bendito sea Dios!

-¿Qué hemos de hacer? -dijo una monja. ¡No nos castigéis, que nosotras no hemos tomado parte en este crimen!

-¡Bueno...dejemos esto ahora!

Volvieron a traer nuevas medicinas; el médico y unas cuantas monjas cumplieron; fueron buenos. Yo le hable al médico diciendo:

-¡Qué bueno sois! ¡Cuanto trabajáis!

-Ahora os suplico a las dos tengáis reposo absoluto...que hay esperanzas de salvación.

No quiero recordar el sufrimiento de mi joven compañera, de naturaleza endeble a comparación de la mía. Yo, de más edad...resistí mejor todos los efectos del veneno.

Después de muchos días, llegamos a levantarnos y mirar al Sol, pero sin salir de la celda. En aquellos días, llegaron al convento varias familias que procedían de las cortes acompañadas de un doctor famoso. Este, al enterarse por nuestro médico de todo lo ocurrido no quiso separarse de nuestro lado; tomó a su cargo nuestra curación. Era un doctor sabio metido en años, muy agradable y poco hablador, pero muy observador. Era un gran maestro; siempre estaba en clase enseñando a los niños con la mayor sencillez. Mi médico estaba muy contento con él, porque de él estaba aprendiendo mucho en poco tiempo.

Yo estaba curada, pero parecía un esqueleto andando y me decía el doctor riendo:

-¡Madre, yo he venido atraído por su fama y sus poderes...y si no vengo, las dos hubierais volado al cielo antes de tiempo! ¡Ay Madre, perdonad que os diga que habéis tenido muy mal gusto en venir a estos andurriales! ¿Es que no sabíais que en la corte hay también conventos, y que una mujer como Vos, de una excelente clase, no debiera estar entre reptiles? ¡Pobrecitas! ¡las dos estáis envenenadas y lo han hecho lentamente! ¡Qué infamia, a sangre fría y atterradoramente! ¡qué atrevimiento! ¡Si yo fuera Dios...les haría sufrir una larga agonía! ¡Una agonía eterna!

-Doctor ¡eso sería una fuerte crueldad, responder de esa manera! ¿Por un delito, queréis una eternidad de sufrimiento?

-¡Sí, porque el que os ha envenenado...es el más criminal de todos los criminales, porque mata a escondidas gozando de su obra, y escapa a la persecución de la justicia porque no se le encuentra el arma que mata, ni el menor rastro de su crimen!

“Hablemos de otra cosa: He pensado muy seriamente, que Vos Madre aquí estáis muy mal; aquí no he visto nada más que reptiles. ¡Madre venid conmigo! Allí hay conventos dignos de Vos; allí os respetarán y os concederán todos los derechos que Vos merecéis. ¡Pensadlo bien!

-No he de pensarlo. ¿Para qué me he de ir? ¡Yo no tengo allí a nadie! ¡No quiero irme de aquí!

-Veo que queréis morir entre reptiles...

-¡Sé muy bien lo que me rodea...pero no me quiero ir!

-¡Cuánto lo siento!...¡Valéis tanto para permanecer aquí...

-¿Cómo lo sabéis?

-Por vuestros ojos. Vuestros ojos pueden levantar muertos. ¡He visto mucho...y se ve el alma que asoma a vuestros ojos! Aquí lucharéis siempre con reptiles...¡y os vencerán, hasta el punto de conseguir quitaros la vida lentamente!

-¿Decís que he sido envenenada?

-Sí. Los reptiles envenenan, las fieras...matan.

-Escuchadme, ¡yo sé lo que quieren de mí! quieren...deshonrar mi historia.

-La historia no se la pueden deshonrar Madre.

-¡Sí me la pueden deshonrar! Figuraos: ¿Si Vos escribís una Obra, y esta la mandan destruir y ponen otra en su lugar, a mi entendimiento...¡esto es una deshonra!

-¡No Madre, insisto! ¡Que hagan de mis obras de medicina lo que quieran si con mis consejos curan y son guiados para hacer el bien! ¡Eso no es ninguna deshonra! ¿Cuáles son sus Obras, Madre?.¡Aunque ya veo una hermosa parte aquí levantada! ¡Esas obras morirán, porque las piedras caen con el peso de los siglos; pero si habéis consolado y habéis curado por vuestra voluntad...¡eso nunca se olvida! ¡Eso pasa a otras generaciones! ¡Van guardando el recuerdo que resiste en el poder del tiempo! Yo sé muy bien que habéis hecho muchas curaciones unas veces con buenos deseos y otras por vanidad; ¡también sé que habéis escrito mucho! ¡Pobrecita; sólo hay almas ruines! Sé que habéis escrito y sé también que vuestras Obras morirán; yo diría que ya han muerto. ¡Venid conmigo; allí lucharéis con fieras...que es preferible luchar con fieras que luchar con reptiles!

-No...¡ya es tarde!

-¡Pensadlo bien! - Os voy a presentar familias cortesananas que aquí han venido atraídas por vuestro nombre, y que respetando vuestro estado tan alarmante y como esto ha durado tanto tiempo...mañana, decían marcharse, y claro está, yo

me marcho con ellos. Como ya estáis bien os las voy a presentar, pero tener cuidado con lo que hacéis, que vienen enfermos incurables y con enfermedades crónicas.

-¿Y si yo pudiera hacer algún bien... Vos me dejaríais hacerlo?

-¡No; no puedo dejaros de ninguna de las maneras! ¡No debéis hacer el menor esfuerzo porque entonces...sí que vendríais conmigo, pero no a la corte que os he ofrecido sino a la Corte Celestial!

-Os obedeceré; y para demostraros mi obediencia...no os separéis de mí.

-Así lo haré, porque conociéndoos como ya os conozco...no me fio de Vos.

Me ofreció su brazo el doctor y me llevó a la sala de espera. Me hizo sentar, y él de pie, junto a mí.

Fueron entrando damas y caballeros, y entre ellos, estaban las fieras de la corte que me miraban con curiosidad. Les debí parecer un ser inútil.

Las damas, algunas, sus miradas hablaban; me miraban con desprecio. Me fijé en una niña que vestía de blanco y sus andares eran muy lentos, sostenida por dos damas. Al verla me puse en pie; me acerqué a ella y pregunté a una de las damas que la acompañaba:

-¿Qué tiene esta niña?

-Está ciega.

-¡Ciega estoy! –contestó la niña. –He venido aquí con la esperanza de un prodigio de esas curaciones de las muchas que aquí se han realizado, pero han dicho que la Madre que las hacía...está a punto de morir. ¡Yo vine en busca de la luz...y me voy sin ella!

Cuánto me conmovió aquella niña, tanto, que me acerqué a mi buen doctor y le dije:

¿Me queréis dejar unos momentos a solas con esta niña? ¡Dejadme que intente!... ¡Dejadme que la cure!...

-¡Es imposible! ¡La ciencia ha pronunciado su última palabra y no tiene salvación! ¡Todo aquello que se haga por ella será inútil!

-¡Dejadme, que no va a sufrir ningún tormento!...

-¡Ya os he dicho que es imposible!. ¡Sólo Dios lo podía haber hecho...y no lo ha hecho!

-¡Por Dios os lo ruego!. ¡Dejadme con esa niña!...¡no haré el menor esfuerzo!

-Madre, salid de aquí. Iros a vuestra celda. Yo acudiré después con la jovencita disimulando la salida.

Me fui muy contenta a mi celda; me sentí fuerte y animosa. Miré a mis flores del cielo y les dije:

-¡Hermosas flores!...¡Hermosas mías...cuánto os quiero!

Una de ellas me dijo: -“¡No te acobardes y sigue siempre adelante! ¡Ánimo!”

-Florechillas, cuánto os quiero, ¡pero casi me dejáis morir!...

-“Pero no te hemos dejado; ¡estás viva y no has muerto!”

Pensé hacer un agua con unas gotas de un elixir que yo guardaba y lavarle los ojos a la niña, pero una de mis florecillas me dijo:

-“No emplees ninguna clase de sustancia; ¡intenta con agua sola! ¡sólo agua en abundancia sin temor!”

Al oír a mis florecillas me animé tanto...que estaba casi segura de mi triunfo. En esos momentos entró el doctor con la niña preguntando:

-Doctor, ¿dónde me lleváis? ¿A dónde vamos?

-A visitar a la Madre santa.

-¡Cuánto me alegro!. ¡Sigo con mi esperanza puesta en ella!...

La niña extendió sus brazos como si quisiera coger algo. La estreché contra mí. El doctor, al verme tranquila se tranquilizó él también diciéndome:

-Tened mucho cuidado con lo que hacéis.

Yo seguí hablando con la niña; mirándola a los ojos que eran muy bellos y grandes...pero no tenían luz. La miré fijamente y dije a la niña:

-Vuelve tu cabecita, mira hacia el Sol. ¿Ves un reflejo luminoso?

-Sí que lo veo, pero no lo distingo muy bien.

El doctor dijo a la niña: -¡Sigue mirando al Sol!

Yo apliqué mis manos bañadas en abundante agua, que vi que se transformaba en un agua lechosa y pegajosa saliendo de mis dedos que parecían gotas de leche. Al final, separé mis manos de sus ojos, y la niña dio un grito que de momento me asustó:

-¡Ay, ay...que veo!...¡veo!...

El doctor dio otro grito llorando como un niño:

-¡Madre, habrá que vendarle los ojos, sino...acabará loca o mareada!

-Ni acabará loca, ni acabará mal ni se le vendarán los ojos.

Cogí una palangana que la tenía a medias de agua, y se la arrojé a la cabecita de la niña diciéndola:

-¡Toma esta agua que es luz para tus ojos...y luz para que tengas entendimiento!

Hay muchas escenas que no podría describirlas...y esta es una de ellas; porque la impresión que recibió aquella niña con el agua y con la luz...no lo puedo expresar de la alegría que allí reinaba.

El doctor cogió a la niña pensando que se caería. ¡Qué llanto de lágrimas de alegría que se formó! pero la niña, abriendo sus ojos, mirando a todas partes de mi celda...no se cansaba de mirar y miró al Sol, al doctor, a mí... A mí me miró con verdadero aturdimiento diciéndome:

-Vuestros ojos, Madre...pueden dar luz a otros muchos ojos enfermos. ¡Qué ojos tenéis, Madre!...¡Son muy hermosos!

El doctor quedó impresionado. No le quitaba la vista de encima a la jovencita y la acariciaba. La niña no dejaba de hablar; decía:

-¡Doctor, os debo tanto...que nunca os lo podré pagar! ¡Bendito seáis y

bendita sea la hora en que me habéis traído aquí!

El doctor estaba con gran asombro, pero al mismo tiempo estaba temeroso.

-¡Qué extraño es todo esto y qué grandioso! He podido comprobar por mí mismo, que Vos sois una verdadera santa. ¡Sólo los santos pueden hacer lo que Vos hacéis!

La niña mientras tanto no paraba de dar vueltas por la celda tocando todo cuanto veía. Todos mis papeles me los cambió de sitio. Uno que le gustó mucho decía que era suyo, porque en una de las estrofas decía: -“¿Si no te viera, qué sería de mí?

-Madre, sé que hay un Dios; sé que hay un cielo. ¡Yo pediré al Eterno que haga un hueco para Vos y que os tenga junto a su trono!

Mucho me conmovieron las palabras de aquella niña. Era tan grande su alegría y su satisfacción que no se separaba de mis brazos. El doctor estaba conmovido, verdaderamente asombrado. Miraba a la niña y no acababa de convencerse de que aquella niña veía. Al final, trató de dominar su emoción y me dijo:

-Ahora...hay que ser precavidos. -Y se dirigió a la niña diciendo:

-Ahora saldremos de aquí los dos solos; he de darte unas lecciones para que no te molesten, y sepas lo que tienes que hacer y qué debes contestar. Y Vos Madre...ahora permaneced en vuestra celda para evitar disturbios. Esperadme, que volveré y hablaremos.

Se fueron, no sin que antes la niña me abrazara con la mayor ternura, besándome sin tener hartura. El doctor se asustó y yo le tranquilicé. Era natural que la niña se encontrara contenta y agradecida; había vuelto de la oscuridad a la luz.

Quedé sola en mi celda y al momento oí pasos; era mi compañera. Había en su semblante una animación extraordinaria y una sonrisa divina, y me dijo:

-¡Madre, soy muy feliz!

-¡Qué dices hija! Que eres muy feliz? ¿Por qué? ¿Qué tienes?

-En todo el convento no se habla más que de Vos; el doctor habla a gritos diciendo:- ¡Esa Madre vale mucho! ¡Es una mujer santa! ¡Es más del cielo que de la Tierra!

-¿Y tú, pensabas que había perdido la fuerza de mi voluntad?

-¡No Madre! ni Vos ni yo hemos hecho daño a nadie; por eso recobramos nuestras fuerzas. ¡Para poder seguir haciendo el bien! Madre, cuánto siento que el médico sospechara de mí; pensaba que yo os había envenenado. Yo no he sido, y las monjas...juran que ninguna de ellas ha cometido tan horrible crimen. ¡Madre, dormidme a ver qué es lo que digo!

-¡No te dormiré! ¡Nunca he dudado de ti!

Oí una voz que me decía: -“Despiértala”.

-¿Es que está dormida?

-“¿Es que no lo ves?. ¡Vamos, despiértala y con cuidado!”

Así lo hice. Abrió y cerró los ojos...y me dijo:

-¿Me habéis dormido, Madre?

-¡No hija, yo no te he dormido...entraste aquí dormida!

-¡Qué hermoso era mi sueño!. ¡Soñaba que ya estaba muerta y mi alma volaba libre!...

-¡Yo no quiero que te mueras! Y ahora...márchate enseguida y ve a cumplir con tus obligaciones, que es mucho lo que tienes que hacer. Quiero que dediques todas tus horas en el trabajo; ¡en el trabajo no te dormirás! ¡No te conviene dormir durante el día!

Me miró extrañada de mis palabras frías, pero era necesario actuar así para separarla de nuevos peligros. Si la comunidad la viera dormida...dirían que había otra endiablada más.

Se marchó mi compañera dejándome muy preocupada de querer morir, hasta el punto de querer abandonar su cuerpo en pleno día.

Entró el doctor diciendo:

-¿Estáis sola?

-Sola estoy.

-¡Pues hablemos! Habéis hecho una curación prodigiosa. Esa niña es muy buena, y como habéis hecho esa curación...habéis dado un salto a la fama. Esa niña casi viene de sangre real; su padre es príncipe y su madre posee grandes títulos. Madre, sus palabras serán creídas por todas partes. Bastará con la voz de esa niña para santificaros. Esa niña es muy buena y muy agradecida, ¡os adora! Su madre os cree una santa, pero una santa obligada a rendirle vasallaje. Cree que todo se lo merece.

-¿Esa mujer...es una fiera de la corte, doctor?

-Sí, es una fiera, pero es preferible a los reptiles que aquí os rodean. Escuchadme Madre: Valéis mucho, ¡mucho más de lo que creéis! ¿Queréis uniros a mí?...¡Seríais mi aliada poderosa para hacer el bien! ¡Aquí sólo hay víboras y reptiles y a las víboras hay que aplastarlas, y Vos... no valéis para aplastarlas! ¡Por eso vivís en este lugar! ¡En el peor lugar que podríais estar! ¡Viviríais mejor en otro cualquier lugar! Yo pertenezco a una sociedad que está consagrada para hacer el bien; ¡venid conmigo, no tendréis rivales como aquí!. En mi sociedad seréis respetada y muy querida. Allí podréis escribir sin miedo, sin temores a que vuestros escritos sean aniquilados. Vuestra compañera archivará cuanto queráis, y a su debido tiempo se publicará sin ninguna mentira y el mundo leerá todo vuestro Divino Canto tal como Vos lo escribáis. ¡Pensad en todo esto! Yo, por todos los acontecimientos que han sucedido...permaneceré unos días más en vuestra estancia en unión de todos los enfermos incurables. Quisiera que Vos los vierais, pero con una condición: Que no sean llamados como habéis hecho con la niña.

Mucho me conmovieron las palabras del doctor que estaba empeñado en que fuese con él.

-Gracias doctor, pero insisto en que no me iré. Mis enemigos allí también me perseguirían; por donde voy me siguen. Yo os digo que no iré. Os ayudaré a curar a los enfermos que habéis traído...y contad siempre conmigo para hacer el bien.

-¡Pensad todo cuanto os he dicho Madre!.;Aquí vais a morir sin piedad y sin provecho!.;Pensadlo bien!...

-Doctor, soy invariable en mis propósitos y en mis decisiones. No insista más, porque no me iré. Aquí me quedo.

Se fue el doctor y yo quedé muy triste; oía voces en mí que me decían: - Vete, vete con él que acertarás y no te arrepentirás... Otras voces me decían lo contrario: -“No te vayas”. -¡Dios mío...¿a quién hacer caso?... -“Aquí puedes hacer mucho bien; más que si te marchas con él”...

Estaba aturdida y desesperada, pedí a las voces me dejaran estar sola con mi razón. Salí de la celda porque todo parecía que hablaba. Me fui al huerto paseando tranquilamente sin que nadie me espiera; allí me senté y pensando me dije:

“Me alejan de Ti, amor de mis amores”. “Señor, ¡yo quisiera saciar mi sed de sabiduría!.;Yo quisiera tener ciencia mía porque ahora doy luz a los ciegos y movimiento a los tullidos! ¿Qué delito habré cometido con la ciencia, que la busco y no la encuentro?...

Creí oír pasos; miré...y no vi a nadie. Era la voz de siempre; aquella voz que no se confundía con ninguna otra y me dijo:

-“¿Tienes miedo?”

Miré de nuevo...y le ví, sentado junto a mí. ¡Qué hermoso me pareció el amor de mis amores! Exclamé: -¡Eres mi Dios!...

-“No soy tu Dios, porque Dios no es una figura. ¡Dios es la Ciencia Universal!. No soy Dios, pero le entiendo mejor que vosotros”.

De su figura brotaban mundos de luz. ¡Que semblante el suyo! ¡No he visto a ningún otro ser semejante a El!...

-¡Tú eres el sabio Señor!...

-“Yo no soy sabio; yo soy...uno de los muchos que hay en el Universo.”

-Pero debes de ser muy aventajado, porque yo te he visto en el Cielo y en la Tierra...¡y en el Templo de la Gloria! ¡Señor, háblame siempre como hoy!... Te sonrías...y qué poco me dices.

-“Ya hablaré; hablaré las palabras de ayer”.

-¿Las palabras de ayer?

-“Sí”.

En esos momentos, ví su figura que se transformó en un anciano muy venerable diciendo:

-“Yo soy la Luz del mundo, porque soy un intérprete de la Sabiduría Infinita”.

Y le ví que no estaba solo; le rodeaban muchos hombres. Eran jóvenes y ancianos que le contemplaban con verdadera adoración y decían:

-“Maestro habla, que tus discípulos estamos junto a ti y esperamos oír tu divina palabra.

Y El hablaba y les daba instrucciones y les hacía demostraciones científicas, y cuanto más hablaba... más persuasivo era su lenguaje; decía:

-“Vengan a mí, los que quieran llegar al Templo de la Ciencia”.

Y un anciano le dijo:

-Dejad que llegue una joven...

Y la joven llegó; era hermosísima y yo le dije:

-¡Esa mujer... fui yo!

Y la ví con una corona en las manos, y en aquella corona estaban las flores de la envidia y de la hipocresía; ¡de toda la maldad y traición más horrible!

El me miró como mira un padre a su hijo, y oí una voz ahora más lejana que me decía:

-“Esa corona, es la tuya del presente”.

Me pregunté a mí misma: -¿Yo te he martirizado?...

-“Tú lo has dicho”.

Le ví de nuevo al amor de mis amores más hermoso que nunca y le dije:

-¿Sois el mismo el viejo y el joven? -Me dijo:

-“Yo soy el símbolo de la Vida, que es la transformación eterna y de la esperanza. Te espero para que vengas conmigo”.

-¡Que bueno eres Señor!...¡Yo quiero seguirlos!

-“No puede ser aún; Yo vendré a buscarte en un momento. ¡Entonces serás conmigo en las inmensidades de los Cielos!”.

* * * * *

Capítulo XXIV

Siempre se tienen momentos para meditar; pensar qué se puede hacer para salir adelante sin ser visto.

Aunque mucho padecí del dolor de mis ojos, yo buscaba la causa y pronto la encontré; el dolor de los niños y las lágrimas de los ancianos que ellos sufrían, yo los recibía. Ellos tenían puesta en mí toda confianza; nunca esperaban volver a encontrarse otra vez en la miseria y pasar tantas necesidades.

Yo sabía tenían alimentos sobrados para un largo tiempo y que no pasaran hambre. “He de saber qué es lo que han hecho con todo el almacén que había en el hospital. Mi compañera no me terminó de decir qué era lo que estaba ocurriendo; sólo me dijo que ¡cuántas tragedias!

“Ella estaba como una flor marchita; pienso que también pasa hambre y me lo oculta. He de ir y presentarme sin previo aviso. Pase lo que pase he de investigar qué es lo que está pasando con mis niños y ancianos. Las madres de los corralones... parece ser que no se las ve por el hospital. He de comunicarme con ellas y que me cuenten sus penas; no creo me tengan noticias buenas. ¿Y cómo hacerlo, si me tienen prohibido salir? ¿Y quién son ellos para que me prohíban salir, si el que me da órdenes y estoy bajo su mando no se encuentra en este contorno? ¡Debo de escribir una carta al Rey y a mi protector y ponerles al corriente de todo lo sucedido, y que me concedan la salida indefinida para tener mi libertad sin que nadie me lo impida seguir visitando a mis ancianos y niños! ¡No debo permanecer aquí inmóvil como si fuera un ser inútil! ¡aún no soy tan vieja, y tengo energías para seguir ayudando al desvalido!”

Vi a mis flores del cielo que no se separaban de mí ni en el día ni en la noche. Hablé con ellas; les pregunté:

-¿Qué debo de hacer?...-Me contestaron:

-“¿A estas alturas preguntas qué es lo que debes de hacer?... ¡No sé a qué esperas! ¡Ponte rápidamente a escribir! ¡Ponte en marcha sin pérdida de tiempo antes de que tus ancianos caigan; si caen...no se podrán levantar; te reclaman! ¡Sal de tu estancia; sabes que siempre te ayudamos! “No te acomplejes ni abandones este lugar. ¡Eso es lo que todos quieren: que te marches para poder gobernar a su gusto!”

-“He de hablar con mi doctor; que sepa que si me fuese con él... todos mis proyectos se vendrían abajo. No, no saldré de aquí; prefiero luchar con reptiles antes que enfrentarme con las fieras. ¡Sé que donde vaya... toda la maleza me va a seguir!

Me encuentro muy animada; ¡muy fortalecida!... - Y me puse a escribir a las autoridades eclesiásticas. -“A ellos son a los que pertenezco y a ellos les debo

mi obediencia. He de poner manos a la obra, escribiré, y esperaré antes de salir para que nadie tenga que impedirme la salida”. “Al que más temo es a mi enemigo; ¡al que quiere que salga de aquí para nunca más volver! “Yo le temo, ¡es el peor reptil de todo este contorno! El también me teme a mí, así que... los dos padecemos del mismo mal. Sabe que si viene he de dormirle y hará aquello que le mande”.

Me puse a escribir con la confianza de ser escuchada. Escribiendo sentí algo muy especial; sentí el cariño y el amor que sintieron siempre por mí. Al terminar mis líneas, puse en la posdata: (Urgente)

Desconfiando de todo lo que me rodeaba, la carta salió por mis manos al exterior sin que nadie tomara conocimiento de mi mensaje. No pasaron muchos tiempos cuando recibí contestación y no fue por escrito; fue en mano y en privado evitando intermediarios. Fue entregado en mis manos el documento firmado de nuevo por el Rey, y otros jefes que desconocían mi tragedia.

-¡Dios mío, qué grande me veo al verme libre de nuevo!

“Para salir...he de hacer una copia de este documento que tanto valor tiene para mí. Lo guardaré en sitio seguro, aunque aquí... ¡no hay lugar seguro! He de llevarlo conmigo, y la copia lo conservaré entre mis escritos. He de esperar a mi compañera y contarle todos mis acontecimientos; sé que le servirá de consuelo y podrá alegrar su alma. ¡Cuánto está sufriendo por mi causa!...¡Dios mío, venga a mí todo mal que a ella le quieran hacer!

“He de prepararme para la lucha; he de enfrentarme al reptil más fiero; ¡al que me tiene prohibida la salida! Me dije: ¡Adelante!, ¡manos a la obra!”

En el momento de salir, abro la puerta de mi celda y me encuentro con mi compañera. Al verme tan dispuesta para salir me dice un poco alarmada:

-¡Madre, ¿os encontráis mal?

-¡No hija, todo lo contrario! ¡Nunca he estado mejor que ahora me encuentro, fuerte y serena!

-Os veo muy dispuesta, como si fuerais a salir, ¿Vais al huerto verdad Madre?

-No, no voy al huerto, salgo a la calle; voy a visitar a mis ancianos y a mis niños. Ellos me han traspasado su dolor porque yo al Señor se lo pedí...y ellos son quienes me lo van a quitar. Los ancianos me comunican su tristeza, y yo... voy a entregarles alegría.

-¡Madre, Vos no estáis bien!. ¡No sabéis lo que vais a hacer! ¡ Ahora que todo está en calma... ¡otra vez se va a armar otra tragedia! ¡La madre que ha ocupado vuestro puesto es muy peligrosa y tiene muy malos sentimientos; cuando os vea...se formará algo temeroso!

-¡No hija, nada temas!. Ahora escúchame a mí. ¡Yo siempre he obedecido y sigo obedeciendo a quien no debo...y es hora de que me obedezcan a mí! ¡Sigo siendo la Madre Superiora y estoy por encima de todos ellos! ¡Nadie por el

momento ocupará mi lugar! El que está por encima de mi mando es el que me lo podía quitar...y me ha ensalzado! ¡Me ha concedido el honor de hacer aquello que me venga en gana! ¡Toma hija!...¡lee este documento!

-Madre, ¿cómo habéis podido recibir este valioso papel?.¿Cómo ha podido llegar a vuestras manos sin ser visto? ¡Sabed Madre, que todas vuestras cartas son leídas; otras son quemadas, y otras que para ellos carecen de valor...son las que llegan a vuestras manos!

-¡Qué ingratos! ¡Hasta para eso son ruines!

-Si este valioso papel hubiera pasado por sus manos...yo os aseguro , Madre, que no habría llegado a Vos.

Le conté toda la historia a mi compañera de cómo había llegado a mis manos el valioso documento. A pesar de todas mis ventajas, mi compañera no confiaba en ninguno de todos ellos y quiso acompañarme; yo, con mucho gusto cedí a su petición.

Al verme salir, una avalancha de religiosos se interpusieron ante la puerta principal de salida, sirviendo de pantalla interrumpiendo el paso. Faltaba mi enemigo que no acababa de salir. Temía que fuese otra vez dormido; así lo presentía yo.

Pregunté por él; nadie daba explicaciones de donde podía estar. Fueron a llamar a la anciana que quiso ocupar mi puesto...y no acababa de salir; estaba también temerosa. Entonces regresé de nuevo a mi celda; esperé a que llegara el doctor...que ese día no llegó, y me llené de paciencia esperando un nuevo día.

No pudiendo esperar más me decidí de nuevo a salir cuando oigo pasos; era el doctor diciendo:

-¡Madre, os veo muy restablecida! Habéis recuperado el color natural de vuestra cara, y vuestros ojos han recobrado la expresiva mirada. ¡Hoy mismo me dispongo a salir con las familias de las cortes!

-Antes de vuestra marcha...quiero me concedáis un favor

-Lo que Vos mandéis, Madre.

-Quisiera me acompañarais al hospital. Quiero visitar a los niños y de paso a mis ancianos.

-Si queréis que os acompañe...¡ha de ser en estos mismos momentos; no dispongo de otro tiempo!

-¡Sí doctor, salgamos!

Salí acompañada del doctor sin que nadie nos impidiera el paso. ¡Me vi volar, libre como las aves del cielo!.¡Qué bien me sentí!

Al llegar al hospital me dirigí en primer lugar a ver a los niños. Cuando me vieron entrar se armó un gran alboroto.¡Todos querían estar junto a mí! La interina quedó transpuesta, llena de ira porque los niños me seguían. Les mandé salir a todos al jardín que respiraran el aire puro; ¡dentro nos ahogábamos!

Al quedar la interina sola salió a pasos agigantados; salió con dirección a la

capilla en busca de ayuda: -el sacerdote que cogió el mando por su cuenta.

Desde la puerta más cercana al patio estaban los dos: - la interina y el sacerdote observando el murmullo y las grandes algarabías de los niños. ¡Todos querían hablar al mismo tiempo!. Yo les decía:

-Sé que tenéis mucho que contarme, pero hemos de dejar algo para mañana, de lo contrario...no nos vamos a entender.

Vino una monja a poner orden y los niños no hacían el menor caso; estaban de fiesta y yo celebrándolo con ellos. El doctor decía:

-¡Madre, cuánto os quieren! ¡Ese es vuestro peligro, esas son las amenazas; la envidia es muy traicionera!

Dejé a los niños en el patio y me dirigí a la cocina; estaba completamente limpia de alimentos; no se veía el menor rastro de comida.

Pregunté por las madres de los niños de los corralones, a ver dónde se encontraban, y una de las religiosas me dijo que fueron despedidas, y que también faltaban muchos ancianos que fueron expulsados.

Me dirigí a mi compañera y le dije:

-¿Tú sabías todo cuanto está ocurriendo aquí, y nada me has dicho?

-Madre, ya os dije que eran muchas tragedias las que estaban ocurriendo, y como Vos no lo podíais impedir...no os quise decir nada para que no sufrierais.

En esos momentos se me acercó la interina diciéndome:

-¡Estáis cometiendo un gran delito; Vos aquí no pertenecéis, ni tenéis mando ni boto y estáis endiablado a los niños! ¡Salir de aquí lo más pronto posible si no queréis que la Santa Unión os meta entre rejas para el resto de vuestra vida!

-¡Yo estaré entre rejas, pero antes tengo que dejar muchas cosas muy a las claras! ¡que trabajo me ha de costar porque las cosas aquí...están muy feas y muy oscuras! Si he de ir a prisión, será para mí llevadera, pero la prisión que Vos tenéis preparada...es mucho más dura y más tenebrosa. ¡Ahora quiero saber dónde se encuentra el almacén de alimentos que yo conseguí para mis niños y ancianos! ¡También quiero saber qué habéis hecho con mis ancianos; faltan parte de ellos! Al menos, ¡decidme dónde les habéis llevado para ir a visitarlos!

“He de escribir de nuevo al Rey contándole todas sus amenazas, y que me dé poder para sacar de aquí a los reptiles más salvajes que no son dignos de vivir entre seres humanos”.

Hice investigaciones en un corto plazo; todos los alimentos y celemines de legumbres y lácteos los tenían bajo llave sólo y exclusivo para ellos. ¡Nunca vi semejanza parecida! Me irritó tanto, que mandé sacar todos los alimentos y fueran destinados a los ancianos y a las familias que vivieran en los corralones para que no les faltaran sus alimentos. ¡Eran dignos de ellos, ya que las ayudas venían del exterior para todos los necesitados!

Los ancianos estaban muy condolidos; decían que la santa los había

abandonado. Dudaban de mi actitud, y no sabían que yo estaba sufriendo tanto como ellos por no decir que más que ellos.

Me desplazé con varias monjas del hospital en busca de los ancianos que faltaban, que fueron regresando de nuevo a su lugar correspondiente. Esta vez, fue definitivamente, porque la interina y el sacerdote se marcharon por su propia voluntad.

* * * * *

Capítulo XXV

Me separé de la fuentecilla del huerto; mi cabeza parecía que volaba por los aires; traté de dominarme:

“¿Por qué estoy llorando?... –Yo misma me contestaba: -Lloro...porque deseo y quiero obtener lo que tanto añoro...y aún no lo he ganado”. –Y me vi más desgraciada que nunca. –“¿Qué infeliz soy!”...

Me quedé mirando al Sol, ¡Sol de felicidad!...y me fui a mi celda encontrándome con mi compañera. Me dijo:

-¡Os buscaba!.¿Donde fuisteis?

-Al huerto, y me senté junto a la fuentecilla.

-Y...¿le habéis visto?

-Sí, sí que le he visto tan hermoso como siempre. Mañana iremos las dos juntas a la fuentecilla.

-¡Sí; ¡quiero ir Madre, que mañana también le veremos!

-¿Cómo lo sabes?

-¡Porque estoy muy cerca de entrar en su Reino!

-¿Estás bien hija?...me parece que estás loca.

-¡No Madre! ¡Sé que me voy para siempre y estaré junto a El! ¡Ya lo veréis Madre!

-¡Despierta hija, despierta!

-Madre... ¡duermo y velo a la vez!

Traté de regañarla y no tuve valor:

-¿Si tú tuvieras aquí, todo lo que deseas...también te querrías morir?

-¡Quién sabe!...

Yo traté de que amara la vida y empleé todos los medios para conseguirlo: ¡hasta llegué a mentir, para que no pensara en querer morir!

Pasó aquel día y la noche pasé muy mal; al fin me dormí.

A la mañana siguiente mi compañera me despertó, diciéndome:

-¿Estáis enferma?

-No lo estoy, pero sí estoy bastante decaída.

-Madre, vivimos mal aquí, cuando se vive en el cielo.

-¡Pues vivamos la vida de la Tierra!

-Sí Madre; la vida aquí, que es la que vemos y la que tocamos. ¡No se puede estar aquí deteniendo el pensamiento y la inspiración!...

Salió de la celda y yo me puse a escribir interrumpiéndome la llamada del doctor.

-¿Se puede entrar?

-Sabéis doctor...-yo le dije-, que la enferma siempre espera a su doctor.

-Pues vengo a deciros, que no estáis muy bien del todo; en vuestros ojos hay un cielo y en vuestra cabeza hay un infierno. Vengo por última vez. Os digo que vengáis conmigo; aquí moriréis loca perdida.

Me habló con mucha ternura diciéndome:

-No debéis morir mártir; pensadlo bien; os espero. ¡Yo haré por Vos, lo que un buen padre hace por su hijo querido!

No pude por menos que ponerme a llorar. Aquel doctor sabio me quería de verdad. Luché para poderme marchar...pero no me decidí.

-La curación de la niña ha llamado vivamente la atención...y eso que he tratado de silenciar el hecho para el bien vuestro. ¡Sería perjudicial entre la gente de la iglesia...y volveríamos a retroceder!

-Gracias Doctor; sé lo mucho que me queréis y lo mucho que valéis. ¿Por qué no os habré conocido años antes?...¡me hubiera ahorrado muchos tormentos en la vida!

Se fue el doctor y seguí escribiendo; escribí mucho. Volvió el doctor y me encontró escribiendo. Se acercó a mí, y leyó uno de mis poemas diciéndome:

-¡Cuánto valéis!

Miró después a mis flores del cielo y me dijo:

-¡Son muy pocas las flores de vuestro jarrón...pero son muy hermosas y sobre todo muy lozanas! ¡Son preciosas!

-Y muy especiales; ¡más de lo que pensáis, doctor! Esas flores me hablan.

-¿Qué os hablan? Así que...¿enigmas tenemos? ¡Hablabamos después!

Salimos a la sala; allí me esperaban los cortesanos que ya no me miraban como a un ser inútil; habían cambiado con la curación de la niña.

El doctor habló de mí con la mayor cautela, y sus palabras fueron muy bien recibidas. Yo me fijé en la niña que había recuperado la vista y le pregunté si veía bien.

-¡Sí Madre; cada momento que pasa veo mucho mejor!

La niña se arrojó a mis brazos y me besó; era muy cariñosa. La niña me presentó a su madre que era una mujer muy hermosa y muy orgullosa, tanto, que me dijo con mucha frialdad:

-Madre, yo no encuentro en la curación de mi hija ningún milagro.

-Tenéis razón señora, los milagros no existen. ¡Sólo Dios puede hacer milagros! Aquí han venido muchos enfermos, y Dios ha concedido el don de la salud a los que la merecieron.

-¡De los merecimientos hay tanto que hablar...

-¡Sobre eso y otras muchas cosas hay tanto que hablar señora... ¡Cuántos van por el mundo ciegos teniendo vista, y cuántos tropiezan con la mole del orgullo y caen, y no se vuelven a levantar hasta que su remordimiento les dice: - ¡Levántate y anda, y lava con tus lágrimas todos tus pecados!

-¡También hay, quien riega con lágrimas su camino!

-¡Si, y hasta que la tierra endurecida se ablande...caen de nuestros ojos lágrimas de redención!

La señora me miró con ironía; mandó a su hija que no se moviera de su lado para herirme. Fue una forma de alejar a su hija de mi lado que tanto cariño me demostraba.

Seguí mi paseo fijándome en una dama muy bella. Vestía muy elegante. Nos miramos y nos entendimos. Yo le pregunté:

-¿Qué tenéis?

-Se acercó a mí y me dijo:

-Quisiera hablar con Vos antes de marcharnos. Quisiera hablar con Vos...cuanto antes mejor Madre, porque me encuentro muy mal.

-Pues yo ahora mismo salgo para mi celda. Cuando pase un ratito...id a verme, porque si salimos las dos juntas es llamar la atención.

Encontré al doctor al paso; le conté lo ocurrido y me dijo:

-Tened cuidado con esa joven que os quiere hablar, no razona bien. Es una loca tranquila; no la convirtáis en una loca furiosa. No creáis nada de lo que os diga; está loca perdida aunque es muy buena con los pobres.

Pasé a mi celda; esperé a la joven que llegó unos momentos después. Miró mi celda muy extrañada; la veía muy pobre; decía que era indigna de mí. Yo le dije:

-¿No sabéis, que la riqueza no hace la felicidad? Con tener lo necesario me basta. ¡Yo me encuentro muy bien con lo que poseo!

-¡Diosa de Vos! Madre, no quisiera perder el tiempo ni quiero que sospechen de que he venido a hablaros. ¡Soy muy desgraciada!...¡soy muy infeliz!...

Y se echó a mis brazos llorando con desconsuelo. La hice que se tranquilizara; la mandé sentar junto a mí. La miré fijamente y me convencí de que aquella mujer no estaba loca. Ella me miró con mucho cariño y me dijo:

-¿Sabéis Madre, quién es la madre de la niña a quien habéis curado? ¡Es de mala condición! Esa mujer me está robando el cariño de mi marido; quieren separarme de él y quieren que pase por loca. ¡Todo lo sé Madre! Sé que Vos sois una santa y vengo a pedir vos vuestras súplicas y ruegos para que pueda salir de este infierno. ¡Quiero vengarme de esa mujer...y os pido Madre que pidáis a Dios por mí! Esa mujer y yo no cabemos en este mundo; una de las dos tiene que desaparecer.

Yo me horroricé de estas infamias contadas por esta mujer, ¡me era imposible creer todo cuanto me decía!

-¿Vos también pensáis que estoy loca verdad? ¡Madre, lo veo en vuestros ojos! ¡No me creéis Madre!...¡Ayudadme a salir de este infierno! ¡No quisiera ser víctima de un crimen! Todo lo que me rodea me dice: ¡Mátala! ¡Mátala!...porque me ha robado mis ilusiones, mis alegrías, mi dignidad de esposa!. ¡Todos me señalan con el dedo y oigo decir: -“Ahí viene la loca”...¡y

no estoy loca!

-¿Creéis en Dios?

-¡Sí Madre! ¡Siempre he creído en El, pero cuando veo tanta injusticia...a veces dudo de que pueda existir! Si es la Suma Bondad, ¿cómo es tan inclemente para mí?

Yo entonces le hable de Dios a mi manera para que le pudiera comprender mejor. Le hable de otras vidas, le negué el infierno, y le expliqué las existencias de expiación y logré convencerla. Le supliqué que no matara, ¡que no se vengara! Le aconsejé que tuviera piedad de su rival y que no se sintiera desventurada. Le dije:

-Sed cristiana, y enseñad a vuestro esposo que la ley del perdón es la Ley de los que aman.

-Madre, ante un infierno de remordimiento o el sufrimiento de una existencia... ¡prefiero el martirio antes que matar, así que lo que haré es matarme!

-¡No tanto!...porque nadie tiene derecho a disponer de lo que no es suyo. ¡Lo que de Dios proviene...a Dios vuelve a su debido tiempo! ¡Sed cristiana, eso ante todo! Los verdaderos cristianos ni matan ni se matan, ¡sufren y esperan!

La joven me abrazó y me dijo:

-Tenían razón; sois una santa.

Y aquella mujer salió de mi celda mucho mejor de cómo había entrado.

“¡Dios mío, perdóname! Me quejo y no debía de quejarme, porque no he sufrido tanto como esta mujer.

Entró mi compañera y me dijo:

-Madre, ¿ya no iremos a la fuentecilla del huerto?

-¡Sí que vamos!. ¡Allí te contaré una historia, verás qué triste es!

Salimos, encontrando al doctor que me dijo muy contento:

-¡Sois un gran médico! ¡Creo que curaréis a la mayoría de los que aquí han venido!

-¡Que así sea!...

Llegué con mi compañera a la fuente, nos sentamos y le dije:

-Te has empeñado en venir aquí...y aquí vamos a hablar.

-Hablemos cuanto Vos queráis.

-Creo que las dos estamos luchando –no contra nuestro destino, pero sí contra nosotras mismas. Tu alma es sensible y delicada, tan delicada, que te irías al espacio con facilidad porque estás medio desprendida de aquí de la tierra. No eres un ángel, porque los ángeles todos son espíritus; vas en camino de serlo. Dejas tu cuerpo... ¡y no debes de dejarlo todavía!. ¡Yo lo podía haber dejado, pero al intentarlo...alguien me ha dicho que las existencias hay que aprovecharlas; y he visto muchos caminos, pero todos al final eran lo mismo; y al contemplarlos, me convencí de que no por irme de aquí se cambiaba mi

destino. ¡Las dos amamos a la irradiación de un alma, y ese alma nos dice:
-“Resistir la lucha, y conmigo seréis en el reino de los cielos”.

El nos ha preentado moradas delicadas, ¡mundos de luz! y en esa divina luz debemos resistir con firmeza todos los contratiempos de la vida. Tú me dices que te faltan fuerzas. ¡Dime con entera confianza si es verdad que te sientes morir!...¡dímelo! Quiero saber si me espera el golpe más duro. ¡Dime si es que presientes tu muerte, y dime lo que sientes y no te calles! ¡No me ocultes nada!

-Madre, yo soy muy sincera y digo la verdad, pero yo me muero y yo amo la vida porque la vida es Obra de Dios. Yo amo el cielo, amo a las flores con todos sus colores, sus perfumes y hasta sus espinas. Amo a las fuentes todas porque son manantiales que fecundizan la tierra. Amo la tempestad porque sana la atmósfera. Amo a las aves; ¡yo amo a todo cuanto me rodea!. Amo al alma, que es una niña eterna. El alma tiene que amar siempre, porque los niños también aman y juegan...y mi alma es una niña que quiere jugar, gritar, correr...pero este mundo es muy triste aquí porque todos mienten, y pocos son los que dicen la verdad. ¡Qué pena! Aquí...todos hablan, y dicen lo que no sienten.

Yo Madre...no me mato, ¡yo siento que me voy! ¡que muero! Siento algo muy extraño, y tengo unos sueños...que en ellos, veo mi cuerpo rígido y frío.

-¿Tan mal estás?

-Sí Madre, estoy muy mal y sé que iré a los cielos.

Yo la creía, porque ella no sabía mentir. Fui a ponerla mis manos en su frente y no quiso.

-Dejadme Madre, porque todo será inútil; yo lo sé.

“¡Dios mío, qué sola voy a quedarme!...¡Quisiera irme con ella!... Y oí una voz que me decía:

-“No te opongas a los cumplimientos de las Leyes; deja que se cumplan, sino...sufrirás las consecuencias”.

Era la voz de El y me resigné. Me repetía varias veces: “No te opongas”...”No te opongas”...

La llevé a mi estancia; ¡qué triste es quedarse sola!. Con ella había vivido muy bien. Con ella habíamos hecho un bien juntas, y con ella se iban mis mejores recuerdos.

Con mucho trabajo llegamos a mi estancia. Avisé de inmediato al doctor y este vino inmediatamente. La miró y dijo:

-No creí que iba a ser tan pronto.

El doctor me miró a los ojos y dijo:

-Vos tenéis los mismos síntomas, pero aún tardaréis.

Pedí al doctor que diese a la comunidad la triste noticia, y las monjas sintieron mucho la pérdida de mi compañera; sólo una monja fue la que no

acudió a los rezos. Salí de mi celda y me presenté en su estancia; la encontré petrificada. Nada dije y regresé a mi celda junto a mi compañera. Nos extrañó mucho que al poco tiempo de haber expirado no quedara de su cuerpo ningún parecido de su belleza. Enseguida se renegreció, y de su boca salió un líquido apestoso.

Al día siguiente se hizo el entierro, y los mismos que la habían asesinado no perdonaron sus rezos, y mi ex – amigo el sacerdote cumplió su cometido.

Al terminar el entierro me fui a mi celda. ¡Qué triste y sola me encontraba! ¡Había perdido lo que más amaba! Ya estaba sola. Nadie me quería. Oí la voz de mi enemigo el sacerdote; me dijo:

-¿Puedo entrar?

-Abierta está la puerta.

-Es que yo no entro donde no se me llama.

Entró receloso, y yo le dije:

-¡Qué sola estoy!

-Es verdad, pero vuestra soledad...tiene un buen remedio. ¡Ya vendrá otra joven a daros compañía, tan buena como la que se fue!

-Pues este duelo...lo habéis provocado Vos.

-¿Yo?...¡Eso ya lo veremos quién es aquí la envenenadora!

-Vos sois tan ruin, que seríais capaz de acusarme.

-Yo no la he envenenado, porque esto para mí...hubiese sido envenenar mi alma, ¡mi vida!

-Pues entonces hemos de hacer confesar a la comunidad.

-¡No, eso no! ¡Eso sería armar uno de los más grandes escándalos!

-¡Pues que venga el escándalo para esclarecer la verdad!

-¡Sería un escándalo inútil; la comunidad no hace uso de tanto crimen!

-¿Qué no? ¡Yo os demostraré la prueba, de que no son estas ovejas tan mansas como parece! Una de ellas me entregó la botellita de ese veneno, ¡y yo lo conservo!

-¡Quién os ha dado ese frasco! –gritó muy aterrado.

-¡Una monja!

Le enseñé el frasco; lo destapé acercándolo a mis labios y me lo quitó tirándolo por una de las ventanas diciendo:

-¡Basta ya de crímenes!

Y salió como un loco enfurecido. Quedé sola mirando el lecho de mi compañera, pensando en las palabras del sacerdote y pensando en otras muchas cosas que venían a la mente. Me pregunté: -“¿Vendrá a hacerme compañía, alguna joven tan bella y buena como mi compañera? ¿Tendrá la infamia de poner en el lugar de mi compañera, alguna mujer pagada que me espíe? Si así fuera...¡no lo consentiré!. Ahora tendré serenidad; es preciso saber dónde está la hebra de esta madeja tan enredada”.

Esperé que todas estuvieran recogidas. Salí de mi celda, y me dirigí a la de la monja que no apareció a los rezos de mi compañera. Me presenté ante el lecho de la religiosa, ¡de la culpable! Esta al verme quedó muy sorprendida, ¡espantada y muy temblorosa! No acertaba a mirarme ni me decía que me sentara. Yo me senté sin que ella me lo dijera y la mandé sentar; le dije:

-He observado que no habéis ido al entierro de mi compañera, ni habéis ido a rezar. Aquí hay algo que no marcha bien. ¿Teníais algún resentimiento de ella?

-¡No Madre, no!

-Si nada teníais contra ella, ¿por qué habéis faltado al entierro y por qué tembláis con esos espantos?

-Es por Vos, Madre, ¡por veros aquí en mi estancia! Me creo tan inferior de su gran honor...

-¡No finjáis ni me engañéis! ¡Estáis mintiendo y lo sabéis! ¿Sabéis que Dios lo sabe todo, y a El no le podréis engañar porque nada se podrá hacer sin que El se entere? Si la teníais mala voluntad...¡pedidle perdón, no sea que su alma venga a Vos a pedir os cuentas!

-¡No vendrá, porque yo la he perdonado y creo que ella también me habrá perdonado!

-¿Y de qué os teníais que perdonar? ¿Qué es lo que ha ocurrido entre las dos?

-¡Nada malo, porque yo por mi voluntad...nunca la llegué a ofender! pero hay veces que se hacen las cosas que uno no quiere...¡pero se hacen! ¡Que no venga su alma, Madre! ¡Vos que tanto la ha querido, pedídselo para que no venga!. Madre, yo os diría muchas cosas si Vos me prometéis no decirlas. ¡Yo os contaré todo, porque estoy que me ahogo desde que murió esa infeliz! ¡Yo le hice mucho daño! ¡Se lo hice...y no se lo hice, porque si yo le puse en el desayuno lo que le puse...fue por la nueva superiora que me lo ordenó! Y como yo pertenezco a ella y tiene todos sus derechos sobre mí...¡ella me obligó y tuve que obedecer!. ¡Yo no quería! ¡Ella viene aquí siempre que quiere!. Cuando Vos llamasteis a la puerta pensé que era ella, y al veros a Vos...¡me sentí indigna de tan gran honor!

-¿Y por dónde entra?

-Madre, ¡yo sé que Vos sois muy buena!; ¡yo os estoy contando la verdad!. Si se enterara que os cuento todo lo que está ocurriendo...¡me mataría!. Ella entra por una puertecilla del huerto que nadie hace uso de ella.

Al recibir y escuchar aquella confesión de tan temible desgracia, respiré mejor, porque supe que no era él el autor de los crímenes. ¡Cuánto sentí y cuánto me pesaba haberle reconocido como culpable!

Salí de la estancia dejando a la monja verdaderamente aterrada, mirando por todos los lados como si esperara ver la sombra de mi compañera filtrándose por las paredes.

Ya en mi celda respiré mejor. Pensé hablar con él y decirle: -La culpa ha

sido vuestra por dar entrada a esa mujer, y ella ha sido instrumento de vuestra desesperación. ¡La sombra os ha envuelto!

“¡Dios mío, ahora quiero vivir, porque quiero luchar y desenmascarar a los hipócritas! ¡Dios mío, dadme fuerzas para vencer!

Una vez en mi celda, fue tan grande el número de pensamientos que venían... Todos los pensamientos eran malos. Tuve una crisis de verdadero espanto. Mi turbación era tanta...que no la podría describir. ¡Era de las más horribles! Veía en mis pensamientos seres malignos que me miraban y se sonreían cruelmente y yo les decía:-¡Os aplastaré, porque hay infamias que no se pueden tolerar!... ¡Pobre compañera mía...tan joven y tan buena!...¡yo he de vengar su muerte!...

Así quedé dormida en mi lecho. Al día siguiente me encontré más tranquila y pedí perdón por todos mis malos pensamientos que eran a cual peor. Comprendí que no lo debí hacer. ¡Yo misma pude atraer a seres tan malignos! ¡todos eran a cual peor! Dije:

-¡Dios mío, perdóname! ¡Yo he querido que me perdonen...y veo en mí que no sé perdonar! ¡Insensata de mí!. ¡Ay Dios mío, qué forma de saludarte; pero mi arrebato...no me impide de saludarte y adorarte!. ¡Yo te adoro, tú lo sabes! ¡Yo te adoro Señor!... -Y oí una voz potente que me dijo:

-“¡Mientes! ¡Tú no adoras a Dios! ¡No adora a Dios quien maldice a sus hijos!”

-¡Señor es que estoy tan sola!...¡todo lo veo vacío!

Y una flor del cielo me dijo:

-“Nos iremos; ya no nos necesitas”.

-¡No por Dios!...¡si os vais seréis mi muerte!

-“Pues ¿por qué te desesperas? ¿Para qué estamos aquí? ¿Es que no ves que te damos consuelo, y estaremos aquí hasta que dejes este mundo y después contigo nos iremos?”

-¡Gracias flores mías! A veces pienso que sois inflexibles para mí; que poco me consoláis.

-“Es que somos la Verdad, y al decir la Verdad...no os consuela. La Verdad enseña a resistir las asperezas de la vida. Ahora...duerme y descansa”.

Obedecí y me acosté; me desperté sin acordarme de nada. Salí de mi celda con dirección al refectorio donde me rodearon todas las monjas. Una de ellas me animó de mi tristeza, y enfrente de mí, estaba la monja que me entregó el frasquito. Yo le dije:

-No temas y acércate a mí; ¿por qué no lo haces?

-Porque me creo indigna de Vos.

Entonces se acercó a mí temblando y yo le dije:

-Para mí sois todas iguales. Cuidar todas de los niños y de los ancianos hasta que se nombre a la segunda superiora; no dejéis de velar por todos los

necesitados y débiles, y seréis gratas a Dios.

Todas se fueron marchando, y quedé sola con la que se creía que era indigna de mí. Le dije:

-¿Qué te ocurre? ¿Por qué me miras así?

-Porque no vivo tranquila; tengo un gran sufrimiento y remordimiento por la muerte de vuestra compañera. Desde que ha muerto tengo unos sueños horribles.

-No temas; tú no eres responsable de su muerte; el capellán te dijo que lo que nos dabas era una medicina para curarnos.

-Sí Madre, así es como me lo dijo. ¿Y Vos Madre, por qué lo sabéis, si yo no se lo he comentado a nadie, y él no me dijo que os envenenara? Pero yo sin saber por qué... ¡dudaba de esas gotas, y sólo apliqué una en vez de cuatro!. A mí me extrañó mucho que muriera después de tanto tiempo, a no ser... ¡que otra iniciara la misma obra, porque después fui comprendiendo todo; por eso os entregué la botella para no pecar más!

-¡Tranquilízate y no dejes de venir a verme todos los días; no quiero que sufras!

Aquella infeliz me causaba lástima; ella no era la aliada de mi enemiga. Para mí fue un gran peligro haber entrado esa mujer en mi convento.

“Esto es muy necesario evitarlo”. “Ella sabemos entra por la noche”. “¡Es preciso que ella misma se evite la entrada!”

Fui al asilo y me entretuve con los ancianos. Allí encontré a la religiosa aliada con mi enemiga. Hice que saliera conmigo al jardín y me dijo:

-¡Madre, yo me muero de dolor!... ¡Yo no puedo soportar tanta maldad!... ¡La sombra de vuestra compañera me persigue!

-Tranquilizaos, porque la culpa no es vuestra. Ahora escuchadme bien y contestadme a esta pregunta que os hago y no me mintáis.

No llegué a hacerle ninguna pregunta. Ella se adelantó, y entonces me contó que ella era la que esperaba a mi enemiga, y me enseñó la puertecilla por donde entraba. Allí le di mis instrucciones diciéndole:

-Cuando venga mi enemiga, seguir recibéndola como de costumbre igual que otras veces, pero ¡ay de Vos, si le dais a entender de todo este secreto!

La pobre monja prometió fidelidad; comprendí que era inocente y que no mentía. Me retiré a mi estancia contenta; ¡justo era que me defendiera de los malhechores!

“Quiero luchar” “¡Quiero castigar a los malhechores! ¡Quiero vencer!”...

Una voz me decía muy lejos:

-“¿Quieres llegar? No olvides, que la impresión que recibas... ¡va a ser terrible!

—”Si yo fuera mala, haría con ella lo mismo que hizo conmigo; la envenenaría y la encerraría en el calabozo; pero no lo haré. ¡La encerraré para

asustarla...pero nada más!

Me acosté, y medio aletargada me encontré un camino llano, limpio y ancho que me gustó mucho y me dije muy contenta: ¡Este es mi camino!” –Pero apareció un hombre con una voz muy rígorosa que me dijo: –“Este no es tu camino”. –“¿Y quién eres tú?”. –“¡Soy la Justicia Eterna!”. –“¡Yo no hago mal a nadie; sólo castigo lo que es justo!”. –“¿A qué llamas tú lo justo? ¿Llamáis justicia a vuestra venganza?”.

Me desperté intranquila de lo que había visto. Me visitó el doctor y me dijo que me confesara. Le respondí lo que a todos.

-Yo no me confieso nada más que con Dios; ¡sólo con El tengo confianza! hasta en los sueños huyo de confesarme.

-¡Contadme al menos vuestro sueño!...

Nada le dije de mis sueños. Me dijo:

-¡Madre, huya de aquí! Os advierto, que esa mujer estará muy bien guardada aquí, y contad que el tribunal de la Santa Inquisición se apoderará de Vos. ¡Venid conmigo y cuanto antes lo hagáis será mejor!

-Lo pensaré doctor.

Se marchó y quedé sola. Llegó la noche y se formó una gran tempestad. Para muchos, decían que era horrorosa, para mí, fue una noche hermosa. Aquel movimiento atmosférico me reanimó.

Salí al huerto a pesar de la fuerte lluvia y esperé a mi enemiga. Cada vez que retumbaba el trueno brillaba el rayo y yo decía:

“Este es el símbolo de la Eterna Justicia”.

Al fin, sentí cómo se abría la puertecilla.

“No hay duda, ¡es ella!”.

Me acerqué a la puertecilla y el resplandor de un rayo nos iluminó. Mi enemiga lanzó un grito y yo le dije:

-¡Aquí estamos!

Pero ella no me oyó, cayó al suelo como inerte. Yo no quería que muriera. ¡Quería luchar frente a frente con aquella fiera que en ella se encerraban todos los malos vicios! ¡era un verdadero monstruo!

Fui a por una jarra de agua y la tiré sobre su cabeza sin la menor contemplación, y con mi mente decía: ¡Levántate y anda!

Se despertó y me dijo:

-¡Me habéis cogido!

-¡Yo no os he cogido! ¡Os habéis cogido Vos misma! ¡Vamos, caminad! ¡Vamos a la estancia que aquí ocupáis y no os pertenece!

-¡No! ¡no iré!

-¡Iréis por vuestros propios pies si no queréis ir arrastrada por mí!

Al final cedió. Entramos en la habitación; yo cerré la puerta y me dijo mi enemiga:

-¿Me vais a matar? Si lo hacéis...¡decídmelo para encomendarme a Dios!

-¡Vos os mataréis por el remordimiento que sentirá vuestra conciencia!. ¡Vos habéis matado a un ángel!

-¡No es verdad!...¡Mentís!

-¡No, no miento! ¡eso bien lo sabéis Vos! ¡Me odiáis porque os arrojé de un asilo donde martirizabais a indefensos ancianos! ¡Aquellos ancianos eran mártires de vuestro infame proceder, y dormían en una pocilga peor que en los hormigueros! y lo peor de todo...¡es que teníais medios sobrados para que estuvieran bien alimentados, y carecían de alimentos gastando las rentas destinadas al asilo en impuras bacanales! ¡En exceso de lujurias, y yo...en nombre de la caridad y de la justicia os impedí que siguierais cometiendo tanto crimen!. No os di castigo como merecíais...¡ni os encerré en un calabozo, que bien merecíais estar en él toda la vida! ¡Os di tiempo para que os arrepintierais de tanta culpabilidad en un convento donde nadie conociera vuestras infamias!

-¡Pues yo, ese tiempo que me concedisteis, lo he empleado en odiaros y maldeciros!

¡Es tanto lo que os odio, que si alguna vez muero y voy al cielo y os encontrara...saldría hacia el infierno con tal de no hallaros!

“Dios mío,¡por qué ese odio contra mí, si yo la ayudé sin castigo! ¡Sólo hice que saliera a otro convento y se arrepintiera de tanta maldad!”...

-¡Os odio como a nadie he odiado! ¡Os llaman santa, y están muy equivocados! ¡Lo único que sois, es una prostituta mística! ¡Sois la manceba de ese gran sacerdote que tanto poder tiene! ¡Sois la encubridora de todas las rameritas que aquí vienen con la pretexto de que son enfermas! ¡Vos no curáis a nadie! ¡El diablo nada bueno hace y Vos hacéis pacto con él! ¡Sé todos vuestros vicios!...¡tantos tenéis, que ninguno os falta!

Se puso a gritar como una loca diciéndome:

-¡Sois la peor prostituta y ramera que se haya conocido!

-¡Hablad cuanto queráis! ¡Seguid! ¡Así me gusta! ¡No sabéis cuánto gozo viéndoos y escuchándoos! ¡Quiero que no entréis más aquí en mi convento!

-¡Pues dejadme salir!; ¡prometo que con tal de no veros más...no volveré jamás!

-¡No tan pronto!...¡aún no hemos terminado!. ¡Saldréis de aquí, pero ahora me toca a mí actuar! ¡Quiero saber, qué es lo que guardáis aquí! ¡Sé que cuando venís...no es para entregaros a la meditación! ¡No saldréis de aquí sin antes haceros un registro!

-¡Eso jamás!

Apareció de nuevo un rayo y el aire abrió bruscamente la ventana apagando la luz, quedando todo en oscuridad. Abrí la puerta y salí, y ella detrás de mí dando gritos pidiendo socorro

-¡Calla miserable!

La cogí y la tiré contra la pared; cayó al suelo quedando como muerta.

Entré de nuevo en la celda y en esos momentos vino la luz y cerré la ventana. Volví con la jarra de agua y de nuevo se la arrojé a la cabeza y se despertó. La levanté porque se encontraba sin fuerzas. La llevé a la celda imponiéndole obediencia con mi voluntad. Comprendí, que aquella mujer, su deseo era matarme, pero yo la tenía sin movimiento; sólo movía la lengua para decirme:

-¡Sois una ramera! ¡Maldita seáis!

-¡Seguir maldiciendo, pero yo he de ver todo lo que hay en esta estancia! ¡Sentaros tranquila y sin moveros hasta que yo os lo ordene! ¡Ay de Vos si os movéis!

La hice sentar y ví que brotaba sangre de su cabeza del golpe brusco que recibió contra la pared. Se la lavé, y mentalmente la ordené que no se moviera. Mientras, yo me puse a examinar todos los muebles que había allí. El que más me llamó la atención, fue un mueble grande que yo no recuerdo haber visto jamás en el convento. Era una cómoda con muchos cajones que contenían muchos papeles. Cogí uno de ellos y leí el título que decía: -“Historia escrita por la Santa” -y estaba mi nombre al pie, pero tan bien escrito estaba que parecía mi auténtica letra. Me horroricé al ver tanta corrupción.

Me dijo mi enemiga: -¡Vos lo habéis querido por otear!

-¡Sí, yo lo he querido, porque presentía que aquí había mucha infamia! ¡Habéis falsificado mi firma, ¡miserable! y habéis falsificado mi vida de lucha! ¡Sois el peor reptil de todos los reptiles!... ¡Miserable!

-¡Ya habéis oteado todo; ahora dejadme salir!

-¡No!, ¡no lo he visto todo! ¡Aún me queda mirar algo más! ¡He de mirar esa alacena, que veo muchos potingues!

-¡No! ¡Eso no debéis mirar! ¡Eso no os será útil ni os servirá para nada! ¡Son potingues que yo suelo hacer para curar heridas!

Sin hacerle el menor caso me acerqué a la alacena y fui destapando todos los potingues que contenían diversos ungüentos; también había pequeños frascos. Los fui destapando; al destapar el último sentí un golpe en el brazo y el frasco cayó al suelo produciendo una gran humareda, y ella consiguió levantarse diciendo:

-¡Corramos!.¡Deprisa!...

Yo quise abrir la ventana y me asomé a ella huyendo de ahogarme del humo que cada vez era más intenso. Quise ir hacia la puerta para que circulara el aire...y no pude. Lo que yo sentía, no lo sé. Al fin pude moverme y me separé de la ventana; miré hacia adentro y me horroricé; mi enemiga estaba en el suelo y no era ella, ¡era un monstruo! Su rostro tenía un color azul fuerte, y los dientes crecidos fuera de su lugar. ¡Estaba horrorosa!.¡Aquel cuerpo donde había brillado la hermosura!...

Sentí espanto. ¡Quise rezar!...¡quise llorar!...¡quise hacer algo útil para

aquella mujer... ¡Dios mío, si está muerta!...

Y una voz potente me dijo:

-“¡Tú lo has querido!”.

Aquellas palabras hicieron en mi espíritu un efecto aterrador. Me incliné del pretil de la ventana, creí caerme. Hice un esfuerzo y de nada me sirvió. Caí hacia adentro y oí que me decían:

-“No te aterres, que no morirás”.

Aún quise levantarme y no pude; y la misma voz me dijo:

-“¡Levántate!”.

-¡Si no me puedo mover!...

-“¡Levántate!”.

Tan segura era la voz que me levanté, y me apoyé de nuevo en la ventana. El día era espléndido y dije:

-¡Dios mío, qué hermoso es el día!... ¡Señor, Tú sabes que no soy culpable de esta muerte y a mí me quieren matar!...¡No sé por qué me odian tan cruelmente! ¡Yo no atento contra ellos; si se mueren...yo no tengo la culpa!

Brilló el Sol y me sobresalté al ver el cadáver de aquella infeliz, y murmuré:

-¿Qué hago Señor?... ¿Saldré de aquí dejando el cadáver?...

Me decidí. Abrí la puerta para salir y me encontré a un hombre que ya había visto la noche anterior; era un guardián de mi enemiga. Al verle le dije:

-¿Qué hacéis aquí?

-Esa mujer que está ahí, muerta, me colocó en este lugar. Era su guardián y todo lo sé.

-¡Cuánto me alegra que todo lo sepáis, así podréis declarar la verdad de todo lo sucedido!

Quise salir y me dijo:

-¡No saldréis de aquí!

-¿Vos queréis la más injusta venganza? pues si todo lo sabéis...¡no ignoráis que no es mía la culpa de su muerte! así es que tengo derecho a la libertad, y si no me la dais...yo me la tomaré. ¡Así que quieto aquí y enmudeced, y nada digáis de lo que habéis visto y habéis oído!

Fue tal el empuje de mi voluntad, que se quedó inmóvil recostado contra la pared, y yo, aligerando el paso, llegué a mi celda y les dije a las flores del cielo:

-¡Ha llegado mi último momento!

-“No temas; aunque has sido muy imprudente, pero no temas. Tú quieres encontrar la justicia...y no podrás encontrarla hasta que las almas sean más dignas”.

Me senté para pensar, pero no pude unir los pensamientos.

Pasó un poco de tiempo y al fin pude encauzar las ideas pensando qué es lo que debía de hacer, diciéndome a mí misma:-“Si despierto a aquel hombre...hablará, y si no habla, van a creer que ha sido él el causante de su

muerte y que ha enmudecido del susto. ¡Eso no! ¡Yo no debo consentir la condenación de un hombre inocente! Si me matan...yo moriré sin ningún remordimiento”.

Y salí muy decidida a despertarle. Estaba en el mismo sitio que le dejé; inmóvil contra la pared.

Toqué su frente y sus manos con mucha suavidad y le dije: ¡Despertad!...

Empezó a moverse y me dijo:

-Dejadme libre.

-¿Para qué? ¿para dar paso a vuestras malas intenciones?

-¡Dejadme salir!

-Salid, y que Dios os ayude.

Salió dando algunos pasos y mirándome con un odio terrible me dijo:

-¡Hasta pronto!

Me dirigí hacia el refectorio y allí encontré reunidas a todas las monjas de la comunidad. Pregunté a varias monjas si habían oído algo la noche anterior, y todas bajaban la cabeza y nadie contestaba. Al ver tanta hipocresía les dije:

-Comprendo que ya todo lo sabéis. Mientras vivió mi compañera, aquí se vivió bien; reinaba la paz y había armonía; pero antes de morir ella agentes extraños han traído la perturbación. Me han hecho pasar por loca, ¡por endiablada!. Trajeron a una nueva superiora. Lo que esta hizo en su estancia...no lo sé; sólo sé que allí está su cadáver. ¡Ella se mató por todo lo que allí encerraba! ¡Decidme si me creéis capaz de cometer un crimen! ¿Creéis que yo pueda haber cometido un asesinato?

Todas callaban menos una religiosa que dijo:

-Yo no os creo capaz de cometer ningún crimen.

Miré a la comunidad y les dije:

-Vuestro silencio me acusa. ¡Infelices!

Me retiré a mi celda seguida de la única religiosa que me creía inocente, y al entrar a mi celda me dijo:

-¡Madre, con Vos iré hasta el martirio!

-Hay que avisar al doctor.

-No hay quien le avise, porque no pudiendo yo salir por mi voto de clausura...nadie en el convento os obedecerá. ¡No os dispongáis Madre a nuevos desaires!...¡yo os lo ruego!

Y salió la pobre monja llorando. Yo me asomé a la ventana y exclamé:

-¡Dios mío...qué comunidad me habéis dado! ¡Esas mujeres me creen culpable! ¡Ayer me llamaban santa sin merecerlo...y hoy me llevarán a la hoguera sin merecerlo tampoco! ¡Qué juicios tan erróneos forma la ignorancia!

Rendida de tanto sufrimiento quedé dormida, hasta que oí una voz que me decía:

-¿Se puede entrar?

-La puerta está siempre abierta.

Y ví entrar a un hombre alto y arrogante con toga negra y birrete del mismo color, llevando en su mano una vara que en el extremo tenía un remate de oro y plata.

Me miró aquel hombre sin altanería diciéndome:

-¿Sabéis a lo que vengo?

-No señor.

-Pues os vengo a decir que estáis presa.

-¿Yo presa? ¿Vos sois de la Santa Inquisición?

-Soy un agente del Rey, que se avergonzará de haberos concedido los honores que os concedió.

No supe qué decir; no tuve palabras para contestar. Una flor del cielo me dijo:

-“No temas por nada y sigue adelante”.

Seguí al agente subiendo a un coche que le rodeaban hombres armados. Llegamos a la ciudad cercana donde me esperaba una inmensa muchedumbre. ¡Qué pronto se corren las malas nuevas! Unos decían: -¡Que muera!. Otros: -¡No hemos de esperar el fallo de la Justicia!...¡al fuego con ella!. Otros decían: -¡Es una Santa!...

Un hombre del pueblo se abrió paso llegando hasta la puerta del coche diciendo:

-¡Madre, no toméis en cuenta todos sus griteríos! ¡No les hagáis caso y perdonadlos; no saben lo que hacen! ¡Nunca lo habéis sido ni seréis criminal! ¡Si no sois santa vais por el camino de serlo!

Llegamos a la Casa de la Justicia y allí comparecí ante el Juez, hombre de agradable figura. Me pidió declaración.

Muy cortésmente yo le conté todo lo ocurrido sin dejar de decirle el menor detalle.

El Juez me escuchó muy atento y me dijo:

-Hay que buscar pruebas de todo lo que me habéis dicho. Yo como Juez la nombro inocente. Sólo con mirarla a los ojos veo su inocencia. Yo no os condenaré, pero sí de momento tendréis que permanecer fuera del convento. Veo tenéis muchos enemigos. Vuestra cárcel, de momento, será esta estancia.

“Al menos...tenía ventanas, y podía ver la luz” –pensé.

Me quedé sola y pensé: -“¿Qué me sucederá ahora? -Y una voz me dijo: - “No lo pienses; ¿para qué quieres pensar?”.

Pasaron varios días y oí pasos; era una voz muy conocida. Era el doctor que entró diciendo:

-¡No me esperabais, ¿verdad?...

-No.

-Tenemos que hablar.

-Hablemos.

-Hablemos de lo mismo que os propuse; ¿qué habéis pensado? ¡Estáis aquí por el Juez, que os cree inocente!

-Pero...¿y los demás?

-¡Ellos no piensan igual; ya sabéis cuanto os dije! ¿Queréis venir a la Corte? ¡Aquí moriréis de una mala muerte! ¡Moriréis deshonrada! ¡Ya os dije que en la Corte lucharíais con fieras, en cambio...aquí os aplastarán los reptiles, y son tantos que podrán con Vos!

-No tengo fuerzas ni ánimos para ir a ninguna parte.

-Os advierto, que aquí se oyen cosas de Vos muy horribles. ¡Venid conmigo, que el triunfo es seguro! ¡Decid que sí! ¡Cuando veáis el triunfo, si queréis...podéis volver si tanto deseáis estar aquí!

-Siendo así como Vos decís, que he de volver... ¡me iré con Vos!

Salió el doctor loco de contento, y yo, al verme sola, de nuevo me arrepentí de habérselo dicho.

-¿Qué has hecho? -me pregunté a mí misma muy asustada. ¡Dios mío!...¡este hombre pertenece a otra religión distinta a la mía!...¡Ahora es cuando me van a creer endiablada!... Malo es el sitio en que me encuentro, pero...¿quién me dice a mí, que esos incrédulos no están en sitio peor?

Esperé unos días con impaciencia; quería y no quería que viniera el doctor. Al fin oí rumores de voces. Me asusté, porque enseguida conocí la voz de mi enemigo el sacerdote. Entró y le ví muy desfigurado y muy pálido. Sin mirarme siquiera me dijo:

-¡Tenemos que hablar!

-Yo tengo el placer de escucharos, para eso son los amigos; ¿no lo creéis así?

Mandó retirar a los guardias y al quedar solos me dijo muy bruscamente:

-¡Hemos de hablar con franqueza y tratar asuntos de interés para los dos!.
¡Os pido me digáis cómo murió vuestra compañera!

-¿Yo?...

-¡Sí! ¡Vos debéis de saberlo!

-Sabéis...que Vos, y esa mujer que ha muerto, sois quien sabíais el veneno que dabais, y tengo datos muy claros de que Vos envenenó a mi compañera. Vos sabéis que una religiosa me entregó una botellita. ¡Qué sería su contenido, cuando Vos la tirasteis por la ventana!

-¡Eso habéis creído, pero esa botella contenía agua para despertar deseos sensuales administrándola en pequeñas dosis, pero la monja no se enteró bien de cómo había que usarlas!

-¡Ah...sí! ¡Queríais que mi compañera os quisiera y que yo os obedeciera!...¡Cuanta infamia y cuánta crueldad! ¡Sois en verdad un miserable!

-¡Decidme! ¿Es cierto que por celos habéis cometido un crimen? ¡No os neguéis! ¡el crimen ya está hecho!

-¿Yo matar, a la mujer que más he querido en este mundo?...¡Eso jamás! ¡Mil veces me hubiera quitado la vida que tocar a aquella mujer que tanto me quería!...¡que adivinaba mis pensamientos!...¡que me hacía amar la vida porque era la única que se interesaba por mí y nada envidiaba!...

-¡Seréis la victima en esta vida y en muerte os haré santa, pero una santa tonta, loca y alucinada! ¡Ya veréis vuestra historia!

-¡Ya la he visto!

-¿Dónde?

-¡Donde estaba el cadáver de aquella infeliz mujer!

-¡Mira qué bien ¡Ya tengo de Vos lo que tanto deseaba! ¡Visteis vuestra historia...y os vengasteis de aquella mujer!. ¡Os acusaré sin piedad, y sé muy bien que todos me creerán!

-Haced cuanto queráis. Espero no me acusaréis. ¡Vos sabéis que soy inocente de esa muerte!

-¿Quién lo impedirá? ¡Tengo el poder en mis manos!

-¡Yo lo impediré, porque sería vuestro crimen tan horrible!...¡Seríais un criminal miserable que el fuego del infierno sería poco para Vos, por vuestros remordimientos que os acusarían por muchos siglos por todo el daño que queréis hacer de mí!

Se fue mi peor enemigo y yo pensé:

“No quisiera el encierro; si me llevan a un calabozo creo que me volveré loca...y no quisiera enloquecer. He de salvar a mi enemigo porque si no le salvo...será para él una sentencia de una muerte eterna. Que lo haga otro y que no sea él mi verdugo. Si es necesario que yo muera moriré, pero que él se salve. ¡Dios mío, que él se salve con todo lo maldito que es! ¡Quiero que se salve, de lo contrario...cuánto sufrimiento le espera en tantas vidas! ¡Por eso yo lo quiero impedir!. Le amo por toda su sabiduría.

Reconozco que tiene sobrado talento pero es un verdugo! ¡es un miserable!”

Al día siguiente se presentó el doctor y me dijo:

-Obedeced sin replicar a cuanto se os mande; yo me marchó por dos o tres días. Esperadme aquí; he de vencer algunos obstáculos y recuerde de lo que es capaz vuestra religión.

Le vi marchar con profunda tristeza. Esperé esos tres días, y cuando me dispuse a andar mi camino recibí nuevas ordenes y entonces temblé como nunca lo había hecho, porque los esbirros del Santo Oficio se apoderaron de mí y no pude seguir mi camino al quedar en poder del Santo Oficio.

No pude realizar mi viaje a la Corte; perdí todas mis esperanzas y me dije: - “No pensaré más de que me van a matar. ¡Qué bueno sería para mí morir!” - Pero después, al cabo de un rato me rehice y exclamé sonriendo como una tonta: -¡No debo morir así!...¡pobre de mí!...

Pasaron muchas horas; nadie se cuidaba de que yo estaba en aquel cuarto ni

nadie acudía a darme los alimentos necesarios. Mi cuarto tenía vistas al campo y me consolaba con mirar las tierras y la luz. La puerta permanecía entreabierta. Pedí pan y agua para beber pero nadie acudió a mis llamadas.

Me resigné, pensando que en otro lugar estaría peor porque no vería el Sol, pero era mucha la angustia que sentía producida por el hambre y la sed; era irresistible.

No pudiendo soportar aquella angustia, salí buscando a la guardia para que me dieran de comer. Los encontré en el centro del pasillo sentados en un banco jugando a los naipes, y nadie me contestaba al repetir que necesitaba agua y comer. Quise salir al campo y uno de los esbirros me lo impidió; me sujetó bruscamente ordenándome que fuese a mi prisión.

Me asomé de nuevo a la ventana; vi que alguien se acercaba a mi prisión. Eran dos guardianes llevándome alimentos, pero no puedo explicar qué clase de brebaje era y qué mal condimentado, que no había quien lo comiera y me puse peor; creí que había llegado mi última hora. Y una voz muy dulce y potente me dijo:

-“Aún no es tu momento”.

Aquella voz me animó y me dio nueva vida. Sentí que mi boca se refrescaba con agua pura y me dije: -¡Señor, gracias por darme agua purísima!...¡Veo que no me habéis abandonado!

En esos momentos me encontré fuerte y animosa y dije: -¡Señor, tened piedad de mí!

La misma voz imperiosa me dice:

-“¡Qué ingrata eres!”

-¡No...no soy ingrata...es que estoy muy débil!...

-“¿Dices que no eres ingrata? Acabo de darte agua y fuerzas y sigues teniendo miedo.

-Tenéis razón Señor, ¿por qué tanto miedo si ya puedo resistir?

Sentí pasos; era un hombre y me preguntó si quería comer y beber. Me dijo:

-Mañana será un día muy grande para Vos.

-¿Un día grande...o el último día de mi vida?

-¡El último no, pero sí uno de los últimos! Mañana harán que os aproximéis a buscar a Dios, ya que sólo os entendéis con el diablo.

Mi espíritu buscó como nunca la Justicia de Dios, y me vi libre en el espacio diciendo: “Dios mío, dadme fuerzas y noción de lo que soy para saber resistir”. Y seguí volando hacia un punto de destello de una luz brillante viva, y encontré a una jovencita esbelta de pasos ligeros. No podía ver su cara; la llamé, se volvió y me dijo:

-Vos seguíis siendo la misma; ¡siempre tan impaciente!

-¡Era mi dulce compañera de mi alma!...Me dijo:

-Me detengo ante Vos, Madre, porque mucho nos debemos la una a la otra.

La abracé y dije:
 -¡Qué fría estás!...
 -¡Claro que estoy fría...sigo siendo una muerta y no he podido llegar a entrar en el cielo!
 -¿Crees que pronto entrarás en el cielo?
 -¡Sí!...¡sí que entraré; de eso estoy completamente segura! He visto al amor de nuestros amores y me ha dicho. “No aligeres el paso, ya me alcanzarás”. –Y como veis, Madre, voy andando. ¡Qué fuerza tenéis Madre!...¡Ya está aquí y qué hermoso es!...
 -¡Yo no lo veo!...
 -“Siempre impaciente” -dijo El.
 -¡Dejadme ir con Vos...
 -“¡Ya vendrás!... Miradme, ¿qué veis ahora?
 -¡Sí!...¡Ahora sí os veo!...¡Os veo con una cruz!...
 -“¡Aún llevo tu cruz!”...
 -Ya os comprendo Señor; eso quiere decir...¡que me pertenece esa cruz!
 Sentí lo que nunca podré describir: dolor...tristeza...desaliento...
 Volví de nuevo a mi cuerpo. Me levanté asomándome de nuevo a la ventana.
 -¡Qué hermoso es el Sol! –exclamé-; ¡En todas partes eres el mismo! ¡Tú eres el renacimiento, eres la Vida, eres la imagen de Dios!...
 Sentí ruidos. Vi a muchos hombres llegar todos a caballo. Al verlos me reanimé. Tan distraída estaba viéndolos llegar, que no sentí la entrada de uno de los hombres en mi cuarto. Me tocó el hombro con cuidado para no asustarme y me preguntó:
 -¿Ya no me reconocéis, Madre?. ¡Ha pasado tanto tiempo!...
 Yo le miré, y mi cara me era muy conocida; era mi primer protector y me dijo:
 -¿Cuánto tiempo hace que permanecéis sin comer? -Y le dije:
 -No hace mucho.
 -¿Y encarcelada?
 -Encarcelada, tres días.
 -¿Cómo os han tratado? ¿No os han dado los alimentos necesarios?
 -¡Sí...sí me los han dado!...
 -¡Pues vuestro semblante...me dice que no habéis comido! Os pido seáis franca conmigo; decidme todo y por qué estáis aquí en este lugar; ¡yo os ayudaré!
 -¡Gracias Señor!
 -Volveréis a vuestro convento y no temer; volved tranquila, que nadie os molestará ni nadie os insultará.
 Yo besé su mano, y él se inclinó a besar mi frente y se marchó. Me asomé a la ventana y vi como se alejaba. Salí gozosa al no encontrar a nadie. Mis

carceleros habían desaparecido y otro gran número de hombres se presentaron a caballo. Uno se adelantó de entre todos, era uno de los jefes. Me saludó diciendo:

-Madre, todos los que me acompañan os quieren con un gran cariño. ¡Darían sus vidas por Vos si necesario fuera; yo el primero! Ahora os traerán buenos alimentos; descansaremos y nos pondremos en marcha.

Al verme libre dije: -¡Dios mío, qué bueno eres!

Nos pusimos en marcha. Yo iba en coche, pero el camino era muy malo y los vaivenes destrozaban mi cuerpo. El joven oficial me dijo:

-Madre, iremos más despacio porque el camino es fatal...y se nos avecina una gran tormenta.

-¡Si no se ve ni una sola nube!...

-Es que por aquí...hay muchos salteadores de caminos. ¡Tomad esta arma por si la necesitáis! ¡que os podáis defender!

La tomé y murmuré...: -Dios dijo "No matarás" -Y dejé caer aquél arma que abrasaba mis manos.

Iba obscureciendo y se oyeron muchos ruidos, y gritos, y caballos, y voces maldiciendo. Los que rodeaban mi coche me dijeron:

-¡Madre, rezad y rogar a Dios que la tormenta la tenemos encima!

-¡Sí, rogaré a Dios, que es el arma mejor que se puede emplear en los combates de la vida!

-Oí que decían que el primer jefe de mi numerosa escolta estaba gravemente herido. Tuvimos una parada. Bajé del coche y busqué al jefe herido, que ya le habían curado de los primeros auxilios. Al verme el oficial herido me dice:

-¡Madre, subid al coche! ¡aún persiste el peligro y yo prometí y juré salvaros! ¡Volved a vuestro coche!

Oí decir que la herida no tocó el corazón; por este motivo tuve la gran esperanza de curarle y salvarle con mi imposición de manos:

-¡Pobrecito! -pensé-, ¡es muy joven y quiero curarle! ¡Que se salve y sea feliz!

Nos pusimos en marcha subiendo al oficial herido en mi coche. Le cedí el mejor asiento y con mi voluntad traté de dormirlo.

Llegamos a un mal pueblo, porque casi todas las casas permanecían cerradas. El segundo de mi escolta pronto puso en movimiento a la mayoría pidiendo alojamiento por aquellos lugares y cama para los heridos que eran varios. La cuadrilla de bandoleros que nos asaltó, al no encontrar qué robar, hicieron algunos destrozos pagando muy caro su atrevimiento, pues según oí decir, algunos dejaron allí sus vidas y otros quedaron heridos.

La gente se iba acomodando encontrando cama para descansar, y yo, acompañada por el segundo jefe, busqué también dónde descansar, pero noté, con una gran tristeza, que los del pueblo me miraban con desprecio y me

amenazaban cuando me veían sola haciéndose la señal de la cruz.

Nos detuvimos en una casa que había dos mujeres en la puerta; me miraron con el mayor desprecio. Aunque yo les hablé con educación y respeto, ellas me contestaron con burlas y falsas risas diciendo:

-¡Entrad entrad...qué remedio nos queda que recibiros!...¡a la fuerza!

Se acercó el oficial a mí y yo le dije:

-Salgamos de aquí a otra parte.

-¿Os han tratado mal esas mujeres?

Me limité a decir: -Es mejor que me llevéis a otra casa.

-Como Vos ordenéis.

Seguimos andando y me detuve en una casa recién enjalbegada de blanco, destacando de todas las de su alrededor. La casa era pequeña. Salió un anciano, le pedí posada y también me la negó. Entonces dije:

-¡Pero qué es esto Dios mío!...¡nadie me quiere aquí!...¡Pero qué triste es todo esto! ¡Nadie me quiere...¡nadie!...¿por qué!

-¡Porque os creen una endiablada y una embrujada! ¡Porque en la noche matáis en vuestro propio convento a mujeres indefensas y huís del convento con todos los diablos!

El oficial me miró asombrado.

-¡Ya veis lo que piensan de mí en los pueblos, y qué bien me protegen por curar a los enfermos; por dar cobijo a los ancianos, cuidar a los niños y dar de comer al necesitado. ¡Así me acusan!

El anciano me miró y vi en él que estaba arrepentido de sus duras palabras; tanto es así, que cambió de parecer y me mandó pasar. El oficial me dijo:

-Entrad Madre, no parece mal hombre. Yo quedaré aquí fuera haciendo la guardia hasta nueva orden.

Entré, el anciano me mandó sentar y él se sentó junto a mí. Viendo que guardaba silencio y que nada hablaba me dijo en tono cariñoso:

-Madre, no se está mal a vuestro lado; me siento como en la gloria y eso que ya tengo un pie en el cementerio. No quisiera irme con mi pena de haber sido injusto con Vos.

-¿Y no pensáis ahora, que pueda ser el diablo el que os de esa gloria y ese bienestar?

-¡No quiero pensar en el diablo, me horroriza! Dejemos eso ahora y tomad; comed pan y fruta, es sabrosa al estar madura.

Y el pobre anciano me sirvió muy complaciente; y al ver que yo comía se sonrió frotándose las manos de contento, y se puso a hablar sin descanso contándome toda su vida completa.

Tenía muchos hijos y muchos nietos, pero de todos los nietos me habló de uno en especial que el anciano me lo presentó; era al que más quería. Representaba unos cinco años; los pies los tenía deformados y le impedían

andar ligeramente. La cabeza la tenía inclinada para un lado. El anciano me dijo:

-¿Veis este niño? Nació bien, pero tuvo una caída de un ribazo contra una gran piedra y quedó como lo veis. Estamos esperando a un pastor que ha quedado en venir, que se dice por los alrededores que cura y arregla los huesos... a ver si lo puede curar.

-¿Y si vuestro nieto se curase antes de que apareciera el pastor?...¿Y si yo le curase?

-¿Vos, Madre?

-¡Sí, yo, el diablo!

-¡Madre, no os burléis de un pobre viejo, y menos del mal de mi nieto que es al que más quiero!. ¡Creo que no es correcto burlarse de una desgracia!...¡No es de buenos cristianos!

-¡Yo no me burlo!...

-Pues si le curáis... ¡yo diría que Vos sois una santa!

Cogí al niño y le dije:

-¿Eres bueno?

-¡Sí que lo soy, Madre!. ¡Madre, curadme!

-¿Por qué me llamas madre?

-Mi ángel, cuando me voy a acostar, todas las noches me dice: “Que te cure tu madre”.

El anciano me dijo:

-¡Curadle por Dios, que mi nieto no miente! ¡Muchas veces me dice que por las noches habla con un ángel!

Cogí al niño entre mi regazo mirándole la carita triste, y en sus ojos vi algo que me conmovió profundamente. Fui tocando su cuerpo, sobre todo las partes más imperfectas. Le di pases magnéticos, apliqué mis manos en su cabecita y cuello empleando todos mis medios que me parecieron más útiles, y el niño a cada momento me decía:

-Madre, me pondréis bueno? Mi ángel siempre me dice: “Tu madre te va a curar”.

Le coloqué junto a mis rodillas cubriéndolo de besos. Comprendí claramente que aquel niño había vivido dentro de mí; ¿cuándo?, no lo sé, ¿en qué tiempo?, lo ignoro; ¿en qué fecha?, no lo sé; pero qué importaba la fecha. ¡Yo encontré un pedacito de mi alma que me estaba esperando! ¡Su ángel se lo había dicho: “Que te cure tu madre”...y así fue. ¡El niño fue curado!

-El niño, al verse curado de sus pies y del cuello...tuvo miedo de andar, y seguía andando con sus mismos pasos lentos con miedo, pero yo le dije:

-¡Anda hijo mío!

Y el niño se decidió...y anduvo; después, aligeró el paso saltando con alegría diciendo:

-¡Me ha curado mi madre!

Y el anciano quiso arrodillarse junto a mis pies; yo no se lo permití y me dijo muy emocionado:

-¡Madre...con Vos no va el diablo! Me iré al cementerio tranquilo porque habéis curado a mi nieto más querido. ¡Es tan bueno...que es justo que a un ángel le cure una santa madre!

Al anciano aquel procuré calmarle de su alegría y de la felicidad que sentía y le dije:

-Vos sois un perfecto hombre de respeto, porque habéis sido un buen padre, un cariñoso abuelo. Vos queréis entrar en el Reino de Dios y el Reino de Dios lo lleváis en vuestra conciencia, porque habéis empleado toda una larga vida en amar a vuestros semejantes con el alma y corazón; y quien entrega a los demás todo el cariño...está en gracia de Dios.

El anciano estaba entusiasmado, estaba loco de alegría al ver al nieto que él más quería totalmente recuperado de todos sus males. El anciano reía y al mismo tiempo lloraba; no se separaba de su nieto mirándole de arriba abajo. Yo le dije:

-Procurad que este hecho no tenga resonancia; quisiera se mantuviera en silencio.

-Madre...yo nada diré, si es eso lo que Vos queréis, pero el niño corriendo por la calle lo dirá todo, porque si él calla...sus piernas hablarán este hecho tan grandioso, que aunque no demos resonancia está a la vista.

Cuando salí del pueblo todos se agrupaban; me miraban y me señalaban con el dedo. Unos decían: -¡Esa monja es una santa! -En cambio otros decían: -¡Es una embaucadora!...¡Tiene cara de bruja! -Y yo decía entre mí:

.”¡Dios mío, cuantos recuerdos y cuántas cosas me vienen a la mente, y lo que más recuerdo en estos momentos es el haber curado a ese pobre niño! ¡Algo siento en mí que no me lo puedo explicar!... ¡No sé, pero ese niño ha dicho algo muy trascendental a mi alma! ¡Cuánto me ha impresionado la curación del pobre niño; me ha causado más júbilo que todas mis curaciones realizadas! Yo le tuve entre mis brazos hace muchos tiempos; ¡no me cabe la menor duda!”

No podía olvidar lo que yo sentía por aquel niño. Puestos en marcha, en el viaje, noté que íbamos muy deprisa; me alarmé tanto, que llegué a pensar que corríamos algún peligro y le pregunté al segundo oficial de mi escolta. El me contestó:

-¡Peligro por ahora no, pero hemos de aprovechar el buen tiempo y el buen camino!

-¿Y el oficial herido, cómo no le han traído a mi coche?

-¡Para no molestaros tanto! La herida se le ha medio cerrado, pero tiene un dolor interior que le vuelve loco.

- ¿Haremos alguna parada durante el trayecto?
- ¡Si, haremos una y será muy breve; sólo para tomar un bocado!
- ¡Pues entonces, quisiera ver al herido!
- ¡El también lo desea, porque sufre mucho!

El dolor de aquel pobre joven me preocupaba mucho; yo creía que ya estaba curado. Entonces me sentí un poco vanidosa por creerme una potencia de primer grado. Después me arrepentí de mi pensar y me dije:

“Dios mío, qué pequeña soy; ¡mi vanidad me persigue!. Ahora voy de regreso a mi convento y allí está la sombra de una mujer que murió por mi intolerancia. ¡Dios mío Dios mío...cómo seguirá el resto de mi existencia! Emplearé mejor el tiempo. Por clemencia divina no he ido a la hoguera ni me han atormentado cruelmente. ¡Qué podré hacer Dios mío para poder engrandecerme y demostrarte mi gratitud! ¡Soy religiosa y quiero hacerme digna de los sabios!...”

Hicimos una parada y acto seguido visité al oficial herido que se encontraba tumbado encima de una manta. En cuanto me vio quiso incorporarse, pero no pudo. Se alegró mucho de verme, y yo, sin pérdida de tiempo le ordené se incorporara lentamente, y al intentarlo lanzó un grito de dolor. Le dije: -“Duerme”. -Y no acabé de decirlo cuando al instante quedó dormido.

Entonces procedí a curarle; le quité el vendaje y le vi la herida; la tenía cerrada, y en los bordes de la herida estaba como muy rojiza e irritada.

Coloqué mis manos muy suavemente sobre la herida y pronto se tiñeron de sangre negruzca. Al verme con aquellas manchas exclamé:

-¡Pobrecito!... ¡él expuso su vida por salvar la mía! ¡Dios mío, permitidme que le devuelva lo que por mí perdió!

Seguí curándole la herida, y al terminar mi trabajo le dije: -Despierta.

Se despertó, y respiró con entera satisfacción sin sentir ningún dolor. Se sentó rápidamente diciéndome con gran asombro:

-Madre, ¿qué habéis hecho conmigo? ¡Estoy bueno! ¡No sois para mí la Madre religiosa, sino la madre de mi alma! ¡Qué alegría; me siento tan fuerte...que creo podré ir a caballo!

-¡No hijo, no irás a caballo; irás conmigo en mi coche que de él no debieras haber salido!

-¡Por mi gusto no fue, Madre!

Subimos al coche y hablamos un largo tiempo. Llegamos con un buen fin del viaje al convento y la mayoría de las religiosas me recibieron con profundo respeto, pero no con cariño. Comprendí que mi llegada las contrarió mucho.

Entré de nuevo a mi celda; estaba tal y como la dejé; no faltaba nada. Saludé a mis flores del cielo diciéndolas:

-¡Ya estoy aquí!...

-“Te esperábamos” –contestó una de ellas. Otra dijo:

-“Descansa en tu lecho, que lo necesitas. Nosotras velaremos por ti”.

* * * * *

Capítulo XXVI

Después del viaje y descanso, salí, diciéndoles a los oficiales que estaba muy agradecida del Rey y de todos ellos, y de las demás gentes que me habían escoltado.

-Madre, -dijo el primer oficial-, tenemos orden del Rey de alojarnos cerca de aquí y hacer la guardia al convento para mayor tranquilidad del Rey y de Vos.

Me sorprendió mucho toda aquella escolta, pero viniendo del Rey...obedecí toda su buena voluntad.

Me di un paseo por todo el convento con plena libertad hablando a las monjas y me contestaron con mucha frialdad. Quise observar a la monja que me había jurado “daría su vida por mí”, y esta me dijo:

-Madre, aquí hay mucho engaño y existe el peligro y la perturbación. Yo estoy contenta de que hayáis vuelto, a ver si Vos podéis tranquilizar los ánimos.

-Yo seré para vosotras una verdadera religiosa, y quiero que me rodee la justicia y la verdad.

-Gracias Madre; es que...hemos pensado de Vos que estáis entre Dios y el diablo. Nosotras no somos malas, ¡es que hemos visto en Vos cosas tan horribles... Pero si Vos estáis entre nosotras nos creemos felices! Madre, desde aquel día que salió la interina y el sacerdote, fui retirada del grupo de la comunidad y me enteré de cómo se trataba a los niños y ancianos, y todos a coro me decían: -Madre, sois tan buena con nosotros como la monja que se fue al cielo; se conoce que os acompaña su alma; sois tan buena como ella.

Todo lo que esta monja me decía era hermoso; esto me consolaba mi espíritu. Estaba contenta de mí misma y reconocí, aunque un poco tarde, que yo me había buscado todos mis males y todas mis luchas. Si yo hubiera vivido como las demás religiosas nadie se hubiera ocupado de mí para bueno ni para malo. Pero yo seguí escribiendo mis historias, continuando lo que ya tenía comenzado.

Cuando más tranquila estaba en mi celda, recibí la visita del primer oficial que estaba haciendo la guardia en las proximidades del convento y me dijo:

-Madre, tenemos nuevo relevo, y las fuerzas nuevas me han traído este pliego para Vos.

En él decía que pronto vendría la segunda superiora. Me dijo el oficial:

-Me marcho muy contento de Vos, Madre, porque si recibí una herida en mi cuerpo...Vos habéis curado mi cuerpo y mi alma, y es tanto lo que os quiero, Madre, que anoche, al recibir el pliego para Vos...tuve el gran atrevimiento de leer vuestro pliego pensando que viniera otra desgracia. Abrí el sobre para que Vos no sufrierais otra mala noticia. Al ver que la noticia era buena...aquí tenéis,

Madre, perdonadme; lo hice con la mejor intención y buena voluntad. Ahora me voy tranquilo, porque veo es el mismo Rey el que os envía el refuerzo para ayudaros.

Si aquí describiera todo lo relacionado de mi compañero...sería interminable; es mejor no mencionar nada de él, ni siquiera su nombre; eso nada nos podrá importar, pero se sabe que fue mi sombra causándome muchos estragos y muchas contradicciones.

Quería ser siempre el primero, ¡destacar y triunfar en todos los lugares que pisaba! Se valía de su talento y de su majestuosidad y su arrogancia se apoderaba de él.

Yo para él...era una simple compañera de siempre que poco sabía porque nunca estudié. Cuando escribía mis cartas a un sinnúmero de provincias y capitales de España y parte del extranjero, iban escritas a ciertos personajes de muy alta aristocracia...era él el primero en recoger las contestaciones de aquellas cartas que yo dedicaba, y en esas cartas, él sufría cuando me colmaban de honores; ¡todos eran en ensalzarme! El, en cambio, era todo lo contrario; sólo era hablar para avasallarme y hundirme.

Al recibir una de las cartas se Su Majestad el Rey dándome toda clase de facilidades y libertad para seguir haciendo conventos, él se molestó mucho, y me prohibió que fuese yo la fundadora de dichos conventos. El siempre quería ser el primero y el triunfador. No lo consiguió. No tuvo ni voz ni voto. El quería destacar para que su triunfo saliera al exterior y en las primeras páginas. Yo a nada me oponía; era enemiga de las controversias; no quería llevarle ninguna contrariedad, le obedecía siempre con respeto y honestidad.

Tenía ciertos temores hacia él. Yo sólo me negaba a la mentira; ¡era superior a mí! Por encima de todas las cosas defendía la verdad y de ahí nacía su cólera. El sabía en el fondo que en mí no existía la vanidad. Quería ser una religiosa más de entre todas las del convento, entregada por completo a curar enfermos y ayudar a niños y ancianos sin pregonar mis actos ni ser vista en la iglesia.

Siempre mis palabras eran las mismas para mis compañeras religiosas. Me decían que nunca me confesaba...y ahí empezaron las murmuraciones. Yo les decía que me confesaba todos los días y mi confesor era Uno y único: Dios. Para mí, no había otro confesor.

Cuando mi compañero subía al púlpito y decía tantas mentiras...no lo podía soportar. Nunca quise confesarme a él; no era digno ni merecedor de ello; sólo hubiera servido para empeorar las cosas.

Se enfurecía. Cuando venía a mi celda, con agresividad me decía:

-¡Debéis confesaros hoy mismo! ¡El reglamento lo exige y estáis obligada a

obedecer a la iglesia! ¡Os espero en el culto!

-¡No será eso cierto, yo me confieso todos los días!

¿Quién es vuestro afortunado confesor?

-¡Ya lo sabéis!...¿son tantas las veces que os lo he dicho? Yo me confieso a diario siempre con Dios, y a El le pido perdón y le cuento todas mis ofensas. ¡El es el único que me podrá perdonar! ¡No creo que ni Vos ni otro cualquier sacerdote pueda perdonar mis actos impuros, sólo por el hecho de que yo les cuente mis pecados! ¡No serviría de nada...ni Vos me salvaríais de mis pecados cometidos!. Mi confesión para con Vos, no tiene nada que decir. Si Vos queréis saber de mí...¡sí, preguntadme Padre, con mucho gusto responderé a vuestras preguntas como un diálogo entre dos buenos religiosos, no como una obligación de confesión!

-¡Yo sé muy bien, que Vos, os habéis confesado con un religioso sacerdote compañero nuestro!

-¡Sí, es cierto; de eso hace muchos tiempos, cuando mis seres queridos me hablaron de que tenía que confesarme antes de tomar los hábitos! Obedeciendo a los míos me vi obligada a ello...¡ignorando ciertas cosas que hoy tengo conocimientos de ello! ¡Fui obligada para entrar en el convento de primeras nupcias! Al regresar al convento, las normas que había...no las veía muy claras; ¡tuve que acceder a ellas! En unas cumplí con respeto y obediencia; otras...no las pude cumplir ni las cumpliré porque van en contra de la Ley de Dios, y esa no es la religión de Cristo. ¡No puedo contradecir la Verdad de Nuestro Señor Jesucristo! ¡Vos mentís con bastante frecuencia sabiendo que vais en contra de la Ley de Dios! ¡Vos me estáis torturando!...¡me estáis martirizando! ¡Vos fuisteis quien me expulsó del convento con una mentira falsa, diciendo a mis seres queridos que estaba enferma! ¡Vos sabíais sobradamente que no era cierto; era una de vuestras muchas mentiras...y obedecí a vuestros mandatos siempre con respeto y humildad! Al llegar a mi casa mi familia se encontraba preocupada por mi salud. Preguntándome qué era lo que me pasaba, les conté la verdad y no me creyeron; ¡creyeron sus falsas mentiras!. Quisieron traerme a un médico y me negué diciéndoles: - No me creéis y os estoy diciendo la verdad. ¡No padezco ninguna enfermedad! Si para ser religiosa he de vivir mintiendo...¡me niego a seguir en el convento!

-Hija -me dijo mi padre-, he de llamar a un sacerdote, confiéstate y expón la verdad.

-¡Yo no miento!...¡la verdad será siempre la misma!

-Algo habrás cometido que no sea de buen agrado para mandarte a casa en estas circunstancias que tú expones. ¡Sé que eres una buena hija, pero muy impulsiva y autoritaria...y están en su derecho de corregir tus pequeños defectos, que a veces...no nos gusta que nos los corrijan!

-¡Yo soy así!. Estoy llevando mi religión con respeto, orden y obediencia.

¡Que sean ellos los que respeten la verdadera religión de Cristo! ¡Hay mucha injusticia detrás de los muros y mucha mentira...y eso es lo que me impide seguir sus órdenes! ¡Antes morir que mentir!. He de seguir adelante la palabra del Señor pase lo que pase y venga a mí lo que tenga que venir. Cuando me preguntan con quién hablo cuando estoy sola en mi celda, y les digo que hablo con Jesús...¡no me creen! ¡no sé mentir! ¡les digo la verdad!. ¡Hablar con Jesús no es estar endiablada!...¿Donde está el diablo, si el diablo no existe?...

Nadie me comprendía; por aquellos tiempos todos estaban en contra mía. Después, salí de mi casa a otro convento. Así lo expuse para no enfrentarme de nuevo con el famoso amigo de mi familia.

De nada me sirvió; siempre fue mi sombra siendo un sacerdote de alto mando muy intelectual y arrogante. Cuando todo estaba en calma y en orden de paz...le tenía junto a mí, dándome ordenes que no le pertenecían.

Al permanecer lejos de mi estancia, mi obediencia pertenecía a otros religiosos de mi convento. No aceptaba que me dieran honores; siempre le obedecí; él siempre pisando mis obras.

Me hicieron fundadora de varios conventos; aquellos halagos y ascensos que para mí eran dignos y responsables, para él, significaban una bajeza llenándose de cólera por la envidia que sentía y la pasión. Me prohibía salir del convento diciendo que mis visiones y experiencias eran cosas del diablo, quedando por su parte, como religiosa de clausura.

El Rey me concedió el indulto para poder salir durante todas las horas del día y dirigir las obras y contratos de los obreros y constructores, cosa que él me lo denegaba. ¡Todas mis obras y proyectos me los rechazaba!

Yo veía en él como en otros, todas sus procedencias y sus intenciones para conmigo; veía en ellos todas sus sombras oscuras que venían hacia mí a traicionarme como auténticos reptiles. ¡Era una lucha constante y un calvario que duró una larga vida!

Después de que mis fuerzas se fueron agotando, él...me visitaba a diario; me mimaba en mis últimas horas diciéndome:

-Vos habéis sido una santa en vida. Después de muerta...os haremos santa en los altares. ¡Yo os santificaré! Si muero y me pierdo...quisiera que salierais a mi encuentro. -Le dije:

-Así lo haré. Dijo el Señor: “Perdona a tus enemigos, para que tú también seas perdonada”.

Pasaron varios días. Llegó la segunda superiora acompañada de otras monjas. Las recibí y las atendí como era debido. Me pareció reconocer a la segunda superiora: ¿Dónde la he visto? -La miraba y quise reconocerla. Debería ser de tiempos de muy atrás...pero eso no podía ser posible, porque mi

segunda compañera era muy joven.

Cuando nos quedamos las dos solas le di posesión de su celda; entró en ella sin fijarse mucho en su nuevo lecho, lo único que me dijo con sequedad, fue, que deseaba quedarse sola porque estaba muy deprimida y agotada y necesitaba descansar.

Me hirió su tono de expresión, ella al momento se dio cuenta y lo reconoció, y me dijo con más dulzura:

-Madre, estoy débil...y al mismo tiempo estoy muy emocionada de estar junto a Vos.

He podido saber que habéis sufrido mucho. Comprenderéis, que necesito estar sola, porque necesito reposo para mi cuerpo y para mi alma.

-¿Cómo sabrá ella, que yo he sufrido mucho?

Al día siguiente empezó una nueva lucha con el sacerdote del convento, el que me acusó de no cumplir con las ceremonias de la iglesia. ¡Siempre me acusaba de lo mismo; de que no asistía a las misas como es debido! -Yo le decía:

-¿Qué queréis que yo haga?...¡Será el diablo que no me deja!

-¡Yo no digo tal cosa, aunque todo pudiera ser!...

-¡Pues Vos no me obliguéis; no olvidéis que sigo siendo la superiora, la que ordena y manda...y Vos no tenéis más recurso que obedecer! ¡Aquí quiero se haga el bien, y el bien es la mejor oración y el mejor rezo que pueden llevar las religiosas a Dios!

El sacerdote murmuró, y se marchó refunfuñando de mi impiedad.

Viendo que mi compañera, la segunda superiora, no acudió al refectorio...fui a buscarla y me recibió muy bien. Me aseguró que me obedecería en todo, por lo cual, me puse muy contenta.

Pasamos al refectorio y todas las religiosas miraron a mi compañera con curiosidad. Dedicué el día en enseñarla todas las cosas del convento y las dependencias de este, y al ver el departamento de los ancianos mi compañera dio muestras de satisfacción. Visitamos después a los niños; agasajaron a mi compañera y ella me dijo:

-Madre, aquí no hay ociosidad, ¡cuánto me alegro! Aquí se puede trabajar.

Después, ya en el convento entramos en el aposento donde murió aquella monja infeliz, y yo, temiendo hubiera mala atmósfera en aquel aposento, entré primero diciendo a mi compañera que esperara un momento fuera. Entré, abrí la ventana y la llamé. A ella la extrañó mi manera de proceder y me dijo:

-¿Es este el aposento del castigo?

-¡Aquí no se castiga a nadie!...

Y como yo no sabía mentir, le conté todo lo sucedido a mi compañera. Sentí en ella una gran confianza; mucho le sorprendió todo lo ocurrido.

Salimos del aposento y mi compañera muy decidida quiso volver a entrar; lo miró todo con mucha atención...y pude ver en ella que palideció. Miró a un

rincón con mucha fijeza y me dijo:

-¡Madre, qué plan más ordinario y ruin usaba!...¡De buena os habéis librado!

Noté en mi compañera que tenía algo extraordinario en sus ojos; eran rayos de luz, y le dije:

-¿Qué tenéis?...¿Qué os pasa?

-¡Ay Madre, dejadme, que con mucha frecuencia me quedo en un estado que no acabo de comprender!...

Pasaron varios días y mi compañera se impuso a la comunidad. Sabía mandar, lo hacía muy bien. Yo nunca supe mandar ni hacerme obedecer, en cambio ella...tenía una gracia y un don especial. Mandaba siempre y todas la tenían un cierto temor; se apresuraban con velocidad a cumplir sus órdenes. La llegaron a querer mucho, y yo me alegré de que realizara tan buenos trabajos. Yo podía morir más tranquila dejando en mi lugar a una mujer que valía más que yo.

Una mañana me vino a visitar una de las monjas de la comunidad, diciéndome, que un sacerdote quería hacerme una entrevista. Yo me puse en guardia temiendo lo peor, ¡pensando en nuevos disturbios!

En esa misma mañana entró en mi celda un hombrecillo enclenque, apocado, mirando al suelo. Con la voz apagada me dijo:

-Vengo a daros una mala noticia.

-¡Ya estoy acostumbrada a ellas...venga una más!

-No os alteréis; no es para mortificaros ni encarcelaros, así que...vuelvo a deciros que no os alarméis. Es para deciros, que hay un hombre al que Vos habéis querido mucho que está en peligro de muerte, y os pide le curéis.

-¿Y qué es lo que yo puedo hacer? ¡Si él necesita un doctor...Vos lo podéis buscar sin mi permiso!

¡El me ordena seáis Vos quien acuda a su lecho! ¡Madre...no os neguéis a curarle! ¡El es tan bueno!...El dice que si Vos queréis se curará.

-Pero...¿quién es ese hombre?

-¿No lo adivináis?.¡Que torpeza de mujer!...

Oí pronunciar su nombre, ¡era mi enemigo! –“Cuando me llama –pensé-, es porque confía y se acuerda de mí”. “El hombrecillo enclenque me dice que yo le había querido mucho... ¿Qué sabe nadie de mis sentimientos hacia mi enemigo, si de mí no han salido tales palabras?

-Decidle, que en cuanto pueda salir de aquí. Hoy no puedo.

-¡Sí que podéis!

Oí carcajadas, lamentos, maldiciones...y no sé qué más pude oír. Los seres invisibles me aturdían y me distraían. Pensaba en ir a verlo, pero...”No puedo salir sola”. Después pensé: -“Puedo salir por la puertecilla por donde entraba y salía mi enemiga”

Salí como una centella, disparada. Buscando al oficial de guardia le dije.

-Tengo que pedirlos un favor.

-Quien aquí manda, no necesita pedir favores.

-Preparaos para acompañarme, que he de visitar a un moribundo.

Hablé con mi compañera y esta se sorprendió mucho de mi salida tan repentina, pero luego dijo un poco extrañada:

-Si vais a practicar el bien, el bien es útil en todas partes.

Salí y me pareció que me decían: “Más aprisa” “Aligera el paso”.

Tanto lo aligeré, que hice correr a mi acompañante.

Llegamos a la mansión de mi enemigo; era una magnífica mansión pero muy sombría y de aspecto triste. El hombrecillo que me fue a buscar me estaba esperando. Acudí a donde se encontraba el enfermo. Entré temblando y con recelo, ¡era un esqueleto!

-Me habéis llamado y aquí estoy.

-Que Dios os lo premie; con que Vos me miréis...ya me conformo.

Miré al enfermo, y mientras más le miraba, más difícil veía su curación. Le encontré muy mal. –“Si basta el poder de mi voluntad...haré que lleve esta agua la fuerza de mi amor, y que se salve, aunque por ello me cueste la vida”.

Oí una voz que me decía:

-“Si le das agua en abundancia, le matarás; dale pequeñas dosis en cucharaditas”.

Le dije: -Bebed, bebed de esta agua, ¡es agua de vida!...

Al retirarme, le dije al hombrecillo le diera pequeñas cantidades del agua que yo le preparé. El oficial al verme se sonrió, y me dijo:

-Madre, no conozco a ningún sacerdote que sea bueno; ¿Por qué corréis tanto por lo que nada vale?

Le conté todo lo que había hecho por él y me dijo:

-¡Ya se salvará! Un buen padre de familia se hubiera muerto, pero esos padres de la iglesia...¡tienen mucha suerte!

Cuando me vi en mi celda di gracias a Dios diciendo: -“Estoy contenta de mi proceder; a pesar de que es mi peor enemigo le quiero, ¡pero no quiero su carne!, ¡le quiero por su talento!, ¡por su sabiduría!”

Al día siguiente volvió aquel hombrecillo diciendo que el enfermo estaba mejor, y que volviera para arreglarle más agua, que se le había terminado.

Volví al día siguiente y me dijo el enfermo:

-¡Os debo la vida!

-¡Más de una vez me la debéis!. Cada vez que os he dormido, si no os despierto a tiempo hubierais despertado en el espacio.

-Entonces con Vos...tengo algo pendiente. ¡Os ruego Madre que me curéis, pero no me mortifiquéis!

¡Cuánto daño me hacían sus palabras! Arreglé el agua, y vi que de ella brotaban partículas de iluminación de varios colores. Le dí una toma y me dijo:

-¡Me dais la vida!...

-Me marchó; he terminado mi trabajo.

-¿Ya no vais a volver más?

-No; ya os mandaré el agua antes de que se os acabe.

Al encontrarme dispuesta para salir me dijo:

-A pesar de todos los tormentos y todo lo ocurrido... ¡os admiro!

Y al salir, me dijo el oficial:

-Madre, os veo muy triste, ¿qué ocurre?, ¿ha empeorado el moribundo?

-¡No!... ¡todo lo contrario: Ha resucitado! ¡He salvado al enfermo!

-¡Lo creo, pero al salvarle...debéis de pensar en las nuevas mortificaciones que os dará!...

Al encontrarme en mi celda me pregunté: -“¿Por qué estaré contenta? ¿Será porque soy útil a los demás, entregándome a mis curaciones y visitar y consolar a los ancianos?

¡Dios mío, creo ser cumplidora; también hago bien al enemigo, he vuelto a curar de nuevo al hombre que más daño me ha causado en este mundo! “Los dos chocamos como dos cosas anti-dialécticas”. Yo le admiro porque su alma es más grande que la mía y más sabia. Sentir...mucho siento, pero del saber...sé muy poco. Llegaré algún día a defenderme de entre los sabios; llegaré a ser tan grande como ellos. ¡Qué pequeña es el alma, si no tiene grandeza de sabiduría! “He de ir buscando la manera de comprenderme”.

Me llamaron y me reuní con la comunidad. Observé que las monjas estaban muy contentas, y mi compañera me dijo que las monjas me echaban de menos, de lo que me alegré enormemente, pues mis deseos eran de poder ser amada.

Terminada la comida propuse a mi compañera un paseo por el huerto.

-Más tarde –me contestó-, que aún tengo mucho por hacer.

-¿Puedo acompañaros?

-Sí Madre, y con ello cumpliréis un gran deber. Os advierto, Madre, que los asilados necesitan una buena corrección; he observado que hay quien abusa: el fuerte humilla al débil. He preguntado a unos y a otros , y todos permanecen callados.

Vuestro trabajo es muy útil, y por todo vuestro trabajo os felicito. ¿Y qué habéis hecho para calmar la tormenta?

-He castigado a unos niños y a cuatro ancianos.

-¿Qué los habéis castigado?

-Sí Madre, los he aislado los unos de los otros.

-¿Y qué creéis que vais a conseguir con castigarlos?

-¡Ya lo veréis Madre; el tiempo os demostrará que no he obrado mal! Los niños castigados me han pedido perdón por todas sus faltas, en cambio los ancianos...han sido más duros en reconocer sus faltas y han tardado más en pedir perdón. Madre, preguntadles ahora por qué pecaban, y por qué han sido

castigados.

-Está bien hija, haced uso de vuestra autoridad, que un establecimiento benéfico sin una buena dirección...es obra muerta.

-“Mi nueva compañera cuánto la llegué a querer”.

-¡Veo que sois la verdadera superiora!...

-¡No Madre! ¡Vos sois...el moderador, y yo soy la que impone la pena! Madre, yo os quiero con el alma, y como os quiero tanto, quiero la buena marcha del asilo. No olvidéis Madre, que hay pobres desgraciados que no aprecian los beneficios que reciben; sólo ponen su atención en buscar defectos de sus bienhechores y publicarlos a gritos. La ingratitud...es la carga más pesada para la humanidad.

Pasamos revista al asilo y todo lo encontré en el mejor orden y aseo. Una pobre viejecita se me acercó con mucha tristeza, diciéndome que era tratada con mucha severidad; pude comprobar que no era así. No era cierto lo que la viejecita me decía. Hay veces que abusan de tanto consentimiento y se pasan las normas a seguir. Mi compañera también se arrepintió, y hasta lloró lamentando su sequedad. Después, fuimos a visitar la estancia de los niños; -por cierto, los encontré muy cambiados, ¡demasiado serios! No estaban tan alegres como cuando vivía mi compañera.

Esta segunda compañera era una mujer muy severa...y con gran contento de mi parte; esta clase de mujer es muy útil en todas partes.

Terminamos las visitas y salimos al huerto; allí le dije a mi compañera:

-Los asilados os temen.

-Ya lo sé, Madre, y no me importa, ni me importa que os amen a Vos y que me teman a mí; yo soy así. Mi padre pertenecía al ejército; era militar y me enseñó las ordenanzas igual que a mis hermanos. El siempre nos decía que la bondad, hacía muy buenas migas con la severidad. Mi madre, era un alma llena de amor, y muy obediente a la voluntad de mi padre. Yo desde muy pequeña sentí la vocación de tener mando; de mandar, pero no a un pequeño grupo, ¡siempre deseaba tener mucha gente a mis órdenes! La muerte de mis padres fue la causa de ser religiosa...y lo soy de buen corazón. He venido cerca de Vos muy contenta, para que me enseñéis a ser buena. Quiero ser mejor que ayer, y mañana pueda ser mejor que soy hoy.

Mi compañera tenía un don de atracción; su alma me atraía; era una mujer de gran carácter. Había en ella el rigor de la justicia. Tenía temperamento y sus deseos eran de ser útil a la humanidad.

Hablé con ella un largo tiempo y le pedí que diera libertad a sus presos; que los hiciera pasar a mi celda.

Cuando me vi sola en mi celda recordé todo lo que había hablado con mi compañera y reconocí cuánto valía. Pensé en mi enemigo el sacerdote y murmuré:

-¿Conocerá a mi compañera? ¿Estará enamorado de ella, como lo estaba de mi primera compañera? Porque no hay duda...de que es una mujer muy hermosa; ¡tiene todos los atractivos que seducen y encadenan!

Entraron después a mi celda los ancianos castigados, y mi compañera tenía razón, no se les veía en ellos ninguna buena intención. Les di mis buenos consejos, y escucharon como aquel que oye llover. Los niños entraron después y se abrazaron a mí, y en sus caritas, se les veía algo bueno. ¡Qué hermosos son los niños! Los acaricé, los besé...y se fueron contentos y alegres.

Estando una vez sometida a mis oraciones, era tanto el deleite que en mí sentía que, por unos momentos pensé que no era merecedora de tal bien. Comencé a pensar, y me vi en un lugar que yo ya había visto; yo misma me veía en aquel infierno; nunca olvidé de la manera que allí me vi.

Comencé de nuevo a pensar y me vino algo muy especial que yo no lo sabía descifrar; fue como un golpe de suerte. Me pareció estar metida de lleno de aquella majestad, que me dio a entender la verdad que es cumplimiento de todas las verdades. Oí una voz y miré a un sitio y a otro, pero de ver, no veía nada. Yo entendí, que quien me hablaba, era la misma Verdad. Empecé a pensar muchas cosas y pude comprender, que todo el daño que viene al mundo es por falta de conocimientos y de no conocer las verdades. Comprendí que aquella voz era el Amor de mis amores, me dijo:

-“Qué pocos son, los que me aman con la verdad”.

Así fue como empecé a sentir pena de vivir, y entendí el gran bien que hay en no hacer caso de las cosas que no sean para llegarnos más a Dios. Todo lo fui entendiendo, más que si muchos letrados me lo hubieran enseñado. Nosotros no necesitamos que otros nos puedan enseñar; tenemos a nuestro Divino Maestro, que de El recibiréis todo aquello que creéis no saber. El Señor os dará de su sabiduría porque todos lo llegaréis a ver. El diamante, al estar pulido, es como un cristal transparente. ¡Todo con claridad se podrá ver!

Unos días después, estando con las monjas en el refectorio, de pronto desapareció todo sin haber ni alto ni bajo, ni espalda ni lados, y en el centro, se me presentó Jesús Nuestro Señor. ¡En todas las partes de mi alma le veía tan claro como el mismo espejo...que yo no lo sabría cómo explicar ni decir! Sé que me fue esta visión de gran provecho para explicar a dónde se ha de buscar a Dios. Empecé diciendo:

-“No busquéis a Dios en las plazas ni en los centros, porque va dentro de sí, y al ser mejores con el prójimo más cerca le hallaremos”

Seguí pensando y comprendí quien fue el que me dio sabiduría y entendimiento sin tener que salir a buscarlo, porque lo llevamos en nuestros adentros. Después, tuve otra videncia: Cosas espantosas que pude ver; en tan

breve espacio, ver tantas cosas juntas, cosas tan feas como feos eran mis pecados. Así, quedé entonces tan avergonzada, que no sabía dónde meterme para no ser vista y esconderme. Pensé:

-“Quién pudiera dar a entender esto a los hombres que cometen graves pecados, para que se acuerden que no vivimos ocultos a los ojos de Dios”.

Poco después se presentó mi compañera. Como su compañía me era de mucho agrado, traté de retenerla a mi lado un largo tiempo y le fui enseñando todo lo que guardaba en mi celda. Al mirar las flores del cielo se sorprendió, y me preguntó:

-Madre, ¡qué flores más bellas! ¿De dónde las habéis traído?

-Ellas vinieron solas, y ellas mismas se han dado el nombre de “Flores del Cielo”

-¿Será cierto? Puede ser...que alguien las haya cogido de la cumbre o de una alta montaña, y al estar tan cerca del cielo les hayan dado ese nombre.

Comprendí, que de lo que yo le dijera sería inútil; era muy buena y entendía, pero no tenía la espiritualidad de mi otra compañera que estaba más allá que aquí. En cambio, esta no pensaba nada más que en lo de aquí. Estaba enamorada de su cargo, de ser segunda superiora que lo desempeñaba a las mil maravillas pensando siempre en todo lo que le rodeaba; tanto es así, que llegó a decirme con firmeza:

-Madre, yo os diré los planes que tengo; haremos grandes funciones religiosas y los niños harán un gran papel.

Esto ya no me gustó. Yo no quería que los niños cogieran por costumbre el canturreo de la iglesia. Yo quería que se educaran de otra manera. Quería que se construyeran; que no tomaran la religión como un medio de vivir sin trabajar. Cuanto más pensaba en todas mis reflexiones, más me preocupaban los niños. Después de haberse marchado mi compañera me dijo una flor del cielo:

-“No te preocupes de los niños ni de tu compañera, ya le hablaremos a su debido tiempo. Déjala que siga con sus decisiones; después hablaremos con ella y también hablaremos con toda la comunidad”.

-¡Ay flores mías de mi alma!...¡yo comprendo que no sois flores, sino que sois almas que veláis por mí...¡Cuánto os quiero flores mías! Os presentáis de la forma más hermosa; aunque tarde...comprendí lo que valéis.

-“¡Ya es hora, de que comiences a reconocer la verdad!... ¡Ha sido mucho tiempo el que te ha costado! ¡Tu niñez...te ha durado casi una vida!”

-¿Entonces flores mías, es que voy a morir pronto?

-“¿Otra vez te has vuelto a salir de la seriedad, para caer en la tontería de nuevo?... Por hoy, hemos terminado”.

Así fui pasando el tiempo y mi compañera se fue apoderando de mi voluntad. Me hacía estar junto a ella para escuchar los cánticos de los niños; parecían verdaderos ángeles; cuanto mejor lo hacían...más tristeza me

producían las voces de aquellos niños.

Mi compañera me tenía muy atareada y no me daba cuenta del tiempo que transcurría. Una mañana recordé a mi sacerdote y dije: -¡Qué será de él?... ¡Qué ingrato, no ha cambiado nada!... ¡Ni ha venido a darme las gracias!

En aquel momento sentí pasos; era mi compañera; entró diciéndome:

-Madre, un sacerdote muy altanero y al mismo tiempo venerable, pregunta por Vos.

-¿Le conocéis?

-No Madre, no lo conozco. ¿Quién es? ¿es quizá vuestro confesor?

-No, no es mi confesor; es un antiguo amigo de mi familia. Hacedle pasar.

Entró y le encontré muy bien; había resucitado una vez más. Me saludó y yo le dije:

-¿Os sentís grave?

-Grave no, pero sí triste. -Y lanzó una mirada al sitio donde había estado el lecho de mi primera compañera. Dio un suspiro, y comprendí que aún seguía enamorado de ella. Me habló mucho referente al convento; me dijo que yo nunca había sabido mandar:

-Ni vuestra comunidad ha estado dispuesta a obedecer. ¡Ahora es cuando se empieza a obrar con verdadera justicia!

-Es cierto, que mi compañera sabe cumplir con su obligación.

-Madre, sabréis que he estado en la fuente a la que Vos llamáis “La fuente milagrosa”.

-¿Y habéis bebido agua?

-Sí, sí que he bebido bastante. ¿Me podéis decir, por qué la llamáis “La fuente milagrosa”?

-¡Qué frágil y qué desmemoriado estáis! ¿No fuisteis Vos quién le puso ese nombre?

-¡Es verdad, ahora lo recuerdo todo; y por cierto, que el guardián de aquel lugar os quiere con verdadero amor, pero a quien adoraba con verdadera pasión...era a vuestra primera compañera!. Suele decir, que todo ha acabado para él después de la muerte de ella.

-¡Pobrecito! ¡Quién sabe si se unirán sus almas!...

-¡Quién sabe, todo pudiera ocurrir!. Vos Madre, ¿qué opináis de la muerte de aquella religiosa?

-¿Aún seguís pensando que soy culpable?

¡No lo sé!... ¡sois un pozo sin fondo! Sois muy buena, pero hay algo en Vos que me repele. Si el cielo y el infierno estuvieran muy cerca el uno del otro...se diría que Vos estáis entre estas dos mansiones, y que sois ángel y demonio a la vez. Yo tengo pruebas, por un testigo que todo lo presencié.

-¿Y Vos creéis a ese miserable impostor?

-¡Ya lo creo; es que al entrar allí y ver vuestra historia...tratasteis de mataros

con ella, incendiándolo todo para que desapareciera vuestro manuscrito; después, tuvisteis miedo y abristeis la ventana. Ella murió, porque no se pudo mover ya que la teníais dormida por vuestra voluntad. Esto es el hecho real.

-“¡Dios mío...yo me sentí morir!”...

-Os llamé, y acudisteis con buena voluntad; me disteis lo que Vos sabéis...y me curé y estoy muy agradecido de Vos, pero no quiero que cuando venga aquí me durmáis. Convinceos Madre de que siempre os he querido, pero nunca nos entenderemos porque vuestra historia la conocerá el mundo tal y como la iglesia quiera. Perteneceís en cuerpo y alma a la Iglesia Romana. La Iglesia necesita figuras que destaquen, y Vos sois una de ellas. Sois una santa que dará honra y provecho a nuestra Iglesia.

-¡Es que yo no quiero la santidad que me dais en vuestra Iglesia, porque habéis de saber que santos no existen ni han existido jamás! Yo adoro a Jesús, pero yo no adoro al Jesús que tenéis crucificado; yo adoro a Jesús consolando a los pobres, curando a los enfermos, dando vida a los humanos con su divina palabra! Yo pregunto:-¿Dónde está Dios? y me dice que Dios está en todo. ¡Dios no puede ser crucificado, por eso yo no me abrazo a la cruz del martirio! ¡Lo que le hace adorable es su Ciencia, es su Amor, es su progreso! ¡Yo conozco a Jesús mucho antes de ahora; por eso abomino de esa historia que me convertiría en fanática abrazada a una cruz ensangrentada! A Jesús, para verle grande...¡no hay que buscarle muriendo como un asesino! ¡El es más grande que todo lo que inventáis para hacerle grande!...

-¡Calmaos Madre, calmaos!...¡ya os he escuchado bastante!. Me marchó, y muy agradecido por todo lo que habéis hecho por mí.

En esto llegó mi compañera y me dijo:

-Como uso de mi derecho y mi deber, he estado escuchando vuestra conversación de todo lo que habéis hablado con ese sacerdote. Madre, ahora vamos al refectorio, y después os diré por qué he estado escuchando todo lo que habéis hablado.

Mucho me contrarió lo hecho por mi compañera; mi alma se sublevaba ante hechos tan ruines y despreciables de servir en nuestra religión procedimientos de espionaje.

Una traición produce muy mal efecto, por eso aquel espionaje me impresionó dolorosamente. Un espíritu que espía nunca puede ser bueno, y tanto me indigné con mi compañera que le dije muy severamente:

-Habéis hecho muy mal, y que sea la última vez que cometáis una acción tan indigna y tan miserable ni conmigo ni con nadie bajo ningún pretexto.

-Ya os he dicho Madre, que después de salir del refectorio, os diré por qué he escuchado vuestra conversación con ese sacerdote; y cuando tan franca he sido, comprenderéis que no tengo tan mala intención. Madre, que me creáis o

no...he tomado muy en serio el destino que el Rey me ha dado cerca de Vos, interesándome vivamente por la conservación de vuestra vida. Creí muy natural y lógico escuchar lo que os decía vuestro amigo el sacerdote para saber a ciencia cierta qué terreno pisaba, que para descubrir verdades...no hay cosa mejor que estudiar en la sombra. Además, yo desde bien pequeña estoy acostumbrada al espionaje que...expiando he crecido, y me ha servido de mucho para la buena marcha de saber mandar. En el convento donde empecé, me educaron a descubrir secretos. Todas las monjas hacíamos lo mismo, y en el tiempo que disponíamos, nos uníamos todas las monjas y nos contábamos todo lo que habíamos oído; luego, nuestras superiores se encargaban de preguntarnos. Así sabían los pensamientos de las religiosas y de las educandas.

-¡Cuánto envilecimiento en la conciencia!...

-Seré todo lo que Vos creáis de mí, pero así soy yo y así me educaron; mas veo en Vos que no lo creéis. Os prometo, Madre, que os obedeceré y dejaré de espiar; y en nombre de Jesús os digo, que no ha sido esa mi intención de ofenderos. ¡Dadme vuestra mano y...lo siento mucho! ¡Perdonadme Madre!

-Sólo Dios perdona, y sólo he de deciros que no quiero espías a mi lado.

Cuando se fue mi compañera de mi lado examiné las paredes y muros del convento a ver si había agujeros que sirvieran para facilitar el trabajo de los espías. Muy atareada me encontraba yo inspeccionando el convento por los muros a ver si había rendijas, y me impresioné al oír una voz que me dijo:

-“No te detengas en pequeñeces”.

-¡Es que no quiero que nadie me vigile!...¡Me ha causado mucho daño la acción de mi compañera!...

Y estuve varios días asustada, que hasta por las noches durmiendo sentía sobresaltos y me despertaba diciendo: -¡Quién hay ahí!...

Mi compañera, cada vez se fue haciendo más cariñosa, y un día llegó diciendo:

-Madre, llega la mejor época del año: mes de Mayo. Yo la llamo la estación de las flores, y deseo que hagamos un gran homenaje a la Virgen María. Los niños ya han aprendido los cánticos.

-¡Ya lo sé hija! los he oído...y encuentro una dificultad; y es, que el canto de los niños en el campo es más armonioso, porque acuden los pájaros y hacen coro con ellos. En cambio en el templo...los niños se asustan, y sus cantos son forzados y fatigosos.

-Os doy toda la razón Madre, pero acompañadme, es mi deseo. ¡Venid a la iglesia, que vuestra presencia es digna y necesaria para todos!... Después habrá dos comidas extraordinarias; jugarán los niños, habrá danzas, coros y juegos...y en presencia estarán todos los ancianos. Esto es verdaderamente hermoso; y por la noche, habrá una esplendorosa iluminación general...y cánticos en el templo. ¡Ya veréis Madre cuánto vais a disfrutar de esta sorpresa

que tenemos organizada, para que así olvidéis parte de vuestra tristeza!...

La escuché con gusto y atención y prometí asistir a todo lo que se iniciara. Me suplicó que estuviera con ella durante el día y parte de la noche. Cuando me vi sola murmuré con tristeza:

-“¿Esta fiesta será buena?...¿será provechosa para los niños y ancianos? Yo creo, a mi parecer, será más bien que servirá de cansancio”...

Yo me veía que iba languideciendo a marcha agigantada; los recuerdos pasados venían a mi mente.

-“Floreillas...flores mías...¡mi cuerpo languidece!”...

Y me dijo una de las florecillas del cielo:

-“No hay nada mejor que languidecer para transformarse y progresar. Bueno es cambiar de forma, que el alma es Eterna y vibración en el Universo”.

-¡Gracias flores mías! Lo que me decís...me prueba de que el alma está con Dios porque trabaja siempre. ¿Yo conozco a Dios?

-“Claro que lo conoces porque admiras lo grande, lo bello y lo justo; ¡por eso lo conoces! Porque oyes Su Voz que te dice: “Ven alma mía; trabaja, lucha y vence”.

Seguí hablando con mis florecillas del cielo y me dirigí a una de ellas diciendo: -¿Y tú, no me dices nada?

-“Yo te doy...lo que hoy da la estación del año: -perfumes”...

Y aspiré una fragancia tan embriagadora...que me reanimé por completo. Otra flor me dijo:

-“Estás en el Otoño de la vida”.

-Es verdad flores mías, pronto vendrá el invierno...y en el invierno caen los cuerpos.

-“Caerá el tuyo, para reaparecer después con nuevas energías”.

El perfume de las flores me reanimaron mucho.

Llegó la celebración de la fiesta, y la función de la iglesia dejó mucho que desear. Resultó como yo lo esperaba, poco agradable. Los niños se asustaron porque uno de ellos desafinó, y los demás se pusieron nerviosos y desafinaron uno tras otro. Mi compañera estaba indignada y contrariada; yo no, porque sabía que los niños son como los pájaros: ¡aman tanto la libertad!..

Cuando llegó el momento de comenzar el sermón, quise salir de la iglesia; ¡todos los oradores me eran tan falsos!.. pero mi compañera me suplicó que me detuviera un poco más y mucho me sorprendió, al ver a mi enemigo subido en el púlpito tan majestuoso como siempre; y me dijo mi compañera:

-Sabía que este orador es el que más os gusta, por eso le he hecho venir.

Miré a mi compañera a ver con qué intención me lo decía, pero no lo pude conseguir, porque sus ojos, cuando ella quería, parecían ojos de cristal que nada decían.

El orador habló muy bien, y al oír tantas mentiras me levanté saliendo del

templo y me refugié en mi estancia; después vino mi compañera diciendo muy entusiasmada:

-¡Ay Madre, qué gran orador! nos ha hecho llorar a todas. ¡Razón tenéis en amarle, porque es un hombre arrogante y de mucho talento!

-¡No profanáis!...

-¡No es profanación reconocer que ese hombre vale mucho, y que demostráis tener un gran talento cuando le apreciáis en lo que vale y le amáis!

-¿Qué? ¿que Vos también le amáis?

-¡Yo Madre...le admiro! ¿Queréis que venga siempre a predicar?

-No vendrá; es enemigo de sermonear; le gusta más escribir.

-Asistirá a la comida. Presidirá la mesa nuestro orador.

Cuando quedé sola dije con extrañeza: -No me lo explico; se queda a comer y nada me ha dicho. Asiste a la fiesta...y no me envía el menor aviso. ¡Siempre será el mismo! ¿Ni siquiera ha venido a verme?... -Hasta que sentí pasos; era él. Cuando le vi entrar él me dijo:

-¡A Dios doy gracias por el bien que hacéis!...

-¡Yo no hago bien alguno, yo no curo!...soy un instrumento nada más. Dios es el único que hace el bien. ¡De Dios emanan nuestras alegrías!

-¿Queréis refutar del discurso?

-¡Sí! Habéis dicho que la Madre de Dios es el ser más grandioso del Universo, ¡superior a todos los seres en amor, grandeza y virtud, y eso...es despreciar el sacrificio de ella como Madre! Cuanto se diga de la virtud en otro sentido...es erróneo; ¡es quitarle santidad de Madre; que le basta a una mujer ser madre para ser santa por el sufrimiento cumpliendo con sus deberes maternales!

-Tenéis razón; me arrepentí después de haberlo dicho.

Se hizo una pausa para escuchar a los pajarillos que cantaban junto a las ramas de los árboles diciendo: “verdad” “verdad”.

-¿Os sorprende que haya vuelto?

-No, de Vos nada me podrá sorprender porque sé que tenéis aquí muy buenas relaciones.

-No he venido antes por aquí...porque la última vez que estuve aquí tuve un gran disgusto.

-¡No sería por mi culpa!

-No, pero me disgusté mucho al saber que nos habían espiado.

Se levantó y se marchó sin decir más. Sólo dijo:

-Nos veremos en el refectorio.

La comida fue una verdadera fiesta infantil; los niños jugaban, corrían, gritaban y yo decía: -Así serán las fiestas de familia...¡qué hermoso!...

La cena también fue muy alegre, todos estaban contentos, ancianos y niños. Mi compañera no cabía en sí de gozo porque todo aquel regocijo fue obra suya.

Hay que reconocer que era una gran mujer por su disposición y por su rectitud tan admirable. Los niños, fuera de la iglesia cantaron con más afirmación y con más sentimiento. Tuve que entonar el “Ave María”, pero esto me pareció tan frío en comparación de lo que yo sentía... Era una emoción interior que le dije a mi compañera:

-Un Ave María...¿es tan poco?

-¡Pues hablad Madre, que eso es lo que esperan todos de Vos!

Y así fue. Con tanto entusiasmo hablé...que mi compañera me dijo con mucho disimulo:

-Madre, no habléis más, que no os van a creer Católica Romana...

Comprendí que tenía razón, y di la bendición en nombre de Dios a todos los que me rodeaban. Quise salir y me dijo mi compañera:

-¡Esperad Madre, que aún no hemos concluido!... ¡Falta lo mejor, Madre!

Los niños desfilaron delante de mí tirándome besos y diciéndome muchos de ellos:

-¡Bendita seáis!...

Mi compañera me miró, diciéndome:

-Si os mortifiqué con mi espionaje...hoy, tengo el honor de entregaros mi más cumplida satisfacción.

Era tan poética y delicada...que mucho fue lo que la llegué a querer.

* * * * *

Capítulo XXVII

Los niños me rodearon pidiéndome que cantara con ellos. Cedí a sus ruegos queriendo ocultar mi dolor que sentía, y al no poderlo ocultar lancé un grito de dolor. Mi compañera acudió presurosa; con admirable prestación me llevó a mi celda.

Al cesarme el dolor caí desmayada. Mucho me debió durar mi desfallecimiento, porque cuando volví en sí clareaba el alba. Mi compañera me decía:

-¡Ay Madre, cuánto daño os he causado!

-¡No hija, lo que me ha ocurrido es un acto de justicia!

Estaba impresionada, y le pregunté:

-¿Por qué lloráis?

-Porque nunca creí que pudierais sufrir por mi culpa.

Sus palabras me conmovieron; y me dijo:

-Madre, podéis estar contenta, porque todos os aman. Han procurado aliviaros; ¡todos os aman!

Me alegré tanto de aquella agradable noticia... Quise incorporarme y mi compañera no lo consintió. Al día siguiente se presentó el médico del convento y su visita me alarmó; en realidad...no podía moverme. Decía entre mí: -¿estaré muy enferma?...¿moriré? ¡Más me valiera morir; ya nada espero y todo me cansa! ¡Se vive aquí tan mal!...Pienso en morir...y deseo morir.

El médico entre tanto no dejaba de mirarme; le dije:

-¿Qué veis en mí?

-Veo...un espíritu muy débil.

-Los entusiasmos se acaban, pero aún deseo vivir; quiero sonreír y esperar.

El médico decía: -Sí Madre, vivir, ahora que tenéis quien os quiera. Aquí tenéis a una gran mujer que es un huracán...que velará y os cuidará sin que la rinda el cansancio. Vuestra primera compañera os quería mucho; era una gran mujer, sensitiva, que se doblegaba cuando apretaba el viento; pero esta segunda...¡es una encina que desafía todos los huracanes!

Cierto era; leí en sus ojos tanto amor...que le dije:

-¡Ven a mis brazos! ¡Si tanto me quieres que Dios te bendiga!

Cuando me vi sola en mi celda, di gracias a Dios por verme tan amada y exclamé:

-¡Dios mío, la vida sin amor espanta!... ¡Qué bueno es ser amada y ser querida! Ahora si me espían...¡será por amor!

Me puse muy contenta, y me pareció ver que todo cuanto a mi alrededor había se movía, y exclamé:

-¡Dios mío, yo quiero ver a Dios...y no lo veo!

Miré después a la ventana donde estaban las flores del cielo y dije:

—Como está la ventana cerrada...no puedo hablar con ellas.

—“¡Sí que podemos hablarte —dijo una flor—, ¿qué nos importan los muros?

—Entonces decidme: ¿moriré pronto?

—“¡Deja de hacer simples preguntas!... Te hemos dicho que estaremos siempre contigo y que te cubriremos de flores, porque nosotras nos multiplicaremos para darte un sinfín de flores. ¿Crees que has hecho malas acciones?”

—¡A sabiendas mías...no!

—“¡Es verdad; sólo tienes un punto negro...y es la muerte de aquella mujer!”

Cesó la voz y entonces me dije: “Cuando las flores hablan así...es que pronto voy a morir; pero no quiero irme aún, porque no tengo mis papeles arreglados de aquella historia. ¿Qué dirán de mí, las comunidades religiosas? Unos me llamarán “la histérica”, otros “la endiablada”. ¿Si al menos me hicieran justicia en la religión a que pertenezco? —Mi religión; ¡todo es puro negocio! ¡Qué prostitución tan espantosa encierran los conventos!. ¡Yo amo a Jesús en el Cielo pero...también amo a un hombre en la Tierra y lo amaré hasta mi último respiro! ¡Cierto es que amo a Jesús, y dirán que he sido su esclava, es verdad! ¡mi alma lo ha sido, pero esto...me ha impedido sentir todas las pasiones terrenales! ¡Si antes de morir me hicieran un poco de justicia...cuánto me alegraría!”

Tanto me entregaba a mis pensamientos que me debilitaba de una forma alarmante. El médico me siguió visitando y muy contrariado me dijo:

—¿Qué es lo que tenéis en esa cabecita que no me ayudáis a curaros?

—Pues yo quiero curarme. No sé qué es lo que pasa por mí. Dadme algo para no pensar tanto.

—Es que...si no pensáis con el cuerpo pensaréis con el alma, y me dejaréis el cuerpo. Sois una niña con el cuerpo viejo. ¡Aún podéis sonreír; los niños esperan mucho de Vos. ¿Todos los niños os quieren mucho!

—Madre, —me dijo mi compañera—, concededme un honor.

—¿Y qué honores puedo yo conceder?

—Muchos podéis otorgar; concededme un lecho a vuestro lado como lo concedisteis a mi antecesora.

—Se lo concedí...porque un gavián la amenazaba; a ti... te lo concedo para que me vigiles y me espíes bien de cerca.

Me abrazó con tan grande fuerza que me lastimó, y acto seguido trasladó su lecho a mi celda; lo colocó junto a mí, y desde aquel día fue mi ángel tutelar porque siempre se ocupaba de mí con tanto cariño... Al final pude levantarme y sentarme en mi sillón gracias a ella. Le daba lecciones al médico y a toda la comunidad entera; repartió sus trabajos entre muchas monjas para que los asilados estuvieran bien atendidos y ella se entregó a mí de lleno; era una

perfecta enfermera, se hacía obedecer. Yo puedo decir que gracias a ella resucité. Una mañana me dijo:

-Vais a tener una visita.

-¿Sí? ¡Ya supongo quién puede ser, y me alegro de verle, porque habrá una conversación muy importante. Debes de quedarte, para ti no tengo secretos; si él quiere arreglará la historia.

Al rato sentí los pasos de él, de mi amigo el sacerdote. Mi corazón me decía que ya no era mi enemigo. Apareció en la puerta y conocí que estaba impresionado, y se lo dije.

-Vengo porque hasta ayer...no he sabido las consecuencias de la fiesta, y declaro que es mucho lo que me preocupáis.

-Nunca os he visto tan amable, todos ahora me quieren y creo que voy a morir; tanto lo creo, que entre los dos ha de haber un contrato de conciencia.

-Decidme qué clase de contrato queréis conmigo.

-Vos habéis escrito mi historia.

-No, no la he escrito, la he borroneado nada más.

-¡Bueno, me habréis pintado como a una mujer histérica, alucinada por mi amor a Jesús! ¡Yo adoro a la Naturaleza porque en ella encuentro al Dios vivo, hermosísimo, fuente inagotable de magnificencias infinitas!

-¡No os agitéis, Madre, calmaos!... ¿Queréis que se rompa cuanto se ha escrito?

-¡Sí, sí! ¡Yo quiero que el pueblo me conozca tal y como yo soy!

Llamó a mi compañera, y a otras monjas que dejaron a mis pies muchos legajos atados con cintas, y él me dijo:

-Romper cuanto queráis, pero no leáis ni una sola hoja.

-¡Eso no!...¡Eso es imposible!...

-¡No os conviene leer!

El leyó un pliego; según iba leyendo yo me iba exaltando. ¡Cuántas mentiras! Me bastó con un pliego. Yo le dije:

-Tenéis razón, que sea otro el que rompa todos esos papeles. ¡Cuánto os amo!

-Pues creedme; sé que amáis de mí mi sabiduría, y si yo pudiera os daría toda la ciencia que poseo porque la sabiduría nos acerca a Dios.

-Y yo en cambio...¡después de muerta seguiré amándoos!

-¿Después de muerta me perseguiréis?...

-¡No os asustéis!... ¡Vaya con el sabio, que se asusta del amor de un alma!...

-Hay sabios que no saben lo que es un alma. Madre, no os elevéis; estaos quietecita; vendré a veros diariamente.

El se marchó y yo quedé muy contenta, pero oí una voz que me dijo:

-“¿Y tú te crees que dirán la verdad? No te impacientes; el tiempo es el Juez que hace Eterna Justicia”.

Se extinguió la voz, y ví entrar a mi compañera seguida de un hombre que

quise reconocer. Me llamó mucho la atención que mi compañera viniera acompañada de un hombre y nada me dijera, tanto es así, que le dije:

-¿Cómo es que vienes con un hombre y no me lo presentas?

-¿Hombre?...¡Madre, Vos deliráis!...¿No veis que vengo sola?

Yo seguí mirando a aquel hombre, que pronto se convirtió en un foco luminoso. Dentro, apareció El, ¡el alma de mi alma!... Yo le veía tan bien, que no podía creer que mi compañera no le viera y la cogí la mano:

-¡Pero mujer...¿es que no le ves?

Tan grande fue mi deseo de que le viera, que mi compañera se estremeció y dijo:

-¡Jesús!... ¡Si es Jesús!...

Y cayó sin sentido. Yo en aquel momento sólo estaba para El...y dije:

-¡Señor, cuánto tiempo hacía que no te veía!... ¿Vienes por mí? ¿Me voy de la Tierra?

Jesús se sonrió y se fue alejando dejando un rastro luminoso, y cuando la luz se fue, oí una voz lejana que decía:

-“¡Te he esperado siempre y seguiré esperando!... ¡Te espero!”...

Cuando pasó toda aquella impresión, me fijé en mi compañera que estaba muy extenuada, la veía tan débil...pero no podía emplear mis fuerzas magnéticas para reanimarla. Haciendo un esfuerzo, sólo le dije: -¡Levántate!...

Se levantó con trabajo y me pareció que había sufrido como una transformación. No podía andar, al intentarlo lo hacía con dificultad. La mandé sentar. Observé que tenía los ojos cristalizados. Parecía que estaba muerta. Al verla en tan mal estado saqué fuerzas de flaqueza y le fui explicando cómo el alma podía estar en contacto con Jesús. Hablé mucho y bien. Comprendí que no era yo quien seguía hablando. Le dije:

-Jesús en un altar...nada dice al pensamiento, pero Jesús en el espacio habla a la humanidad.

Mi compañera al oírme hablar lloró, y yo le dije:

-Llora hija, llora, ¡no hay alma que no sea pecadora!...¡todos hemos pecado!

Le hablé mucho, especialmente de Jesús, que debemos procurar oír sus palabras cuando dice: -“Yo soy el hermano mayor, y os espero con los brazos abiertos para llevaros junto a la presencia de vuestro Padre que está en los cielos”.

-¡Ay Madre! -dijo mi compañera toda conmovida-, ¡si es verdad que yo he visto a Jesús...yo le diría tantas cosas! Le diría: -Iré a Ti, de rodillas, en las escabrosidades de mi camino, ¡que no me importa destrozarme mis carnes y huesos si se purifica mi alma y me hago digna de tu excelso amor!...

-¡Estás equivocada hija mía; en busca de Jesús...se va de frente! ¡Bueno es, admirarle en el calvario, que todo sacrificio admiración merece; pero luego...busquémosle en el templo de la ciencia, porque Jesús simboliza

progreso y no hay que buscarle en la cruz, sino en la ciencia! El nos dijo que todos tenemos que renacer, sabiendo por qué se vive!

Se levantó mi compañera y me abrazó con una gran ternura, y yo le dije:

-Así es, como se debería ir buscando a Jesús. La visión...te ha medio trastornado, pero al mismo tiempo te ha dado vida.

-¡No sé, Madre, lo que me habrá dado, pero todo el cuerpo me duele! ¡Qué indigna soy; me veo lejos, muy lejos de Jesús!

-¡No lo creas así; la misma impresión que te ha causado...demuestra que sabes sentir!

-Pues yo os demuestro, Madre, que...¡no quiero ver a Jesús más que muerto! ¡Vivo, me hace sentir demasiado! ¿Y si no fuera Jesús el que hemos visto? ¿Y si fuera el diablo?

-¿Dices eso seriamente? ¿Crees entonces que estoy endiablada?

-¡Madre...yo os digo aquello que por mí pasa y siento!...¡Tengo mis dudas y mis temores!...¡No tengo valor suficiente para mirarlo! ¡Sólo a la hora de mi muerte quisiera verlo, antes no!

-Dime hija: ¿has visto tú al diablo en alguna parte? ¿Si el diablo existiera...dónde estaríamos todas las monjas? ¿Qué más diablo que nuestros votos? Porque los mal llamados religiosos...estamos dominados por la envidia, por la codicia, por la lujuria, ¡por todas las pasiones humanas y todo lo encubrimos con preces y cánticos!...¿Qué más diablos que nosotros? ¡No dudes! ¡Deshecha esos temores! ¡Has visto a Jesús!

-Y...¡qué hermoso es!

-Tú has dicho, que si fuera Jesús el que has visto...te irías tras de El, aunque tuvieras que dejar tus carnes y tus huesos en el paso del camino, y yo...debo decirte que hay otros sacrificios más honestos. ¡Me parece imposible que creas que has visto al diablo disfrazado de Jesús!...¡Qué aberración Dios mío!

“El hombre ve a Dios en estado de ignorancia, cuando el alma no ha dado un solo paso ni en el bien ni en el mal, y encuentran a Dios mucho más tarde”

-Cuando yo deje la Tierra, acuérdate que yo nunca he practicado el mal con mis obras, y en mis sufrimientos he dicho; ¡Dios mío, acuérdate de mí!... Y he visto a Jesús subiendo a los cielos, ¡lo he visto hablando con sus discípulos!, lo he visto con la figura de un viejo venerable instruyendo a las generaciones, ¡llevándolos por el camino de la perfección! y luego el viejo se ha vuelto joven y me ha pedido agua de la fuente y yo le he dicho: -“Bebe de la fuente”, y El me dijo: -“La necesito, porque un día me la quitaste”. Y...¡no dudé jamás que he visto a Jesús siempre grande, siempre noble, siempre hermoso, siempre llevando en sus ojos la luz del Infinito y siempre diciendo: -“¡Yo igual que vosotros soy un hijo de Dios!”.

* * * * *

Capítulo XXVIII

Madre, yo creo todo cuanto decís; creo fielmente que sois una santa pero no me habéis convencido. Vuestras palabras siempre las recordaré, pero no quiero engañaros ni quiero engañar. A mí me han enseñado a querer a Jesús en la cruz, crucificado, y fuera de la cruz nada me parece bien. Reconozco que estoy metida en una iglesia muy pequeña, pero en ella nací y en ella me educaron y abrazada a la cruz moriré. Y ahora que dispongo de unos momentos...voy a dar órdenes a la comunidad.

Al quedarme sola exclamé:

-¡Qué poco he estudiado en este mundo; no he sabido hablar! ¡Cuántos años habré vivido inútilmente! ¡Cuántas palabras he pronunciado que no han servido de nada, careciendo de valor! Veremos a ver, si puedo levantarme...¡qué mal me siento!...¿sí al menos pudiera escribir...me serviría de distracción; por intentar no va a quedar.

Cogí pluma y papel y me pregunté: -¿Qué escribiré? - Yo hubiera escrito para mi iglesia una poesía de amor y de sentimiento, pero luego pensé: ¿Para qué, si todo se acaba?

Miré al cielo, esperando una contestación que no se hizo esperar, diciendo: "Escribe"

-Dispuesta estoy, díctame.

-“Entonces no sería tuyo el escrito.

-Es cierto, para todo se necesita un esfuerzo.

Escribí una poesía muy hermosa y muy sentimental, y una y otra voz, ¡muchas! me hablaron tanto...que pensé que vacilaban mis sentidos.

Entró mi compañera, y quedose parada como si algo escuchara.

-¿Qué?, ¿oyes algo?

-Sí Madre, oigo muchas cosas...y todas muy confusas.

-No te pongas nerviosa; ten tranquilidad que no es cosa del diablo. Serénate y nada temas.

-¡Madre, os veo muy pálida, ¿qué tenéis?

Miré al suelo y estaba cubierto de sangre negruzca; al verla, recordé al médico de la Corte y murmuré:

-¿Qué será, que los venenos siempre dejan huellas?

Salió mi compañera y volvió a entrar en unión de otras monjas, hasta que vino el médico diciendo:

-Todo cuanto aquí sucede es muy extraño; Vos Madre que dais vida a los demás...¿por qué no lo hacéis con Vos misma? ¡Hay que animarse y salir de vuestro lecho!

-¿Y si me muero por ahí?

¡La cuestión es buscar vida sea donde sea, porque aquí dentro la perderéis!

Aquella noche qué bien dormí. A la mañana siguiente me levanté y me senté en mi sillón; me avisaron que venía mi amigo el sacerdote, y al entrar, se quedó mirando diciendo al médico:

-¿Cómo se encuentra nuestra Madre? -Y el médico le contestó:

-¡Vaya!...¡no está mal!...¡se recuperará!

-¿Cómo estáis? -Dijo acercándose a mí.

-Dispuesta a morir.

-¡No quiero que muera! ¡Por Vos daría parte de mi vida si fuera necesario para que no muera!

Mi compañera y el sacerdote hacían prodigios para rodearme de atenciones y delicadezas que tanto agrada al enfermo. El médico siempre venía a las primeras horas de la mañana, antes de la salida del Sol. Un día le dije:

-El Sol y Vos, sois como dos almas, porque los dos dais vida.

Me animaba mucho para que saliera de mi lecho a pasear por el huerto y a la fuentecilla a beber agua. Al poco tiempo se presentó mi amigo el sacerdote, sacó de su carpeta varios papeles y leyó una poesía muy hermosa y muy sentimental. Era un poema de amor y de justicia hecha con verdadero sentimiento. ¡Qué bien rimaba! -Pensé:

“Si después de la muerte nos encontramos siendo yo tan sincera, buena y abnegada, y si él siguiera tan seco y tan híbrido... Me dijo un día: -Si algún día me pierdo Vos me salvaréis, ¡tantas veces me habéis salvado!...¿qué más os daría salvarme una vez más? “

Y yo, llena de gozo le dije: -¡Es muy hermosa la poesía! -Y por decir alguna cosa: ¡Si mi alma algún día irradia,-como así lo espero-, donde estéis...allí iría yo! ¡Mis perfumes y mis amores para Vos serían!

-No esperaba menos de Vos. Creo que al decirme todo cuanto me habéis dicho, confío en las palabras como confío en el mañana. ¿Queréis mi poema?

-No, lo siento, pero no lo quiero con todo lo hermoso que sea. Grabado ha quedado en mi ser y no lo necesito, porque está conmigo.

Se marchó sin decir una sola palabra. El siguió viniendo diariamente. Yo me encontraba mal y no podía escribir, pero lo hacía él y escribió mis sentimientos, mi amor y mi adoración a Jesús en varios poemas. Yo le decía:

-Todos estos poemas son muy místicos.

-Si queréis, les quitaré misticismo. Madre, yo lo que deseo de Vos...es cumplir todos vuestros deseos.

Pensé para mí: -“Ya es demasiado tarde, para tanta condescendencia”...

El sabía que aquellos poemas, que aquellos escritos no serían ni la sombra de los míos. Yo deseaba volver a escribir queriendo aliviarme a la vez; tanto me alivié, que el médico me dijo:

-¡Pronto saldréis del lecho!...¡a la fuente a beber agua!...

Al final llegó ese día de ponerme en pie, el sacerdote y el médico se pusieron de acuerdo con mi compañera para hacer una pequeña fiesta religiosa por mi mejoría, acompañándome toda la comunidad. No sé, si por haber estado en la iglesia un buen rato oyendo canturreos, el caso es, que sentí un mareo al verme rodeada de tanto gentío, y al llegar a la fuente perdí el conocimiento, y tuve los mismos síntomas de mi primera compañera.

Al volver en sí, lo encontré todo muy triste, ¡todo lo veía muerto! Me parecía que estaba dentro de mi tumba, y a las monjas las veía como almas en pena. Me parecía que profanaban. El médico me decía:

-¡Bebed de vuestra agua!...

-¡No es mía, el agua es de Dios...como todos nosotros somos almas de Dios!

Qué hermoso y bello recuerdo, cuando puse un solo dedo en la roca y brotó agua!

Recordando, volví a poner el dedo en el agua y dejó de brotar. Todos quedaron paralizados. El médico decía:

-¡Madre bebed!, ¡bebed agua!

-Doctor, ¿no veis que el agua no brota? esto significa que algo me sucederá; mi vida llega a su final. El agua no brota, mis pensamientos se pierden y nada brota en mi mente; pero Dios mío...¡Tú harás brotar a su debido tiempo el agua de la roca, y pensamientos en los cerebros endurecidos!. Cuando llegue ese día...¡yo cantaré mis amores con mi Divino Jesús! ¡amores puros que no han sido profanados ni con arrobamientos místicos ni con la concupiscencia de la carne! Han sido amores del Infinito, ¡amores que nacieron! ¡amores sublimes que se agitan en el Universo!

Mi cerebro quedó completamente trastornado. Así lo comprendía el médico y todos los que me rodeaban. Mi compañera perdió toda su energía, siempre la veía llorando y yo le decía con mi mayor cariño:

-¡No estés triste!...¡No debes de estarlo! -Y me contestó:

-Es que tengo los ojos enfermos.

-Ven hacia mí, que te ponga mis manos sobre ellos.

Y se las ponía, pero no hacían efecto. Yo veía que mis manos no tenían fuerzas para producir sus efectos, no las podían tener. Mi cuerpo ya no tenía las condiciones vitales. Le pregunté a mi compañera:

-¿Cuándo yo muera, qué es lo que harás? -Me contestó:

-No lo sé Madre, no sé qué es lo que haré. No quisiera ser Madre en el convento, ni en este ni en ningún otro; no quiero gobernar a nadie, prefiero que me gobiernen.

Yo la animaba en mis momentos de lucidez y ella me decía:

-¡Si yo supiera, dónde encontrar fuerzas para resistir la lucha!...pero como todo lo ignoro, no tengo suficiente valor para luchar.

Yo la hablaba mucho para que pudiera despertar su inteligencia; le pregunté:

-¿Tú tienes fe en Dios?

-Sí Madre, sí que la tengo, pero prefiero que no me habléis de muertos.

-¡Pero hija mía...¿qué crees tú que es un alma?...¡Hablando te lo voy a decir...

Y extendí mi mano, y del espacio recogí una flor; y le dije:

-¡Aspira su aroma!

Y mi compañera, aspiró con delicadeza su perfume; se emocionó, diciendo:

-Madre, si el mundo en que vivimos negara vuestra santidad, yo os proclamaría Santa.

-Conserva esa flor, consévala bien, y siempre que te acuerdes de mí miras a la flor...que te embriagará su fragancia.

Le hablé mucho, le hablé de Dios y le dije:

-Dios no es el Jesús que vemos clavado en una cruz; a Dios no se le puede crucificar porque entonces los hombres serían más grandes que Dios. Lo único que puede hacer el hombre, es presentarle a Dios los frutos que ha sembrado – que son frutos malos por su ignorancia, pero crucificarle...es absurdo. Los hombres, en su pequeñez, han empequeñecido a Dios, ¡a Dios que es el Amor Inmenso! ¡el Amor sin límite! ¡el perdón Eterno como Eterno es el Amor! Yo... ¡aún no he sabido perdonar y me llaman santa?

-Madre, ¿queréis que os ayude a perdonar?

-Hija mía...para eso no hay ayuda, porque el perdón se concede cuando el alma adquiere convencimiento de que no debe odiar a nadie. ¡Yo aún no sé perdonar!...

Hable mucho y también con el médico. ¡Qué bien hablé! Hablé sobre la Ciencia. Yo misma me admiraba de mis palabras. Parecía que el Espíritu Santo hablaba por mi boca. El médico se quedó entusiasmado escuchando todo lo que yo decía:

-Del Amor, brotan todas las armonías. Dios es grande y la Ciencia es Dios. ¡Siempre iluminará al mundo, y por ello los humanos conocerán un día la grandeza de Dios!

Mi relato se haría interminable, si describiera el estupor que se apoderó de todos al ver que de la fuente no manaba agua. Todos hablaban a la vez sin entender lo que decían unos y otros. Hubo algunos que decían:

-¡Para qué habrá venido esa maldita mujer a la fuente?...¡Ella ha tenido que

ser! ¡Su llegada a la fuente ha causado secarse el manantial!

Se reunieron las gentes del pueblo formando dos o más bandos, uno a mi favor, los otros en contra. Fue cuando me sentí morir y dije con angustia:

-¡Qué horrible es morir así!... -Y oí una voz que me decía:

-“Otros han valido más que tú...y han muerto en peores condiciones”.

Me sorprendí tanto al oír aquella voz triste, profunda y verdad... Hice un esfuerzo para poder contestar a la voz:

-¡Tienes mucha razón, no te lo niego, pero cada uno es como es!...¡Jesús mío, yo no soy como Tú!...¡yo no sé decir como Tú dijiste -“Perdónalos Padre, porque no saben lo que hacen!” ¡Yo tengo miedo a morir entre tantos seres ignorantes; su ignorancia me causa vergüenza!

Fue tan grande el alboroto que se armó en la fuente, que fueron unos cuantos en busca de la guardia del convento. Vino la fuerza armada y el oficial que mandaba se apresuró a mí diciendo:

-Madre, ¿qué os pasa? ¿qué ha sucedido?

-¡Nada en particular!...Se ha celebrado una acción de gracias por mi vuelta a la vida, y el pueblo se ha soliviantado por secarse la fuente. Me creen culpable.

-¡Siento que os hayan molestado!...

Las voces no dejaban de chapurrear; alguien se acercó a mí diciendo:

-¡El agua tiene que volver, si Vos sois como debe de ser!

Mi amigo el sacerdote se le veía contrariado a todas aquellas voces, y otros sacerdotes me rodearon saliendo en mi defensa. Las mujeres del pueblo seguían gritando pidiendo el agua que curaba a sus hijos. Yo, muy serena, les dije a todos los que me rodeaban:

-Yo vine aquí un día, y poniendo un solo dedo en la roca brotó agua; hoy he vuelto, y el agua ha cesado de brotar poniendo mi dedo en el mismo lugar.

Me dirigí a mi médico y le dije:

-Vos que tanto sabéis...¿qué debo de hacer, decidme; me marchó, bebo agua o no bebo?

-Si queréis, podéis intentar; ¡yo no sé ni qué decir ni qué pensar!...¡aquí pasan cosas que yo no las comprendo!

Me acerqué sobre la roca y no llegué a beber; en vez de beber, arrojé sangre de mi boca que nadie se percató; no había rastro de ella al quedar en las hendiduras de las piedras. ¡Qué mal me sentí!

Caía la tarde y emprendimos la vuelta al convento. Contemplé el cielo y exclamé:

-¡Sol mío, qué hermoso eres, vas llegando a tu ocaso! ¡Tú brillarás mañana y siempre y yo...¿qué haré?... ¡quién lo sabe!...

El doctor me ordenó que no hablara. Las monjas quedaron mudas esperando de mi compañera sus órdenes. Yo mientras tanto seguía luchando con mi dolor; el médico dándome pequeñas dosis de las medicinas. Eran calmantes, porque al

tomarlas me sentía mejor. Vi entrar al sacerdote y me extrañó verle llorar, y me dije: -“¡Llora!...¿será porque comienza a quererme?...¡Qué bueno es esto, esto es lo más hermoso de mi vida!”

El médico, al darme la medicina me la daba en pequeñas dosis; tenía miedo por si me ahogaba -y tenía sobrada razón, ya que no podía tragar ni una gota de agua. Mi amigo el sacerdote no se apartaba de mi lecho, hablando con el médico; imponiendo silencio y dando órdenes a mi compañera.

Estuve unos días entre la vida y la muerte; al fin, el médico me dijo:

-¡Hemos triunfado! Os he visto en peligro de muerte pero ya estáis salvada. Ahora nos marcharemos todos a descansar ya que dejaré buenas enfermeras.

El sacerdote y mi compañera no se querían marchar; tuvo que poner el médico autoridad facultativa diciendo:

-Vos Padre necesitáis descanso del sueño, porque estáis enfermo de cuerpo y alma.

Ninguno de los tres se quería marchar. Mi compañera, arreglándome la ropa de mi lecho, sintió de pronto un pequeño golpe muy suave en su cabeza; se volvió, y vio que era una florecilla blanca que cayó sobre mis manos.

-¿Qué es esto? -se preguntaron los tres a la vez?

El médico cogió la florecilla blanca y aspiró su perfume diciendo:

-¡Qué fragancia tan delicada!...¡no creo que en el cielo la habrá mejor!...

Y al decir esto, caían sobre su cabeza muchas florecillas menuditas blancas, azules y de otros bellos colores. Yo, viendo todo aquello me puse muy contenta y le dije al sacerdote:

-¿Y para Vos no hay?

-Para mí no, por lo que se ve.

Y al decir esto, una hermosa flor blanca golpeó su frente, y el sacerdote cogió la flor con sumo cuidado mirándola con asombro. Llamé a mi compañera y le dije muy bajito:

-¿Crees que esto es cosa del diablo?

-¡No Madre, no!...¡no sé qué es lo que me pasa ni lo que siento!...

Y los tres se fueron a descansar, quedando tres monjas a mi cuidado. Pasaron unos días y tuve orden de mi doctor para levantarme, y así lo hice, pudiéndome sentar en mi sillón. Cuando me vi sentada miré a las flores del cielo que estaban erguidas y lozanas, y de pronto las vi cómo se marchitaban.

-¡Flores mías...¿qué significa todo esto?...¿acaso me anunciáis mi muerte?...¡nunca me habéis engañado...no me dejéis!

Y las flores recobraron su lozanía. El médico me estaba preparando la medicina y me dijo:

-No os separaréis de mis órdenes.

-Creo...que muy pronto me separaré.

-¿Y eso por qué?. ¡La ciencia es importante ante la muerte! ¿Quién os ha

dicho que vais a morir?

-Las flores.

Y señalé a las flores del jarrón que tan pronto estaban lozanas como se las veía marchitas. El médico quedó muy pensativo y sorprendido, al sentir sobre su cabeza una lluvia de flores muy menuditas.

-¿Qué es esto?...

Mi compañera se asustó porque seguían cayendo muchas más, y el médico con gran emoción me dijo:

-¿Y si estas flores, fueran de alegría de vuestro renacimiento?

-Sólo puedo deciros que muero muy contenta...porque Dios no me ha olvidado. La última vez que hablé con el amor de mis amores, me dijo: -“Te espero”.

-¿Pero...de verdad habéis visto a Jesús?

-Sí que lo he visto, y también lo ha visto la comunidad. ¿Queréis verlo?

Mientras el doctor hablaba, vi entrar a un hombre al que reconocí de inmediato y dije al doctor:

-¿Qué hombre es ese que acaba de entrar?

El doctor miró la figura aquella de aquel hombre; iba cambiando...e irradió luz. El médico se puso de rodillas ante El, diciendo:

-¡Perdón Señor!...¡perdón!...

Jesús me miró y yo le dije:

-¡Señor, ya estáis aquí y no puedo daros agua!...¡bien lo sabéis!

-“Ya me la darás en el Infinito”.

Y me quise ir tras El, pero una montaña de flores me impedía el paso. Al desaparecer, se llenó mi celda de flores menuditas de todos los colores; parecía que brotaban del suelo, del techo... parecía que entraban por la ventana. Desaparecieron todos los objetos de mi vista, no veía nada más que flores hermosísimas con un perfume encantador. ¡Todo se cubría de flores sin ver otra cosa en mi celda!...¡sólo flores!...

Yo estaba muy feliz y contenta, ¡emocionada, sin saber qué era lo que pasaba por mí: -si ha había dejado mi cuerpo...o si aún le animaba mi alma!. Oí entonces la voz del amor de mis amores que me dijo:

-“Nunca te he separado de mí cuando has ido en mi seguimiento; sabes muy bien, que el que quiere ser perdonado...tiene que saber perdonar”.

-“Yo quiero a toda costa ser sabia, ¡yo quiero poseer sabiduría!... Iré lejos, ¡muy lejos hasta encontrarla porque sin ella no se vive!...

Hablé mucho también con mi amigo el sacerdote y le dije:

-Cuando yo muera, vais a quedar tranquilo.

-No lo creáis Madre, no podré estarlo.

-¿Por qué no? Vos sois mi heredero y el único responsable de toda mi historia. Vos me dijisteis que me haríais santa. Vos seréis el responsable de todas las mentiras, pero después...seréis quien digáis la verdad de lo que he sido y de todo lo que he representado para la iglesia. Me quitaréis la santidad, y me daréis la dignidad y el buen sentido que una religión me negó. Yo os amo, amo al hombre y al sacerdote por su talento, porque es un genio. ¡Qué lástima que vuestra inteligencia, se ahogue poco a poco bajo los muros del templo!

Mi amigo, sin poderlo ocultar lloró, y yo le compadecí. Cuando le vi más tranquilo continué con él diciéndole:

-Vos, cuando yo muera haréis crueldades porque la iglesia es muy exigente, y os obligará a seguir mintiendo como hasta ahora lo vais haciendo. ¡Todo es vergonzoso!

Volvió a llorar.

-¿Por qué lloráis?...¿tenéis algún remordimiento?... –Y me dijo:

-Madre, todo lo que Vos queráis, se hará después de vuestra muerte.

-No mintáis tanto; ya está bien de mentiras sobre mentiras. Sabéis muy bien que tenéis que desfigurar mis hechos para demostrar una vez más talento; no mis valías ni mis condiciones como una mujer superior.

-Me marchó Madre. Volveré.

-Idos, pero antes de morir quiero haceros mi último regalo: una flor. A mi compañera ya le he dado la suya, y otra que aquí guardo para el médico.

Y se fue mi amigo el sacerdote tambaleándose; parecía como si estuviera ebrio. Yo, al quedar sola me confesé con Dios diciéndole la verdad: -que no sabía perdonar.

Entró de nuevo el médico contando muy atento mis pulsaciones; mandó traer más medicinas. Yo pedí que viniera de nuevo mi amigo el sacerdote; se presentó y redije:

-Os recomiendo mi historia; hacedla lo más racional posible, os lo suplico, ¡os lo imploro!...

El pobre no se tenía de pie. Le pedí su mano, la tenía helada. Hice un esfuerzo y cogí en el aire una hermosa flor que le entregué, diciendo:

-Conservad mi flor.

-La conservaré.

-Sé que no la vais a conservar. Se marchitará cuando acabéis mi historia.

El médico y toda la comunidad rodearon mi lecho, y yo dije a todas las religiosas: -Si en algo os he faltado, os ruego no me odiéis, que el odio...es una mancha que conserva el espíritu muchos siglos...

Las monjas lloraron, y se fueron retirando silenciosamente; parecían un regimiento de sombras y esto me entristeció mucho. Después quise ver a mis

niños y ancianos, y mi compañera se negó, temiendo que esto causara mi desenlace, pero yo me empeñé en verlos a todos y fueron entrando en mi celda por grupos. Todos fueron recibiendo mi bendición. Al médico y a mi compañera les dije:

-Soy una luz que se apaga...

Pero en torno mío había una luz vivísima. Oí voces que me decían:

-¡Maldita seas!... ¿Ya estás otra vez aquí?...

Y otras voces me decían:

-“¡Hosanna!... ¡Bienvenida seas!... ¿Por qué has tardado tanto?...

Pero yo no me detenía a escuchar ni los insultos ni las alabanzas; ¡volaba con una idea fija!... ¡sabía dónde estaba el Terminal de mi viaje!

En aquellos momentos, no sabía si ascendía o descendía, ¡yo sólo pensaba en llegar!

Miré después a la Tierra. Vi mi celda cubierta de muchas flores. La iglesia celebró mis honras fúnebres. Se mintió mucho. Las mentiras iban en aumento de una forma prodigiosa. Y mientras en la Tierra me formaban altares...yo, me ocupaba en el espacio en estudiar la Ciencia más difícil: -¡El saber perdonar!

Teresa de Jesús

* * * * *

II PARTE

Esta segunda parte nos relata su niñez, sus principios religiosos y todos los sufrimientos obtenidos por familiares y eclesiásticos que no la comprendían y que ni ella misma se podía comprender.

Es para nosotros un gran placer y gozo escribir algo propio de nuestra hermana Teresa. Todo nos parece en ella admirable porque sus Obras fueron muy queridas y estimadas, que hizo de ellas un elemento precioso de perfección. Ella puso en estas florecillas su fragancia, todo su corazón y su fervor para encenderse en amor a Dios.

Teresa de Jesús está hoy más cerca de nosotros que en los tiempos pasados, y nosotros, más cerca de ella, con ojos más limpios para verla, sentirla y vibrar con ella.

A nadie puede extrañar que, sin ella, nada seguro se podía hacer tan positivo que, aunque no lo sepamos explicar, la vemos con los ojos del alma y la sentimos por sus efectos.

Dios obra en las almas siempre como autor de ellas. Ni un solo pie podemos mover si El no coopera con nosotros.

* * * * *

Sea bendito el Señor que tanto me esperó, a quien con todo mi corazón suplico me de gracia y entendimiento para que con toda claridad y verdad, haga esta relación que mis sacerdotes me mandan, y aun el Señor yo sé lo quiere. Yo he sido la que no me he atrevido y que sea para gloria y alabanza suya. El Señor siempre me favorecía para ser buena.

Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos; mi madre también tenía muchas virtudes y pasó toda su vida con varias enfermedades.

Con ser de gran hermosura no hacía caso de ella; llegó a morir muy joven. Su vestimenta era siempre de mucha edad; era muy apacible y de gran entendimiento. Fueron muchos los trabajos que en el tiempo que vivió realizó. Murió muy cristianamente.

Mi padre era muy aficionado a leer buenos libros, y así, los tenía de romance para que los leyesen sus hijos, y mi madre tenía por costumbre hacernos rezar y

hacernos devotos de Nuestra Señora y de otros santos más. Ahí comencé a despertarme, en mi temprana edad de unos seis a siete años.

Mis hermanos eran muy virtuosos; yo era la más querida de mi padre; yo fui continua lástima. Cuántas veces me acuerdo de las buenas indicaciones que el Señor me había dado y qué mal supe aprovecharlas, pues mis hermanos en ninguna cosa me contradecían a servir a Dios.

Uno de ellos era el que más me quería; nos juntábamos para leer libros de santos y en una huerta que teníamos en casa procurábamos como podíamos hacer ermitas; queríamos ser ermitaños poniendo unas piedrecitas que luego se nos caían, y no veíamos remedio para nuestros deseos.

Yo procuraba buscar la soledad para mis oraciones. Me gustaba mucho cuando jugaba con otras niñas a hacer monasterios como que éramos monjas, y a mí me parecía estar segura de serlo.

De mis padres no me podía quejar porque veía en ellos todo bien y cuidados hacia mí, pues pasando de esta corta edad, comencé a entender las gracias de la naturaleza que el Señor me había dado, que según decían, eran muchas, aunque considero algunas veces el mal que hacen los padres, que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud, porque con serlo tanto mi madre, como ya he dicho, de lo bueno no tomé tanto por mi corta edad y el poco uso de mi razón, y lo malo me dañó mucho.

Mi padre era aficionado a libros de caballería; nunca tomó a mal este pasatiempo como yo lo tomé para mí. Lo hacía para que sus hijos no anduviesen en otras cosas perdidos. Yo comencé como una costumbre a leerlos y me parecía no era malo. Si yo hubiera de aconsejar a los padres, diría que tuvieran gran en cuenta con las personas que tratan sus hijos, porque aquí, hay mucho mal, y se va antes a lo malo que a lo bueno.

Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si yo no hubiera pasado por ello, no lo hubiera creído, en especial, en el tiempo de mi mocedad.

Querría escarmentasen mucho los padres para mirar mucho esto. ¡Qué gran provecho hace la buena compañía! Era tan demasiado el cariño que mi padre me tenía... que no veía ningún mal en mí.

Me llevaron a un monasterio que había en este lugar y esto se hizo con gran disimulo, que sólo yo y algún deudor lo supo por no dar ninguna novedad en haberse casado mi hermana; y quedar sola, sin madre, no era bien visto.

Los primeros ocho días los pasé bastante mal, después...estaba algo más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo porque en esto, me daba el Señor gracia de dar contento donde quiera que estuviese, y así, era yo muy querida.

Yo estaba contenta de ser buena monja como lo eran las otras de gran honestidad, aunque con todo esto...no me dejaba el demonio de tentar con las

vanidades de fuera, y como no le daba cabida, pronto se acabó, y comenzó mi alma a tornarse y acostumbrarse en el bien de mi primera edad, y vi la gran merced que hace el Señor a quien pone en compañía de buenos. Parecíame andaba el Señor mirándome.

Yo dormía con una monja que por medio suyo parece quiso el Señor darme luz, pues me empezó a gustar de la buena monja su conversación. Me gustaba oírla, ¡qué bien hablaba de Dios! era muy discreta; comenzó a contarme cómo había venido a ser monja por sólo leer lo que dice el Evangelio según Mateo: - “Muchos son los llamados y pocos los escogidos”.

Comenzó esta buena compañera a poner en mí pensamientos y deseos de las cosas Eternas. Estuve en este monasterio año y medio y todavía no deseaba de ser monja, aunque también temía casarme. Caí enferma y tuve que volver a casa de mi padre. Al encontrarme buena me llevaron a casa de mi hermana que residía en una aldea; era un gran amor el que me tenía; no quería que saliera de con ella.

Estaba en camino un hermano de mi padre muy sagaz y de grandes virtudes, viudo, al que también andaba el Señor disponiendo para sí, que en su mayor edad, dejó todo lo que tenía y fue fraile; acabó de suerte; creo que goza de Dios.

Quiso que me estuviese con él unos días. Su ejercicio eran buenos libros de romance, y su hablar, era lo más ordinario de Dios y de la vanidad del mundo. Hacíame que los leyese, y aunque no era amiga de ellos mostraba que sí, porque en esto de dar contento a otros he tenido bastante, aunque fueron pocos los días que estuve con él.

Dábame deleite todas las cosas de Dios, y es verdad que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solía ocupar en mi tiempo disponible. Después, el cambio de la vida y de los mayores me hizo daño a la salud, que aunque el contento mío era mucho...no bastó. Comenzáronme a crecer los desmayos y diome un mal de corazón tan grandísimo, que ponía de espanto a quien lo veía, y a otros males juntos, y así pasé un año con tan mala salud. Y comiera el mal tan grave que casi me privaba el sentido, era grande la diligencia que hacía mi padre para buscar remedio, y como no lo dieron los médicos de aquí, procuró llevarme a un lugar de que había mucha fama de que curaban allí tan graves enfermedades.

Estuve cerca de un año por allá, y en los tres meses de padecimiento tan grandísimo en las curas, que yo no sé cómo las pude sufrir –aunque las sufrí, no las pudo sufrir mi sujeto. Como diré, había que empezar las curas en el principio del verano y yo fui en invierno. Todo este tiempo estuve en la casa de

la hermana que he dicho que estaba en la aldea, un pueblo cerca de Bejar (Becedas) esperando el mes de Abril para no andar yendo y viniendo.

Cuando iba, me dio aquel tío mío –que tengo dicho que estaba en camino-, un libro que trata de enseñar oraciones de recogimiento, y puesto que este primer año había leído buenos libros –que no quise usar de otros porque ya entendía el daño que me habían hecho, no sabía cómo proceder en la oración. Determiné a seguir aquel camino con todas mis fuerzas, y como ya el Señor me había dado don de lágrimas y gustaba de leer, comencé a tener ratos de soledad y comencé aquel camino teniendo aquel libro como maestro, porque yo...no tuve maestro. Digo, confesor que me entendiese, aunque lo busqué en muchos años después de esto que digo que me hizo tanto daño para tornar muchas veces atrás.

Y el Señor comenzó a regalarme tanto para este camino, que me hacía merced de darme oración de quietud, y alguna vez llegaba a mi unión aunque yo no entendía qué era lo uno ni lo otro, y lo mucho que era de apreciar, que creo me hizo gran bien en entenderlo. Verdad es, que duraba tan poco esto de unión, y quedábanme tan grandes afectos...

Comencé a sentir las lágrimas, y procuraba lo más que podía traer a Jesucristo dentro de mí presente para pedirle por las lástimas. Esta era mi oración, mi manera de orar. Si pensaba dar un paso, lo representaba en mi interior.

Me gustaba leer buenos libros que era toda mi recreación; porque no me dio el Señor talento de discurrir con el entendimiento ni de aprovecharme con la imaginación que la tengo tan torpe. Conviene ocuparse mucho de lo que es el mundo y discurrir en lo que debe al Señor, y en lo mucho que sufrió por todos nosotros y lo poco que se le sirve y cuánto nos da a quien le ama.

Olvidé decir, que en el año de noviciado pasé grandes desasosiegos con cosas que en sí tenían poco tomo. Me culpaban sin tener culpa. Yo lo llevaba con gran pena e imperfección, aunque con el gran contento que tenía de ser monja todo lo pasaba.

Cuando me veían llorar por mis pecados, pensaban algunas veces que era por mi descontento y así lo decían. Yo era aficionada a todas las cosas de religión; era curiosa de lo que hacía; todo me parecía virtud.

Estaba una monja enferma de mucha gravedad y murió presto. Yo veía a todas un gran temor por aquel mal; a mí, hacíame gran envidia por su paciencia. Pedía a Dios que, dándomela así a mí, me diese las enfermedades que fuesen necesarias. Ninguna me parecía temer, porque estaba tan dispuesta a ganar bienes eternos que, por cualquier medio determinaría a ganarlos, porque aún temía, a mi parecer, amor a Dios.

Después que comencé a tener oración...me parecía a mí que sí, le he tenido gran amor.

Estaba una persona de la iglesia que residía en aquel lugar a donde me fui a curar; un hombre de gran honestidad y entendimiento. Tenía letras aunque no muchas. Yo comencé a hablar con él; siempre me gustaba ser amiga de letrados aunque gran daño hicieron a mi alma.

Confesándome, no los veía con tan buenas letras como yo los hubiese querido. Un buen letrado nunca me engañó; estos otros... tampoco me debían de querer engañar, ¡pobrecitos! ¡si no sabían más y yo pensaba que sí, así que no me vi obligada a creerlos! Lo que era pecado venial, decíanme que no era nada; lo que era gravísimo... que era venial.

Esto me hizo mucho mal; que lo digo aquí para aviso de otras y no sufran este mal, que para delante de Dios... bien veo no existen los engaños. Veían las cosas como algo propio y natural pero no eran buenas, para que yo me guardara de ellas.

Yo engañé a otras muchas diciéndoles lo mismo que a mí me habían dicho. Duré así unos años hasta que un Padre Dominico de gran letrado me desengañó en cosas, y los de la Compañía de Jesús me hicieron tanto temer, agravándome tan malos principios como después diré...

Pues comenzando a hablar con este clérigo, él se aficionó con gran extremo a mí. Entonces yo tenía poco que confesar y la conversación era mucha, y con la gran voluntad que me tenía, comenzó a declararme su perdición que no era poca, porque hacía casi siete años que estaba en muy peligroso estado de afición tratándose con una mujer del mismo lugar, y decía misa. Era cosa tan pública, que tenía perdida la honra y la fama y nadie le osaba hablar.

Contra esto, a mí me causó gran lástima, porque le quería mucho a pesar de tan grandes defectos. Me parecía una gran virtud ser agradecida y tener ley a quien me quería. Procuré saber e informarme más de personas de su casa, y vi que el pobre hombre no tenía tanta culpa porque la desventurada de la mujer, le tenía puesto hechizos en un idolillo de cobre.

Yo no creo en verdad en esto de hechizos, más yo diré esto que ví. Es para aviso de que se guarden los hombres de mujeres que quieren este trato tener y pierdan la vergüenza, que ellas más que los hombres son obligadas a tener honestidad. Que ninguna de ellas pueda confiar de llevar adelante su voluntad, de aquella afición que el demonio les pone –aunque yo he sido tan ruin, pero jamás pretendí hacer ningún mal porque me guardó el Señor de esto, mas si me dejara conducir por el mal... haría igual que los demás.

Pues como supe esto, empecé a demostrarle más cariño y más amor, con mi buena intención que era ir en contra de la obra mala.

Para hacer el bien, no debía hacer ningún pequeño mal. Su trato era un poco ordinario para con Dios y esto debió ser el caer, aunque más bien, creo que hízome mucho caso al quererme tanto, porque diome el placer de darme el idolillo que yo del cual, hice echar luego al río.

Quitado esto, comenzó como quien despierta de un gran sueño al irse acordando de todo lo que había hecho aquellos años; y espantándose de sí, doliéndose su perdición, vino a comenzar por aborrecer. La Nuestra Señora debió ayudarle mucho, que era muy devoto de ella.

Al fin, dejó del todo de verla, y no se hartaba de dar gracias a Dios por haberle dado luz.

Al cabo del año, justo del primer día que yo le vi, murió, y había estado muy al servicio de Dios. ¿Por qué aquella afición grande que me tenía? Nunca entendí. ¿Sería por el bien que le hacía, en ayudarle de ese grave pecado? Mala no lo fui, aunque pudiera aún ser mejor, y paréceme a mí que le ayudaba; en esto creyó en mí. Creo que todos los hombres deben de ser, más amigos de mujeres que van más inclinadas a la virtud. Aquel clérigo murió muy bien y muy quitado de aquella ocasión. Parece quiso el Señor que por estos medios se salvase.

Estuve por aquel lugar con grandísimo trabajo porque la cura fue más recia, que perdía mi comprensión y las medicinas me tenían casi acabada la vida y el rigor del mal del corazón, porque ninguna cosa podía comer si no era bebida.

Con calenturas muy continuas, estaba tan abrasada que se me comenzaron a encoger los nervios con los dolores tan agudos, que ni día ni noche ningún sosiego podía tener y una tristeza muy profunda. Con esta ganancia, que me tornó a traer mi padre a donde tornaron a verme médicos. Todos me desahuciaron.

De todos estos males juntos ahora me espanto, y tengo por gran merced del Señor la paciencia que el Señor me dio, que se veía claro que venía de El. Mucho me aproveché para tenerla, por haber tenido oración para que yo la pudiera llevar con tanta conformidad. Todas mis pláticas eran con El. En el pensamiento mío decía esto: “Si recibimos los bienes del Señor, ¿por qué no hemos de recibir los males?”

Vino la fiesta de Agosto, que hasta entonces, desde Abril había sido un tormento. Mi padre no me dejó, ¡qué gran amor me tenía! Era demasiado, que aunque era católico y tan avisado, que lo era harto, también hízome daño. Diome aquella noche un paroxismo que me duró estar sin sentido cuatro días. En esto me dieron el Sacramento de la Unción, y cada momento pensaba que expiraba. Teníanme a veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos.

La pena de mi padre era muy grande por no haberme dejado confesar. Clamores, oraciones a Dios... ¡muchos, muchos: “Bendito sea El”!

Quiso el Señor oírlas, que teniendo abierta la sepultura en mi monasterio esperando el cuerpo, quiso el Señor tornarse en mí.

Verdad y cierto es, que me parece estoy con gran espanto llegando aquí; y viendo como parece me resucitó el Señor, estoy casi temblando con mis: -“¡Sea bendito para siempre!” - “¡Plegue al Señor, que antes me consuma yo que dejarle de querer!” - “¡Pasen a mí todos los males!” - “¡Haced de mí lo que Vos deseéis, pero no dejaré jamás de amaros!”...

Quedé de estos días de paroxismo de una manera que sólo el Señor puede saber los tormentos que sentía en mí. La lengua, hecha pedazos de mordida; la garganta, de no haber pasado nada y la gran flaqueza que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Todo me parecía estaba descoyuntado, con grandísimo desatino en la cabeza; toda encogida hecha un ovillo, y en todo esto, para el tormento de aquellos días, sin poderme menear ni brazos ni pies, ni manos ni cabeza como si estuviera muerta; sólo un dedo me parecía poder menear de la mano derecha que muy contenta quedé.

Al cesar los dolores parecíame verme buena. Diome luego tan gran prisa en irme al monasterio que, quise me llevaran así a la que esperaban muerta. Me recibieron con alma; el cuerpo...estaba peor que muerto, daba pena verle. El extremo de flaqueza, se puede decir que sólo huesos tenía. El estar así me duró unos meses; estaba tullida aunque iba mejorando.

Empecé a andar poco más que a gatas. Alababa a Dios; todo lo pasé con gran conformidad. Estaba muy conforme con la voluntad del Señor aunque me dejase así siempre. Toda mi ansia de sanar, era para estar sola en oración. Todas se espantaban de la paciencia que el Señor me daba, porque al no venir de mano de El...parecía imposible poder sufrir tanto mal y a la vez con tanto contento.

Quedome el deseo de soledad; era amiga de tratar y hablar con el Señor. Me acordaba de los regalos que el Señor me hacía en la oración y lomucho que le debía. ¡Qué mal se lo pagaba!

Procuraba confesarme con brevedad. Los confesores me ayudaban poco. Como me vi tan tullida en tan corta edad, y como me habían parado los médicos de la Tierra, determiné acudir a los del cielo para que me sanasen, que todavía deseaba la salud aunque con mucha alegría lo llevaba. Y pensaba algunas veces que, si estando buena me había de condenar...era mejor estar así, aunque pensaba que serviría mucho más a Dios con la salud, aunque el Señor sabe mejor lo que nos conviene.

Tomé por abogado y Señor al glorioso José, me encomendé mucho a él, y vi claro que de esta necesidad y otras mayores este padre glorioso me sacó con

más bien de lo que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado, que de muchos peligros me ha librado así de cuerpo como de alma. Le pido una cosa y siempre la veo cumplida. Si va algo torcida la petición...él la endereza para más bien mío.

¡Las mercedes que ha hecho este glorioso patriarca a mí y a otras personas! Sólo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me creyese, y verá por experiencia el gran bien que es el encomendarse a este glorioso José; tenerle devoción, en especial, personas de oración, siempre debían ser aficionados. Que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los ángeles en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias a este bienaventurado por lo bien que le ayudó en ello. Quien no encuentre maestro que le enseñe, tome a este por maestro y no errará en el camino.

Ruego al Señor no haya yo errado por atreverme a hablar de él, porque publico ser devota de él y en imitarle siempre he faltado, pues él hizo como quien es en hacer que pudiera levantarme, y andar y no estar tullida.

Comenzó el Señor a darme virtudes, que ellas mismas me despertaban a servirle después de haberme visto casi muerta y en tan gran peligro, y después, haberme resucitado alma y cuerpo, que todos los que me veían se espantaban. Al verme iban diciendo: -¿Qué es esto? ¡Dios mío, en tan peligrosa vida hemos de vivir...

Escribiendo esto estoy, y me parece que con vuestro favor y misericordia podría decir lo que nuestro hermano Pablo aunque no con esa perfección: -“No vivo yo ya, sino que Vos, Señor mío, vivís en mí”. Y no quiero mundo ni cosa de el, y estoy temiendo y con mucha razón si me habéis de tornar a dejar, porque ya sé a lo que llega mi fortaleza.

¡Vos Señor, siempre dando y ayudando! Para mí ya, Señor mío, es imposible de dejaros como tantas veces os dejé. ¡No puedo dejar de temer, porque en apartándoos un poco de mí...daba con todo en el suelo! ¡Bendito seas por siempre, que aunque os dejaba yo a Vos...no me dejásteis Vos a mí! ¡Tan del todo siempre Vos dábaisme la mano, y muchas veces Señor, no la quería, ni quería entender cómo muchas veces me llamábais de nuevo...

Pues así empecé de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad y andar tan entregada mi alma en muchas vanidades, que yo tenía poca vergüenza de seguir en tan particular amistad que así crecieron mis pecados.

Comenzáronme a faltar los regalos de las cosas de virtud; veía yo muy claro Señor mío, que me faltaba esto a mí por faltaros yo a Vos.

Este fue el más terrible engaño que el demonio me podía hacer. En lo exterior, tenía buena apariencia, y así no me culpaban en la casa donde estaba, porque con mis mañas, procuraba me tuviesen en buena opinión fingiendo

cristiandad.

En ocasiones, apartábame en soledad muchas veces a rezar, leer y hablar mucho de Dios. Era amiga de pintar su imagen en muchas partes, y procurar en El cosas que hiciesen devoción y no decir mal; por eso tenía apariencia de virtud, y yo me sabía estimar en las cosas que en el mundo se suelen tener por estima; por esto me daban tanta libertad, más que a las muy antiguas, y tenían gran seguridad de mí porque tenía libertad sin pedir licencia.

Esto a mí me causó mucho daño no estar en monasterio cerrado. El monasterio con mujeres en libertad, me parece es paso para caminar mal. Las que quieren ser ruines, es un remedio para su flaqueza. ¡Hay tantas que sirven muy de veras y con mucha perfección al Señor, que no puede el Señor dejar al que es bueno en favorecerlo! Digo que me dan gran lástima, porque el Señor hace grandes llamamientos y no una vez, sino muchas, para que se salven de las recreaciones del mundo, y qué mal entienden a lo que están obligadas.

El Señor ponga muy de veras en ello su mano si los padres tomasen mi consejo, ya que no quieran mirar a poner a sus hijas a donde vayan por el camino de la salvación, sino con más peligro que en el mundo. Que lo miren por lo que toca a su honra. Mejor sería casarlas bajamente, que meterlas en monasterio semejante si no son muy bien inclinadas y rueguen a Dios.

Aprovechen o se las tenga en casa; no sólo se dañan en sí, sino a todas, y a veces las pobrecitas no tienen culpa porque se van por lo que hallan, y es lástima de muchas que se quieran apartar del mundo pensando que se van a servir al Señor y apartar del mundo y sus peligros...y se hallan en muchos mundos juntos que no saben cómo valerse ni remediar. Que la mocedad y sensualidad...las convida a seguir algunas cosas que son del mismo mundo, y hacen entender que es bueno aquello que siguen, y lo creen así sin creerlo, porque dentro de sí, tienen quien les diga que es malo.

Que la Divina Majestad ponga remedio en ello, como El ve que es menester.

¡Oh, grandísimo mal! ¡grandísimo mal de religión de hombres y de mujeres, porque no se guarda religión donde en un monasterio hay dos caminos: -de virtud y de religión; y de falta de religión, casi todos faltan por igual por nuestros pecados. Caminamos más por lo imperfecto, y qué poco se usa la verdadera religión, que más ha de temer el fraile y la monja que son los primeros que han de comenzar de veras a seguir del todo su llamamiento, empezando por los de su casa, con mucha disimulación y cautela que hay que tener para hablar en la amistad que es lo que desea el Señor.

No sé por qué nos espantamos que haya tantos males en la iglesia, pues los

que debían predicar para que todos sacasen sus virtudes...tienen borrada la labor. Y comenzando yo a tratar estas conversaciones, sabía había de venir a mi alma el daño y distraimiento que más tarde entendí estando yo con una persona.

Al principio de conocerla, quiso el Señor darme a entender que no me convenía aquella amistad. El me avisó, y diome luz en tan gran ceguera mía. Representóseme Cristo delante, con mucho rigor, dándome a entender lo que de aquello le pesaba. Vile con los ojos del alma más claramente que si lo pudiera ver con los ojos del cuerpo, y quedé tan impresionada, que de esto hace ya tiempo y me parece que lo tengo presente. Yo quedé muy espantada y no quería ver más a con quien estaba.

Hízome mucho daño el no saber, ya que era imposible ver nada si no era con los ojos del cuerpo. La fuerza del mal me ayudó a que lo creyese así, y me hizo entender era imposible ver con los ojos del alma. Decíanme que eran antojos míos, aunque yo, siempre me parecían eran cosas de Dios y no eran antojos míos. Yo sentía en mí algo grandioso, y estaba segura que no era nada malo ver persona semejante ni perdía honra, sino que la ganaba.

Estando otro día con esa misma persona que he comentado anteriormente, vimos venir hacia nosotros una cosa de manera de sapo muy grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar. De la forma que se nos presentó, no puedo yo entender pudiese haber semejante sabandija en la mitad del día, y la operación que hizo fue muy misteriosa. Digo misteriosa, porque era enorme y poco normal. Otras personas que estaban allí también lo vieron, y tampoco esto se me olvidó jamás.

¡Oh, grandeza la vuestra Señor! ¡Con cuánto cuidado y piedad me estabais avisando y de cuántas maneras...y qué poco supe aprovecharlo!

Tenía allí una monja parienta mía, gran sierva de Dios y de mucha religión. Esta también me avisaba muchas veces y no sólo no la creía, que después, me disgustaba con ella y me parecía se escandalizaba y yo no sabía por qué.

He dicho esto para que se entienda mi mal proceder y la gran bondad del Señor, y qué merecido tenía mi castigo por tan gran ingratitud y también porque el Señor me ordenaba y yo no le servía.

Espero que en algún tiempo lea esto alguna monja y escarmiente en mí, y les pido yo por amor a Nuestro Señor, huyan de semejante recreación, se desengañen algunas de ellas de cuantas he engañado diciéndoles que todo era bien y nada era mal. ¡Qué ceguera la mía! ¡Yo no las quería engañar, y por el mal ejemplo que las di...fue causa de muchos males! ¡No pensé hacía tanto mal!

Estando yo enferma en aquellos primeros días, antes de yo poderme valer, a mí me daban grandes deseos de tentaciones muy ordinarias. Como quería tanto a mi padre no andé con rodeos; como pude, le hice tuviera mucha oración; que me parecía a mí, que en esta vida no podía ser mayor el bien que tener oración.

Le dí libros para este propósito. Como era tan virtuoso los tomó, y en poco tiempo les sacó provecho y me daba grandísimo consuelo. Iba muchas veces a verme y se consolaba con hablar cosas de Dios...y a mí se me hacía pesado.

¡Bendito hombre, con la buena opinión que tenía de mí y el amor que me tenía...todo se lo creyó! El no sabía que yo gastaba el tiempo en otras vanidades; no sólo le engañaba a él, sino a otros muchos más procuraba tuvieran oración aun andando yo en estas vanidades.

Como yo les veía siempre eran amigos de mucho rezo, les decía cómo tenían que hacer para meditar, y aprovechaba para darles libros. Este era mi deseo: -de que otros sirvieran al Señor. Me parecía a mí, que ya que no servía yo al Señor como debiera, procuraba que no se perdiese lo que me había dado el Señor a entender. Digo esto, para que se vea en la gran ceguera en que estaba, que me dejaba perder a mí, y procuraba que lo ganaran otros.

En todo este tiempo, dio a mi padre la enfermedad que de ella murió. Duró algunos días. Fui yo a curarle estando más enferma de alma que de cuerpo. Tuve mucho trabajo en su enfermedad; creo le serví de algo.

Aunque estaba yo enferma, me esforzaba y tuve gran ánimo para no mostrarle pena hasta que murió. Fue como si ninguna cosa sintiera. A mí me parecía se arrancaba mi alma cuando veía acabar su vida. Fue cosa para alabar al Señor la muerte que llevó, y la gana que tenía de morir después de haber recibido la extremaunción. El nos dijo le encomendásemos al Señor y le pidiésemos misericordia para él, y con lágrimas nos decía la pena que sentía de no haberle servido.

Tengo por muy cierto que, quince días antes de morir, le dio el Señor a entender que no había de vivir, porque aunque estaba malo, no lo pensaba. Después, con tener mucha mejoría, los médicos se lo decían y ningún caso hacía de ellos.

Fue su peor mal un grandísimo dolor de espaldas que jamás se le quitaba. Algunas veces le apretaba tanto que le aconsejaba mucho; yo le decía que, puesto que era tan devoto de cuando el Señor llevaba la cruz a cuestras, que lo pensase.

Se consoló tanto, que me parece a mí nunca le oí quejar. Estuvo tres días a falta de sentido; el día que murió se le tornó el Señor tan entero, que nos espantábamos diciendo: El mismo expiró. Quedó como un ángel. -Así me parecía a mí que lo era. Decía su confesor que era dominico de un gran letrado que: -no dudaba de que se iba derecho al cielo. Hacía muchos años que le confesaba, y añoraba su limpieza de conciencia.

Yo no podía encerrarme dentro de mí; me venían mil vanidades. Así pasé mucho tiempo. Ahora me espanto si hubiera de decir las ocasiones que en este tiempo el Señor me quitaba, y cómo me tornaba a meterme en ellas y de los peligros de perder de todo el crédito que El me libró.

¡Oh Señor de mi alma!.. ¡Cómo podré agradecer las mercedes que en estos años me hicisteis! ¡Fue un tiempo que yo más os ofendía! En breve me disponíais con un grandísimo arrepentimiento. Para que gustase de vuestro regalo, con regalos grandes castigaba mis delitos. ¡Gran mal es un alma sola entre tantos peligros!

Me parece a mí, que si yo hubiera tenido con quien tratar de todo esto, me hubiera ayudado a no tornar a caer –siquiera por vergüenza, ya que no la tenía. Por eso aconsejaría yo a los que tienen oración, en especial al principio, que procuren tener amistad y trato con otras personas. Que traten de dialogar de lo mismo es cosa importante aunque sólo sea para ayudarse unos a otros. Que quien comienza de veras a amar al Señor y a servirle, va dejando de tratar con algunas personas sus placeres; porque si es de verdad la amistad que quiere tener con el Señor, no halla miedo de vanaglorias, y cuando el primer movimiento le acomete, saldrá de ello con mérito.

Creo que obrando con esta intención es tratar de aprovechar a los que oyen, y saldrán más enseñados. Aun sin entender, has enseñado a un amigo, pues es tan importantísimo esto para las almas que no están fortalecidas en virtud...

¡Es pena no ser cristiano! ¡Tantos contrarios y amigos para iniciar el mal, y se publican las ofensas que en este caso se le hacen a Dios!

No sé si digo desatinos; si lo son...el Señor los rompa, y si no lo son, suplico ayuda a mi simpleza para añadir aquí mucho, porque andan ya las cosas del servicio del Señor muy flacas; que es menester hacerse de espaldas unos a otros para ir adelante ya que tienen por bueno el andar en las vanidades del mundo, y para estos, hay pocos ojos.

Si una comienza a darse al Señor, hay muchos que esto lo murmuran. Es menester buscar buena compañía para defenderse de las grandezas del Señor; que se encuentren fuertes y no les pese el padecimiento, sino, de lo contrario, se verán en muchos aprietos.

Por todo esto pareceme a mí que algunos santos se iban a los desiertos. Es un gesto de humildad, y sentirse más cerca del Señor para ser escuchados con los que conversan, y crece la caridad. Verdad es, que al lado de ellos me siento más flaca que todos los nacidos.

De mí, sé decir, que si el Señor dieme medios para que yo tratara con personas de oración, tan flaca fui, que cayendo y levantando iba a dar con los ojos en el infierno, porque para caer, había muchos amigos que me ayudasen; para levantarme hallábame tan sola...que ahora me espanto cómo no me estaba siempre caída, y alabo la misericordia del Señor que era sólo El el que me daba

la mano.

¡Sea bendito por siempre!

No sin causa he ponderado tanto este tiempo de mi vida, que bien veo no dará gusto a nadie ver cosas tan flacas. Que nada me espantaría que me aborreciese quien esto leyese, de ver a un alma tan pertinaz, y el Señor, cuántas veces me ha ayudado, y quisiera tener licencia para decir las muchas veces que en este tiempo falté al Señor por no estar junto a esta fuente de oración.

Pasé este mar tempestuoso; casi veinte años con estas caídas para después levantarme mal, pues tornaba a caer por mi mala perfección. Que ningún caso hacía de todas mis fechorías pues no me apartaba de los peligros. Sí podré decir aquí, que fue una de las vidas más penosas que nadie se puede imaginar, porque ni yo gozaba del Señor ni estaba contenta del mundo. Me acordaba de lo mucho que debía al Señor, y me acordaba con mucha tristeza cuando estaba con El.

Las aficiones del mundo me desasosegaban; era una guerra tan penosa que no sé cómo la pude sufrir. Ahora veo muy claro la gran misericordia que tuvo el Señor conmigo, porque tenía que tratar al mundo para dar ánimos y entraran en la oración, y decirles que siempre estamos al lado de Dios. Los que entran en la oración, están viendo muy claro que los mira el Señor.

De estos días tan hermosos y buenos poco duró mi recuerdo y mucho los de flaqueza. Cuando me encontraba enferma estaba más junto al Señor. Procuraba, a las personas que me trataban y me visitaban, les hablaba del Señor para que estuviesen cerca de El. Les hablaba mucho de El; de las cosas que hace por todos nosotros.

Pasé esta gran batalla y contienda de tratar con el Señor y con el mundo. Ahora me queda por decir que se fue la causa de la guerra. Aunque para mí, no fue pequeña, ahora estoy en lo que pienso: Al servicio del Señor, y con el conocimiento de la vanidad que existe en el mundo; pues para los que a tantos he contado esto, es para que se vea la gran misericordia del Señor. Para que se entienda el gran bien que hace el Señor a un alma que la prepara para entrar en oración con voluntad.

Aunque no esté preparada como es menester, el Señor la saca a puerto de salvación como me ha sacado a mí. ¡Ruego al Señor, no me torne más a caer!

¡Es un gran bien para todos los que practican la oración mental que a tantos lugares puede llegar! Y aunque soy poco humilde, no soy soberbia. De esto quiero yo hablar; de lo que tengo experiencia:

No hay aquí que temer, sino desear siempre. Ir hacia adelante y esforzarse a ser cada vez mejor y más perfectos, y se verá el regalo que a estos da el Señor, y

poco a poco irá entendiendo el camino verdadero que conduce al cielo, que no es otra cosa que luchar por los demás rogando en la oración y pensando en el Señor que tanto nos puede amar.

Si vosotros aún no sentís ni le amáis, habrá que tener condiciones para sentir el verdadero amor. Hay que tener sentimientos y conocimientos. El Señor es el que no comete faltas, ¡a todos nos ama!

Nosotros tenemos una falta grande, viciosa e ingrata. ¡Amemos al Señor! ¡No dejar de amarle! ¡Infinita bondad de mi Señor, que me parece os veo y me veo contenta por mi gran suerte! ¡Qué buen amigo hacéis, Señor! ¡Tomáis en cuenta los ratos que os quieren y...con un punto de arrepentimiento, olvidáis a los que os han ofendido!

He visto esto muy claro por mí, y no veo Señor mío, por qué todo el mundo no se preocupa en llegar a Vos, por esta tu buena y sincera amistad.

Para que vean los humanos las misericordias del Señor, y el gran bien que fue para mí no haber dejado de suplicarle, lo expongo aquí, porque conviene saber y entender la malicia que causa el dominador del mal a un alma para ganarla, y el artificio y misericordia con que el Señor procura ganarla.

Por el amor de Nuestro Señor y por el gran amor que nos brinda, pido yo se guarde de entender las ocasiones que el Señor nos muestra, porque no hay que fiarse de los muchos enemigos que nos combaten y la mucha flaqueza que hay en nosotros para defendernos. Con esto quiero yo decir y hacer y saber la cautividad que traía mi alma, porque bien veía yo que lo estaba. No acababa yo de entender ni creer por qué los confesores no me acompañaban. Quiero decir, que no me ayudaban; tanto es así que lo sentía mi alma. Me dijo uno de ellos, que aunque tuviera grandes dedicaciones y sentimientos al Señor y mostrara mi arrepentimiento...no me era suficiente.

No lo entendía yo esto. Si el Señor me perdonó de todas mis vanidades y me levantó de muchas caídas, ¿por qué un confesor no podía perdonar mis pecados, que según ellos no eran pecados?

Quedé muy confusa de todo lo que me decían. Yo me veía que me iba apartando cada vez más de los grandes peligros; veía también, que me fui entregando con muy buenos deseos a la oración ocupándome por completo de ella. ¡Pobre alma mía! ¡lástima la tengo ahora por lo mucho que pasó y el poco socorro que tenía! Sólo el amparo de Dios, pues el tormento que yo recibía en los sermones...no eran pequeños.

Yo era aficionada a los sermones. Cuando veía a alguno predicar con el espíritu del bien y de la verdad...¡sentía mucho amor! Era una recreación para

mí cuando oía hablar también de Dios. Nunca me cansaba oír hablar de El, y a partir de entonces, me dediqué mucho a la oración.

Por un lado, tenía gran consuelo en los sermones, por otro me atormentaban, porque allí entendía yo que no era lo que debía de ser.

Suplicaba al Señor me ayudase; me parecía a mí que no cumplía como debía. Buscaba remedios que en los confesores no encontraba, y me parecía a mí que aprovechaba poco las cosas de Dios. No veía en ellos ese amor que yo buscaba; todo lo veía vacío. Deseaba vivir, y bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra y no encontraba quien me diera vida. Ignoraba quién me la podía dar. Había sobradas razones de que el Señor no me socorriese, pues tantas veces había tornado a mí... Fui yo quien se alejaba de El, pues ya andaba cansada mi alma y yo no la dejaba descansar por las feas costumbres que tenía.

Recuerdo un día, entrando yo en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar para ciertas fiestas que se hacían. Era la figura de Cristo, y mirando la figura, me causó mucha tristeza y dolor de verle, porque se me representaba todo lo que pasó y todo lo que sufrió por todos nosotros. Fue tanto lo que sentí, que me avergoncé de lo mal que me comporté y lo poco que le supe agradecer. Aquella llaga, al verla, el corazón se me partía y me arrojé a El con gran derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciera de una vez para no volverle a ofender nunca más. También sentía un gran afecto por la gloriosa Magdalena, y muchas veces pensaba en ella para que me ayudase.

De esta figura de Cristo que digo, me sirvió de mucho provecho porque estaba muy desconfiada de mí misma. Puse toda mi confianza en el Señor, y le dije que no me iba de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba, y mejoré mucho desde entonces.

Esta era mi forma de orar; no podía discurrir de otra forma por el poco entendimiento mío. Procuraba representar a Cristo dentro de mí y me ayudaba mucho. Me ayudaba mejor cuando estaba sola junto a El. Me parecía a mí que era cuando mejor me escuchaba.

De estas simplicidades tenía muchas. Si podía, sin que nadie me viera, me ponía junto a su imagen y le limpiaba aquel sudor y aflicción que El había tenido.

No me hartaba de hacerlo porque se me representaban todos mis hechos malos, pues pude ver que fueron muchos los que me atormentaban, y fueron cosas que hice de hace muchos años y de antes de ser monja.

También aprovechaba para ver el campo, el agua y las flores. En estas cosas me venían a la memoria las grandes bellezas del Creador. En las cosas del cielo y cosas tan subidas era mi entendimiento tan grosero...que jamás se puede conocer. Tenía poca habilidad y poco entendimiento; si no era lo que veía...no me aprovechaba nada. Por más que veía su hermosura...era como estar ciega o

a oscuras. No comprendía que el Señor está en nosotros aunque no se le vea.
¡Qué desventurada fui, no comprender tanto bien!

Algunas veces, cuando me ponía a leer, me venían a deshoras un sentimiento de la presencia del Señor, que de ninguna manera podía pensar de que estaba dentro de mí. Esto no era de manera de visión; creo que lo llaman “Mística teológica”. Yo no lo sé, porque a mí me parece que mi entendimiento no discurre, pero también creo que no se pierde, porque primero había tenido con bastante frecuencia una ternura...que para mi entendimiento, todo es dado.

A mí me parece todo esto, que mucho nos podemos ayudar los unos con los otros por reconocer nuestras flaquezas, y la ingratitud que tenemos con el Señor. El desea contentarnos, que veamos sus Obras, su grandeza, lo que nos ama y otras muchas cosas más que hace, y no las vemos porque aún seguimos ciegos.

Me parece que hago bien en poner esta comparación que ahora expongo, que son de estos gozos que sentimos en la oración. ¡Qué grandísima diferencia de gozar en el cielo!.. ¡mucho más que acá! Cada uno está contento en el lugar que está gozando. Son gozos espirituales, y qué verdad es que cuando un alma se hace al Señor, ya casi no desea otra cosa, aunque se sabe que sin Dios no se hace nada y siempre nos está dando dones. Hemos de estar siempre agradecidos, porque si no conocemos que recibimos...no despertamos a amar.

¡Qué verdad es que aquí nos vemos ricos, y sobre el conocimiento divino...qué pobres somos!

Cuando se conocen las buenas obras del Señor, más aprovechamiento nos viene y más humildes nos hacemos. Andemos siempre con sencillez delante del Señor, pretendiendo siempre tener sólo a El y no a los hombres que pretenden atraer las cosas vanas.

Es cierto, que amamos más a una persona cuando nos acordamos de su buena obra que nos hace, pero tengamos conocimiento y memoria de que tenemos de Dios el Ser, y que nos creó y que nos sustenta...¡y qué grandeza la del Señor!

He aquí una valiosa Joya, que si recordamos, nos fue dada y ya la poseemos. ¡Esforcémonos con vida a amarle, que es mucho el bien que nos hace. ¿Pues qué será, cuando vean en su poder otras joyas más preciosas, como tienen ya recibidas algunos siervos del Señor?

Es menester sacar fuerzas y tiempo para servir al Señor, y procurar no ser ingratos. Con esa condición nos la entrega el Señor; que si no usamos bien el tesoro y del gran estado en que nos pone, nos lo tornará a tomar, y nos quedaremos más pobres y dará el Señor las joyas a quien las luzca, y las

aproveche a entregar con largueza.

Hemos de tener ánimos para cosas grandes por estar agradecidos y favorecidos del Señor, pero somos tan miserables y tan inclinados a las cosas de la Tierra, que no vemos los dones que nos entrega el Señor. Nos entrega fortaleza, que por nuestros errores, nosotros la perdemos.

No pretendo otra cosa en esto, sino que sea alabado y engrandecido; que poco hemos de ver, para saber que en un muladar tan sucio y de tan mal olor, hiciese huerto de tan suaves flores.

¡Oh, Señor de mi alma y bien mío!..¡Somos tan tardíos de entregarnos del todo a Dios! El Señor no quiere que gocemos de cosas tan preciosas si no hacemos méritos para ganarlas. ¡Bien se puede ver, que no hay con qué se pueda comprar tan gran bien en la Tierra! Mas si hiciésemos lo que pudiésemos en no asistir en cosas de ella, sino que todos nuestros cuidados y trato fuesen del cielo... creo yo, sin duda alguna, se nos daría este bien en breve tiempo, y del todo nos dispusiéramos como algunos ya lo hicieron.

Yo digo: ¡Animo, porque son tantas cosas que el intruso pone delante para que no se comience este bello camino... Si el que comienza se esfuerza, con la ayuda del Señor ha de llegar a la cumbre de la perfección y jamás irá solo al cielo; ¡siempre llevará mucha gente tras de sí como un buen capitán! Eso le da el Señor a quien vaya en su compañía; ¡se ponen tantos peligros y dificultades delante, que es menester el ánimo para no retroceder atrás, pues los que ya van determinando a seguir este camino y a salir con esta empresa por sus trabajos, no podrán retroceder, porque son los que trabajan dando al Señor el caudal; que por este camino que fue Cristo han de ir los que le siguen, si no quieren perder bienaventurados trabajos que aquí en la vida se pagan.

Qué grandes bienes hacéis, Señor, para el bien del alma que esperáis sea siempre vuestra, y hacéis que se ponga en vuestro poder para seguiros.

Quien toma en sí esta decisión que no tema jamás. Gente espiritual no debe afligirse por estar en un puesto tan alto de tan alto grado. Es como querer tratar sólo con el Señor y dejar los pasatiempos del mundo; lo demás... está sobrado.

Alabar siempre al Señor y confiar siempre en El, ¡en su gran bondad! Creamos en todo lo que nos venga de El, que es para bien nuestro y quiere seamos suyos; quiere que queramos cavar en su huerto.

Cierto es que está con nosotros, y lo que quiere, es que crezcan las plantas y flores. A unos, les da agua para que saquen del pozo a otros que están sin ella. De mí, Señor, haced cuanto queráis; no quiero se pierdan las virtudes que ya me habéis dado por vuestra bondad. Padecer es lo que quiero; cúmplase en mí

de todas las maneras vuestra voluntad, que cosa de tanto valor como vuestro amor es...ser de la gente que os sirva. Así que vuelvo a decir aunque lo diga muchas veces, ¡qué importa nos lleguen sequedades y distraimiento! ¡Que nadie se aflija si quiere ganar libertad de espíritu! Comiencen a no espantarse de la cruz, y verá como se le ayuda también al Señor y quedará contento, sacando provecho de todo, porque ya se sabe que si el pozo no mana, nosotros no podemos poner el agua. Es cierto que en ningún momento hemos de estar descuidados, para cuando la haya, sacarla, porque entonces ya la dará el Señor. Por este medio se multiplican las virtudes.

Este capítulo es muy necesario de decir dentro de lo que nosotros podemos abarcar; que podamos ayudarnos algo, porque hemos de pensar lo que el Señor pasó por nosotros.

Tengamos compasión, que es sabrosa esta pena que procede de aquí. Hemos de pensar en la gloria que esperamos y en el amor que el Señor nos tuvo y nos llena de nuevos gozos. Las penas terminan en un premio de amor, y si perdiéramos el entendimiento...quedaría el alma desierta y con mucha sequedad. Mientras más nos vamos acercando a Dios, más adelante ha de ir la virtud; de lo contrario, todo irá perdido, pues el Señor hace demasiado por nosotros.

Digo esto, para poder subir con el pensamiento y pensar en cosas altas del cielo. Quiero decir, pensemos en el Señor, ¡de las grandezas que El nos muestra –aunque yo no tuve habilidad-, porque me hallaba más en pensar en las cosas de la Tierra, aunque me daba el Señor a entender la verdad de estas grandezas de las cosas del cielo. ¡Qué poco veía!. Otras personas buen provecho sacaban y buenos frutos y más si tenían letras, que eso es un gran tesoro para mejor entender.

De unos días a esta parte, lo he visto por algunos letrados que en poco tiempo han aprovechado mucho con su entendimiento; pero también quiero decir que no se suban mucho sin que Dios los suba, ni pensar en suspender las cosas que el Señor nos da –es lo que quiero decir. Que no se deje de obrar con El, porque nos quedaríamos bobos y frios y ni haríamos lo uno ni lo otro.

Muchos años estuve yo que leía muchas cosas, y no entendía nada de ellas aunque me venía el Señor porque El me lo daba, pero las palabras no sabía yo decir para darlas a entender, que mucho trabajo me llegó a costar para darlo a entender. Cuando el Señor quiere, en un instante lo enseña todo.

Yo, aunque hablaba con muchas personas espirituales, me daban a entender lo que el Señor me daba para que yo lo supiera mejor explicar, y es cierto que era grande mi torpeza.

El Señor fue siempre mi Maestro. ¡Sea por todo bendito! ¡Qué gran torpeza la mía! pero es verdad, que en esto, a nadie tuve que agradecer; y sin pensarlo ni pedirlo no fui nada curiosa de tener esta virtud, pero sí la tuve en otras

vanidades, dándome el Señor tanta merced con tanta claridad y no saberlo yo expresar...que al oírme se espantaban, y yo más que todos mis confesores, porque veía en mí que era grande mi torpeza, aunque estoy segura de que no consiente el Señor ningún daño a quien con humildad procura llegar a El.

Sea el Señor bendito por todo, que una como yo, lo que desea y consiente, es que se hable de cosas tuyas tan sublimes y tan subidas. Habré de aprovecharme en exponer algunas comparaciones, aunque yo me quisiera excusar por este lenguaje mío; ¡es tan malo de declarar, para los que no saben letras como yo!..

Me parece a mí, que he leído o he oído esta comparación, no recuerdo dónde, ni cuando ni con qué propósito. Para mí fue de mucho contento. Decía así: -“Se ha de tener en cuenta, aquel que comienza a hacer un huerto en tierra muy infructuosa que lleva muy malas hierbas, el Señor, arranca las malas hierbas y planta las buenas”.

Pues hagámonos la cuenta que está ya hecho esto. Cuando se determina a someter un alma en oración y lo ha comenzado a practicar, con la ayuda del Señor, hemos de procurar como buenos hortelanos que crezcan estas plantas, tener cuidado de regarlas para que no se pierdan, y vengan a echar flores que den todo el de sí de su gran olor para dar recreación a Nuestro Señor, y así se vendrá a contentar muchas veces a esta huerta y a holgarse entre estas virtudes.

Pues veamos ahora de qué manera se puede regar el huerto para que entendamos lo que hemos de hacer, y el trabajo que nos ha de costar.

Paréceme a mí que se puede regar de varias maneras. La primera, es sacar agua del pozo que es nuestro gran trabajo; también se puede sacar con noria y arcaduces, que se saca con un torno. Yo la he sacado algunas veces...y es con menos trabajo que este otro y se saca más agua. También se puede sacar agua de un río o de un arroyo. Con esto se riega aún mejor y queda más harta la Tierra de agua; no es necesario regar tan a menudo y es menos trabajoso para el hortelano...o con llover mucho, que es cuando lo riega el Señor sin trabajo ninguno. Por nuestra parte, es el mejor riego de todos los que aquí he dicho.

Ahora, aplicadas estas maneras de agua, de la que se ha de sustentar el huerto...todas son buenas; unas, con más trabajo de regar, otras...no tanto, porque sin agua, el huerto se perdería.

Ruego al Señor atine a decir esto, para satisfacer a una de las personas que esto me mandaron escribir, de los que comienzan a sentir y tener oración. De estos podemos decir, son los que sacan el agua del pozo –que es lo más trabajoso; y como es tan trabajoso, como ya he dicho, se han de cansar; que como están acostumbrados a andar derramados en tan harto trabajo, es necesario irse acostumbrando aunque cause pena y trabajo. Que hemos de saber que hemos de arrepentirnos de todos los pecados, y que determinen de una vez por siempre a servir al Señor en plan serio y tratar de conocer la vida del Señor, y repetirles entre en su entendimiento de todo lo que nosotros podamos alcanzar.

Que sepan qué grande es el favor que nos hace el Señor, que sin El, ya se sabe que no podemos tener ni un buen pensamiento.

Esto es comenzar a sacar agua del pozo; al menos, que no quede por nosotros que ya vamos a sacarla, y hacemos lo que podemos para regar estas bellas flores. Es el Señor tan bueno, que todo lo hace para buen provecho nuestro, haciendo siempre lo que es bien para nosotros como buenos hortelanos; que El, sin agua sustenta las flores y hace crecer las virtudes. Pues...¿qué es lo que haría aquí, el que vea en muchos días que no hay agua, sino sequedad, disgustos y desabores, y tan mala gana para venir a sacar agua del pozo, que si no se le recordase, qué haría aquí el hortelano? ¡Bien se podrá alegrar y consolar, y tener la gran virtud de trabajar el huerto de tan Gran Amo! ¡Que sepa el hortelano alabarle mucho y ayudarle a llevar la cruz! Pensad que toda la vida vivió en ella y no quiso aquí su reino; así que, aunque dure toda la vida esta sequedad...¡no dejar caer al Señor en la cruz!

Tiempos vendrán que pague por junto. No tengamos miedo a que se pierda el trabajo a quien buen amo sirve. No hagamos caso de los malos pensamientos, que el que los trae, no es nada bueno. He podido ver con mucha claridad, que no nos deja el Señor sin gran premio aun en esta vida. Yo creo y entiendo para mí, que quiere el Señor dar a veces al principio y a la postre estos tormentos, y otras muchas tentaciones que se ofrece para tentar a sus amadores y saber si podrán ayudarle a llevar la cruz.

El Señor nos quiere llevar con El. ¡Entendamos bien lo poco que somos! Quiere por experiencia probarnos; así que...quiero decir, que no hemos de temer a quien con El esté; pues ya queda dicho cómo es el trabajo: -que se riega este huerto, a fuerza de brazos sacando el agua del pozo.

Digamos ahora el segundo modo de cómo sacar el agua; es como un torno y arcaduces, para que así el hortelano saque más agua y con bastante menos trabajo, pudiendo descansar sin tener que estar de continuo trabajando; pues de este modo, aplicado a la oración es de lo que yo quiero tratar aquí. Así es como se comienza a recoger el alma, porque de ninguna otra manera el alma podrá ganar; mas ahora, está el agua más alta, y así se trabaja menos que si se saca del pozo. Digo que está más cerca el agua, porque la virtud, se ve más claramente.

Si conoce y entiende el alma esto, es conocer las potencias dentro de sí para gozar de aquel deleite y contento con más gusto. ¡Oh Señor, cuánto nos vale aquí vuestro amor, y por qué el nuestro está aquí tan atado, que no deja libertad para amar!

Sepamos entender que el Señor está con nosotros; en esto...¡nada hay que dudar de que es así! ¡Agua de grandes bienes que da aquí el Señor, y hace crecer las virtudes porque ya se va subiendo esta alma de todas sus miserias...y recibe los gustos de la gloria! Esto hace crecer y llegar más cerca de la verdadera virtud, de todas las virtudes que son de nuestro Señor que comienza a

comunicarse con el alma. Está el Señor tan cerca de ella...que ya no es menester enviarle mensajeros, sino hablar ella misma con El; -y no hacen falta voces, porque está tan cerca...que en moviendo los labios, lo entiende.

Parece impertinente decir y exponer aquí todo esto, pero sepamos que siempre nos entiende. Lo que el Señor quiere, es comenzar a obrar en el alma para darla satisfacción, aunque nunca se podrán comparar las satisfacciones y los gozos de allá con los de acá.

Parece ser que se va recuperando este vacío que llevamos dentro por nuestros pecados ya pasados. ¡Qué bello es recibir este deleite!..¡este contento! Ni yo misma sé cómo darlo aquí a entender, porque para estas cosas aquí exponer con más claridad...es menester tener letras para que aquí mejor lo diera yo a entender, porque estos escritos son principios míos.

Ahora tornemos a nuestra huerta, y veamos cómo comienzan estos árboles a empreñarse para florecer y después dar fruto, y las flores lo mismo para dar olor,-pongo esta comparación.

Muchas son las veces que ruego al Señor diciendo que nada quiero para mí, sino sólo servirle a El. De lo que yo diga de aquí en delante de mi vida, es de mucho contento, por considerarse mi alma un huerto y el Señor que sepa sembrar en él; que aumente el olor de las florecillas de virtudes que comienzan ya a querer salir...y que sean para su gloria.

Yo sólo quiero de este huerto que no torne a servir de muladar como antes; no lo permitáis Señor, ni queráis se pierdan almas que con tantos trabajos comparten, y tantas veces las habéis tomado a rescatar y quitar de los dientes del espantoso dragón.

Después de haber pasado muchos tiempos, el Señor ya me había dado mucha merced y otras grandes virtudes.

Estando un día en oración, me hallé en un punto sin saber cómo, que a mí me parecía como estar metida en un infierno. Entendí que el Señor quería que yo viese el lugar de los demonios; me tenían acorralada. Creo que todo lo que veía me lo merecía por mis pecados pasados. Todo fue en un brevísimo espacio, más aunque yo viviese muchos años, me parecía imposible olvidárseme. Aquello me parecía la entrada a manera de un callejón muy largo y estrecho; el suelo me parecía de un agua como lodo muy sucio y pestilencial olor y muchas sabandijas malas en él. Al rato seguido me encontré en una pared a manera de una alacena, a donde me vi metida en tanto estrecho. Todo era deleitoso a la vista en comparación de lo anterior. Esto no lo pude entender; el fuego que sentí en el alma no sé cómo poderlo explicar. Los dolores

corporales tan insoportables que he pasado en esta vida,-que según dicen los médicos, son los mayores que aquí se pueden pasar, porque fue encogerseme los nervios cuando me tullí de muchas maneras-...no es esto nada en comparación a lo que allí sentí. El caso es, que yo no sé cómo pude sentir aquel fuego interior, y aquel desesperamiento de tan gravísimos tormentos y dolores. No veía yo quién me los daba, pero yo me sentía quemar sin ver ningún consuelo. Me pusieron como en un agujero hecho en la pared, porque estas paredes tan espantosas aprietan ellas mismas y todo lo ahoga. No hay luz, sino todo tinieblas y obscuridad. Yo no entiendo cómo puede ser esto, que con no haber luz... ¡lo que a la vista tanto se puede ver!

No quiso el Señor viese más de todo este infierno. Después he visto otra visión de cosas espantosas; de algunos viciosos su castigo. ¡Cuánto a mi vista aquello más espantoso me pareció, más como no sentía la pena...no me hicieron tanto temor! Quiso el Señor que yo sintiese esos temores y esos tormentos, y la aflicción del espíritu como si el cuerpo lo estuviera padeciendo. Yo no sé cómo pudo ser eso; más bien entendí, ser una gran merced, y quiso el Señor yo viese con mis propios ojos de dónde me había librado su misericordia, porque no es nada aquí decirlo, sino el pasarlo. Yo quedé tan espantada, que aún lo sigo estando.

Estoy escribiendo, y me doy cuenta de que a veces nos quejamos sin propósito; y así torno a decir, que fue una de las mercedes que el Señor me ha hecho, porque estas visiones me han servido de muy mucho, así para perder el miedo a las tribulaciones y contradicciones de esta vida, como para esforzarme y saberlo todo padecer y dar muchas gracias al Señor que me libró de tantos males tan perpetuos y terribles. Después acá, como digo, todo me parece fácil en comparación de un momento de sufrimiento, en lo que yo en el allá padecí.

Me asombré mucho, al recordar haber leído muchas veces libros donde dan algo a entender de las penas del infierno –adonde estaba yo. Cómo me podía dar aquello después tanto descanso, con todo lo que me acarrea ir a tan mal lugar? ¡Bendito seas siempre Señor! ¡Cómo me habéis dado a entender que Vos me queráis!...¡Mucho más que yo a mí misma me quiero! Cuántas veces Señor me librasteis de cárcel tan tenebrosa, y cómo me tornaba yo a entrar en ella contra vuestra voluntad.

Pensaba yo, qué podría hacer por el Señor, y pensé, que lo primero sería seguir al llamamiento que el Señor me había hecho: -a ser religiosa guardando mis reglas con la mayor perfección que pudiese.

Aunque en la casa donde yo estaba, había muchas siervas de Dios, y a causa de tener grandes necesidades, salían las monjas muchas veces de donde con toda honestidad y religión podíamos estar, esta casa no estaba fundada.

Yo seguía saliendo; poco podía estar dentro. Creo en parte, era el demonio el que debía ayudar para que no estuviese dentro, que aún seguía en

comunicación con algunas personas poco aconsejables, y yo me aprovechaba de estar más fuera que dentro de la casa.

Una vez, estando con una persona, se ofreció a decirme a mí y a otras monjas, que si no éramos monjas para estar en las descalzas, que aún era posible levantar un monasterio.

Yo, como andaba en esos deseos, comencé a tratar con ella que tenía los mismos deseos, mas yo, por otra parte, como tenía grandísimo contento en la casa que estaba porque era muy a mi gusto y me detenía estar en ella...concerté mucho en pedírselo al Señor.

Un día estando en oración, sentí al Señor; era como si estuviera dentro de mí. Así fue como el Señor me mandó, diciéndome que siguiera adelante para hacer el nuevo monasterio; que luchase con todas mis fuerzas. Hízome grandes promesas de que no se dejara de hacer el convento, que se llamaría: "Monasterio de San José". Díjome el Señor, que El andaría con nosotras en él; que sería como una estrella que diese gran resplandor, y que comunicase a mi confesor, que era el Señor quien me lo mandaba y lo rogaba; que no fuese contra ello ni que me lo impidiese.

Era esta visión de tal manera y de tan grandes efectos, que este habla que me hacía el Señor...yo no podía dudar ni un instante que era El. Yo, aparte de sentir esa alegría de tener al Señor junto a mí, también sentía pena, porque en parte se me representaron los grandes desasosiegos y trabajos que me había de costar, y como estaba contenta en aquella casa –que aunque antes hubiera tratado de hacerla, no era con tanta determinación ni certidumbre-, ahora me parecía todo esto un gran premio, pero también veía en mí cosa de mucha responsabilidad.

A veces me sentía dudosa de todo lo que hacía, aunque fueron muchas las veces que el Señor me tornó a hablar poniéndome delante tantas causas y razones que yo veía muy claras, y que era su voluntad.

Yo no podía hacer otra cosa que cumplir y decir a mi confesor lo que el Señor me ordenó, y exponer por escrito todo lo que había que hacer.

Al llegar a hablarle a mi confesor, no osó a decirme que lo dejase, más bien ví en él...que no estaba conforme. Díjome que esto lo tratase con el prelado, y lo que él ordenase, que lo hiciera.

Yo lo que no quería era tratar con mi prelado de estas visiones, porque aquella señora ya estaba en contacto con el prelado para hacer el monasterio.

El provincial, que es amigo de toda religión, diome todas las facilidades a favor que fuera menester; me dijo que él admitía de que se hiciera.

Trataron de la renta que había de tener, nunca queríamos que fuese muy

excesiva por muchas razones.

Antes de tratar de hacerlo, escribimos a nuestros mayores todo lo que teníamos planeado. Nos contestaron y nos aconsejaron que sí, que lo hiciéramos. Nos dieron buen parecer en todo para que pudiéramos levantarlo.

Apenas se comentó de decir, y enseguida vino la gran persecución sobre nosotros; los dichos, las burlas y los comentarios...fueron poco agradables. ¡Con lo bien que estaba yo en mi monasterio!..

A mi compañera, fue tanta la persecución que la traían fatigada. ¡Yo no sabía ni qué hacer!. A veces pensaba, que en parte, tenían razón.

Estando en este estado de alarma me encomendé al Señor, y el Señor empezó a consolarme y a darme ánimos; díjome que aquí vería yo lo que habían padecido todos los santos que habían fundado las religiones; que mucha más persecución tenía que pasar, ¡más de la que yo podía pensar! También me dijo algunas cosas para que se las dijese a mi compañera, y lo que más me emocionaba de todo esto es, que luego quedábamos consoladas de todo lo que nos iba pasando, y con muy buenos ánimos para resistir todo.

En el lugar no había casi personas que nos ayudasen; todas iban en contra de nosotras; les parecía un grandísimo disparate. Fueron tantos los dichos y los disparates de mi mismo monasterio, que al provincial, le pareció duro ponerse en contra de todos, que cambió de parecer y no lo quiso admitir. Puso de protesta que la renta no era muy segura, y que era mucha la contradicción; y en todo, a mí me parecía que tenían razón.

Así que lo anuló, lo dejó y no lo quiso admitir. ¿Nosotras que ya estábamos tan contentas, porque nos parecía tener a nuestro alcance los primeros auxilios...

Diome tanta pena ver al provincial tan contrariado, que aunque él también lo deseaba...puso disculpas en todo. A mi compañera la obligaron a quitar el escándalo, y a que desistiera de hacer nada de lo que teníamos planeado. Ella inmediatamente se marchó a ver a un gran letrado, muy siervo de Dios de la Orden del Santo Domingo, a decirle y darle cuenta de todo lo que estaba pasando. Esto fue antes de que el provincial cambiara de parecer, porque en todo lugar, no teníamos a nadie que nos diera apoyo; nos decían que todo era inventado de nuestras cabezas.

Dio esta señora aclaración de todo, y cuenta de la renta que con grandes deseos se ofreció a ayudarnos. “El Santo Varón” era el mayor letrado que entonces había en el lugar; yo le dije todo lo que pensábamos hacer sin decir cosa de revelación, sino exponer las razones que me movían porque no quería yo me diesen parecer, sino conformidad.

El nos dijo que le diéramos ocho días para pensar, y después respondería. También nos dijo que si estábamos dispuestas a hacer lo que él ordenase.

Yo le dije que sí, aunque no veía ánimo, pero nunca se quitaba el ánimo y la

seguridad de que había que seguir adelante y hacerlo.

Mi compañera tenía mucha fe; ¡nunca por cosa que dijeran se disponía a dejarlo! Yo...de tal manera creía en la revelación tan clara y verdadera que veía era cosa de Dios...

Si aquel gran letrado me dijera ahora que no se podía hacer, me parecería como si me apartara del Señor y de todo lo que está por hacer. Creo que buscaría otro medio; pero si el Señor no me daba otro sino este... ¡Esperemos la contestación de este “Santo Varón”!

Pasaron los ocho días, y díjome este siervo de Dios que lo había estudiado mucho con toda determinación y que nos olvidáramos de hacerlo, que había recibido noticias del clamor del pueblo y también le parecía un disparate.

Ordenó a un caballero para que mirase bien lo que se hacía y para que no nos ayudase. Este gran caballero muy al servicio de Dios, nos dijo que siguiéramos adelante, que había que hacerlo; así nos respondió. Que nos diésemos prisa en hacerlo y que no hiciéramos más comentarios, que sino, sería peor.

Nos explicó la manera de cómo empezar; que quien lo contradijese, fuera a reclamar y dar quejas a él, que él respondería. Y así, este caballero siempre nos ayudó.

Con esto fuimos de nuevo muy consoladas, y algunas personas que estaban muy contrariadas estaban más aplacadas, y algunas otras nos ayudaban.

El caballero del que ya he hecho mención, era caballero de mucha perfección; aunque los medios le parecían muy dificultosos, él nos animaba y decía: ¡Adelante, que esto es cosa de Dios!

El caballero se debió mover, porque así fue como cedió el clérigo. Y estando en estos términos, teniendo ya comprado el terreno en muy buena parte aunque era muy pequeño, el Señor me había dicho que comenzase a hacerlo, que después...ya vería lo que se hacía...¡y qué bien lo he visto!

Aunque era pequeña la renta, bien tenía creído el Señor que nos habían de favorecer por otros medios.

Estando los negocios en este estado, al día siguiente se habían de hacer las escrituras. Fue cuando el padre provincial nuestro cambió de parecer; para mi entender, creo que fue solucionado por orden divina. Así lo vimos después. Las oraciones eran tantas, que el Señor iba perfeccionando la obra.

Mi confesor, como no lo quiso admitir, me ordenó no hablase más de ello. ¡Cuántos trabajos y aflicciones me costó aunque de momento quedó todo parado! Díjome mi confesor que todo esto era un disparate de mujeres, y empezaron a crecer las murmuraciones sobre mí. Yo veía que estaban muy en

contra mía todo el monasterio, porque dije que iba a hacer un monasterio cerrado. Me dijeron los confesores que tenía a todas las monjas muy alteradas porque yo las enfrentaba, y que todas las monjas eran mejores que yo; que yo no tenía amor a la casa. Unas decían que si salían de allí...era para entrar en la cárcel; que la cárcel llamaban a un monasterio cerrado.

Nada querían saber de mí. Yo bien veía, que en parte, tenían razón. A veces, las daba la razón para que no se alteraran más de lo que estaban. Yo sólo quería cumplir con el Señor, aunque nunca quise decirles lo principal: -que era todo mandado por el Señor.

Me encontraba en una situación que no sabía ni qué hacer; ante la duda prefería estar callada; no quería decir el gran favor que recibía del Señor. Todo esto no me causaba inquietud, sino mucha felicidad.

Para seguir como si no me hubiese costado trabajo ni aflicción, todo esto no lo podía contar con nadie, porque no me creían ni las propias personas de la iglesia con las que yo me trataba; pensaban de mí que me sentía muy apenada porque nada les contaba. Mi mismo confesor no acababa de creerme.

Yo hacía todo lo que podía de lo que me mandó el Señor; yo seguía en la casa y estaba contenta. Sin dejar de pensar tenía seguridad de que había de hacerse el monasterio, aunque por otro lado, no veía medios ni sabía cuándo había que empezar a hacerlo aunque lo veía todo muy seguro. Lo que más me molestaba fue, que mi confesor me dijo que hacía las cosas en contra de la iglesia. ¡Bien me dijo el Señor, que esa sería la parte que más me iba a doler! Y en esta multitud de persecuciones... ¡también me venía el consuelo!

Recibí numerosas cartas; me decían que todo era cosa mía de lo que estaba realizando. Que fuese más sincera y que me enmendase de ahora en adelante, y que procurase no hablar más de hacer ningún monasterio; que veían el escándalo que había producido, y otras cosas que eran para darme más pena. ¡Y claro que me la dieron echándome a mí todas las culpas! ¡Estaban todos ofendidos conmigo!

En otras cartas me decían que estas visiones mías era una ilusión y un engaño; que yo andaba engañada y perdida.

Esto me apenó mucho; estaba toda turbada; más el Señor que nunca me faltó en todos estos trabajos...me consolaba muchas veces, que no sé cómo aquí expresarlo. Esta vez me dijo el Señor que no me fatigase; que de momento hiciese lo que me mandase el confesor, y seguir en silencio hasta que llegase el tiempo de comenzar.

En ello quedé muy contenta y consolada; me parecía no era nada la persecución que había sobre mí. Aquí me enseñó el Señor el grandísimo bien que es pasar trabajos y persecuciones, porque fue tanto el acrecentamiento que vi en mi alma del amor del Señor...

Esto me hacía sentirme con ánimos de trabajar, y las monjas pensaban que

mi silencio se debía a que me sentía arrepentida, sin saber ellas lo favorecida que me sentía. Con tan gran premio me sentía con más ánimos y deseos del amor del Señor, aunque callaba y no decía nada a nadie de estos dones de El recibidos.

El “Santo Varón” Dominicó, no dejaba de tener plena seguridad de que antes o después se debía de hacer el monasterio. El también callaba por no ir en contra de la obediencia de mi confesor. Este padre dominico ya había empezado a negociar con mi compañera para evitar mi presencia. También comenzaron a decir unas personas y otras que yo había visto alguna revelación en este negocio, y venían a mí con mucho miedo a decirme que andaban los tiempos muy recios, y que podría ser me levantasen para llevarme a los inquisidores.

A mí esto me cayó en gracia, tanto, que me causó risa, porque en este caso jamás yo temí, porque si era levantada, el Señor me libraría.

Traté de hablar sobre esto con el padre dominico, que como dije, era gran letrado y confiaba en él. Le dije todas mis visiones con la mayor claridad que pude. Me dijo que todas mis visiones eran ciertas.

Fue el único que me creía; él era muy bueno. Se entregó todo el tiempo a la oración y se apartó a un monasterio de su orden donde hay mucha soledad para poder mejor ejercitarse, y allí estuvo más de dos años. Lo sacaron de allí las órdenes. El lo sintió mucho, pero era menester salir por ser una gran persona. Entendí, que era para él buena ganancia. El Señor me dijo que no sintiera pena por él, que bien guiado iba.

Salió de allí muy aprovechada su alma, y muy alto el aprovechamiento para su espíritu. Me dijo que por nada hubiera dejado de estar allí. ¡Cuánto me consolaba con sus letras y experiencia de espíritu que tenía mucha, de cosas sobrenaturales!

Trájole Dios a tiempo; ¡era menester estar aquí para ayudar en la obra de este monasterio que quiere el Señor se hiciese!

Pues estuve en este silencio por espacio de cinco o seis meses sin hablar de este negocio. Yo no entendía cual era la causa, mas no me podía quitar de encima el pensamiento de que sí había que hacer la obra.

En todo este tiempo transcurrido, habiéndose ido de aquí el rector que estaba en la Compañía de Jesús, trajeron aquí a otro muy espiritual y de gran entendimiento y buena letra. Vino muy a tiempo, que yo estaba con gran necesidad de que viniera porque el que me confesaba...tenía una gran superioridad extrema. Entendía muy bien mi espíritu y tenía deseo de que fuese

adelante, pero no se decidía de hacer ninguna cosa y ya mi espíritu iba con ímpetu tan grande, que sentía mucho tenerlo sujeto.

Nada creía de las cosas que me decía el Señor y yo sufría. El Señor díjome que no me fatigase, que presto se acabaría aquella pena. Yo me contenté mucho pensando que era que me había de morir; presto después, vi claro que era la venida de este rector que digo, porque aquella pena no la volví a sentir, porque el rector que vino, no estaría en unión con mi confesor.

Fue a verme este rector y díjome mi confesor que tratase con él con toda libertad y claridad. Yo al verle por primera vez...sentí un no sé qué en mi espíritu, que ni antes ni después no recuerdo haberlo sentido con nadie, porque fue para mí un gozo espiritual aunque como digo, no entendía por qué. Si le hubiera hablado o me hubiera dado grandes nuevas de él... Mas ninguna palabra él a mí, ni yo a él nos habíamos hablado, ni era persona de quien yo tenía antes ninguna noticia.

Después, he visto bien que no se engañó mi espíritu, porque de todas maneras fue un gran provecho a mí y a mi alma el poder tratarle, porque su trato es muy bueno para personas que quieran salir adelante, porque él las hace correr y no ir paso a paso, que en esto le dio el Señor grandísimo talento como en otras muchas cosas.

Le comencé a tratar y vi su estilo, y vi en él ser un alma pura, santa y con un don particular para conocer espíritus y acercarlos al Señor.

Me consolé mucho en lo poco que le trataba. El Señor comenzó a decirme que tratase del negocio del monasterio, y que dijese a mi confesor y a este rector muchas razones y cosas para que no me negasen.

Este padre rector nunca dudó de que era cosa de Dios, porque con mucho estudio y cuidado miraba todos los efectos. De muchas cosas no se atrevieron a negarse.

Cedió mi confesor a darme licencia y que pusiera en ello todo lo que pudiese. Yo bien veía el trabajo que se me venía encima, por ser muy sola y tener poquísimas posibilidades.

Concertamos se tratase con todo secreto y así procuré. Una hermana mía que vivía fuera de aquí hice que comprase la casa y la labrara como si fuera para sí, con dineros que el Señor dio por algunas vías para comprarla. Esto, para aquí exponer...sería largo de contar. El Señor lo fue proveyendo, porque yo, traía gran cuenta de no hacer cosa contra la obediencia; sabía que si lo decía a mis prelados era todo perdido como la vez pasada, y ahora sería todo peor.

Al tener en mis manos algunos dineros procuré concertarlo y hacerlo labrar. Pasé muchos trabajos, y algunos, bien a solas. Aunque mi compañera hacía lo que podía, podía poco, tan poco, que era casi nada. Todo el trabajo era mío y me espanto cómo lo pude sufrir. Algunas veces, afligida decía: -¡Señor, cómo me mandáis cosas que parecen imposible para una mujer? Si tuviera libertad...pero

estoy atada por todas partes. ¿Sin muchos recursos, qué puedo yo hacer Señor?

Estando en tan gran aprieto que no sabía qué hacer ni cómo iba a pagar a los oficiales, se me apareció el Patriarca José y me dio a entender que nada me faltaría, que los concertase. Y así lo hice; se espantaban de mí cuando oían que no tenía ni una blanca.

Se empezó a hacer la casa...muy chica; lo era tanto, que no parecía llevaba camino de ser monasterio. Quise comprar otra que había junto a ella. Ni había manera para comprarla ni sabía qué hacer. Díjome el Señor: -“Ya te he dicho que entres como puedas, que es suficiente con este pequeño terreno”. Y a manera de exclamación también me dijo: -“¡Oh, codicia del ser humano, que aún tierra piensas que te ha de faltar!”.

Cuántas veces dormí yo al sereno por no tener dónde meterme. Yo quedé muy espantada y vi que tenía razón. Fui a la casita y traté de trazarla, y aunque bien pequeña, hallé monasterio cabal y procuré no comprar más sitio. Procuré se labrase de manera que se pudiera vivir, que estaba todo tosco y sin labrar haciendo daño a la salud

Aunque mucho cuidado yo ponía para que no se supiese el comienzo, no podía hacerse tan en secreto esta obra. Unos guardaban el secreto, otros no tanto. Yo temía mucho que al venir el provincial...algo le dijese de todo ello, pero por suerte, se ofreció a ir a un lugar bastante grande a unas veinte leguas de este lugar, donde allí se encontraba una señora muy afligida a causa de haberse muerto su marido. Estaba en tal extremo, que se temía por su salud.

Tuvo noticias de mí, porque esta señora conocía mucho al provincial y le preguntó por esta pecadorcilla, y supo que me encontraba en monasterio de salida. Era tan grande su deseo de verme, que se consolaría mucho de estar conmigo y procuró por todos los medios que fuese para allá.

Me dio gran pena desplazarme y alegría a la vez, porque iba para hacer algún bien. Díjome el Señor que no dejase de ir, y que no escuchase pareceres porque pocos serían los que me aconsejarían.

Aunque aquí tenía mucho trabajo, allí serviría mucho al Señor y para este negocio del monasterio convenía ausentarme.

Pedí licencia al rector y me la concedió, diciéndome que no dejase de ir. Yo obedecí, y con lo que me inspiró el Señor yo iba contenta y sin ningún miedo, aunque con grandísima confusión de ver el título que me otorgaban. Esto me hacía importunar más al Señor para que no me dejase.

Aquella señora se consoló tanto con mi presencia que notó una gran mejoría y tomó gran cariño conmigo. Yo también se lo tomé a ella por su gran bondad.

Sus atenciones y regalos me daban mucho tormento, y el cariño y amor que sentía por mí me traía gran temor y mi alma andaba encogida. Diome unas ganancias muy grandes.

Vi que era una mujer muy sujeta a las pasiones. En lo poco que la traté, vi en ella que cuanto más señorío, más cuidados y trabajos la obligaban a tener para guardar sus composturas –según sea su estado de señorío-, que no les dejan vivir como ellos quieren y comer sin tiempo y sin concierto. Han de comer muchas veces los manjares, más conforme a su estado que no a su gusto.

Esta señora, con ser una de las más principales del reino, creo hay muy pocas de esta humildad y nobleza. Yo la tenía lástima, se la veía muchas veces no estar conforme por cumplir con su estado.

Aunque no estuve libre de trabajo, pude comprobar algunas envidias que tenían algunas personas del mucho amor que aquella señora me tenía. Llegaron a pensar que pretendía algún interés.

Y estando allí, se nos presentó un religioso persona muy principal, con quien yo muchos años había tratado algunas veces en un monasterio de su orden que estaba cerca de donde yo estaba. Me dieron deseos de saber en qué posición se encontraba. Al levantarme para ir a hablar con él, me pareció perder el tiempo y volví a sentarme. Creo fueron tres veces lo que esto me ocurrió; en resumen, que pudo más el ángel bueno que el malo. Después fue él el que vino y hablamos.

Comencé a preguntarle y él a mí, porque hacía años que no nos veíamos, y hablamos de nuestras vidas y nuestros trabajos. Yo le comencé a decir que mi vida había sido de muchos trabajos; puso mucho interés en que le dijese en qué consistían mis trabajos. Yo le dije que no eran de momento para que se supieran, que no los podía decir. El me dijo que lo sabía por el padre dominico que era muy amigo suyo; el caso es que no me dejó de importunar por no dejármelo decir.

Por ello no sentí ningún temor; me fui a donde solía ir a solas a tener oración, y comencé a tratar con el Señor.

Estando muy en Él con un estilo abobado...muchas veces no sé ni lo que digo; creo que es el amor el que habla.

Aunque yo a este religioso le tenía por bueno...no me contentaba mucho.

En esos momentos recibí noticias de que había muerto un cuñado mío. Yo sentí mucha pena por no haberse dado a la oración, y estando yo en oración, se me dijo que así había de morir mi hermana; que fuese allá a ayudarla para que se dispusiera a entrar en oración para su gran bien.

Mi confesor se negó y no me dejaba ir. Como vio mi tristeza, me dejó que fuese.

Mi hermana vivía en una aldea, y como fui sin decirla nada, la fui dando luz en todas las cosas que pude. Ella era muy buena y en todas las cosas que la

decía me obedecía. Después, cuando supe su muerte diome mucha alegría, porque estuvo muy poco tiempo en la obscuridad.

Cuando pasaron ocho días se me apareció el Señor. Quiso que la viese cómo la llevaba a la gloria. ¡Sea siempre alabado el Señor, que tanto cuidado trae de las almas para que no se pierdan!

Estuve con esta señora que he dicho antes por espacio de medio año, y partiendo ya de aquella ciudad, venía muy contenta por el camino determinando a pasar todo lo que para el Señor fuese servido con toda voluntad.

La noche misma que regresé a esta tierra llegaron los papeles para el monasterio. Yo me espanté y se espantaron cuando me vieron llegar de la prisa que me había dado en venir. Sabían la gran necesidad que había de mi presencia en esta casa, porque encontré aquí al Obispo y a otro caballero padre de un conde. El Obispo admitió el monasterio. Todo se hizo en muy bajo secreto porque al no ser así...no se podía hacer nada. El pueblo lo veía muy mal.

En ese intermedio púsose enfermo un cuñado mío. Fue de mucha necesidad que me marchase. Diéronme licencia para estar con él, y en esta ocasión de estar con él, aproveché a hablar con los oficiales para que la casa se construyera muy deprisa y tomara forma de monasterio, que faltaba mucho por hacer.

Mi compañera no se encontraba aquí, y me pareció mejor estuviera ausente para más disimular. Yo veía que iba todo en brevedad por muchas causas. Una de ellas era, porque cada hora que pasaba, temía por si me mandaban llamar. ¡Fueron tantas las cosas que había que mover en estos trabajos!...

Todo quedó concertado y el Señor servido, y el día de San Bartolomé tomaron hábitos algunas religiosas. Con toda autoridad y fuerza quedó hecho el “Monasterio del glorioso San José”

Era donde estaba mi cuñado, que como he dicho, la había él comprado por disimular mejor el negocio con licencia. Estaba yo en ella y no hacía nada que no fuese con parecer de letrados para no ir en contra de la obediencia, y bien que veían que todo era muy provechoso para toda la orden de muchas causas, que aunque iban en muy secreto, procuraba no se supiese aunque mis prelados no se negaban a que la pudiera hacer, y esto a mí me causó gran consuelo y alegría, porque lo deseaba para apartarme más de todo y llevar mi profesión y llamamiento con más perfección, pues fue para mí como estar en la gloria, y al mismo tiempo se remediaron algunas pobres huérfanas porque no entraron con dotes; sólo se pretendía entrasen con su ejemplo y perfeccionándose cada vez mejor.

¡Qué gran consuelo quedó en mi alma de haber cumplido lo que tanto el

Señor me había mandado! Para mí era gran premio ver que el Señor me tomase por instrumento, siendo yo tan poca cosa para tan gran obra. Así que, estaba tan contenta, que estaba como fuera de mí.

Al cabo de unas horas de este contento, algo me revolvía dentro de mí; era una batalla espiritual –como ahora diré. Se me puso algo delante, diciéndome, que todo lo que había hecho era mal; que iba contra la obediencia por haberlo hecho sin consultar con el provincial; que le iba a servir de mucho disgusto por no habérselo dicho primero a él.

De momento, pensé que tenían razón, porque de principio no me lo había querido admitir. Era una batalla continua la que sentía dentro de mí. Era una lucha unos contra otros.

Las monjas, aunque estaban con tanta estrechura se sentían contentas al tener monasterio del que el Señor me había mandado. Había muchos pareceres y no cesaban a quitármelo. Me hacían ver, de cómo me quería encerrar en casa tan pequeña, que iba a sufrir mucho por dejar casa tan grande y deleitosa donde tan contenta había estado.

Sin tener yo fuerzas ni quién me defendiese de tantos golpes, me di cuenta, que todo esto era que lo estaba enredando el demonio en quitarme la paz y quietud. Todo esto me ponían delante, y con esto, una oscuridad y tinieblas en el alma...que yo no sé cómo aquí el poderlo explicar. Al verme así, quise encomendarme al Señor y no podía, ni tratar de decírselo a nadie; no me creerían. ¡Válgame el Señor, de esta vida tan miserable! ¡No hay aquí tranquilidad!...

Si mirásemos con atención las cosas de nuestra vida, cada uno vería por experiencia lo poco que se tiene de contento y lo mucho de descontento en ella. Es cierto que es uno de los ratos más duros que he pasado en mi vida. Parece que adivinaba el espíritu lo mucho que me faltaba por pasar. Mas no dejó el Señor que padeciera mucho su pobre sierva, porque nunca en las tribulaciones me dejó de socorrer.

Así fue como me dio un poco de luz para que viera lo que era el mal y para que pudiera entender la verdad. Así comencé a tomar mis grandes determinaciones de poder subir al Señor, y deseaba padecer por El.

Prometí hacer todo lo que pudiese para vivir en esta casa estrecha, y al prometer esto, en un instante quedé sosegada y contenta; y bien cansada de esta contienda, vi claramente que fue una fuerza maligna.

Pasado esto, quise después comer y descansar un poco, porque llevaba varias noches que apenas descansaba y todos los días andaba muy desasosegada de cómo se había sabido en la ciudad y en mi monasterio lo que estaba hecho.

Había mucho alboroto por las causas que ya he dicho; parecía que estaban con disgusto. Luego, la prelada me ordenó que me fuese para allá. Yo, viendo su mandato, dejé a mis monjas muy apenadas y me fui.

Bien ví que se me ofrecían muchos trabajos. Supliqué al Señor me ayudase, y a San José...que me trajera a su casa.

Salí con la creencia de que iba a la cárcel; después me alegré, porque así estaría en soledad y no hablaría con nadie y descansaría, que estaba bien necesitada. Estaba molida de tanto andar con gente.

El día de Santa Clara, entrando yo a la iglesia se me apareció esta Santa con mucha hermosura. Díjome que no me preocupara ni tuviera temores, que me esforzase y fuese adelante en lo comenzado, que ella me ayudaría.

Yo la escuché con gran devoción. Díjome, que un monasterio de monjas de su orden que estaba cerca de este, nos ayudaría a sustentar en las necesidades más precisas y necesarias; y lo más hermoso, es que poco a poco trajo este deseo mío con muy buena perfección, con la pobreza de esta bienaventurada Santa que tenía en casa.

En esta casa nuestra también había pobreza; vivíamos de limosna, que muchos esfuerzos y trabajos me había costado para que saliera todo con firmeza y autoridad del Padre.

Estando en estos mismos días, fui a visitar el monasterio del glorioso Santo Domingo, y estando pensando en los muchos pecados que en tiempos en aquella casa yo había confesado, vínome un remordimiento tan grande que casi me salí de mí. Me volví a sentar de nuevo y no pude oír la misa. Me parecía que me veía como vestida con una ropa de mucha blancura y claridad, y al principio, no veía quién me la ponía; después, vi a la Madre del Señor hacia el lado derecho, y a San José al izquierdo que eran quienes me vestían aquella ropa.

Púseme a llorar de contenta. Me dieron a entender que estaba limpia de mis pecados.

Acabada de vestir y yo con un gran contento y gloria, me pareció verme de la mano de la Madre del Señor. Díjome que estaba muy contenta de verme cómo servía al glorioso San José; que creyese en él y en el Señor, que en el monasterio chico se iba a hacer mucho bien y se serviría mucho al Señor. Que no temiese, que no habría quiebra de todo lo comenzado, que aunque ahora viviéramos de limosna ellos nos guardarían. Que su Hijo había prometido estar con nosotras. Que para señal de que todo era verdad, me daba aquella joya –que me pareció haberme echado al cuello: Un collar muy hermoso con una cruz de mucho valor.

Este oro y piedras es tan diferente a los de acá...que no tiene comparación, porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar; que no alcanza el entendimiento a entender de cómo era la ropa ni cómo imaginar el

blanco, ese blanco que el Señor quiere que se represente. Lo de acá parece un dibujo de tizne comparado con esa blancura; -es una manera de decirlo para que se pueda entender.

Era grandísima la hermosura que ví en Nuestra Señora, vestida de blanco con grandísimo resplandor muy suave. Al glorioso San José...no le vi tan claro, aunque bien vi que estaba allí.

Me pareció Nuestra Señora muy niña; así lo vi yo cuando estaba conmigo y yo con grandísimo contento. Nunca me sentí así de contenta y nunca quisiera separarme de esta gloria. Me parecía que los veía subir al cielo con mucha multitud de ángeles.

Yo quedé con mucha soledad, aunque por otra parte, muy consolada y elevada, recogida en la oración. Estuve tan enternecida, que hubo un poco de tiempo que ni moverme ni hablar podía, sino casi fuera de mí quedé con un ímpetu grande de deshacerme por Dios.

Y con grandes efectos todo pasó, de suerte que nunca pude dudar de que todo era cosa del Señor. Me dejó consoladísima y con mucha paz. ¡Bendito sea Dios que así lo ha hecho todo!

Cuando llegué y di mis cuentas a la prelada, algo se aplacó. Me abrieron un expediente y fui a juicio. Fui con gran contento de ver que padecía algo por el Señor, porque contra la orden no llegué a ofender a nadie. De este caso, mis deseos era cumplir con toda perfección. Llegué a acordarme del juicio de Cristo y vi que lo mío comparado con aquel...no era nada. ¡Yo quería sufrir por el Señor! ¡Tanto fue lo que El sufrió por todos nosotros!.. ¡Bien merece que suframos por El!

En algunos vi claramente que me condenaban sin ninguna culpa; me decían que lo que había hecho era para figurar y ser nombrada; ¡para superar a todas las monjas!

A veces entendía que era verdad lo que pensaban de mí por ser yo tan ruin y tan poca cosa en comparación de otras monjas; comprendí que no había guardado la mucha religión que había en aquella casa. Me decían que era mala religiosa, que escandalizaba al pueblo levantando casas nuevas.

De todos estos alborotos no me causaban ninguna pena, aunque yo, les mostraba tenerla para disimular mejor. Me mandaron estar delante de todas ellas para que diese cuentas de todo y tuve que hacerlo. Creo yo me sentía muy tranquila de mí misma porque sentía en mí la ayuda del Señor; di mis disculpas, y después me fui a hablar con el provincial.

Al exponerle las cosas más a las claras, quedó más satisfecho y prometiome

que siguiera y fuese adelante; prometiome también que, en cuanto se tranquilizase el pueblo, me daría licencia para que me fuese a él, porque el alboroto del pueblo era excesivo como ahora aquí expondré.

En dos o tres días juntáronse algunos de los regidores y corregidores y todos juntos dijeron que de ninguna manera se había de consentir; que era un tiempo perdido y que causarían daños a la regencia; que había que quitar el Santísimo Sacramento y que de ninguna manera debería seguir adelante.

Yo temía por si lo echaban abajo. Formaron junta todas las órdenes para formar parecer. Los menos, callaban; los otros condenaban. En conclusión, quedaron que se deshiciese. Uno de ellos dijo, que para derrumbarlo y echarlo abajo, había tiempo sobrado, que esto era cosa del Obispo.

Cada uno daba sus razones; se les veía con grandes celos haciéndome padecer. Era tanto el alboroto de la ciudad que no se hablaba de otra cosa; todos eran a condenarme.

De mi monasterio yo ninguna pena sentía de lo que decían; lo que más temía, era si lo mandaban deshacer. Esto sí me daba gran pena, y ver que perdían gran mérito las personas que me ayudaban y el mucho trabajo que pasaban.

Así me pasé unos días muy preocupada y apenada. Estando en esta tristeza díjome el Señor: -“Mujer, ¿de qué temes?..¿no conoces los poderes del Padre?”

Me aseguró que no se derrumbaría. Con esto quedé muy consolada.

Enviaron al Consejo Real. Contestaron diese relación de cómo se había construido y así comenzó el pleito, porque de la ciudad fueron a la Corte. Después supe, que fueron de parte del monasterio para hacer más fuerza.

Yo ni sabía qué hacer; ni había dineros ni me daban licencia para salir de allí a mi monasterio chico hasta ver qué es lo que pasaba.

Estas pobres siervas de Dios estaban solas sin tener quién las dirigiera. Me espantaba yo de lo que me ponía el demonio contra estas pobres monjas. Me hacía creer el gran daño para el lugar donde se encontraban solas con la priora.

Hablé con el Señor diciendo: -“Señor, esta casa no es mía como dice el pueblo, esta casa es de Vos y por Vos se ha hecho”.

Parecía como si todo el mundo negociara por mí; qué cosas más feas me venían. Después, esa misma noche quedé tranquila y con grandísima paz, y vi que algo se me aparecía. No le reconocía, le veía muy borroso; después le vi claramente, le reconocí. Era un Santo que ya había muerto; le conocí antes de morir. Supo la gran contradicción y persecución que yo estaba padeciendo. Me dijo que luchase, que el Señor iba a servir de mucho en este pequeño monasterio; que no hiciese caso de quien me contradecía.

Este Santo, después de muerto le veo ahora con mucha gloria. Recuerdo que me decía lo mucho que gozaba; que qué hermoso trabajo había sido el que había hecho; que tanto premio había alcanzado, que el Señor estaba muy gozoso de mí.

Yo ahora sólo quiero vivir y sufrir para El.

De todo esto pasaron dos años que se estuvo comenzando esta casa hasta que se terminó, y aplacada ya algo la ciudad, dióse tan buena maña el padre dominico, que aunque no estaba presente mucho nos ayudaba. Nos hizo mucho bien. Procuró por algunas vías que nos diesen licencia para estar en la nueva casa pequeña; que nos parecía casi imposible darla en tan breve tiempo.

Fue grandísimo consuelo para mí el día que vinimos, y estando ese mismo día de mi llegada, vi al Señor con gran amor. Me pareció me recibía, y vi como me ponía una corona agradeciéndome lo que había hecho con su Madre; y estando todas las monjas a coro, vi a su Madre, Nuestra Señora con grandísima gloria, con manto blanco, y debajo de él parecía ampararnos a todas. Entendí el alto grado de gloria que daría el Señor a las monjas de esta casa.

El pueblo empezó a tomar gran devoción a esta casa. Comenzó el Señor a mover a los que más nos habían perseguido para que mucho nos favorecieran e hiciesen limosnas. Poco a poco se dejaron de pleitos, y decían que ya entendían que todo era cosa de Dios, pues con tanta contradicción, quiso el Señor fuese todo hacia adelante, y no hay hasta el presente nadie que le parezca dejarse de hacer, y tienen muy en cuenta el proveernos de limosna, que sin haber demanda ni pedir a nadie, los despierta el Señor para que no nos falte lo necesario, y espero del Señor nos proteja así siempre.

Esto para mí es un gran consuelo de verme aquí metida con almas tan desasidas; sus tratos y pensares son de ir adelante al servicio del Señor. La soledad para ellas es un gran consuelo para su adelanto espiritual, de pensar no ver a nadie que no sea para ayudarlas a encender más el amor hacia el Señor. Su lenguaje no es otro sino hablar siempre de Dios. A esta casa no viene nadie, sino quien trata de ayudar o ser ayudados.

Me parece a mí, los trabajos se llevan a un buen fin; se llevan las cosas con rigor. Todo se cumple; aquí no se come carne y se cumplen otros requisitos más que están fuera de lo material. Todos los trabajos son para estar más cerca del Señor, dejando todos los placeres de la Tierra dedicándose sólo a lo espiritual.

Espero en el Señor esto siga adelante y con una gran perfección, aunque tengo entendido que está toda la obediencia religiosa muy en contra de mí por todos estos trabajos que hemos realizado tan maravillosos; que el Señor en esto ha obrado; que hay muchos testigos que lo podrán testificar de que no fue cosa mía, sino de Dios.

Yo no sé cómo podría explicar para que mejor me entendieran de las cosas que el Señor nos entrega. Yo algunas veces me espanto de la diferencia de los

gozos en esta vida y los que hay en el cielo; de lo que gozan unos y lo que gozan otros. Bien veo que también acá no hay escasez de gozo cuando al Señor se le sirve. Veo que quién más entiende a Dios...más le ama y le alaba. Yo me contentaría de estar en el cielo aunque fuese en el más bajo lugar...que no acá.

Grande fue el premio que me dio el Señor. Le ruego vaya allá y que no mire mis grandes pecados; ¡pobre de mí, que por mis culpas perdí tantas grandezas! ¿Cómo siendo tan baja y pecadora como fui, púdome el Señor perdonar? ¿Cómo pudo hacer tanto bien por mí?

Cuando vi al Señor en mi revelación, quedaba mi alma tan consolada e impresa de su grandísima hermosura, que con poner un poco los ojos en su imagen quedaba mi alma en tan gran libertad...que, después acá, todo lo veía que parecía darme asco en comparación de las excelencias y gracias que en el Señor veía. Ni hay regalo ni dicha que yo estime en nada en comparación de la figura del Señor, del que al oír una sola palabra dicha de aquella boca divina, dicha con tanto amor en El...que sentí más amor y confianza en El viéndole tomar conversación tan de continuo. Veía que aunque era Dios...era hombre que entiende nuestras miserables composturas tan sujetas a muchas caídas por el pecado, y El había venido a reparar.

Estando una noche un poco enferma, quise excusarme de tener oración. Estuve así poco tiempo, y vínome un arrobamiento de espíritu con tanto ímpetu...que no pude resistir. Parecíame estar metida en el cielo, y a las primeras personas que allá vi fue a mi padre y a mi madre. ¡Qué grandes cosas vi en tan breve tiempo! Yo quedé bien fuera de mí; parecíame demasiada grandeza y gran premio. Todo esto fue en muy breve tiempo. Temí fuese alguna ilusión mía; no sabía qué hacer. Me daba vergüenza de ir al confesor; me parecía que se iba a burlar de mí. Al fin, llegué a ir; ¿por qué callar? Me parecía que hacía mal, aunque el Señor a veces, me iba demostrando guardara algunos secretos.

No alcanza la imaginación, por muy sutil que sea, a pintar cómo es esta luz, ni ninguna de las que el Señor me daba a entender con un deleite tan soberano que no se puede aquí exponer; y es que todos los sentidos gozan en tan alto grado y suavidad...que no lo sé yo mejor explicar.

Una vez, estando así más de una hora, mostrábame el Señor cosas tan admirables...que no se me quitaban de mi imaginación. Díjome el Señor entre otras muchas cosas: -“Mira hija, es mucho lo que pierden aquellos que van en contra de Mí; no dejes de decirlo”.

¡Ay Señor, qué poco aprovechan mis dichos, porque sus hechos les tiene

ciegos y no me escuchan! ¿Cómo decirles vuestras grandezas para que me crean?

Fue tan grande el desprecio que me quedó de todo lo de acá, que me parecía basura; y veo yo, que bajamente nos ocupamos y nos detenemos más en estas bajezas que en las grandezas de Dios.

Una de las veces que estaba yo con aquella señora que he mencionado antes, me acariciaba y consolaba cuando estaba yo mala del corazón, porque como he dicho, lo he tenido muy recio aunque ya está curado. Como era mujer de mucha caridad, hacíame entrega de joyas de oro y piedras –que las tenía de gran valor, en especial, una de diamantes que apreciaba por su gran valor. Ella pensaba que me iban a alegrar. Yo estaba riéndome para mí, y sintiendo lástima de ver lo que estiman los hombres esos tesoros. Acordábame de los que nos tiene el Señor guardados. ¡Esos son los auténticos y valiosos tesoros comparado con lo de acá!

Yo siempre temía mucho a la muerte; ahora pareceme facilísima cosa para quien sirve a Dios, porque en un momento, se ve el alma libre de estar en la cárcel. Paréceme a mí conforma mucho cuando sale un alma del cuerpo, que en un instante se ve todo dejando los dolores nada más que se arranca; que hay que hacer poco caso de ellos los que de veras amamos a Dios dando de lado a las cosas de esta vida; así, más suavemente se muere, y no quedaremos pegados a la materia.

Aquí sólo somos peregrinos, y es gran cosa ver lo que hay allá y saber adonde hemos de vivir; porque el Señor ha querido mostrar lo que hay allá...y son los que nos acompañan y son los que allá viven. Parécenme a mí aquellos los vivos, y los que acá viven...parécenme los muertos, que todo el mundo parece no me hacen compañía, en especial...cuando tengo aquellos ímpetus, todo me parece sueño lo que veo, y que es burla con los ojos del cuerpo. Lo que ya he visto con los ojos del alma... ¡eso es lo que ella desea!

Es gran virtud la que el Señor hace a quien da semejantes visiones, porque le ayuda mucho y también a llevar una pesada cruz.

Estando un día bien apartada, adonde yo oraba muchas veces y leía en un cartujano la vida de Cristo, parecíame no dejaba de estar conmigo. Así lo sentía yo. Estando en esta consideración diome un ímpetu grande; parecía que el alma se quería salir del cuerpo. Era un ímpetu tan excesivo que no me podía valer. A mí parecer, era diferente a otras veces, que ni sentada podía estar porque las fuerzas me faltaban. Estando así, veo sobre mi cabeza una paloma diferente a las de acá, porque no tenía estas plumas. Las alas eran como de conchitas que echaban un gran resplandor; era más grande que las de acá. Parecíame que oía el ruido que hacía con las alas.

Ya mi alma estaba tan de suerte, que fue grandísima la gloria de este buen huésped. Quedé tan embobada y tonta que no sabía qué hacer. ¿Cómo cabía en mí tan gran favor? No oía ni veía. Esto es una manera de expresar mi gran gozo

interior. Desde aquel día, fui subiendo en el amor que sentía hacia Dios.

Otra vez, vi la misma paloma sobre la cabeza del padre de la Orden de Santo Domingo con el mismo resplandor en las alas. Vi también a Nuestra Señora poniéndole una capa blanca. Creo que fue por el servicio que la había hecho en ayudar a que se hiciese esta casa. Le daba aquel manto en señal de que guardaría su alma en limpieza. Yo creo que fue así porque a los pocos años murió, y su muerte y lo que vivió fue con mucha santidad.

Díjome un fraile que estuvo en su muerte, que antes que expirase le dijo que estaba junto al Santo Tomás. Murió con gran gozo y deseo de salir de este destierro. Diole Dios al fin el gran premio de lo mucho que había servido toda su vida.

En mis horas de oraciones siempre pedía al Señor me llevase por buen camino, que fuese más seguro, pues este que yo pisaba era muy sospechoso. Yo le pedía a Dios otro camino; me lo decía mi alma.

Yo me sentía molesta de las cosas que me decían, y los miedos que me ponían no eran de mi agrado.

Yo me veía otra en todo. Sólo deseaba ponerme en las manos del Señor que sabía lo que me convenía. Yo le decía que cumplierse en mí su voluntad. Yo veía, que estando en su merced era el camino que me conducía al cielo, y que antes, para mí era como un infierno. No me podía dominar en mí aunque hacía lo que podía.

Seguía día a día mis oraciones, pedía ser útil y hacer buenas obras. Tuve una lucha continua cuando empecé a ver esos seres que me hacían sufrir; yo no entendía por qué venían a mí. Yo en mis oraciones sólo llamaba al Señor para seguir su camino; yo no quería otro.

Así pasaron unos años y seguía diciendo: -“Señor, no me des paso a otros campos, que sólo quiero sufriendo seguir tu camino”.

El Señor me acarició, oyendo decirme cosas, pero yo no veía nada. Sentía a Cristo en mi ser, ¡sentía que me hablaba!...¡era El!

Yo que entonces era una inocente, no creía poder llegar a ver semejante visión. Lo que sentía era un gran temor cuando empecé a escuchar. Primero empecé a escuchar cosas desagradables...y sólo hacía llorar. Después, cuando rogué al Señor y le decía que me era muy molesto lo que me decían...El me volvió a acariciar. Desapareciome el miedo al sentir en mí que era El. Me pareció estar siempre a mi lado. ¡Todo esto era real! ¡No eran imaginaciones mías! ¡Jesucristo estaba siempre a mi lado derecho! Le sentía muy claro y con mi gran contento fui a decírselo a mi sacerdote para que él gozara de tan gran

deleite. Me preguntó que de qué forma lo veía.

Yo no sabía mentir; yo le dije que no le veía. Me dijo: -¿Entonces, cómo sabéis que era Cristo?

Yo le dije que no lo sabía, pero estaba muy claro que era El, ¡yo lo sentía!

Otros letrados me dijeron, que podía ser una persona que está oscura.

No podía ser eso. No se ve oscuridad, sino que se representa por una noticia al alma más clara que el Sol; ¡ es una luz que sin ver luz...alumbra al entendimiento para que goce el alma de tan gran bien! ¡Trae consigo mucha luz!

Preguntome otro sacerdote, quién dijo que era Jesucristo.

El me lo dice muchas veces –respondí yo. ¡Era El, aunque no le veía! No era una persona ciega ni oscura como Vos pensáis, porque una persona ciega...no vendría a acariciarme. ¡Yo se! ¡Estoy segura que era Jesucristo! ¡Podría afirmar como si lo hubiera visto! ¡Sin verse se siente, sin que se pueda dudar!

Así es también, de otra manera, que Dios enseña al alma y la habla sin hablar. Es un hermoso lenguaje del cielo que aquí poco se puede entender. El Señor, por experiencia, sus verdades nos enseña; nos pone el Señor lo que quiere que el alma entienda en el interior del alma, y allí se representa sin imagen ni forma de palabras, sino de una forma que queda dicha. Es una cosa tan espiritual esta manera de lenguaje, que a mí me parece que no hay por qué temer, siempre que se obre haciendo cosas buenas, ¡obras para con el Señor!

Así fui comprendiendo y alejando las cosas que no son agradable al Señor; entendí, como cuando ya está puesto el manjar en el estómago sin comerlo ni saber nosotros cómo se puso allí, pero el manjar ahí está aunque aquí eso no se entienda qué es y quién lo puso.

Dios hace al entendimiento que entienda lo que se dice allí. El alma tiene otros oídos que oyen y hacen escuchar.

Aquí todo se quiere guisado y comido, y gozar. Aquí no puede haber teólogos que se atrevan a disputar de la verdad de esta grandeza llena de amor. Que no se sufre cuando se escribe; y de cansarse para escribir...para mí, el escribir es un descanso, y trae sorpresas por ser de tanta admiración. Si no hay viva fe de todo lo hallado...no lo podrán creer.

Yo procuraba hacer las cosas lo mejor posible para contentar a todos los que tenía. Aunque a veces temía por lo mucho que me decían, poco duraba el temor porque el Señor me consolaba.

Estando un día sola en mis oraciones, quiso el Señor mostrarme sus manos de tan grandísima hermosura...que no lo podía yo creer. Unos días después vi también aquel divino rostro que me dejó absorta. No podía entender por qué se

mostraba el Señor así, poco a poco, y después me hizo ver que le viese del todo. ¡Sea bendito siempre por tanta gloria junta, ver unas manos y rostro tan hermoso!

Esta visión no la vi con los ojos corporales, la vi claramente con los ojos del alma.

Yo entonces seguía sin entenderlo; deseaba ver con los ojos corporales para que no me dijese el sacerdote que decía lo que se me antojaba. Me decían que eran visiones imaginarias. ¡Cuánto sentí el habérselo dicho! Me hacía dudar pensando si era cosa mía, y me decía que lo había engañado. ¡Cuántos sufrimientos y fatigas! Ya no sabía si veía o era que decía lo que se me antojaba.

Esto era un sufrir continuo porque los sacerdotes no me creían; todos me decían que los estaba engañando. Yo sólo decía la verdad porque a mi parecer no les mentía. Eso bien lo sabían todos ellos.

Bien presto se me quitó la duda de si era antojo. ¿Cómo iba yo a poder estar tantos tiempos imaginando, cosas tan bellas y de tanta hermosura? ¡No es un resplandor que deslumbre, sino una blancura suave y un resplandor infuso que da deleite a la vista, y no la cansa esa hermosura tan divina que es una luz que no se puede comparar a la de acá! ¡que no se querría abrir los ojos! ¡es como ver correr el agua sobre el cristal! ¡es luz que no tiene noche! ¡es luz que no la turba nada!

Por mucho entendimiento que una persona tuviera, en todos los días de su vida no se la podría imaginar como es. No daban ganas de abrir los ojos.

Lo que yo quiero ahora decir, es cómo el Señor se me mostraba en mis visiones. No sé cómo expresarlo ni de qué manera exponer esa luz tan fuerte que se pone en el interior y en el entendimiento. Esto no es para yo decir; esto es de letrados. ¡Soy tan ignorante y de tan rudo entendimiento...

Aunque el Señor cree tengo vivo entendimiento no lo tengo, porque en muchas cosas lo he experimentado. Algunas veces mi sacerdote se espantaba de mi ignorancia, ¡no lo podía entender!

Aunque me trataba con buenos letrados, no entendía cómo quiso el Señor me relacionara con los sabios; no sabía si hacía bien o hacía mal, sólo Dios lo sabía.

El Señor me decía que no había de qué espantarme, sino que era para alabarme; que no temiera de las cosas que para mí eran dificultosas.

¡Oh, Señor, cómo daría yo a entender la majestad con que os mostráis? ¡Es imagen viva! ¡No hombre muerto sino Cristo vivo, que cuando venga...nadie podrá dudar! ¡nos lo dice la propia fe!

Mi sacerdote era un padre bueno y me creía todas mis experiencias; era muy discreto y de mucha humildad, y esta humildad tan grande me trajo a mí muchos trabajos, porque con ser de mucho letrado...no se fiaba de sí. Supe después, que le decían que se guardara de mí para que no le engañase el

demonio por crearme a mí.

De lo que le decían de todo esto a mí mucho me molestaba; temía que no debía de confesarme y así fue. ¡Todos huían de mí! Yo...sólo hacía llorar. El Señor me decía que no ofendiese a Dios ni que dijera las cosas que El me decía, y que no tuviera miedo. El siempre me consolaba con mucha piedad.

Los sacerdotes no se fiaban de mí, pero me buscaban para hablar mucho. Yo hablaba, y con descuido algo se me escapaba...y ellos lo tomaban con otras intenciones. No me creían de todo lo que veía; me decían que era de poca humildad. Veían en mí alguna falta que luego después veían muchas. Era para mí como una condena. Me preguntaban algunas cosas, yo respondía con nobleza; luego ellos decían lo que les parecía. Unos decían que yo era sabia, otros me regañaban.

Esto duró mucho tiempo, y yo afligida por ambas partes. Con las palabras recibidas del Señor todo lo superaba. Digo todo esto, para que se entienda el gran trabajo que es, no haber quien tenga experiencia de este camino espiritual, que al no favorecerme, temía que el Señor se fuera de mi lado.

Yo tenía grandes temores y persecuciones; me decían que seguro tenía el demonio dentro de mí. Yo no quería confesarme, dejé de hacerlo. Aunque ellos se negaban, me tenían miedo.

Yo jamás me sabía expresar de haber visto estas visiones celestiales. Siempre tenía al Señor que era mi mayor tesoro. Yo me veía crecer en amarle mucho. Me iba a quejar a El de mis trabajos...y siempre me consolaba en la oración y con nuevas fuerzas; en cambio a ellos, no los podía contradecir, porque era empeorar las cosas. Me veían con poca humildad.

Cuando las visiones fueron creciendo, uno de los sacerdotes que antes mucho me ayudaba, mandó decirme que cuando tuviera alguna visión me santiguara; que era cierto que mis visiones era cosa del demonio y con esto, que no me vendría, y que no tuviera miedo, que Dios me guardaría y me lo quitaría.

A mí de todo esto me daba gran pena, porque yo no podía creer lo que el sacerdote me decía. Yo sabía que no era el demonio; era el Señor.

Fue cosa terrible para mí. Tampoco podía desear que se me quitasen las visiones. No podía hacer ciertas cosas que los sacerdotes me mandaban sabiendo que mis visiones era Cristo.

Suplicaba mucho al Padre para que me librase de ser engañada, porque cuando yo veía a Cristo de frente, si me hicieran mil pedazos no pudiera yo creer que era el demonio, y así, era gran pena para mí.

Me acordaba de las injurias que le habían hecho a El; suplicaba que me

perdonase. Yo lo que hacía era siempre obedecer, que no me culpase, que eran los ministros de la iglesia los que me ordenaban y yo quería ser cumplidora a todos sus mandatos.

Me retiraron de la oración; sólo ellos creían tener la verdad. Aquello era tiranía. Tuve grandes motivos para quedar satisfecha de que conmigo no estaba el demonio.

Una vez, teniendo yo la cruz en la mano me la tomó con la suya, y cuando me la tornó a dar, era de cuatro piedras preciosas más bellas que el diamante. Me dijo el Señor que así la vería de aquí en adelante...y así la veía. No veía la madera de que era, sino estas piedras que no las veía nadie, sino yo. Aun durmiendo me parecía estar en ella.

En mí crecía el amor; no podía dejar de pensar en El. En todo le obedecía. Me enseñaba lo que debía de decir y así lo hacía. Me daba tantas razones, que yo hablaba con mucha seguridad y en poco tiempo el Señor empezó a darme lo prometido, y así fue creciendo cada vez más mi amor hacia El.

Veíame con ganas de morir, ¡con deseos de ver a Dios! Nada me satisfacía. ¡Oh, artificio soberano del Señor!..¡Qué industria tan delicada hacíais con vuestra esclava!..¡Os escondíais y me acariciabais con vuestro amor!

Quiso una vez el Señor viese aquí a un ángel en forma corporal; aunque muchas veces se me representaban ángeles con el rostro tan encendido...que parecían de los ángeles muy subidos. Deben de ser los que llaman "Querubines" porque los nombres no me los dicen, aunque más bien veo que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles a otros...que no lo sabría aquí decir. Les veía en las manos un dardo de oro largo, y al final del hierro me parecía tenía como un poco de fuego que me llegaba a las entrañas; me dejaba toda abrasada en el amor grande del Señor. Es un requiebro tan grande y suave que pasa muy dentro del alma.

Suplico al Señor cómo aquí decir esto a los que piensan que miento, pues viendo yo lo poco que podía hacer para no tener estos ímpetus tan grandes...también temía tenerlos, porque pena y deleite no podía yo entender cómo podía estar junto, porque pena corporal y contento espiritual...eso se sabía que era posible.

Amparábame con la cruz del que con ella nos defendió a todos. Veía que no me entendía nadie siendo esto tan claro. Yo lo entendía, pero no lo sabía decir ni cómo exponerlo aquí.

Quiero ahora aquí decir, de algunas tentaciones y turbaciones interiores que el ser maligno me causaba. Algunas veces eran públicas y que no se podía

ignorar que era un ser maligno.

Una de las veces encontrábame en el oratorio y se me representó a mi lado izquierdo una abominable figura. Le miré a la boca, porque me hablaba, (que la tenía espantable). Díjome, que bien me había librado de sus manos, pero que no descansaría hasta que tornara a ellas.

Yo tuve gran temor, no sabía qué hacer en esos momentos aunque pedí ayuda al Supremo; también me santigué y desapareció. Esto me ocurrió por dos veces, yo no sabía qué hacer. Tenía agua bendita y la eché hacia aquella parte y nunca más volvió. Otra vez, me tuvo otro unas cinco horas atormentándome con tan terribles dolores y desasosiego interior, que yo no podía sufrir más. Las que estaban conmigo estaban espantadas; las pobrecillas no entendían, ni yo cómo valerme.

Tengo por costumbre, cuando los dolores y el mal corporal es intolerable, hacer actos como puedo; primero las súplicas al Señor; le digo: -Señor, si esto sirve de algo para Vos y para mí, véngame todo mal y que me des fuerzas y paciencia.

Quiso el Señor que entendiese cómo eran las fuerzas malignas. Vi también en mí a un negrillo muy abominable regañándome, y me amenazaba diciéndome que a donde quería llegar; que qué pretendía hacer.

Me llené de valor, me eché a reír y no tuve ningún miedo aunque había allí algunas conmigo que no se podían valer ni sabían qué remedio poner a tantos tormentos; que eran bien grandes los golpes que me daban sin poderme resistir con cabeza cuerpo y manos, y lo peor, era el desasosiego interior.

Son muchas las veces que esto ha pasado por mí y tengo ya experiencia; que no hay cosa mejor con que huyan más para no tornar que con el agua bendita. De la cruz también huyen, pero después, cuando menos esperan vuelven.

Debe de ser grande la virtud del agua bendita –para mí en particular, y de muy buena consolación para el alma y también cuando la tomo. Esto no es un antojo ni cosa que me haya ocurrido una sola vez, sino muy mucho y con gran admiración lo miro. Es como si uno tuviese mucho calor y sed y bebiese un jarro de agua fresquita.

Considero yo gran cosa en lo bendito. Qué gran fuerza tiene aquella palabra de bendecir el agua y ponerla en el punto del mal.

Como no cesaban los tormentos me dije: –“Si no se riesen de mí, cogería agua bendita”. –Pero no la llegué a coger; me la trajeron y sin dar más explicaciones me la echaron a mí y no fue muy aprovechable; yo la eché hacia donde este ser se encontraba, y en un segundo se fue y se me quitó todo el mal.

Fue como si con la mano me lo quitaran, pero quedé muy cansada, como si me hubieran dado muchos palos.

Otra vez, estando en el coro me dio un ímpetu tan grande de recogimiento...que me fui de allí porque no entendían lo que me pasaba, aunque muy de cerca oyeron todos los golpes grandes que daban a donde yo estaba, y yo oía hablar como si concertaran algo, aunque no entendía nada. Era una voz gruesa. Yo estaba concentrada en mi oración; no entendía nada ni tuve ningún miedo. El Señor me decía de que, por mi persuasión, se aprovechaba un alma de mí; y es cierto, que así me ocurrió lo que ahora voy a decir, y de esto hay muchos testigos.

Vino una persona a mí que hacía dos años que estaba en un estado de lo más abominable que yo he conocido; no se enmendaba. A mí me dio gran pena y lástima de cómo ofendía al Señor. Prometí mucho a Dios para que le remediasse. Hice que otras personas pidieran por él para que se pudiera corregir de tan grave estado. Yo suplicaba mucho al Señor para que aplacaran aquellos tormentos y tentaciones y se viniera a mí para que no ofendiese tanto al Señor.

Pasé veinte días con un gran tormento; por fin cogió fuerza su alma y quedó del todo libre. Después no se hartaba de pedir perdón y dar gracias al Señor y a mí como si yo hubiese hecho algo. Decía que cuando se veía muy afligido se acordaba de mí. Estaba muy asustado de todo lo que yo había padecido y cómo se había librado de él.

Yo me espanté de lo que sufrió aquel alma. Sea alabado el Señor por todo, que mucho puede la oración de los que la dicen al Señor, como creo que la dicen en esta casa las hermanas.

Así es como yo procuraba desviar a las fuerzas malignas y así se indignaban más conmigo, y yo creía que el Señor, por mis pecados lo permitía.

También una noche pensé que me ahogaban, y como eché mucha agua bendita, vi salir mucha multitud de ellos como quien se va despeñando. ¡Son tantas las veces que estos malditos me atormentan, y tan poco el miedo que yo los tengo!.. ¡Ellos no se podrán menear si el Señor no les da licencia!

Yo aproveché de que Dios no se la diera. De estos espantajos que se ponen para hacer temer, sepamos, que cada vez que vienen a nosotros quedan cada vez con menos fuerzas, y nuestra alma más confortada. Siempre nos queda un gran consuelo, porque terminan cediendo o alejándose para siempre.

Una de las veces, estando yo en el oratorio se me puso uno frente a mí para distraerme, para que no pudiera continuar con mis oraciones. Yo me santigüe para que se fuera; creo que fueron tres veces las que me santigüe, y hasta que no eché el agua bendita –benedicida, no pude acabar. Aunque primero sólo vi a uno, después vi que salieron muchas almas de la oscuridad, -que se les decía purgatorio. Pocas veces les vi tomando forma en la visión, pero sin formarse, se ve muy claro que está allí.

Quiero también decir esto que voy a exponer porque me espantó mucho. Estando un día en el coro, vi una gran contienda de seres muy abominables contra ángeles. Yo no podía entender qué era lo que quería decir aquella visión. Veía mucha multitud de ellos que se acercaban a mi alrededor, y una gran claridad que me cercaba toda entera y esta claridad no consentía que llegaran hasta mí. Entendí que me guardaba Dios para que no llegasen a mí a ofenderme. El caso es, que ya voy entendiendo su poco poder. Les hago ver que amo a Dios y nunca voy en contra de El.

Casi ningún temor les tengo, porque aquí hago saber, que no son nada sus fuerzas si no ven almas rendidas a ellos y cobardes, y así es como ellos muestran su poder.

Un fraile dominico de gran letrado, me dijo muy a las claras que estas mercedes que el Señor me hacía se habían de hacer saber al público.

Yo no lo podía hacer saber; veía muy claro que nadie me iba a creer. Era tan excesivo el tormento, que esto a mí mucho me inquietaba. No tenía ánimo; prefería me enterraran viva antes de publicar esto.

Cuando me venían estas grandes recogidas yo no podía resistir en público; quedaba yo después atemorizada de cómo me miraban que corría a donde nadie me viera. Y estando yo muy angustiada de todo esto, me vino el Señor y me dijo que por qué temía, que en esto no podía sino haber dos cosas: O que murmurasen de mí, o alabarle a El.

Diome a entender, que los que lo creían, lo alabarían, y los que no, era condenarme sin culpa, y que en ambas cosas era ganancia para mí.

Mucho me tranquilizó esto, y qué gran consuelo cuando de mí el Señor tanto se acuerda.

Una de las veces que me encontraba en soledad, era tanto el deleite que en mí sentía...que me encontraba como inmerecedora de tanto bien.

Comencé a pensar en el lugar aquel que yo me había visto; para mí aquello fue espantoso; fue como estar en el infierno; nunca olvido de la manera que allí me vi.

En ese momento, vínome un arrobamiento de suerte, que yo no lo sé cómo aquí decir; parecíame estar metida y llena de aquella majestad. En esa majestad, diome a entender una verdad que es cumplimiento de todas las verdades aunque yo no vi nada, y entendí ser la misma verdad. Dijéronme: - "No es poco esto que hago por ti. Una de las cosas es, que mucho me debes, porque todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades".

Yo siempre había creído en esto, y pensé que todos los fieles lo creían.

Díjome entre otras muchas cosas: -“¡Ay hija...qué pocos me aman con la verdad; si me amasen...no les encubriría Yo mis secretos!”

-¡Cierto es Señor!..¡Hay acá tanta vanidad y mentira!..

“ Qué lástima me dan los que veo en la oscuridad. Cómo mienten, y saben que no es agradable al Señor”.

Así es como sentí pena de vivir en el mundo. Entendí el gran bien que hay en no hacer caso de las cosas que no sea para llegarnos más a Dios.

Estando una vez reunida con todas las monjas, de pronto se recogió mi alma y me pareció ver como un espejo claro sin haber espaldas, ni lados, ni alto ni bajo, y en el centro, se me representó Cristo, Nuestro Señor. Le veía claro, como un espejo se esculpía todo en el mismo Señor con una comunicación muy amorosa.

Sé que esta visión fue de gran provecho, porque se me dio a entender que cuando está un alma en pecado, es cubrirse este espejo con mucha niebla y quedar muy negro, y los herejes, es como si el espejo fuese quebrado, que aún es peor que oscurecido.

Es muy diferente de cómo se ve a cómo aquí explicarlo, porque se puede malentender.

Fue provechosa esta hermosa visión. Cuánto me acordaba del glorioso San Agustín que decía, que para buscar a Dios, que ni en las plazas ni en ninguna parte que lo buscaba lo hallaba; que estaba dentro de uno mismo.

Y esto es muy claro que hemos de ser cada vez mejor, y no es menester ir más lejos que a nosotros mismos.

Estando en oración, se me representó con toda claridad una de las más grandes mercedes que el Señor me ha hecho y de las que más me han hecho confundir y avergonzar. Se me representaban todos los pecados que he hecho como en un claro diamante. Todo lo que hacemos se ve en este diamante. Es de una manera que él lo encierra todo en sí, ¡cosas espantosas en tan breve espacio pude ver en este claro diamante...

Cada vez que recuerdo ver cosas tan feas, quédome avergonzada, que no sabría dónde meterme. ¡Oh, quién pudiera dar esto a entender, de que todas las cosas feas que hacemos las hemos de ver en nuestro propio diamante! ¡Hemos de dar esto a entender, sobre todo, a los que muy deshonestos y feos pecados hacen para que se acuerden que nada hay oculto!

Mi alma encogida estaba siempre pensando: -¿Cuántas vidas me costará a mí venir, para pagar todos mis daños?

Después de una vida y otra, sólo quería firmar y venir sólo para sufrir. En mi oración siempre decía: -¡Señor, quiero estar muy cerca de Vos!

El me decía que eso estaba muy lejos.

-Señor, si he de pagar daños sufrimiento, dame enfermedad. Si he de cumplir entre rejas dame cárcel, dame martirio pero no te alejes de mí.

Yo le veía con los ojos del alma; le veía acercar su mano. ¡Qué cerca estaba de mí!... Sólo pude decir: ¡No te tardes en venir!...

Al principio que se comenzó este monasterio a fundar por las causas que en el libro tengo escrito, están dichas con algunas grandezas del Señor en las que dio a entender, había mucho que servir en esta casa, y no era mi intención que se formasen tantas asperezas en lo exterior.

Yo expongo en mi libro parte de mi vida; de lo que me llegó a costar hasta llegar a mi monasterio chico. Ahora estoy con mis monjas, dándoles mis lecciones para que no tengan ningún temor, ni miedos de lo que puedan oír por el exterior aunque parece ser aquí todo está en calma.

¡Pobrecitas mis monjitas, no quieren separarse de mi lado! Todas quieren permanecer en mi estancia. Cada palabra que de mí escuchan la guardan. Yo sólo quiero cumplir, y poner al tanto a mis monjas para que no se confíen mucho de los confesores, que a veces, las hacen preguntitas... que no van con la orden de la iglesia. Son como espías.- ¡Dios me libre de los malos pensamientos!... ¡No sé ni lo que digo!...

-Mirar hijas mías, tener fe en el Señor; El es el único que sabe escucharnos y a nadie engaña. Confesaros a El exponiendo todo lo que hemos hecho bien y lo que hemos hecho mal pidiéndole nos ayude a caminar por su sendero; y si os dicen que hay que confesar... cumplir con sus órdenes como así yo lo hago. ¿A mí no me quieren confesar?... me tienen miedo?... ¡Yo tampoco corro mucho en ir donde ellos!

Esto que llevo aquí escrito, me trae a la memoria tantas miserias mías... aunque con verdad, puedo decir, que he sentido más en escribir las mercedes que el Señor me ha hecho que las ofensas que recibí. Puede ser que vayan algunas cosas mal declaradas y otras puestas dos veces, porque ha sido tan poco tiempo el que he tenido, que no podía tornar a ver lo que escribía.

Ahora, lo que aquí expongo, son avisos y consejos para las monjas del monasterio chico de San José. He determinado a obedecerlas. Viendo el gran amor que me tienen, pienso poner algunos remedios a las tentaciones que pone el demonio, que por ventura no se hacen caso de ellas.

Sé que no falta el amor y el deseo en mí para poderlas ayudar en lo que yo pueda, para que las almas de mis monjas vayan adelante en el servicio del Señor.

En todo este tiempo, recibí noticias de los daños que se causaron en Francia, y los estragos que habían hecho estos Luteranos y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta.

Diome gran fatiga y desatino; lloraba y suplicaba mucho al Señor para que remediase tanto mal de las almas que allí se perdían, y como me ví mujer imposibilitada de hacer lo que yo quisiera para el servicio del Señor que tantos enemigos tiene y qué pocos amigos...esos pocos amigos, que sepan y determinen en seguir los consejos evangélicos con toda perfección.

Yo he de procurar que estas poquitas monjas que están aquí hagan lo mismo, y ayudémosle en todo ya que tan apretado le traen.

-“Siempre han de ser los mismos; los que más os deben son los que más os traicionan. No se ven hartos de los tormentos que por ellos Vos habéis pasado”.

-¡Oh hermanas mías! ¡ayudadme todas a suplicar al Señor, que para eso os juntó aquí! ¡Este es vuestro llamamiento, y estos han de ser vuestros trabajos ya que quieren poner su iglesia por el suelo!

No penséis hermanas mías, que por no andar a contentar a los del mundo os ha de faltar de comer. Jamás por artificios humanos pretendáis sustentaros porque moriríais de hambre. ¡Bienaventuradas las monjas de San José! Eso no se os olvide, que quien con El está... ¡nada le faltará!

No tengáis miedo que falte, y si alguna vez faltara...será para mejor bien, como faltaban la vida de los santos cuando los mataban por defender al Señor, y era para aumentarles la gloria por el martirio. ¡Bien sería acabar con todo esto y gozar de las alturas perdurables!

Mirad hermanas lo que os digo, que para eso lo dejo aquí escrito que mientras que yo viva os lo recordaré, que por experiencia veo, que cuanto menos hay...más descuidada estoy, y sabe el Señor que a mi parecer, me da más pena cuando mucho sobra que cuando nos falta. Podéis creer, mis hijas, que para vuestro bien, me ha dado el Señor a entender los bienes que hay en la santa pobreza. ¡No es menester contentar a nadie, sino a El! Es cosa muy cierta; yo lo tengo bien visto por experiencia.

Yo confieso que he ido tan embebida, que no me he entendido a mí misma, pues son nuestras armas la santa pobreza. Corta es la vida y grandioso el premio, y si no hubiera ninguno...sólo es hacer lo que nos diga el Señor. No lo olvidéis: “Que nos falte todo, pero que no nos falte El”.

Os preparo para que vayáis por el camino de la perfección. No os espantéis hijas de las muchas cosas que es menester pasar, para comenzar este viaje divino que es camino real para el cielo. Hemos de ir ganándolo para llegar al tesoro. Los que quieran llegar hasta él, no pararán hasta el final, que es llegar a beber de esta agua de vida.

Cómo se ha de comenzar esto, importa mucho; es no parar hasta llegar a ella

–venga lo que viniera suceda lo que suceda. Así que hermanas mías dejáros de miedos, ¡nunca hagáis caso de cosas semejantes! Procurad tener siempre limpia la conciencia; sed humildes y menosprecio de las cosas del mundo y creer firmemente en las verdades del Señor...y seguro que vais por buen camino. Dejaos como os he dicho de temores; si alguno os lo pusiere, hablarle con humildad y decirle dónde está el buen camino.

Aprended hijas mías esta lección. -Que es menester y muy aprovechable la oración mental que es tener la boca cerrada. Que se puede estar hablando con quién tú te dirijas sin mover nada la boca. ¡Poco saben, los que dicen que no es menester la oración mental! ¡Ni saben cual es la oración mental, ni cómo se ha de rezar la bocal ni qué es contemplación, porque si lo supieran, no condenarían por un cabo lo que acabáis por otro!

Ya sé, que venga lo que viniera, no hay que tornar atrás. ¡No halléis miedo en dejáros morir de sed! El Señor es el que nos llama a que bebamos de su fuente. Lo que quiero ahora aconsejaros como Madre Priora de este Monasterio de San José, es procurar tener el pensamiento en quien enderezó la palabra; por eso, tener paciencia y procurar tener por costumbre estas cosas tan necesarias. Mirad lo que dice Nuestro Señor Jesucristo: “Ya sabéis que Dios está en todas partes”. ¡Y claro está, que adonde está el Rey...allí dicen que está la Corte! ¡Que adonde está Dios es el cielo, sin duda lo podéis creer! ¡Que adonde está el Señor...está toda la gloria!

Por el camino real; por el camino seguro hemos de ir. Por donde fue nuestro Rey y por donde fueron todos sus escogidos y santos.

Tengamos cuidado. ¡Hay tantos peligros y tantos temores a los que van tras El... Y quien esto no obedecen o no lo entienden, dan con el peligro frente a sus ojos y si no tienen quien les dé la mano...pierden de todo el agua sin beber, sin beber poca ni mucha, ni de charco ni de arroyo, pues ya veis: ¿sin gota de agua cómo se pasará el camino, adonde hay tantos con quien pelear? ¡Es tan claro que morirán de sed... Porque queramos o no...¡todos caminamos para esta fuente aunque de diferente manera, pues creedme vosotras –y que no os engaño,¡nadie en mostraros otro camino sino el del Señor, y entregaros a la oración sea bocal o sea mental! Para vosotras, lo uno y lo otro es menester; este es el oficio de las religiosas. Quien os diga que esto es un peligro...¡tenedle a él por el mismo peligro y huír de él! ¡Peligro será no tener humildad!

El demonio inventa poner estos miedos, que para eso tiene buena maña; ¡para hacer caer con facilidad! Y miremos qué ciego está el mundo, que no miran los muchos millares que han caído en grandes males por no tener oración,

sino distracción. ¡Oh, miserable mundo! ¡Alabad mucho a Dios y mirad qué dice vuestro Señor! Pensáis que importa poco saber que cosa es cielo y a dónde se ha de buscar vuestro Sacratísimo Padre; ¡pues yo os digo que importa mucho y no sólo creer esto, sino procurarlo entender por experiencia, porque es una de las cosas que ata mucho el entendimiento y hace se recoja el alma!

Ya sabéis, que Dios está en todas partes; pues claro está, que donde está el Rey está toda la Corte, y adonde está Dios...es el cielo. Sin duda alguna lo podéis creer, que adonde está Su Majestad está toda la gloria, pues mirad lo que dice San Agustín: -Que le buscaba en muchas partes, y que le vino a encontrar dentro de sí mismo.

Entender esta verdad, y ver que no es menester para hablar con su Padre Eterno ir al cielo; ni es menester hablar a voces. Por bajo que se hable, está tan cerca que nos oirá. Ni es menester alas para ir a buscarle, sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí...y no extrañarse de tan buen huésped, sino con gran humildad hablarle. Donosa humildad, que tengamos al Emperador del cielo y de la Tierra.

Sed humildes, hijas, y tratar con El como Padre, como hermano y como Señor. A veces de una manera a veces de otra, El os enseñará lo que habéis de hacer para contentarle, y como el que entra en un castillo así hemos de ser: ¡Fuertes para no temer a los contrarios que se ponen en medio para no dejarnos entrar, y nos hacen se retiren los sentidos para que se distraigan en estas cosas exteriores de acá! ¡Hemos de ser fuertes y entrar en el castillo, y si cerramos los ojos...se abren las puertas y se despierta la vista a los ojos del alma!

Así que, quien va por este camino, casi siempre que ora tiene los ojos cerrados, y es admirable para muchas cosas, porque es hacerse fuerza a no mirar las cosas de acá, y así, se fortalece más el alma a costa del cuerpo, y le deja solo, desflaquecido, y ella toma vestimenta para contra él, y aunque al principio no se entienda...esto da resultado.

Hablemos un poco de cómo nos acostumbraremos a tan buenos modos y forma de proceder, y estar más seguros de pegarse más presto al fuego del amor divino; porque con poquito que soplen, como están cerca del mismo fuego, con una centellita que le toque, se abrasará todo al no haber apego de lo exterior, y el alma queda sola con su Dios y así habrá aparejo para encenderse.

Pues os voy a poner esta comparación: -Hagamos cuenta, que dentro de nosotros hay un palacio de grandísima riqueza, y todo su edificio lleno de oro y piedras preciosas como para tal Señor, y que sois Vos parte para que este edificio sea tal como la misma verdad. Que no hay edificio de tanta hermosura

como un alma limpia y llena de virtudes, y mientras mayores sean las virtudes...más resplandecen las piedras, y que en este palacio está este Gran Rey que está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazón.

Parecerá esto cosa impertinente hacer esta comparación, y darlo a entender podrá ser aprovechable y mucho para vosotras en especial, porque como no tenemos letras las mujeres...todo esto es menester para que entendamos la verdad. Pero hay otra cosa más preciosa dentro de nosotras sin ninguna comparación que lo que vemos por de fuera: ¡No nos imaginemos huecas en lo interior! Si pusiéramos cuidado en acordarnos, veríamos que tenemos tal huésped dentro de nosotras.

Si no nos diésemos tanto a las cosas del mundo,-que bien bajas son para las que dentro poseemos...¡ahora entiendo, que en este palacio pequeñito de mi alma cabe tan Gran Rey! Si el palacio lo cubrimos con gente baja y de baratijas...¿cómo va a caber el Señor con su Corte? ¿Pensáis hijas mías que viene solo? ¿No veis qué es lo que dice el Padre que está en los cielos? Pues a tal Rey, no le dejan solo los cortesanos, ¡siempre están con El rogándole por todos nosotros para nuestro provecho, porque están llenos de caridad! Aquí no venimos a buscar premio en esta vida, sino a pagar tantas cosas como hemos desperdiciado.

¡Siempre sea el pensamiento puesto en lo más alto que es lo que dura, y de lo de acá...poca cosa hagamos, que para lo que se vive...no es durable!

No deis paso ni lugar a los malos pensamientos, que a las veces, empieza por poco...y os pueden desasosegar mucho. Es mejor atajarlos con decir: -Este no es nuestro reino. -Y presto tendrán que salir.

Esto es un bajo remedio. ¡Poner los ojos en vosotras y miraos interiormente, y hallaréis a vuestro Maestro que nunca os faltará! Mientras menos estéis en las cosas del exterior...más regalo os hará. ¡Es muy piadoso, y a personas muy afligidas jamás les falta si confían en El!

¡Oh Señor, si de veras os conociésemos...¡porque dais tanto a los que del todo se quieren fiar de Vos!... ¡Credlo amigas, que El siempre nos está dando!

Qué gran cosa es entender, que los favores de acá vienen a ser fingidos. Hemos de reiterarnos a nosotras mismas aunque sea un momento, y pensemos que llevamos compañía dentro de sí y de mucho provecho. También hemos de irnos acostumbrando a gustar de no dar voces para hablar del Señor. El nos entenderá por señas. Es muy amigo de quitarnos trabajo, no es amigo de que nos quebrems la cabeza hablándole mucho. El Señor os enseñará a las que no sabéis, que de mí...os confieso que nunca supe qué cosa era rezar con

satisfacción hasta que el Señor me enseñó. Así que si vosotras no sabéis...no os encontréis vacías, que El os enseñará.

Siempre he hallado mucho provecho de esta forma de orar mentalmente dentro de mí, pues nada se aprende sin un poco de trabajo. Los ingredientes aquí los tenemos; ¡no esperemos a que nos lo den guisado! Pidamos que el Señor no consienta nos apartemos de su presencia; que nos dé luz, porque estamos a ciegas.

Mirad hijas mías qué sabiduría tan grande la de Nuestro Jesús. Nos dice que: -“pidamos que venga en nosotros un tal reino”. ¡Su Reino, considero yo! ¡Qué grandes bienes hay en el cielo, con otros muchos que no tienen cuenta con cosas de la Tierra, sino un sosiego y gloria en sí mismo! Una paz perpetua; ¡una satisfacción grande en sí mismo que les viene de alabar y santificar al Señor...y bendicen su Santo Nombre y no le ofende nadie! ¡Todos le aman! ¡no pueden dejarle de amar porque le conocen! ¡Así le debiéramos de amar los de acá! Aunque no con la misma perfección...de otra manera le amaríamos si le conociésemos.

Parece que os estoy hablando como si os quisiera decir, que hemos de ser como los propios ángeles. ¡Así debiéramos de ser! ¡Bien lo quisiera Nuestro Divino Jesús! ¡Pedid vosotras al Padre para que no os veáis en este mundo sin El! ¡Procurar cerrar los ojos del cuerpo, y abrir los del alma y mirar al corazón, que yo os digo y otra vez más lo vuelvo a decir y muchas veces lo quería decir, que si tomáis esta costumbre, gozaréis a menudo de este bien. ¡Que no creáis que viene tan disfrazado, que como os he dicho, viene de muchas maneras – según el deseo que tengamos de verle, y tanto lo deseamos, que se descubrirá del todo. Mas si no hacemos caso de El, sino que aun recibéndole nos vamos de con El a buscar otras cosas más bajas...¿qué ha de hacer El?...¿hacernos entrar por la fuerza? ¡Pues no le trataron tan bien cuando se dejó ver de todos al descubierto, y les decía bien claro quién era...y qué pocos fueron los que le creyeron, cuando El venía a comunicarnos todas sus grandezas y darnos todos sus tesoros!

El que esto lo entienda y mucho le desean...es porque estos son sus verdaderos amigos de ayer y de siempre. ¡Es mucho lo que importa entrarnos a solas con El por ser cosa tan importante! ¡El se dejará ver a todos quien mucho le aman! ¡Hemos de entrarnos mucho con El, y al entrarnos...presto se dejará ver!

Es un tiempo bueno para que os enseñe el Señor, y que sepamos oírle con atención.

Besemos siempre sus pies, porque El trata de querernos enseñar. Supliquémos para que no se vaya de con nosotros. Si esto lo vais a pedir siempre mirando una imagen...gran bobería me parece a mí, dejar la misma persona por mirar un dibujo. ¡Acerquémonos a El! ¡al fuego del amor! que aunque le tenga muy grande, si estáis desviadas y escondéis las manos...mal os podéis calentar, aunque todavía dará más calor que no estar a donde no haya fuego.

Pocas almas hay que le acompañen y le sigan en los trabajos. ¡Trabajemos para El, quitándole parte de la carga que El siempre lleva encima! ¡Suframos por El algo, que El mucho sufrió por nosotros y sabe bien pagar! Acordaos que habrá personas que no sólo no quieran estar con El, sino que lo echan de sí.

El Señor todo lo sufre y sufrirá por encontrar sólo un alma que le reciba. ¡Es tan amigo de amigos y tan Señor de sus siervos!...¡Por eso hemos de encontrarnos mucho con El! ¡Hagámoslo, si os da pena no verle con los ojos de la cara!

Muchos modos tiene de mostrarse al alma por diferentes vías. Aprender bien esta lección que os voy a decir:

Si la obediencia os mandara otras cosas, procurar siempre dejar el alma con el Señor; porque si lleváis el pensamiento a otra cosa y no hacéis caso ni tenéis en cuenta de que está dentro de vosotras...¿cómo queréis que se os dé a conocer?

El no es como nosotros; sabe desde un principio cumplir con amarnos mucho, como así El, siempre andaba buscando para cumplir con mayor cumplimiento aunque fuese a su costa este mandamiento. Más Vos, Padre, ¿cómo consentisteis, ver en tan ruines manos a vuestro Hijo, y que por nosotros se dejara hacer pedazos y todo nuestro bien a su costa, porque calla todo y no habla por sí, sino por nosotros este amantísimo cordero?

¡Pedid vosotras al Padre que no os veáis en este mundo sin El! ¡Que lleguemos a El, pues cuando andaba El en el mundo...sólo con tocar sus ropas sanaban los enfermos! ¡Tengamos la fe puesta en El; El nos dará lo que le pidamos pues está en nosotros, en nuestra casa, y suele pagar bien si se le da buen hospedaje!

Es triste que por nuestra culpa, no nos entendamos a nosotros mismos ni sepamos quienes somos. ¡Qué ignorancia hijas mías, pues esto es gran bestialidad! Sin comparación, es mayor la que hay en nosotros cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en las bajezas y así, a bulto y porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe, sabemos que tenemos alma y el gran valor que hay en ella. ¡Procurar con todo cuidado conservar su hermosura, que es adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma!

Señor, aquí es muy necesaria vuestra presencia y vuestra ayuda, que sin ella...no se puede hacer nada.

Por vuestra misericordia, no consintáis que esta alma sea engañada; darle luz para que se aparte de malas compañías. Qué grandísima cosa es tratar con personas que tratan de esto. Siempre debemos procurar estar en aviso para no dejarse vencer.

El Señor sabe bien qué es lo que nos conviene. No hay para qué aconsejarle lo que nos ha de dar, que nos puede con razón decir que no sabemos lo que pedimos. Así que procuremos hacer lo que es bien, y El nos ayudará a que se haga mejor. Procuremos guardarnos de estas sabandijas ponzoñosas, que muchas veces pienso yo que quiere el Señor que nos persigan malos pensamientos y nos aflijan sin poderlos echar de con nosotros; y aun a veces, permite que nos muerdan para que nos sepamos mejor guardar, y para probar si los ofendemos y para ver si después nos arrepentimos.

El Señor no quiere que les ofendamos por muy ponzoñosos que sean; por eso, yo os quiero aquí decir que no os desaniméis. Si alguna vez cayéreis, vosotras procurar ir siempre hacia adelante, que si nos hacen caer...el Señor nos levantará. El mismo Señor dice: “Ninguno servirá a mi Padre si no es por mí”. ¡No sé si es así como lo dice!...¡Creo que sí, que lo he dicho bien!. También dice: “Quien me ve a mí, ve a mi Padre”. –Pues si nunca le miramos, ni tenemos en cuenta lo mucho que le debemos, y la muerte que pasó por nosotros...¿cómo le vamos a ver, si aún seguimos dormidos? ¿Quién nos habrá de despertar, para saber amar a este buen Jesús? ¡Que sea El, quien nos ha de entender lo mucho que le costamos...

¡Hemos de obrar en su bendita Obra! ¡Adentrarnos mucho en El para después gozar de su gloria! Y para esto nos es muy necesario orar, y para no pensar en las cosas bajas y no andar siempre en otras bajezas, en otras tentaciones.

Aquí veréis lo que cuesta ganar las batallas pasadas y hemos de andar con cuidado; como los que tienen los enemigos a la puerta, que ni pueden dormir ni comer sin armas, y siempre con sobresaltos a ver si por alguna parte pueden destillar esta fortaleza.

¡Oh Señor mío y bien mío; ¿cómo queréis que se desee vida tan miserable, que no es posible dejar de quererte y pedir que presto nos saquéis de ella? ¡Perderla por Vos quisiera, o gastarla muy de veras en vuestro servicio, y sobre todo, entender que sea siempre vuestra voluntad! Si lo es, Señor, ¡muramos con Vos –como dijo Santo Tomás-, que no es otra cosa que morir muchas veces! ¡Vivir sin Vos y con estos tormentos...la vida aquí es un continuo duelo!

Estoy escribiendo con tanto temor, que no sé cómo lo escribo ni cómo vivo cuando recuerdo lo que fui. Pedid hijas mías que viva el Señor en mí siempre, porque si no es así...¿qué seguridad puede tener una vida malgastada como la mía?...y no os pese de entender que esto es así. He podido ver en todas vosotras, que hubiéseis querido que yo hubiese sido una santa, y tenéis mucha razón; ¡también lo hubiese querido yo! Todo fue por mí, ¡por mi culpa! Por ello nunca me quejaré a Dios, porque sí puedo decir que de El siempre tuve mucha ayuda; ¡que no puedo decir esto sin lágrimas en mis ojos!...¡Cuánto nos quiere t cuánto nos ayuda y que gran confusión la que yo tengo, de ver que estoy escribiendo cosas para las que me pueden enseñar a mí!

El amor nos hará apresurar los pasos, y el temor nos hará ir mirando a donde ponemos los pies para no caer por el camino donde hay tanto en qué tropezar.

Diréis, que dónde veréis estas dos virtudes: Amor y temor. Las veréis porque son dos castillos fuertes desde donde se da guerra al mundo, y quien de veras aman a Dios...todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen y defienden. Aman las verdades y cosa que sea digna de amor.

¿Pensáis que es posible, que quien mucho ama a Dios ama vanidades? ¡No hermanas mías! Ni puede ni siente envidia, porque sólo el que ama mucho a Dios no debe de tener envidias ni vanidades, porque sólo pretende a contentar al Señor.

¡Qué gran fuerza tiene el amor! ¡Cómo me he alargado en estas cosas del Señor, aunque no tanto como yo quisiera! Y es que es cosa tan sabrosa hablar de tan gran amor...que habrá que tener en cuenta, que importa mucho que no os descuidéis y pensar siempre en el Señor, y no le ofendáis ni en lo más mínimo, sino perderíais muchas vidas.

Procurad tener mucho cuidado de no hacerlo; así que, hermanas, ser afables y atender, de manera que todas las personas que os traten amen vuestra conversación, y deseen vuestra forma y manera de vivir y tratar y que no se atemorizen y amedrenten de la virtud.

A las religiosas importa mucho esto; mientras más santas, más conversables con sus hermanas; que aunque sintáis mucha pena, si no van sus pláticas como Vos las querríais hablar...nunca os extrañéis de ellas. Entre nosotras, es mucho lo que hemos de procurar de ser afables y agradar y contentar a las personas que tratemos, en especial, a todas nuestras hermanas, y no dejéis arrinconar vuestra alma.

¿Veis aquí, como con estas dos cosas: amor y temor, podemos ir por este camino sosegados, aunque el temor ha de ir siempre por delante y no

descuidados, que esta seguridad...no la hemos de tener mientras vivamos?

¡Que seamos librados de todo mal! -Así lo suplico yo al Señor. Que nos libre de todo mal para siempre, pues yo no me desquito de lo que debo, sino que puede ser, que por ventura, cada día me adeude más.

¡Señor y Dios mío, líbrame ya de todo mal y sed servido de llamarme a tu lado, que es donde están todos los bienes! ¡Qué buena razón tiene el buen Jesús de pedir esto para sí, porque ya vemos cuán cansado estaba de esta vida cuando dijo en la cena a sus apóstoles: -“Con deseo he deseado cenar con vosotros” – que era la postrera cena de su vida.

Por lo que se ve, cuán cansado debía de estar de vivir con tantos trabajos como el Señor pasó, que fue toda su vida una continua muerte tan delante de sus ojos, y tantas ofensas como le hacían a su Padre, y tanta multitud de almas como se perdían...

Pues acá, quien tenga caridad, le es esto un gran tormento, ¡y que razón tenía de suplicar al Padre le librase ya de tantos males y trabajos, y le pusiese en descanso para siempre en su Reino! Pues era verdadero heredero de El; ¡bien lo mereció!

El Señor espera acá mucho de los que El dio algún conocimiento de lo que es el mundo; a los que tienen viva fe en el Padre Eterno, les tiene guardado algo grandioso al pedir esto con deseo grande. ¡Lo que es la voluntad de Dios!...¡Cómo premia a sus buenos hijos aunque pasen muchos siglos!

Te suplico Señor me perdones, porque me he atrevido a hablar de cosas tan altas...

Qué grande debe de ser la otra vida, y qué grande es la voluntad de Dios. Ella quiere que queramos y nosotros acá...la mentira. Quiere que queramos lo eterno, acá...nos inclinamos a las baratijas.

Quiere que queramos cosas grandes y subidas. Vosotras hijas mías, suplicar nos libre Dios de todos los peligros para siempre. Aprendamos de la humildad, ¡esforcémonos a hacerlo como nos enseña nuestro Maestro aunque no lo hagamos con tanta perfección! ¡Bien sabe el Señor que mi entendimiento no es capaz para ello, si El no me enseñara de todo lo que llevo dicho! ¡Agradecérselo vosotras a El, que debe de haberlo hecho por la humildad con que vosotras me lo pedísteis y quisisteis ser enseñadas! ¡Bendito sea siempre nuestro buen Señor, que es de donde nos viene todo el bien que hablamos, hacemos y pensamos!

¡Oh Señor...qué poco vemos el amor que sientes hacia nosotros y qué mal os pagan! ¡Cristianos!...¡Cristianos!...¡tiempo es de defender a nuestro Rey y

acompañarle de tan gran soledad, que son muy pocos los vasallos que le han quedado...y mucha la multitud que le han dejado abandonado; y lo peor, es que se muestran amigos en el público...y en lo secreto lo venden! ¡Casi no halla de quién fiarse!

¡Oh, Cristianos verdaderos, ¡ayudar a vuestro buen Maestro! ¡Oh...bien mío!...¡qué recientes tenías las culpas que yo he cometido contra Vos!.. ¡Sean ya acabadas como las de todos! ¡Señor, perdona a estos dormidos! ¡Que sean vuestras voces tan poderosas, que aunque no os pidan la vida se la deis para que después salgan de las oscuridades...

Yo Señor, aunque miserable, lo pido por los que no lo quieren pedir. ¡Ya sabéis Señor, lo que me atormenta verlos tan olvidados de los grandes tormentos que han de padecer para su fin, si no tornan a Vos! ¡Oh...dureza de corazones humanos!...¡Ablandadlos Señor con vuestra inmensa piedad! Señor, ¿quién ha tapado sus oídos, para no oír las muchas veces que se les había dicho esto, como la eternidad de estos tormentos sin fin?

¡Oh, Cristianos...mirad lo que tenéis con este Gran Señor!...¡Conocerle y no le menospreciéis! ¡Nuestro Padre nos dio al Señor!..¡No perdamos joya tan valiosa!

Confieso Padre Eterno que yo la guardé mal; remedio hay, mientras vivamos en este destierro. ¡Oh hermanos e hijos de Dios: ¡Esforcémonos para ver qué es lo que dice el Señor, que si pensamos un poco en lo que le hemos ofendido...no se acordará de nuestras culpas y maldades! ¡Qué gran piedad tan sin medida!

Ahora es un tiempo muy bueno de tomar lo que nos entregó el Señor piadoso. El quiere amistades, y ...¿quién se la negará, a quién no negó derramar toda su sangre, y perder la vida por nosotros?

¡Qué dureza la nuestra!...¡Qué desatino y ceguedad!...¡Remediad Dios mío tanto desatino y ceguedad!...

Qué larga es la vida del hombre. Aunque se dice que es breve...larga es, para el alma que desea verse en la presencia del Señor.

No faltéis a quien tanto os ama. ¡Vivamos para el Señor y que se acaben ya los deseos nuestros! ¿Qué haría yo para contentaros?...

¿Veis como no se sufre al hablar de Dios? Y aquel que tenga pena...¡se dará cuenta que no es culpa del Señor! –y que no se fatigue, que si se fatiga, será peor.

Si esto no lo llegaran a entender, es porque no tienen entendimiento; que lo que ha de hacer, es procurar dar alivio a su alma.

Esto es para personas que ya están muy subidas, y comprenden de por qué

nos ponemos enfermos y nos vienen flaquezas. Nosotras lo que hemos de procurar, es estar a solas para que entendamos con quién estamos, y abrir los oídos para ver qué es lo que nos responde el Señor a nuestras peticiones. ¿Pensáis que se está callando? Aunque no le oímos... ¡bien que habla cuando se lo pedimos de corazón, pues nunca el Maestro está tan lejos del discípulo, sino que muy junto está!

Quiero yo entendáis esto; quiero yo dároslo a entender. ¡Os conviene que lo sepáis!. Yo lo he probado esto algunas veces, y el mejor remedio que hallo, es procurar tener el pensamiento en quien enderezó la palabra; por eso, tener paciencia, y procurad hacer costumbres de cosas necesarias y velad, velad, que todo llega con brevedad.

También quiero decir, que parece que se espantan algunas personas sólo con oír nombrar “visiones” o “revelaciones”. ¡No entiendo la causa por qué creen tan peligroso el llevar a Dios en el alma! Por aquí...no sé de dónde procede este pasmo. No quiero yo ahora aquí, dar nombres de personas muy doctas, que he oído conocen estas revelaciones, y a pocos confesores iré que no les deje atemorizados; ¡con decir que es cosa del demonio!... Y eso es lo que no debieran de decir, porque es una blasfemia y muy disparatada.

Se escandalizan cuando les dicen que han visto a un ángel, o que se les ha representado Jesucristo Nuestro Señor. Tampoco quiero aquí decir de cuándo las revelaciones son de Dios,-que esto es cierto-, ¡y qué grandes bienes hace al alma!

También hay representaciones que hace el demonio para engañar, y que se aprovecha de la imagen de Cristo Nuestro Señor y de sus discípulos. Para esto, se ve bien claro que no permitirá el Señor, ni le dará poder, para que con tan semejante figura engañe a nadie. Digo que no engañará, si hay humildad.

Fijaos del Señor y haced poco caso de quien trata de engaños. Yo sé de una persona muy allegada a mí, que la traían muy apretada los confesores por cosas semejantes, que después, por lo que se pudo entender, esto procedía de Dios, y mucho temía cuando veía su imagen. La mandaron que se santiguara y dar higas, y que no lo hablara. Así se lo mandaron.

Y tratando con un gran letrado dominico, este le dijo que era mal hecho esto, porque a donde quiera que veamos la imagen de Nuestro Señor Jesucristo, es bueno referenciarla, que si es Espíritu del Señor, humildad trae consigo.

Cinco años estuve en la Fundación de San José. Comprendo y puedo decir, que fueron los más descansados de mi vida. El sosiego y virtud...eran hartos.

